Me vestiré de medianoche

Terry Pratchett

Traducción: Manuel Viciano



# CAPÍTULO 1

Un buen rapaciño grandullón

¿Por qué será que a la gente le gusta tanto el ruido? ¿Por qué el ruido es tan importante?, se preguntó Tiffany Dolorido.

Algo situado bastante cerca de ella sonaba como una vaca dando a luz. Resultó ser un viejo organillo, accionado por un hombre harapiento que llevaba un sombrero de copa maltrecho. Tiffany se alejó con toda la educación posible, pero el sonido era pegadizo: daba la sensación de que, si se lo permitía, intentaría seguirla hasta casa.

Pero el sonido del organillo era solo uno entre el gran caldero de ruidos que Tiffany tenía alrededor, y todos emitidos por gente que intentaba hacer más ruido que la otra gente que hacía ruido. Discusiones en los tenderetes improvisados, personas hundiendo la cabeza en barreños para sacar manzanas o sapos,[[1]](#footnote-1) vítores dirigidos a los boxeadores y a una funámbula con lentejuelas, vendedores anunciando su algodón de azúcar a grito pelado y, por decirlo sin finuras, gente cogiendo una borrachera de mucho cuidado.

El aire de las verdes lomas estaba cargado de ruido. Era como si todos los habitantes de dos o tres pueblos hubieran subido en masa hasta la cima de las colinas. Por eso ahora, donde lo único que solía oírse era el esporádico graznido de un gavilán, se oía el permanente graznido de… bueno, de todo el mundo. Lo llamaban «diversión». Los únicos que no hacían ruido eran los ladrones y carteristas, que se dedicaban a su negocio en un silencio encomiable y, además, nunca se acercaban a Tiffany: ¿quién iba a meter la mano en el bolsillo de una bruja? Tendría suerte si la sacaba con todos los dedos. Al menos eso era lo que ellos temían, y toda bruja sensata hacía lo posible por alentar ese miedo.

Cuando se es bruja, se es todas las brujas, pensó Tiffany Dolorido mientras caminaba entre la multitud tirando de su escoba atada con un cordel. El palo flotaba casi un metro por encima del suelo, lo que empezaba a molestar un poco a Tiffany. Parecía dar bastante buen resultado pero, dado que por toda la feria había niños que llevaban globos atados también con un cordel, no podía evitar la sensación de estar haciendo un poco el ridículo, y lo que hiciera quedar ridícula a una bruja hacía quedar ridículas a todas las brujas.

Por otra parte, si la dejara atada a algún seto, seguro que algún niño acabaría retado por los demás a desatar el cordel y subirse a la escoba, en cuyo caso probablemente saldría disparado en vertical hasta el final de la atmósfera, donde el aire se congelaba. Y aunque en teoría Tiffany podía hacer volver la escoba, las madres solían irritarse mucho si tenían que descongelar a sus hijos en un día soleado de finales de verano. Quedaría feo. La gente hablaría. La gente siempre hablaba de las brujas.

Tiffany se resignó a seguir tirando de la escoba. Con un poco de suerte daría la impresión de que estaba amoldándose al ambiente festivo, con propósito humorístico.

Había que guardar las apariencias, incluso en acontecimientos de tan engañosa jovialidad como las ferias. Ella era la bruja: ¿quién sabía qué desastres podría provocar si no recordaba el nombre de alguien o, peor aún, si se equivocaba? ¿Qué pasaría si olvidaba todas las pequeñas afrentas y enemistades, qué gente no se hablaba con sus vecinos, etcétera, etcétera, y mucho más et y más cétera todavía? Tiffany no tenía la menor noción de la palabra «polvorín», pero si la conociera, le habría venido a la mente.

Ella era la bruja. A lo largo y ancho de la Caliza, ella era la bruja. Ya no solo la bruja de su propio pueblo, sino también la de todos hasta llegar a Senda-del-Perdedor, que estaba a todo un día de camino a pie. El territorio que una bruja consideraba propio y por cuyos habitantes hacía lo que era necesario se llamaba encomienda, y la de Tiffany era de las buenas. A pocas brujas les tocaba un promontorio geológico para ellas solas, aunque la Caliza estuviera cubierta sobre todo de hierba y la hierba estuviera cubierta sobre todo de ovejas. Y aquel día, las ovejas de las lomas se habían quedado solas para hacer lo que fuera que hiciesen cuando estaban solas, que casi a ciencia cierta sería más o menos lo mismo que hacían si se las vigilaba. Y las ovejas, que en general siempre estaban mimadas, pastoreadas y observadas, aquel día no despertaban el menor interés en nadie porque estaba celebrándose el acontecimiento más maravilloso y atractivo del mundo.

Por supuesto, la feria del desbrozo solo era el acontecimiento más maravilloso y atractivo del mundo para quienes no solieran alejarse más de unos siete kilómetros de casa. Quienes vivían cerca de la Caliza siempre coincidían con todos sus conocidos e[[2]](#footnote-2)n la feria. Muy a menudo encontraban allí a la persona con quien posiblemente acabarían casados. Las chicas lucían sus mejores vestidos, y los chicos lucían la esperanza en el rostro y un pelo alisado con pomada barata o, en la mayoría de los casos, con saliva. En general salían mejor parados quienes habían optado por la saliva, ya que la pomada barata era barata de verdad y les caía derretida por la cara cuando hacía calor, provocando que los jóvenes no resultaran interesantes a las chicas, como deseaban con tanto fervor, sino a las moscas, que se agolpaban para comer en sus cueros cabelludos.

Aun así, como tampoco iban a llamar al acontecimiento «la feria a la que se va con la esperanza de llevarse un beso y, con suerte, la promesa de otro», la llamaban feria del desbrozo.

El desbrozo se celebraba durante tres días al final del verano. Para casi todos los habitantes de la comarca, equivalía a sus vacaciones. Era ya el tercer día, y solía decirse que si para entonces no te habían dado un beso, ya podías irte a casa. A Tiffany no le habían dado un beso pero, al fin y al cabo, era la bruja. A saber en qué podías acabar transformado.

Si a finales de verano hacía buen tiempo, no era raro que la gente se quedara a dormir bajo las estrellas, y también bajo los arbustos. Por eso había que ir con cuidado si se daba un paseo nocturno, para no tropezar con los pies de los demás. Dicho sin rodeos, había cierta cantidad de lo que Tata Ogg (una bruja que había tenido tres maridos) llamaba «fabricarte tu propia diversión». Era una pena que Tata viviera en las montañas porque la feria le habría encantado, y a Tiffany le habría encantado mirarle la cara cuando viese el gigante.

Era[[3]](#footnote-3) un hombre —definitivamente un hombre, sin la menor duda posible— tallado en los pastos miles de años atrás. Una silueta blanca en contraste con el verde, herencia de los tiempos en que los habitantes de un mundo peligroso debían pensar en la supervivencia y la fertilidad.

Ah, y además lo habían tallado, o esa impresión daba, antes de que se inventaran los pantalones. De hecho, afirmar que no llevaba pantalones era quedarse corto. Su ausencia de pantalones llenaba el mundo. Era imposible pasear por el caminito que recorría el pie de las colinas sin fijarse en que había una enorme, por así decirlo, ausencia de algo (es decir, pantalones) y en qué ocupaba su lugar. Era, sin el menor género de duda, la figura de un hombre sin pantalones, y ciertamente no una mujer.

Se esperaba que todos los asistentes al desbrozo trajeran una pala pequeña, o incluso una navaja, y bajaran por la escarpada ladera arrancando cualquier maleza que hubiera crecido desde el año anterior para que la caliza brillara lozana y el gigante se irguiera con nitidez, como si no estuviera haciéndolo ya.

Siempre había muchas risitas cuando las chicas trabajaban en el gigante.

Y el motivo de las risitas, y las circunstancias de las risitas, hacían imposible a Tiffany no pensar en Tata Ogg, a quien solía verse en algún lugar detrás de Yaya Ceravieja con una sonrisa de oreja a oreja. La gente la tenía por una mujer dicharachera, pero la anciana era mucho más que eso. Nunca había sido la maestra oficial de Tiffany, pero Tiffany no había podido evitar aprender de ella. Sonrió para sus adentros al pensarlo. Tata sabía de lo antiguo y lo oscuro, de la vieja magia, la magia que no necesitaba a brujas, la magia que estaba incorporada a las personas y al terreno. Concernía a asuntos como la muerte, el matrimonio y los compromisos. Y las promesas que eran promesas aunque no hubiera nadie para escucharlas. Y todas esas cosas que hacían que la gente tocase madera y nunca, jamás, pasara por debajo de un gato negro.

No hacía falta ser bruja para entenderlo. El mundo se volvía más… bueno, más real y fluido, en aquellos momentos especiales. Tata Ogg los llamaba numinosos, una palabra de peculiar solemnidad en una mujer mucho más propensa a decir: «Querría tomar un coñac, muchas gracias, y ya que estamos mira a ver si me lo pones doble». Tata había hablado a Tiffany de los viejos tiempos, de cuando parecía que las brujas se divertían un poco más. De cosas que se hacían al cambiar de estación, por ejemplo; de costumbres que ya habían muerto excepto en la memoria popular que, como decía Tata Ogg, es profunda y oscura y palpitante y nunca se disipa del todo. Pequeños rituales.

El que más gustaba a Tiffany era el del fuego. Le gustaba el fuego; era su elemento favorito. Estaba considerado como algo tan poderoso y tan temible para los poderes oscuros que los novios hasta se casaban saltando juntos una hoguera. Por l[[4]](#footnote-4)o visto convenía entonar un pequeño cántico, según decía Tata Ogg, que había procedido a transmitir a Tiffany su letra, e inmediatamente se le había quedado pegada al cerebro. Buena parte de lo que decía Tata Ogg tendía a ser pegadizo.

Pero esos tiempos habían pasado. Ahora todo el mundo era más respetable, excepto Tata Ogg y el gigante.

En las tierras de la Caliza había otras tallas. Una de ellas era un caballo blanco del que Tiffany creía que una vez se había liberado del suelo para galopar en su rescate. Se preguntó qué ocurriría si el gigante hiciera lo mismo, porque sería complicado encontrar unos pantalones de veinte metros sin previo aviso. Y pensándolo bien, sería muy, muy deseable que hubiera un aviso previo.

Ella solo había soltado risitas por el gigante una vez, y había sido mucho tiempo atrás. En realidad solo había cuatro tipos de persona en el mundo: hombres, mujeres, magos y brujas. Los magos solían vivir en la universidad de las grandes ciudades del llano y no tenían permitido casarse, aunque Tiffany no le veía el menor sentido a la prohibición. En todo caso era muy raro verlos por allí arriba.

Las brujas eran claramente mujeres, pero casi ninguna de las más mayores que conocía Tiffany se había casado, sobre todo porque Tata Ogg ya había agotado todos los candidatos a marido, pero probablemente también porque no tenían tiempo. Por supuesto de vez en cuando había alguna bruja que se casaba con un hombre importante, como Magrat de Lancre, antes apellidada Ajostiernos, aunque todo el mundo decía que ahora ya no pasaba de recomendar hierbas. Pero la única bruja joven conocida de Tiffany que había encontrado tiempo para el cortejo era su mejor amiga de las montañas, Petulia, una bruja que estaba especializándose en magia porcina e iba a casarse pronto con un buen chico que no tardaría en heredar la porqueriza de su padre, lo que [[5]](#footnote-5)lo convertía prácticamente en aristócrata.

Pero las brujas no solo estaban muy ocupadas, sino también apartadas. Tiffany lo había aprendido muy pronto. Se movía entre la gente, pero no era igual que ellos. Siempre había una especie de distancia, de brecha. No era necesario provocarla: sucedía por sí misma. Chicas a las que había conocido de tan pequeñas que aún correteaban todas por ahí y jugaban en camiseta interior ahora le hacían una leve reverencia al cruzarse con ella en el camino, y hasta los ancianos se llevaban una mano a la sobreceja, o a lo que pensaban que era la sobreceja, cuando la veían pasar.

No lo hacían solo por respeto, sino también por una especie de miedo. Las brujas tenían secretos. Estaban allí para ayudar cuando nacían los bebés; si había una boda, era bueno tener a una bruja cerca (aunque nadie estaba seguro de si daban buena suerte o evitaban la mala); y al morir, también habría una bruja sentada al lado para mostrarles el camino. Las brujas guardaban secretos que nunca contaban… bueno, nunca a quienes no eran brujas. Entre ellas, cuando podían reunirse en alguna ladera para tomar un par de copas (en el caso de la señora Ogg, una docena), chismorreaban como cotorras.

Pero nunca sobre los secretos de verdad, los que nunca se explicaban en voz alta, los que trataban de cosas hechas, oídas y vistas. Había tantos secretos que daba miedo que se desbordaran. Ver a un gigante sin pantalones apenas sería digno de comentario, comparado con algunas de las cosas que podía ver una bruja.

No, Tiffany no envidiaba a Petulia su romance, que sin duda habría tenido lugar con botas grandes, delantales de caucho poco favorecedores y lluvia, por no mencionar la ingente cantidad de «oink».

Lo que sí le envidiaba era lo sensata que había sido. Petulia lo tenía todo calculado. Sabía qué futuro quería tener y se había arremangado para hacerlo ocurrir, aunque tuviera que meterse hasta las rodillas en «oink» de cerdo.

Todas las familias, incluso en las montañas, tenían al menos un cerdo a modo de cubo de la basura en verano y chuletas, beicon, jamón y salchichas el resto del año. El cerdo era importante; a la abuelita podía dársele trementina cuando no se encontraba bien, pero si el cerdo se ponía enfermo había que llamar a la bruja de cerdos, y además se le pagaba, y se le pagaba bien, generalmente en salchichas.

Además de todo lo anterior, Petulia era especialista en aburrir cerdos, hasta el punto de ser la campeona de aquel año en el noble arte del aburrimiento. Para Tiffany no había otra forma de definirlo que «arte». Su amiga era capaz de sentarse junto a un cerdo y hablarle con calma y suavidad de temas extremadamente aburridos, hasta que se disparaba algún extraño mecanismo porcino por el que el animal daba un leve bostezo de felicidad y caía al suelo, pasando de ser un cerdo vivo a un gran aporte a la alimentación familiar del año siguiente. Para el cerdo tal vez no fuese el mejor resultado posible pero, dada la forma pringosa y sobre todo ruidosa en que morían antes de que se inventara el aburrimiento de cerdos, visto en conjunto era evidente que todos salían mucho mejor parados.

Sola entre la muchedumbre, Tiffany suspiró. Todo era difícil cuando se llevaba el sombrero puntiagudo negro. Porque, quisiera o no, la bruja era el sombrero puntiagudo, y el sombrero puntiagudo era la bruja. La gente la trataba con cautela. Le mostraban respeto, eso desde luego, y en general también un poquito de nerviosismo, como esperando que fuese a mirar dentro de sus cabezas, lo que casi con toda seguridad podría hacer mediante los tradicionales recursos brujeriles de la Primera Vista y los Segundos Pensamientos. Pero esas[[6]](#footnote-6) cosas no eran magia de verdad. Cualquiera podía aprenderlas si tenía una pizca de sentido común, pero a veces hasta una pizca es difícil de encontrar. La gente solía estar tan ocupada en vivir que no se paraba a preguntarse por qué. Las brujas sí lo hacían, y por ello se las necesitaba. Y tanto que se las necesitaba… prácticamente a todas horas, aunque a ella siempre le dejaban claro, de forma muy educada y definitivamente tácita, que necesitar no es del todo lo mismo que querer.

Aquello no eran las montañas, donde todo el mundo estaba muy acostumbrado a las brujas. La gente de la Caliza podía ser amistosa, pero no eran sus amigos, no sus auténticos amigos. La bruja era distinta. La bruja sabía cosas que tú no. La bruja era una persona de otro tipo. La bruja era alguien a quien mejor no enfadar por si acaso. La bruja no era como los demás.

Tiffany Dolorido era la bruja, y se había hecho bruja porque necesitaban una. Todo el mundo necesita una bruja, aunque a veces no lo sepa.

Y estaba funcionando. La imagen de cuento infantil de una arpía babeante se iba desdibujando cada vez que Tiffany ayudaba a una joven madre primeriza o suavizaba el camino de un anciano hacia su tumba. Sin embargo, las viejas historias, los viejos rumores y los viejos cuentos ilustrados parecían tener su propia forma de aferrarse al recuerdo del mundo.

Lo que dificultaba las cosas era que en la Caliza no había tradición de brujas, ya que ninguna habría osado instalarse allí mientras vivía la abuela Dolorido. Todo el mundo sabía que la abuela Dolorido era una mujer sabia, y lo bastante sabia como para no hacerse bruja. Jamás ocurría nada en la Caliza que la abuela Dolorido viese con malos ojos, o al menos no durante más de unos diez minutos.

Así que Tiffany era bruja sola.

Y no era solo que ya no tuviera el apoyo de brujas de la montaña como Tata Ogg, Yaya Ceravieja o la señorita Cabal, sino que la gente de la Caliza estaba poco acostumbrada a las brujas. Por supuesto, si Tiffany lo pidiera, lo más probable es que vinieran a ayudarla otras brujas pero, aunque no le dirían nada, lo interpretarían como que tal vez no podía con la responsabilidad, no estaba a la altura, no tenía confianza, no era lo bastante buena.

—Disculpe, señorita.

Hubo una risita nerviosa. Tiffany miró a su alrededor y encontró a dos niñas pequeñas que llevaban puestos sus mejores vestidos nuevos y sombreros de paja. Estaban mirándola con impaciencia, y tal vez con una pizca de travesura en los ojos. Tiffany pensó deprisa y sonrió.

—Ah, sí, Becky Perdón y Nancy Erguido, ¿verdad? ¿Qué puedo hacer por vosotras?

Becky Perdón sacó un ramito de flores que llevaba escondido tras la espalda y se lo tendió con timidez. Tiffany lo reconoció, por supuesto. Ella misma había reunido ramilletes como aquel para las chicas más mayores cuando era pequeña, simplemente porque era lo que se hacía, porque formaba parte del desbrozo: unas cuantas flores silvestres recogidas en las lomas, atadas para formar un ramo con —y esto era lo importante, lo mágico— hierba de la que se había arrancado para dejar al descubierto la piedra caliza.

—Si lo deja bajo la almohada esta noche, soñará con su pretendiente —aseguró Becky Perdón, ahora con el rostro bastante serio.

Tiffany estudió el ramo de flores, que ya empezaban a marchitarse.

—Veamos —dijo—. Hay dulce murmullo, cojín de dama, trébol de siete hojas, que da mucha suerte, una espiga de pantalón de viejo, trepadora sorpresa… hum, amaranto y…

Tiffany se quedó mirando las florecitas blancas y rojas. Las niñas dijeron:

—¿Se encuentra bien, señorita?

—¡Nomerrecuerdes! —exclamó Ti[[7]](#footnote-7)ffany, con una brusquedad que no pretendía. Pero las niñas no se dieron cuenta, así que siguió diciendo en tono alegre—: Es raro verlas por aquí. Debe de haber escapado de algún jardín. Y supongo que ya sabéis que habéis atado el ramo con carrizos, que hace mucho tiempo se usaban para hacer velas de junco. Qué sorpresa tan encantadora. Muchas gracias a las dos. Espero que os lo paséis muy bien en la feria…

Becky levantó la mano.

—Disculpe, señorita.

—¿Querías algo más, Becky?

Becky se sonrojó y entabló una conversación apresurada con su amiga. Se giró de nuevo hacia Tiffany, un poco más sonrojada pero aun así decidida a llegar hasta el final.

—No te puedes meter en líos por hacer una pregunta, ¿verdad, señorita? O sea, ¿solo por preguntar?

Va a ser «¿Cómo puedo hacerme bruja de mayor?», pensó Tiffany, porque solía serlo. Las niñas la veían montar en escoba y pensaban que ser bruja consistía en eso. En voz alta dijo:

—Conmigo no, al menos. Hazme tu pregunta.

Becky Perdón bajó la mirada hacia sus botas.

—¿Usted tiene partes apasionadas, señorita?

Otro de los talentos necesarios para una bruja es la capacidad de que la cara no revele los pensamientos, y sobre todo la de impedir a toda costa que se quede rígida e inexpresiva. Sin que la voz le temblara lo más mínimo ni asomara una sonrisilla, Tiffany logró replicar:

—Es una pregunta muy interesante, Becky. ¿Me dices por qué quieres saberlo?

La niña parecía mucho más contenta ahora que la pregunta era, por así decirlo, de dominio público.

—Bueno, señorita, es que pregunté a mi abuela si podía ser bruja de mayor, y ella me dijo que mejor me lo quitara de la cabeza porque las brujas no tienen partes apasionadas, señorita.

Tiffany pensó a toda velocidad frente a las dos solemnes miradas de búho. Son niñas de granja, pensó, así que tienen que haber visto a gatas teniendo gatitos y a perras teniendo perritos. Han visto nacer corderos, y posiblemente a una vaca pariendo a un ternero, que suele ser un acontecimiento ruidoso y difícil de pasar por alto. Saben lo que me están preguntando.

En ese momento Nancy metió baza:

—Lo decimos porque, si es así, señorita, querríamos que nos devolviera las flores, ahora que ya se las hemos enseñado, porque tampoco vamos a echarlas a perder, no se ofenda.

Dio un rápido paso atrás.

Tiffany se sorprendió de su propia risa. Hacía mucho tiempo que no reía. Algunas cabezas se volvieron para enterarse del chiste, y Tiffany logró agarrar a las dos niñas antes de que huyeran y les dio la vuelta.

—Me parece muy bien vuestra actitud —les dijo—. Da gusto oír ideas sensatas de vez en cuando. Nunca dudéis antes de hacer una pregunta. Y la respuesta a la que me habéis hecho es que las brujas son iguales que todo el mundo en lo que respecta a las partes apasionadas, pero siempre están tan ocupadas yendo de un lado para otro que no tienen tiempo de pensar en ellas.

Las niñas pusieron cara de alivio al comprobar que su trabajo no había sido del todo en vano, y Tiffany se preparó para la siguiente pregunta, que volvió a ser de Becky.

—Entonces ¿tiene algún pretendiente, señorita?

—Ahora mismo no —respondió Tiffany enseguida reprimiendo su expresión para no revelar nada. Sostuvo en alto el ramito—. Pero quién sabe: si habéis hecho bien esto, pronto tendré otro, y en ese caso seréis mejores brujas que yo, eso está claro.

Las dos sonrieron de oreja a oreja ante aquella muestra evidente de coba, que acabó con las preguntas.

—Y ahora —añadió Tiffany—, está a punto de empezar la carrera de quesos. Seguro que no queréis perdérosla.

—No, señorita —admitieron al unísono.

Y cuando ya iban a marcharse, aliviadas y envanecidas, Becky dio unas palmaditas a Tiffany en la mano.

—Los pretendientes pueden ser muy complicados, señorita —dijo con toda la seguridad de sus, como bien sabía Tiffany, ocho años en el mundo.

—Gracias —respondió Tiffany—. Lo tendré muy en cuenta.

Los entretenimientos que ofrecía la feria, como la gente haciendo muecas con la cabeza metida en un ahogadero de caballo, o las luchas de almohadas en un poste engrasado, o incluso sacar sapos del barreño con la boca, no decían gran cosa a Tiffany, y lo poco que le decían era que no les hiciera caso. Pero siempre le gustaba ver una buena carrera de quesos, que solía celebrarse en una ladera de la colina, aunque no en la que ocupaba el gigante porque entonces nadie querría comerse los quesos después.

Eran quesos duros, en ocasiones fabricados a propósito para la temporada de carreras de quesos, y el creador de la pieza que llegara entera al pie de la colina se llevaba un cinturón con hebilla de plata y la admiración del público.

Tiffany era una quesera experta, pero nunca participaba. Las brujas no podían apuntarse a las competiciones como aquella porque, si ganaban —y Tiffany sabía que uno o dos de sus quesos podrían haber ganado—, todos dirían que era injusto por ser brujas; bueno, es lo que pensarían, aunque muy pocos lo dirían en voz alta. Y si perdían, la gente diría: «¿Qué clase de bruja no puede fabricar un queso que gane a los quesos normales y corrientes que hace la gente normal y corriente como nosotros?».

La multitud empezó a desplazarse poco a poco hacia la línea de salida de la carrera de quesos, aunque el tenderete de sacar ranas del barreño seguía teniendo mucho público, dado que era una fuente de entretenimiento muy humorística y fiable, sobre todo para aquellos que no tenían la cabeza hundida en el barreño. Por desgracia, el hombre que se metía comadrejas en los pantalones, y por lo visto tenía una marca personal de nueve comadrejas, no había venido aquel año, y la gente empezaba a preguntarse si habría perdido su toque. Pero tarde o temprano todo el mundo se acercaría a la línea de salida de los quesos. Era una tradición.

La ladera tenía mucha cuesta y siempre había cierta cantidad de rivalidad bulliciosa entre los propietarios de quesos, lo que llevaba a empujones, patadas y moraduras, y a algún brazo o pierna rota de vez en cuando. Todo iba como de costumbre mientras los hombres alineaban sus quesos, hasta que Tiffany vio, y al parecer fue la única en ver, a un queso peligroso que llegaba rodando colina arriba por sí solo. Era de color negro por debajo del polvo, y llevaba atada una tira de mugrosa tela blanca y azul.

—Oh, no —dijo Tiffany—. Horacio. Y allá donde estés tú, los problemas te siguen. —Giró en redondo esmerándose en buscar cualquier signo de algo que no debiera estar allí—. Muy bien, escuchadme —murmuró entre dientes—. Sé que ha de haber al menos un miembro del clan por aquí cerca. Esto no es para vosotros, es para la gente. ¿Entendido?

Pero era demasiado tarde. El maestro de ceremonias, con su gran sombrero de ala ancha y encaje en el borde, hizo sonar su silbato y la carrera de quesos, en sus propias palabras, procedió a principar, que es una expresión mucho más distinguida que «empezó». Y un hombre con encaje en el sombrero no iba a dejarlo en una sola palabra si podía pronunciar tres.

Tiffany tuvo que obligarse a mirar. No podía decirse que los corredores corrieran tras sus quesos, sino más bien que rodaban y resbalaban. Pero escuchó los gritos que se desataron cuando el queso negro no solo se situó en cabeza, sino que a veces daba media vuelta y regresaba colina arriba para chocar contra alguno de los inocentes quesos normales. Tiffany alcanzó a oír un ruidito gruñón que salía de él mientras casi volvió hasta la cima de la colina.

Los corredores de queso le increparon a gritos e intentaron agarrarlo y darle varazos, pero el queso pirata se lanzó hacia delante, llegó al pie de la ladera justo por delante del terrible revoltijo de hombres y quesos que iban amontonándose y, entonces, volvió a rodar hasta la cima y se quedó allí con aire coqueto y sin dejar de vibrar suavemente.

En la línea de meta empezaron a estallar peleas entre los participantes que aún podían soltar puñetazos y, como todo el mundo estaba mirando hacia allí, Tiffany aprovechó para agarrar a Horacio y meterlo en su saco. Al fin y al cabo era suyo. Es decir, lo había elaborado ella, aunque debió de colarse algo raro en el cuajo, porque Horacio era el único queso capaz de comer ratones y, si no se le impedía, también a otros quesos. Era normal que se llevase tan bien con los Nac Mac Feegle, que lo habían[[8]](#footnote-8) nombrado miembro honorífico del clan. Era la clase de queso que les caía bien.

Con disimulo, esperando que nadie se fijara en ella, Tiffany sostuvo el saco a la altura de su boca y dijo:

—¿Esto te parece forma de comportarte? ¿No te da vergüenza? —El saco se bamboleó un poco, pero Tiffany sabía que el vocabulario de Horacio no incluía la palabra «vergüenza», ni ninguna otra. Bajó el saco, se apartó un poco de la gente y dijo—: Sé que estás aquí, Rob Cualquiera.

Y allí estaba, sentado en su hombro. Se le olía. Incluso sin tener en cuenta lo poco que se relacionaban con los baños salvo en caso de lluvia, los Nac Mac Feegle olían siempre como a patata un poco borracha.

—La kelda quiso que enterárame de cómu íbate todo —explicó el cabecilla feegle—. Non pasástete por el montículo desde hace dos semanas, y me da que diole canguelo que hubiérate pasadu algo, con lo mucho que trabajas y tal.

Tiffany refunfuñó, pero solo para sí misma. Dijo:

—Es muy amable por su parte. Siempre hay tanto que hacer… Seguro que la kelda lo sabe. Y por mucho que haga siempre quedan cosas pendientes. La necesidad nunca acaba. Pero no hay motivos para preocuparse. Estoy bien. Y por favor, no vuelvas a sacar a Horacio en público, ya sabes que se emociona.

—Buenu, pero el casu es que en esa pancarta de ahí pone que esto es para el pueblu de las colinas, ¡y non hay pueblu que sea más de estas colinas que nosotros, que vivimos debaju! Además, quise venir a presentar mis respetos al rapaz que non lleva perneiras. Es un buen rapaciño grandullón, ya créolo que sí. —Rob calló un momento antes de añadir en voz baja—: Entonces, puedo decir a la kelda que estás bastante ben, ¿non? —preguntó con un aire nervioso, como si hubiera querido decir más pero supiera que a Tiffany no iba a sentarle bien.

—Rob Cualquiera, te agradecería mucho que lo hicieses —respondió Tiffany—, porque o mucho me equivoco o voy a tener que vendar a mucha gente.

Rob Cualquiera, con el repentino aspecto de un hombre con una tarea ingrata, repitió a toda prisa las palabras que su esposa le había encargado decir:

—¡Dice la kelda que hay muchos más peces en el mar!

Y Tiffany se quedó perfectamente quieta durante un momento. Después, sin mirar a Rob ni levantar la voz, añadió:

—Dale las gracias a la kelda por sus consejos de pesca. Tengo que poner manos a la obra, si no te importa, Rob. Pero no te olvides de agradecérselo a la kelda.

La mayoría del público ya estaba llegando al pie de la cuesta, para mirar boquiabierto, rescatar o tal vez practicar unos primeros auxilios de principiante a los quejumbrosos participantes de la carrera. Por supuesto, para los espectadores aquello era otro espectáculo: no era muy habitual ver una buena colisión múltiple de hombres y quesos, y ¿quién sabe? Tal vez hubiera algunas bajas interesantes.

Tiffany, contenta de tener algo que hacer, no tuvo que abrirse camino a empujones. El sombrero negro puntiagudo podía separar a una multitud más rápido que un profeta unas aguas poco profundas. Apartó con gestos al feliz gentío y dio un par de empujones enérgicos a los más despistados. Al final resultó que aquel año no había habido mucha carnicería: un brazo roto, una muñeca rota, una pierna rota y un gran número de cardenales, cortes y sarpullidos provocados por resbalar durante casi todo el recorrido. La hierba no siempre es amistosa. Como resultado, había varios jóvenes sufriendo un dolor evidente, pero dejaron bien claro que no pensaban hablar de sus aflicciones con una señorita, muchas gracias de todos modos, así que Tiffany les recomendó que al llegar a casa se pusieran una cataplasma fría en la zona afectada, fuera cual fuese, y los vio alejarse con paso inestable.

En fin, lo había hecho bien, ¿verdad? Había puesto en práctica sus habilidades delante de la muchedumbre curiosa y, por lo que oía decir a los ancianos, con bastante pericia. Tal vez solo imaginara que un par de personas se sonrojaron cuando un anciano cuya barba le llegaba a la cintura dijo, sonriente:

—Una chica que sabe colocar huesos no debería tener problema para encontrar marido.

Pero el momento pasó y, sin nada más que hacer allí, la gente empezó el largo ascenso de vuelta a la cima… y entonces pasó el carruaje, y entonces, y eso fue lo peor de todo, se detuvo.

Llevaba el escudo de armas de la familia Florilegio en un lateral. Del carruaje salió un joven. A su manera era bastante guapo, pero también a su manera iba tan envarado que podría usarse para planchar sábanas. Era Roland. No había dado más de un paso cuando una voz desagradable le dijo, desde dentro del carruaje, que debería haber esperado a que el lacayo le abriera la portezuela y que se diera prisa, que no tenían todo el día.

El joven apretó el paso hacia la multitud y hubo un acicalamiento general porque, al fin y al cabo, se acercaba el hijo del barón, dueño de la mayor parte de la Caliza y de casi todas sus casas y, aunque era un anciano decente, sin duda mostrar un poco de educación a su familia era una maniobra sabia.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Está bien todo el mundo? —preguntó.

En general la vida en la Caliza era agradable, y señor y vasallo tenían una relación basada en el respeto mutuo. Sin embargo, los granjeros habían heredado la idea de que podía ser imprudente cruzar demasiadas palabras con los poderosos, por si alguna de ellas resultaba estar fuera de lugar. A fin de cuentas seguía habiendo una cámara de tortura en el castillo y, aunque llevara siglos sin usarse… bueno, mejor no tentar a la suerte, mejor quedarse a un lado y dejar que fuese la bruja quien hablara. Si se metía en apuros, siempre podía salir volando.

—Uno de esos accidentes que tenían que ocurrir, me temo —dijo Tiffany, muy consciente de ser la única mujer presente que no había hecho una reverencia—. Habrá que arreglar algunos huesos rotos y algunas caras rojas. Está todo en orden, gracias.

—¡Ya lo veo, ya lo veo! ¡Buen trabajo, mi joven dama!

Por un instante Tiffany creyó notar un sabor a bilis. ¿«Mi joven dama» en boca de… él? Era casi insultante, aunque no del todo. Pero nadie más parecía haberse dado cuenta. Al fin y al cabo era la forma de expresarse que tenían los nobles cuando intentaban mostrarse amistosos y joviales. Roland intenta hablarles igual que su padre, pensó Tiffany, pero a su padre le sale por instinto y se le da bien. No puede hablarse a la gente como si se diera un mitin.

—Os lo agradezco, mi buen señor —dijo.

Bueno, de momento no iba mal del todo, pero entonces la puerta del carruaje volvió a abrirse y un delicado pie blanco se posó en el pedernal. Era ella: Violeta, o Leticia, o Jacinta, o alguna otra cosa que sonaba sacada de un jardín. En realidad Tiffany sabía de sobra que se llamaba Leticia, pero ¿no podía permitirse ni una pizca de malicia en la privacidad de su propia mente? ¡Leticia! Menudo nombre. A medio camino entre una enfermedad y un estornudo. Además, ¿quién era Leticia para impedir que Roland acudiese a la feria del desbrozo? ¡Tendría que haber estado! ¡Su anciano padre habría estado si hubiera podido! ¡Y mira eso! ¡Zapatitos blancos! ¿Cuánto le durarían si tuviera que hacer un trabajo de verdad? Tiffany lo dejó estar ahí: una pizca de malicia era suficiente.

Leticia miró a Tiffany y a la multitud con algo parecido al miedo y dijo:

—¿Podríamos ir yéndonos, por favor? Mi madre se está enojando.

Y el carruaje se marchó, y el organillero por fin se marchó, y el sol se marchó, y entre las cálidas sombras del ocaso algunas personas se quedaron. Pero Tiffany voló sola hasta su casa, a mucha altura, donde solo los murciélagos y los búhos pudieran verle la cara.



# CAPÍTULO 2

Música brusca

Tiffany logró dormir una hora antes de que empezara la pesadilla.

Lo que mejor recordaría de aquel anochecer fueron los coscorrones de la cabeza del señor Rastrero contra la pared y la barandilla mientras lo sacaba a empujones de la cama y lo arrastraba escalera abajo tirando de su inmundo camisón. Era un hombre grande y estaba medio dormido, ya que el otro medio estaba borracho como una cuba.

Lo importante era no dejarle pensar ni siquiera un momento mientras lo remolcaba como si fuera un saco. El señor Rastrero pesaba el triple que ella, pero Tiffany sabía cómo hacer palanca. No se podía ser bruja sin saber manipular a alguien de más peso, ya que de lo contrario nunca podría cambiar las sábanas a un inválido. Y ahora el hombre cayó deslizándose por los últimos escalones hasta la minúscula cocina de la casa y vomitó en el suelo.

Tiffany se alegró de ver a aquel hombre tirado sobre un charco de vómito apestoso: era lo mínimo que se merecía. Pero tenía que ponerse al mando deprisa, antes de que el hombretón tuviera tiempo de recobrar la compostura.

La aterrorizada señora Rastrero, una mujer tímida como un ratón, había salido corriendo entre chillidos por los caminos que llevaban al pub tan pronto como había empezado la paliza, y el padre de Tiffany había enviado a un chico a despertarla a ella. El señor Dolorido era un hombre de considerable previsión, y tuvo que darse cuenta de que la animación cervecera después de pasar el día en la feria podía ser la perdición de todos. Mientras Tiffany volaba hacia la casa en escoba, había oído comenzar la música brusca.

Dio un bofetón al señor Rastrero.

—¿Lo oye? —preguntó sin contemplaciones mientras señalaba la ventana cubierta—. ¿Lo oye? Es el sonido de la música brusca, y la tocan para usted, señor Rastrero, para usted. ¡Y traen palos! ¡Y traen piedras! Traen todo lo que pueden recoger del suelo, y traen sus puños, y el bebé de su hija ha muerto, señor Rastrero. Ha dado tal paliza a su hija, señor Rastrero, que el bebé ha muerto, y ahora hay unas mujeres tranquilizando a su esposa y todo el mundo sabe que ha sido usted, todo el mundo lo sabe.

Observó sus ojos inyectados en sangre. Las manos del hombre se cerraron automáticamente para formar puños porque siempre habían sido lo que utilizaba para pensar. Tiffany sabía que no tardaría en intentar utilizarlos, porque era más fácil golpear que cavilar. El señor Rastrero se había abierto camino en la vida a puñetazos.

La música brusca se acercaba despacio porque es difícil cruzar los campos en una noche oscura con la panza llena de cerveza, por muy virtuoso que uno se sienta. A Tiffany solo le quedaba confiar en que no entraran antes en el granero, ya que en ese caso ahorcarían al señor Rastrero allí mismo. Si tenía suerte, solo le ahorcarían. Cuando ella había mirado en el granero y había visto el asesinato cometido, supo de inmediato que, sin ella, se acabaría cometiendo otro. Se había llevado el dolor de la chica empleando la magia, y ahora lo guardaba suspendido encima de su propio hombro. Era invisible, por supuesto, pero en la mente de Tiffany ardía con un fulgor anaranjado.

—Ha sido ese chico —farfulló el hombre mientras el vómito le goteaba por el pecho—. Siempre por aquí, metiéndole ideas raras en la cabeza para que no nos obedezca a su madre ni a mí. Y la chica solo tiene trece años. Es un escándalo.

—William también tiene trece años —replicó Tiffany intentando no levantar la voz. Era difícil, con la furia a punto de desbordarse—. ¿Me está diciendo que era demasiado pequeña para un poco de romanticismo pero no tanto como para pegarle tan fuerte que ha sangrado por lugares de donde nadie debería sangrar?

Tiffany no estaba segura de que el hombre hubiera recobrado la razón del todo, porque hasta en sus mejores momentos tenía tan poca que costaba saber si la tenía en absoluto.

—Lo que hacían no estaba bien —dijo él—. Y al final tendrá que haber algo de disciplina bajo el propio techo de un hombre, ¿o no?

Tiffany podía imaginarse el lenguaje exaltado en el pub, mientras arrancaba la obertura de la música brusca. En los pueblos de la Caliza no había muchas armas, pero sí cosas como hoces, guadañas, cuchillas de techador y martillos muy, muy grandes. No eran armas… hasta que se agredía a alguien con ellas. Y todos sabían el mal genio que tenía el viejo Rastrero, y sabían cuántas veces su esposa había contado a los vecinos que llevaba el ojo morado por haberse dado contra una puerta.

Sí… Podía imaginar la conversación en el pub, con el alcohol metiendo baza y la gente recordando en qué parte de sus cobertizos tenían colgadas todas aquellas cosas que no eran armas. Todo hombre era el rey de su pequeño castillo. Eso lo sabía todo el mundo —bueno, al menos todo hombre—, así que nadie se metía en los asuntos del castillo de los demás, pero si el castillo empezaba a apestar había que hacer algo, no fueran a caer todos los castillos. El señor Rastrero era uno de los secretos sombríos del pueblo, pero ahora había dejado de ser un secreto.

—Soy su única oportunidad, señor Rastrero —dijo Tiffany—. Corra. Coja lo que pueda de aquí y salga corriendo ahora mismo. Corra hasta donde nadie haya oído hablar de usted, y luego corra un poco más por si las moscas, porque no voy a poder detenerles, ¿lo entiende? Personalmente me trae sin cuidado lo que pueda pasarle a un miserable como usted, pero no quiero ver a gente buena volverse mala por haber matado a alguien, así que ya tarda en largarse campo a través, y yo no recordaré en qué dirección iba.

—No puedes echarme de mi propia casa —masculló él encontrando una veta de rebeldía etílica.

—Ha perdido su casa, su esposa, su hija… y su nieto, señor Rastrero. Esta noche no va a encontrar amigos en este lugar. Lo único que le estoy ofreciendo es su vida.

—¡Ha sido culpa de la bebida! —estalló Rastrero—. ¡Lo he hecho estando bebido, señorita!

—Pero usted ha bebido la bebida, y luego otra bebida, y luego otra —dijo ella—. Ha bebido la bebida todo el día en la feria, y si ha vuelto a casa era solo porque la bebida quería irse a la cama. —Tiffany solo notaba gelidez en el corazón.

—Lo siento.

—No basta con eso, señor Rastrero, no basta ni de lejos. Márchese y conviértase en mejor persona, y entonces, cuando vuelva cambiado, tal vez la gente pueda estar dispuesta a darle los buenos días, o al menos a saludar con la cabeza.

Tiffany había estado observando sus ojos y conocía al hombre. Tenía algo hirviendo dentro. Estaba abochornado, perplejo y resentido, y es en esas circunstancias cuando los Rastreros del mundo arremeten.

—No lo haga, por favor, señor Rastrero —le pidió—. ¿Tiene la menor idea de lo que le pasaría si pegara a una bruja?

Con esos puños seguro que podrías matarme de un golpe, pensó, y por eso pretendo mantenerte asustado.

—Tú me has echado encima la música brusca, ¿verdad?

Tiffany suspiró.

—Nadie controla la música, señor Rastrero, ya lo sabe. Aparece cuando la gente se harta, sin más. Nadie sabe dónde empieza. La gente mira a su alrededor y cruza la mirada con alguien, y los demás se dan cuenta. Otra gente cruza la mirada con ellos y así, muy despacio, empieza la música cuando alguien coge una cuchara y hace sonar un plato, y entonces otro da golpes en la mesa con su jarra, y las botas empiezan a aporrear el suelo, cada vez más fuerte. Es el sonido de la ira, el sonido de personas que no aguantan más. ¿Quiere enfrentarse a la música?

—Te crees muy lista, ¿a que sí? —gruñó Rastrero—. Con tu escoba y tu magia negra, todo el día mangoneando a la gente corriente.

Era casi digno de admiración. Ahí estaba, sin ningún amigo sobre la faz de la tierra, cubierto de su propio vómito y… Tiffany olisqueó y, en efecto, goteaba orina del dobladillo del camisón, pero aun así era tan tonto como para replicar de esa manera.

—Lista no, señor Rastrero, solo más lista que usted. Y no es difícil.

—¿Ah, no? Pero ser lista te meterá en líos. Una criaja de nada como tú, metiéndose en los asuntos de los demás… ¿Qué harás cuando la música venga a por ti, eh?

—Corra, señor Rastrero. Váyase de aquí. Es su última oportunidad —dijo. Y era muy posible que lo fuera, porque ya empezaban a distinguirse voces individuales.

—Bueno, ¿podría su majestad dejar que me ponga las botas, al menos? —repuso él con sarcasmo.

Se agachó hacia un lado de la puerta, pero el señor Rastrero era como un libro abierto muy pequeño, con manchurrones en todas las páginas y una loncha de panceta haciendo de punto de lectura.

Se enderezó descargando un puñetazo.

Tiffany dio un paso atrás, le asió la muñeca y liberó el dolor. Sintió cómo fluía por su propio brazo, dejándole un hormigueo, y cómo cruzaba su mano ahuecada y entraba en Rastrero: todo el dolor de su hija en un solo segundo. Lo arrojó al otro extremo de la cocina, y debió de quemarle todo lo que llevaba dentro excepto el miedo animal. El hombre se abalanzó contra la desvencijada puerta trasera como un toro, la atravesó y se alejó en la oscuridad.

Tiffany volvió tambaleándose al granero, donde ardía una lámpara. Yaya Ceravieja le había dicho que el dolor tomado de otros no se sentía, pero era mentira. Una mentira necesaria. El dolor tomado se sentía, y como en realidad no era un dolor propio podía tolerarse de algún modo, pero liberarlo dejaba a la bruja débil y aturdida.

Cuando llegó la multitud acusadora y bulliciosa, Tiffany estaba sentada en silencio junto a la chica dormida, en el granero. El ruido se extendió hasta rodear la casa, pero no pasó al interior; era una de las reglas no escritas. Costaba creer que la anarquía de la música brusca pudiera tener reglas, pero las tenía. Tal vez siguiera allí durante tres noches, o se detuviera tras la primera, y nadie salía de la casa cuando la música llenaba el aire, y nadie regresaba a hurtadillas para entrar en ella, a no ser que fuera para suplicar el perdón, la comprensión o diez minutos para hacer un petate y marcharse del lugar. La música brusca nunca estaba organizada. Parecía suceder a todos al mismo tiempo. Sonaba cuando un pueblo pensaba que un hombre había pegado demasiado fuerte a su mujer, o demasiado cruelmente a su perro, o si un hombre casado y una mujer casada olvidaban que estaban casados con otras personas. Había otros delitos más tétricos contra la música, pero de ellos no se hablaba abiertamente. A veces la gente podía detener la música cambiando de actitud, pero lo normal era que hicieran el equipaje y se mudaran antes de la tercera noche.

Rastrero nunca habría captado la indirecta. Rastrero habría salido con los puños en alto. Y entonces habría estallado una pelea, y alguien habría hecho una idiotez, es decir, una idiotez mayor que las que habría cometido Rastrero. Y entonces el asunto habría llegado a oídos del barón y tal vez algunos perdieran su forma de ganarse la vida, lo que les supondría marcharse de la Caliza y recorrer tal vez unos quince kilómetros para encontrar un empleo y una nueva vida entre extraños.

El padre de Tiffany era un hombre de instinto fino; abrió poco a poco la puerta del granero unos minutos más tarde, cuando la música empezaba a decaer. Tiffany sabía que la situación le hería el orgullo, pues, aunque era un hombre respetado, de algún modo ahora su hija era más importante que él. Las brujas no obedecían órdenes de nadie, y ella sabía que los otros hombres le pinchaban con el tema.

Sonrió mientras su padre se sentaba en el heno a su lado y la música salvaje no encontraba nada que vapulear, apedrear o ahorcar. El señor Dolorido ya era parco en palabras por norma. Miró a su alrededor y reparó en el pequeño fardo, envuelto a toda prisa con paja y tela de saco, que Tiffany había dejado donde no pudiera verlo la chica.

—Entonces ¿era verdad? ¿Estaba embarazada?

—Sí, papá.

El padre de Tiffany parecía tener la mirada perdida.

—Será mejor que no lo encuentren —dijo, después de un lapso decoroso.

—Sí —respondió Tiffany.

—Algunos estaban hablando de colgarle. Lo habríamos impedido, claro, pero habría sido mal asunto que la gente eligiera bando. Esas cosas envenenan a un pueblo.

—Sí.

Se quedaron sentados un rato en silencio. Después, su padre miró a la chica dormida.

—¿Qué has hecho por ella? —preguntó.

—Todo lo que puedo —contestó Tiffany.

—¿Le has hecho el invento ese tuyo de llevarte el dolor?

Tiffany suspiró.

—Sí, pero no es lo único que voy a tener que llevarme. Necesitaré una pala, papá. Enterraré al pobrecito en el bosque, donde nadie vaya a enterarse.

Él apartó la mirada.

—Ojalá no hicieras tú estas cosas, Tiff. Aún no tienes ni dieciséis años, y solo hago que verte por ahí cuidando a la gente, poniéndoles vendas y vete a saber qué más. No tendrías que estar haciendo estas cosas.

—Sí, lo sé —afirmó Tiffany.

—¿Por qué? —preguntó él de nuevo.

—Porque los demás no lo hacen, o no quieren, o no pueden, por eso.

—Pero no es problema tuyo, ¿verdad?

—Yo lo hago problema mío. Soy bruja. Nos dedicamos a esto. Cuando no es problema de nadie más, es problema mío —replicó Tiffany enseguida.

—Sí, pero aquí todos pensábamos que era cuestión de volar zumbando con la escoba y cosas por el estilo, no de cortar las uñas de los pies a señoras mayores.

—Pero la gente no entiende lo que es necesario —dijo Tiffany—. No es que sean malos; es que no se paran a pensarlo. Mira a la señora Calceta, que ya solo tiene en el mundo a su gato y una artritis tremenda. La gente va llevándole de comer, eso es verdad, pero nadie se fijó en que tenía tan largas las uñas de los pies que se le estaban trabando en las botas, ¡y llevaba un año sin poder quitárselas! En la gente de aquí se puede confiar para la comida y algún ramo de flores de vez en cuando, pero no están cuando las cosas empiezan a ponerse feas. Las brujas nos fijamos en esos detalles. Y sí, también hay un poco de volar zumbando, es cierto, pero en general se hace para llegar enseguida al sitio donde las cosas se han puesto feas.

Su padre negó con la cabeza.

—¿Y a ti te gusta hacerlo?

—Sí.

—¿Por qué?

Tiffany tuvo que pensar en esa pregunta, con la mirada de su padre fija en la cara.

—Bueno, papá, ¿te acuerdas de que la abuela Dolorido decía siempre: «Da de comer a los hambrientos, viste a los desnudos y habla por los que no tienen voz»? Pues yo creo que ahí queda sitio para «Recoge por los que no pueden agacharse, alcanza por los que no se estiran y limpia por los que no pueden girar el brazo», ¿tú no? Y también porque a veces tienes un buen día que compensa todos los malos y, durante un instante, oyes cómo gira el mundo —dijo Tiffany—. No sé expresarlo de otra forma.

Su padre la miró con una especie de asombro orgulloso.

—¿Y crees que vale la pena, entonces?

—¡Sí, papá!

—Entonces estoy orgulloso de ti, jiggit. ¡Estás haciendo el trabajo de un hombre!

Había utilizado el mote que solo conocía la familia, así que Tiffany le dio un beso educado en lugar de decirle lo improbable que sería ver a un hombre ocupándose del trabajo de ella.

—¿Qué vais a hacer con la familia Rastrero? —preguntó.

—Tu madre y yo podríamos acoger a la señora Rastrero y a su hija, y… —El señor Dolorido se quedó callado y le dirigió una mirada extraña, como si Tiffany le diera miedo—. Estas cosas nunca son simples, mi niña. Seth Rastrero era un tipo bastante decente, de joven. No era precisamente una lumbrera, eso te lo reconozco, pero a su manera sí que era buena gente. El que estaba loco era su padre. O sea, en aquellos tiempos las cosas se hacían más a lo bruto, y si desobedecías te caía un bofetón, pero el padre de Seth tenía un grueso cinturón de cuero, con dos hebillas, y la tomaba con Seth solo con que lo mirara un poco raro. De verdad que no exagero. Siempre decía que iba a enseñarle una lección.

—Parece que lo consiguió —dijo Tiffany, pero su padre levantó una mano.

—Y luego estaba Molly —siguió explicando—. Nadie habría dicho que Molly y Seth estuvieran hechos el uno para el otro, porque en realidad ninguno de los dos estaba hecho para nadie, pero supongo que juntos eran más o menos felices. Por aquel entonces Seth era pastor, y a veces se llevaba a los rebaños hasta la gran ciudad. Para ese trabajo no hacía falta mucho aprendizaje, y puede que alguna oveja fuese un pelín más lista que él, pero era un trabajo necesario y así se ganaba un sueldo y nadie le miraba por encima del hombro. El problema era que a veces dejaba sola a Molly durante semanas, y… —El padre de Tiffany dejó la frase en el aire, con cara de vergüenza.

—Sé lo que vas a decirme —señaló Tiffany para echarle una mano, pero él se negó a asirla.

—No es que fuera mala chica —continuó—. Es que la pobre nunca se enteraba muy bien de las cosas, y no había nadie que se las explicara, y por aquí siempre estaban pasando extranjeros y viajantes. Algunos de ellos, unos tipos bastante atractivos.

Tiffany se apiadó de él, allí sentado con expresión abatida, avergonzado de estar explicando a su niñita cosas que su niñita no debería saber.

Así que Tiffany se inclinó hacia él y le dio otro beso en la mejilla.

—Lo sé, papá. De verdad que lo sé. En realidad Ámbar no es hija suya, ¿verdad?

—Bueno, yo no he dicho eso, ¿eh? Podría serlo —dijo su padre, nervioso.

Y ahí estaba el problema, seguro, pensó Tiffany. A lo mejor si Seth Rastrero hubiera sabido la verdad, fuera cual fuese, podría haber llegado a un acuerdo con el «quizá». Tal vez. Nunca se sabe.

Pero él tampoco lo sabía, y tendría temporadas en las que creía saberlo y temporadas en las que se ponía en el peor caso. Y para un hombre como Rastrero, de poco pensar, las ideas oscuras se retorcerían en su cabeza hasta enredarle el cerebro. Y cuando el cerebro deja de pensar, intervienen los puños.

Su padre estaba observándola con mucha atención.

—¿Tú sabes de esta clase de cosas? —preguntó.

—Lo llamamos «hacer la ronda por las casas». Todas las brujas la hacemos. Papá, por favor, intenta comprenderme. He visto cosas horribles, y algunas de ellas son más horribles todavía porque eran… bueno, normales. Todos los trapos sucios guardados a puerta cerrada, papá. Cosas buenas y cosas espantosas de las que no voy a hablarte. ¡Forma parte de la brujería, y punto! Aprendes a sentir las cosas.

—Bueno, ya sabes que la vida no es pan comido para nadie… —empezó a decir su padre—. Hubo una vez en que…

—Cerca de Tajada había una anciana —le interrumpió Tiffany—. Murió en la cama. Tampoco fue una gran desgracia: se le había acabado la vida, sin más. Pero estuvo allí muerta dos meses sin que nadie se preguntara qué había pasado. En Tajada son gente un poco rara. Lo peor de todo fue que sus gatos no podían salir y empezaron a comérsela. A ver, era una loca de los gatos y no creo que le hubiera importado, pero una de ellos tuvo gatitos en su cama. En su misma cama. Luego nos costó muchísimo encontrar sitios donde no hubiera llegado la historia para poder regalar a los gatitos. Y eso que eran unos gatitos preciosos, con unos ojos azules encantadores.

—Hum —respondió su padre—. Cuando dices «en su cama», te refieres a…

—A que ella seguía dentro, sí —dijo Tiffany—. Y he tenido que ocuparme de muertos, sí. La primera vez vomitas un poco, pero luego te das cuenta de que la muerte es, en fin, parte de la vida. No es tan malo si piensas en ello como en una lista de cosas por hacer y las haces una detrás de la otra. A lo mejor también lloras un poco, pero todo forma parte del asunto.

—¿Y no te ayudó nadie?

—Bueno, un par de señoras me ayudaron cuando llamé a sus puertas, pero en realidad esa mujer no importaba a nadie. A veces pasa. La gente se escurre por las grietas. —Calló un momento—. Papá, seguimos sin usar el viejo cobertizo de piedra, ¿verdad? ¿Podrías pedir a un par de los chicos que me lo limpiaran?

—Claro —respondió su padre—. ¿Te molesta que te pregunte por qué?

Tiffany oyó la educación en sus palabras: estaba hablando con una bruja.

—Creo que se me está ocurriendo una especie de idea —dijo—. Y me parece que puedo dar buen uso al cobertizo. No pasa de ahí, pero en todo caso tampoco vendrá mal que lo arreglemos un poco.

—Bueno, pero aun así no sabes lo orgulloso que me siento cuando te veo corriendo arriba y abajo con esa escoba tuya —insistió su padre—. Eso es magia, ¿no?

Todo el mundo quiere que exista la magia, pensó Tiffany. ¿Y qué vas a decirles? ¿Que no, que no la hay? ¿O que sí, pero que no es como ellos creen? Todos quieren creer que podemos cambiar el mundo con solo chasquear los dedos.

—Las hacen los enanos —respondió—. No tengo ni idea de cómo funcionan. El truco está en mantenerse encima.

La música brusca ya se había extinguido, probablemente porque no tenía nada que hacer, o tal vez porque —y esto era bastante plausible— si los músicos bruscos volvían pronto al pub, podía quedarles tiempo para una última ronda antes de que cerrara.

El señor Dolorido se levantó.

—A esta niña tendríamos que llevárnosla a casa, ¿no te parece?

—Mujer —le corrigió Tiffany inclinándose sobre ella.

—¿Cómo?

—Mujer —dijo Tiffany—. Como mínimo se merece eso. Y yo creo que antes tendría que llevármela a otro sitio. Necesita de una clase de ayuda que yo no puedo darle. ¿Puedes ir a pedir una cuerda, por favor? Tengo una correa de cuero en la escoba, claro, pero me parece que no bastará. —Oyó unos crujidos en el pajar elevado y sonrió. Algunos amigos podían ser de lo más fiables.

Pero el señor Dolorido se quedó atónito.

—¿Quieres llevártela del pueblo?

—No muy lejos. Es necesario. Pero tú no te preocupes. Si mamá prepara una cama más, volveré a traerla pronto.

Su padre bajó la voz.

—Son ellos, ¿a que sí? ¿Aún te siguen?

—Bueno —respondió Tiffany—, ellos dicen que no, ¡pero ya sabes lo mentirosos que son los Nac Mac Feegle!

Había sido un día muy largo y bastante duro, o Tiffany nunca habría sido tan injusta, pero —qué raro— no llegó ninguna réplica delatora de arriba. Para su sorpresa, de repente la ausencia de feegles resultaba casi tan perturbadora como una sobredosis.

Y entonces, para su deleite, una vocecilla comentó:

—Ja ja ja, esta vez non pillonos, ¿eh, rapaces? ¡Non dijimos ni esta boca es mía! ¡La arpiíña grandullona non sospecha nada! ¿Rapaces? ¿Rapaces?

—Wullie Chiflado, júrote que non tienes sesos ni para sonarte la nariz —dijo una voz parecida pero enfadada—. ¿Cuál parte de «a chistar el boquerón todo el mundo» non entendiste? ¡Aj, pardiez!

La última observación llegó seguida del ruido de una escaramuza.

El señor Dolorido lanzó una mirada nerviosa al techo y se acercó a Tiffany.

—¿Sabes que tienes muy preocupada a tu madre? Ha vuelto a ser abuela hace poco, ya lo sabes. Está muy orgullosa de todos ellos. Y de ti también, claro —añadió a toda prisa—. Pero todo este asunto brujeril… bueno, no es lo que los jóvenes buscan en una esposa. Y ahora que tú y el joven Roland…

Tiffany lidió con aquello. Lidiar también formaba parte de la brujería. Su padre parecía tan desgraciado que Tiffany puso su cara de alegría y aseguró:

—Si yo fuera tú, papá, me volvería a casa y dormiría toda la noche. Yo me encargo de esto. En realidad, ahí hay un rollo de cuerda, pero ahora estoy segura de que no va a hacerme falta.

Su padre puso cara de alivio al oírlo. Los Nac Mac Feegle podían resultar bastante preocupantes para quienes no los conocieran muy bien, aunque, ahora que lo pensaba, podían resultar bastante preocupantes por mucho que se les conociera; si un feegle entraba en tu vida, no tardaba en cambiarla.

—¿Estabais aquí todo el rato? —preguntó con firmeza, tan pronto como su padre se hubo marchado.

Hubo una lluvia momentánea de trocitos de paja y feegles enteros.

El problema de enfadarse con los Nac Mac Feegle era que servía para lo mismo que enfadarse con un cartón o con el tiempo: para nada. Tiffany lo hizo de todos modos, porque ya se había vuelto una especie de tradición.

—¡Rob Cualquiera! ¡Prometiste que no me espiarías!

Rob levantó una mano.

—Ya, ben, ahí dístele, eso es verdad, peru trátase de una de esas confunciones, porque en realidad non estábamos espiandu para nada, ¿a que non, zagales?

La masa de pequeñas figuras rojiazules que ahora cubría el suelo del granero alzó la voz en un coro de mentiras descaradas y perjurios. Se ralentizó a medida que iban viendo la expresión de ella.

—¿Por qué, Rob Cualquiera, insistes en mentir cuando te pillan con las manos en la masa?

—Ah, buenu, esa es fácil, señorita —respondió Rob Cualquiera, que en teoría era el cabecilla de los Nac Mac Feegle—. Al fin y al cabu, ¿para qué vas a mentir si non hiciste nada malo? En todu caso, oféndeme mortalmente hasta los menudillos que háyase calumniado mi buen nombre —dijo, con una amplia sonrisa—. ¿Cuántas veces mintiérate yo a ti?

—Setecientas cincuenta y tres veces —dijo Tiffany—. Cada vez que prometes no volver a meterte en mis asuntos.

—Ah, bueeeno —replicó Rob Cualquiera—, pero sigues siendo nuestra arpiíña grandullona.

—Ese puede ser o no ser el caso —declaró Tiffany, altiva—, pero ahora soy mucho más grandullona y considerablemente menos «iña» que antes.

—Y muchu más arpía —puntualizó una voz alegre. Tiffany no tuvo que buscar para saber quién había hablado. Solo Wullie Chiflado podía meter la pata tan hasta el cuello. Bajó la mirada hacia su carita sonriente. Además, Wullie nunca acababa de entender qué había hecho mal.

¡Arpía! Sonaba fatal, pero para los feegles todas las brujas eran arpías, por jóvenes que fuesen. No lo decían con segundas… bueno, probablemente no lo dijeran con segundas, aunque no se podía estar segura, y a veces Rob Cualquiera sonreía al decirlo, pero no era culpa suya que para todo el que midiera más de quince centímetros la palabra sugiriese alguien que se peina con rastrillo y tiene peores dientes que una oveja vieja. Que llamen a alguien arpía cuando tiene nueve años puede ser hasta gracioso. Ya no lo es tanto cuando se tiene casi dieciséis y se ha pasado un día muy malo y se ha dormido muy poco y de verdad, de verdad se necesita un baño.

Rob Cualquiera a todas luces se percató de ello, porque se volvió hacia su hermano y dijo:

—Supongu que recordarás, hermano mío, que a veces deberías meter la testa por el traseru de un pato en vez de hablar.

Wullie Chiflado se miró los pies.

—Siéntolo, Rob. Es que non encontré ningún pato agora mesmo.

El líder de los feegles miró a la chica tumbada en el suelo, durmiendo reposada bajo la manta, y de repente se impuso la seriedad.

—Si hubiéramos estadu aquí cuando pasó todo esu del cinturón, habría sido un mal día para él, eso asegúrotelo yo —aseveró Rob.

—Pues entonces, me alegro de que no estuvierais —respondió Tiffany—. No queréis que la gente suba a vuestro túmulo con palas, ¿verdad que no? Alejaos de los grandullones, ¿entendido? Les ponéis nerviosos. Cuando la gente se pone nerviosa, se enfada. Pero ya que estáis aquí, podéis ayudarme y hacer algo útil. Quiero subir a esta pobre chica al montículo.

—Sí, sabémoslo —dijo Rob—. ¿Acasu non fue la kelda en persona quien envionos aquí abaju a buscarte?

—¿Lo sabía? ¿Jeannie sabía esto?

—Non sé —respondió Rob, nervioso. Tiffany sabía que siempre le ponía nervioso hablar de su esposa. La amaba con locura y le temblaban las rodillas ante la mera idea de que Jeannie frunciera el ceño en su dirección. La vida de los demás feegles consistía en pelear, robar y emborracharse, con algunas partes adicionales como conseguir comida, que en general robaban, y hacer la colada, que en general no hacían. Como marido de la kelda, a Rob Cualquiera además le correspondía hacer la Explicamienda, que nunca era tarea fácil para un feegle—. Jeannie tiene la sabienda de las cosiñas, ya sabes —añadió, sin mirar directamente a Tiffany.

En ese momento sintió lástima por él, al pensar que tenía que ser preferible estar entre la espada y la pared que entre una kelda y una arpía.



# CAPÍTULO 3

A quienes haya perturbado el sueño

La luna estaba alta en el cielo y convertía el mundo en un rompecabezas de bordes afilados en negro y plata, mientras Tiffany y los feegles subían a las lomas. Los Nac Mac Feegle podían desplazarse en el silencio más absoluto cuando querían. En alguna ocasión habían cargado con la propia Tiffany, y siempre era un trayecto suave y en realidad bastante agradable, sobre todo si se habían bañado alguna vez en el último mes.

Todos los pastores de las colinas debían de haber visto el túmulo feegle en alguna ocasión. Nadie hablaba nunca de él. Sobre algunas cosas convenía guardar silencio, como por ejemplo el hecho de que la desaparición de ovejas en la loma donde vivían los feegles era mucho menor que en zonas de la Caliza más alejadas. Pero, por otra parte, sí desaparecían algunas ovejas; siempre eran los corderos débiles o los ejemplares muy viejos (a los feegles les gustaba la carne fuerte y dura, que podían masticar durante horas). Los rebaños estaban vigilados, y los guardias recibían su paga. Además, el montículo estaba muy cerca de lo poco que quedaba de la cabaña de pastoreo de la abuela Dolorido, que era casi terreno sagrado.

A medida que se acercaban, Tiffany pudo oler el humo que se filtraba por entre las matas de espinos. Bueno, al menos para entrar en el túmulo no tendría que meterse por la conejera, y menos mal. No pasaba nada por hacer esas cosas a los nueve años, pero a los dieciséis los resultados eran la indignidad, un buen vestido echado a perder y, aunque Tiffany jamás lo admitiría, sufrir incómodos aprietos.

Pero la kelda Jeannie había hecho cambios. Bastante cerca del túmulo había una vieja cantera de caliza a la que se llegaba por un pasadizo subterráneo. La kelda había puesto a sus chicos a trabajar en ella para añadirle láminas de hierro acanalado y unas lonas que habían «encontrado», con aquella forma tan particular que tenían de «encontrar» cosas. El lugar seguía teniendo el aspecto de la típica cantera de caliza de las lomas, porque los feegles habían cubierto el hueco tan meticulosamente con zarzas y enredaderas de lucía trepadora y falsa habichuela que incluso a un ratón le costaría horrores pasar al interior. Sin embargo, el agua pasaba, se deslizaba por el hierro y llenaba unos barriles dispuestos en la parte inferior. Ahora había mucho más espacio para cocinar, y también para que Tiffany pudiera bajar si se acordaba de gritar su nombre antes, de forma que unas manos invisibles tiraran de cordeles y le abrieran un camino entre las zarzas inexpugnables como por arte de magia. Allí abajo la kelda había instalado su cuarto de baño privado; los demás feegles se bañaban solo cuando había algo que se lo recordaba, como un eclipse lunar.

Hicieron entrar a Ámbar por el hueco del montículo, y Tiffany esperó impaciente cerca del lugar adecuado del bosquecillo de zarzas hasta que los espinos se apartaron por arte de magia.

Jeannie, la kelda, casi tan redonda como una pelota, estaba esperándola con un bebé en cada brazo.

—Alégrome mucho de verte, Tiffany —saludó, y por algún motivo la frase sonó rara y fuera de lugar—. Dije a los rapaces que salieran a corretear por ahí fuera —siguió diciendo—. Esto es asuntu de mujeres, y non es faena fácil, como supongo que ya sabrás. Rob y los otros dejaron a la chica abajo, junto al fuego, y ya empecé a darle los relajos. Tiene todu el aspecto de que pondrase bien, pero esta noche hiciste un buen trabajo. Ni siquiera tu famosa señora Ceravieja en persona pudo haberlo hecho mejor.

—Ella me enseñó a llevarme el dolor —explicó Tiffany.

—¿Ah, sí? —replicó la kelda dedicando una mirada extraña a Tiffany—. Espero que nunca véaste en situación de lamentar el día en que hízote… ese honor.

En aquel momento llegaron varios feegles por el túnel que daba al montículo principal. Sus miradas de incomodidad pasaron una y otra vez de su kelda a su arpía, y un reacio portavoz comentó:

—Non es por meternos donde non llámannos, señoras, pero estábamos preparandu una recena, y Rob dijo que preguntáramos si la arpiíña grandullona quisiera un poquín…

Tiffany olisqueó. El aire traía un aroma particular, que era como el tipo de aroma que llega cuando se pone carne de oveja en las inmediaciones de, por ejemplo, un asadero. De acuerdo, pensó, ya sabemos que lo hacen, ¡pero al menos podrían tener la educación de no hacerlo delante de mí!

El portavoz debió de caer en lo mismo porque, mientras estrujaba con frenesí el borde de su kilt usando las dos manos, como tienden a hacer los feegles cuando mienten como bellacos, añadió:

—Bueeeno, pareciome oír que a lo mejor un pedazo de vejiña cayose por accidente en la parrilla donde estábase cocinando, o algu del estilo, y nosotros intentamos sacarla, pero… buenu, ya sabes cómo son las vejiñas; el caso es que montó en pánico y resistiose. —Llegado a aquel punto, el evidente alivio que el portavoz sentía por haber sido capaz de improvisar algún tipo de excusa le llevó a aspirar a las más altas cumbres de la ficción, y siguió diciendo—: Opínome yo que la vejiña tuviera tendencias suicidas causadas por non tener nada más que hacer en todu el día que comer hierba.

Miró esperanzado a Tiffany para ver si había colado, pero en ese momento la kelda intervino con brusquedad:

—Jock Pequeño Picodeoro, ya estás volviendo ahí dentru y diciendo que la arpiíña grandullona quiere un buen bocadiño de cordero, ¿estamos? —Alzó la mirada hacia Tiffany y continuó—: Y sin discutir, rapaza. Paréceme a mí que estás casi desfallecida del tiempo que hace que non comes un buen plato caliente. Ben sé yo que las brujas cuidan de todos menos de ellas mesmas. Podéis ir tirandu, rapaces.

Tiffany seguía notando una tensión en el aire. La kelda, sin apartar de ella su mirada diminuta pero solemne, dijo:

—¿Acuérdaste de ayer?

Sonaba a pregunta tonta, pero Jeannie jamás hacía nada tonto. Valía la pena darle un par de vueltas, aunque lo que Tiffany ansiaba era comer un poco de cordero suicida y dormir una noche entera.

—Ayer… Bueno, supongo que ahora ya es anteayer, pero me llamaron de Abrocho de Abajo —respondió, pensativa—. El herrero había descuidado su fragua, y cuando reventó le cayeron carbones al rojo vivo por toda la pierna. Le traté y me llevé el dolor, que dejé en su yunque. Me dio once kilos de patatas por hacerlo, tres pieles de ciervo curtidas, medio cubo de clavos, una sábana vieja pero aprovechable para hacer vendas y un frasquito de grasa de erizo, que según su esposa es el mejor remedio para la inflamación de los conductos. También tomé un buen plato de estofado con la familia. Después, ya que estaba en la zona, me acerqué a Abrocho de Más Abajo para ver cómo iba el problemilla del señor Gower. Le mencioné la grasa de erizo y él me dijo que era mano de santo para curar los inmencionables, y me cambió un jamón entero por el frasco. La señora Gower me hizo el té y me dejó recolectar una canasta de amor encurtido, que crece mejor en su jardín que en ningún otro sitio que haya visto nunca. —Tiffany se detuvo un momento—. Ah, sí, y luego me desvié hasta Veteasaber para cambiar una cataplasma, y después bajé a atender al barón, y luego, claro, ya me quedó el resto del día para mis cosas. ¡Ja! Pero en general no fue un día malo, porque la gente estaba demasiado atareada pensando en la feria.

—Y colorín colorado, el día se ha acabado —replicó la kelda—, y sin duda fue un día ocupadu y productivo. Pero yo llevu todo el día con premoniciones sobre ti, Tiffany Dolorido. —Jeannie levantó una manita de color avellana mientras Tiffany empezaba a protestar y continuó hablando—: Tiffany, debes saber que cuido de ti. Eres la arpía de las colinas, al fin y al cabu, y tengo el poder de verte en mi testa, de tenerte echado un ojo, porque alguien ha de hacerlu. Sé que sábeslo porque eres lista, y sé que finges que non sábeslo, igual que yo finjo que non sé que lo sé, y seguro que eso tambén lo sabes, ¿verdad?

—Creo que necesito lápiz y papel para seguirte —dijo Tiffany intentando quitar hierro al asunto.

—¡Non tiene gracia! Véote nublada en mi testa. Peligro a tu alrededor. Y lo peor de todu es que non atino a ver de dónde proviene. ¡Y eso non puede ser!

Al mismo tiempo que Tiffany abría la boca, apareció media docena de feegles correteando por el túnel del montículo, llevando un plato entre todos. Tiffany no pudo evitar reparar, porque las brujas siempre reparan en todo a la menor ocasión, en que la decoración azul del borde se parecía mucho a la de la segunda mejor vajilla de su madre. El resto del plato quedaba oculto por un gran filete de carnero, con guarnición de patatas asadas. Olía de maravilla, y su estómago se impuso al cerebro. Una bruja comía allí donde podía y daba gracias.

La carne estaba partida por la mitad, aunque la mitad de la kelda era un poco más pequeña que la mitad de Tiffany. En términos estrictos, no puede haber una mitad que sea más pequeña que la otra mitad, porque entonces no sería una mitad, pero los seres humanos entienden lo que significa. Y las keldas siempre demostraban un apetito desproporcionado con su tamaño, porque tenían bebés que fabricar.

De todas formas, aquel no era momento de hablar. Un feegle ofreció a Tiffany un cuchillo que en realidad era un espadón feegle, y luego sostuvo en alto una lata más bien mugrosa con una cucharilla dentro.

—¿Salsa? —ofreció con timidez.

Aquello se pasaba un poco de elegante para ser una comida feegle, aunque Jeannie estaba civilizándolos un poco, en la medida en que se podía civilizar a un feegle. Por lo menos iban mejorando en algo. Sin embargo, Tiffany era lo bastante sensata como para recelar.

—¿Qué lleva? —dijo, consciente de que era una pregunta peligrosa.

—Ah, unas cosiñas estupendas —respondió el feegle removiendo la cuchara en la lata—. Lleva manzana silvestre, sí, y semilla de mostaza y rábanu picante y caracol y hierbas del bosque y ajo y una pizquiña de maldito trepa… —Pero una palabra le había salido un poco demasiado rápida para el gusto de Tiffany.

—¿Caracol? —interrumpió.

—Ah, sí, sí, muy nutritivo, todu lleno de vitiminas y monirales, ya sabes, y tambén de protipiñas de esas, y lo mejor de todu es que, si pónesles bastante ajo, saben a ajo.

—¿A qué saben si no les pones ajo? —preguntó Tiffany.

—A caracoles —dijo la kelda apiadándose del camarero—, y debo decir que son buenos para comer, rapaza mía. Los chicos sácanlos por la noche para que pasten col silvestre y diente de león. Tienen buen sabor, y creo que alegrarate saber que non róbase nada para tenerlos.

Tiffany tuvo que reconocer que le parecía bien. Los feegles eran unos ladrones tan redomados como insistentes, y robaban sobre todo por diversión. Por otra parte, y con la gente apropiada en el lugar apropiado y el momento apropiado, podían ser muy generosos, como por suerte estaba siendo el caso.

—Aun así, ¿feegles granjeros? —preguntó en voz alta.

—Ah, non, non —dijo el portavoz mientras los compañeros interpretaban una pantomima del disgusto ofendido diciendo «puaj» y metiéndose los dedos en la garganta—. Non somos granjeros, esto es trashumancia de ganadu, adecuada para los que somos de espítitu libre y gústanos sentir el viento entrándonos en los kilts. Agora, tambén dígote que las estampidas pueden ser un poquiño embarazosas.

—Ponte un poco, por favor —le rogó la kelda—. Los animará a seguir haciéndolo.

En realidad, la flamante alta cocina feegle era bastante sabrosa. A lo mejor es verdad eso que dicen, pensó Tiffany, lo de que el ajo pega con todo. Menos con las natillas.

—Non hagas casu a mis rapaces —dijo Jeannie cuando las dos hubieron comido hasta hartarse—. Los tiempos están cambiando y creo que sábenlo. Para ti tambén. ¿Cómo siénteste?

—Ah, ya sabes. Como siempre —respondió Tiffany—. Cansada, aturullada y molesta. Esas cosas.

—Trabajas demasiado, rapaza mía. Témome que non estés comiendo lo suficiente, y está claru como el agua que non duermes lo suficiente. Me pregunto cuándu fue la última vez que dormiste una noche del tirón en una cama de verdad. Sabes que necesitas el sueñu, que non puédese pensar ben sin descansar. Témome que prontu necesitarás toda la fuerza que puedas reunir. ¿Quieres que póngate los relajos?

Tiffany volvió a bostezar.

—Gracias por la oferta, Jeannie —respondió—, pero no creo que me hagan falta, si te parece bien. —Había un vellón grasiento amontonado en el rincón, que seguramente hacía poco había pertenecido a la oveja que decidió despedirse del mundo cruel y suicidarse. Tenía un aspecto muy tentador—. Tendría que ir a ver a la chica. —Las piernas de Tiffany parecían reacias a moverse—. Pero me imagino que en un montículo feegle tiene bien guardadas las espaldas.

—Ah, non —dijo Jeannie en voz baja mientras los ojos de Tiffany se cerraban—. Aquí tiene ben guardado mucho, mucho más que las espaldas.

Cuando Tiffany empezó a roncar, Jeannie subió con paso lento el túnel para llegar al túmulo en sí. Ámbar estaba acurrucada cerca de la hoguera, pero Rob Cualquiera había apostado a varios de los feegles más viejos y sabios a su alrededor. El motivo era que había empezado la pelea nocturna. Los Nac Mac Feegle peleaban con la misma frecuencia con que respiraban, y normalmente al mismo tiempo. Lo hacían a modo de modo de vida, en cierto modo. Además, cuando solo se mide unos pocos centímetros, el mundo está lleno de cosas contra las que luchar, así que más vale aprender pronto.

Jeannie se sentó junto a su marido y contempló la trifulca un rato. Los feegles jóvenes rebotaban contra las paredes, contra sus tíos o entre ellos. Al cabo de un tiempo, dijo:

—Rob, ¿crees que estamos criando ben a nuestros rapaces?

Rob Cualquiera, que era sensible al estado de ánimo de Jeannie, echó un vistazo a la chica dormida.

—Aj, sí, esu está clarísimo… Eh, ¿viste eso? ¡Jock Un Poco Más Pequeño Que Jock Pequeño dio una patada a Wullie en todu el bico! ¡Eso sí es pelear sucio, y mira que aún non mide ni ochu centímetros!

—Un día será un guerrero impresionante, Rob, sí que es verdad —reconoció Jeannie—, pero…

—Es lo que siempre dígoles yo —continuó Rob Cualquiera, emocionado, mientras el joven feegle pasaba volando por encima de ellos—: ¡El camino hacia el éxitu consiste en atacar solu a personas que sean muchu más grandes que uno! ¡Es una regla importante!

Jeannie suspiró mientras otro feegle joven se estampaba contra la pared, sacudía la cabeza y corría de vuelta a la pelea. Era casi imposible herir a un feegle. Cualquier humano que intentara pisotear a uno de ellos descubriría que el hombrecillo que creía tener bajo la bota estaba en realidad trepando por la pernera de su pantalón, y después de eso la situación solo podía empeorar. Además, si alguien veía a un feegle, lo más normal era que cerca hubiera otros muchos que no había localizado, y ellos sin duda le habrían localizado a él.

A lo mejor los grandullones tienen problemas más grandes porque son más grandes que nosotros, pensó la kelda. Suspiró para sus adentros. Nunca se lo revelaría a su marido, pero a veces se preguntaba si un feegle joven podía aprender y sacar provecho de algo como, bueno, la contabilidad. Algu por lo que non tuviera que rebotar contra paredes ni pasarse el día peleando. Pero en ese caso ¿seguiría siendo un feegle?

—La arpiíña grandullona tiéneme canguelosa, Rob —confesó—. Pasa algo malo.

—Ella quiso ser arpía, cariñu —respondió Rob—. Agora tendrá que aliviar su malandanza, igual que nosotros. Es una luchadora ben maja, ya sábeslo. Besó al Señor del Inviernu hasta matarlo, y atizó a la Reina de los Elfos con una sartén. Y tambén acuérdome de la vez en que aquella besta invisible metiósele en la testa y ella peleó hasta que pudo alejarla. Es una luchadora.

—Ah, eso selo muy ben —dijo la kelda—. Besó a la faz del inviernu y trajo de vuelta la primavera. Fue grandioso lo que hizo, desde luegu, pero llevaba puesta la túnica del verano. Fue ese poder el que envió hacia él, non solo el suyo propio. Hízolo de maravilla, ojo; non ocúrreseme nadie que pudiera haberlo hechu mejor. Pero débese andar con cuidado.

—¿Qué enemigu puede tener que non podamos combatir junto a ella? —preguntó Rob.

—Non sabría decirte —respondió la kelda—, pero es la impresión que tengo dentro de mi testa. Cuando besó al inviernu, sacudiome hasta las entrañas. Diome la sensación de que agitaba el mundu entero, y non dejo de preguntarme si puede haber a quienes haya perturbado el sueño. Asegúrate, Rob Cualquiera, de tenerle más de un ojo echado.



# CAPÍTULO 4

Ni en manos de pobre

El sonido de la risa despertó a una hambrienta Tiffany. Ámbar estaba despierta y, contra toda probabilidad, alegre.

Tiffany averiguó el motivo cuando logró apretujar la mayoría de su cuerpo en el túnel que llevaba al montículo. La chica aún estaba acurrucada en el suelo, pero un grupo de feegles jóvenes estaba entreteniéndola con sus volteretas, saltos mortales y algún tropezón humorístico de vez en cuando.

La risa era más joven que la propia Ámbar: sonaba como las monerías que hace un bebé al ver cosas brillantes de colores bonitos. Tiffany no sabía cómo funcionaban los relajos, pero eran mejores que cualquier cosa que pudiera hacer una bruja; parecían asentar al paciente y sanarlo desde dentro de la cabeza hacia fuera. Curaban a la gente y, lo mejor de todo, hacían que olvidara. A veces, en opinión de Tiffany, la kelda hablaba de ellos como si estuvieran vivos, como si fuesen tal vez ideas con vida, o criaturas vivas benéficas que, de algún modo, se llevaban las cosas malas.

—Va mejorando —dijo la kelda apareciendo de la nada—. Pondrase bien. Tendrá pesadillas cuando vaya saliendu la oscuridad. Los relajos non pueden hacerlo todo. Agora está volviendo a ser ella mesma, desde el mesmo principio, y eso es lo mejor que puédele pasar.

Aún era de noche, pero el amanecer ya se perfilaba en el horizonte. Tiffany tenía un trabajo sucio que hacer antes del alba.

—¿Puedo dejarla aquí contigo un ratito? —pidió—. Tengo una cosilla que ha de hacerse.

No tendría que haberme dormido, pensó mientras salía de la cantera. ¡Tendría que haber vuelto enseguida! ¡No tendría que haber dejado al pobrecito allí!

Desenredó su escoba de los espinos que rodeaban el túmulo y se quedó petrificada. Había alguien observándola, lo notaba en la nuca. Se giró de sopetón y vio a una anciana vestida de negro, bastante alta pero apoyada en un bastón. Mientras Tiffany la miraba la mujer se desvaneció lentamente, como evaporándose hasta fundirse con el paisaje.

—¿Señora Ceravieja? —dijo Tiffany al aire vacío, pero era ridículo. Yaya Ceravieja no se dejaría ver con bastón ni muerta, y desde luego mucho menos se dejaría ver viva.

Captó un movimiento con el rabillo del ojo. Al volverse de nuevo, encontró una liebre levantada sobre sus patas[[9]](#footnote-9) traseras, observándola con interés y sin el menor atisbo de miedo.

Solían hacerlo, por supuesto. Los feegles no las cazaban, y el típico perro pastor se quedaría sin piernas antes de que una liebre se quedara sin aliento. La liebre no tenía madriguera estrecha en la que verse atrapada, ya que su hogar estaba en la velocidad, en cruzar el terreno como una exhalación, como un sueño del viento… y por eso podía permitirse quedarse sentada a ver pasar el lento mundo.

Aquella liebre ardió en llamas. Resplandeció durante un momento y luego, intacta del todo, se alejó a la carrera.

Muy bien, pensó Tiffany mientras acababa de desenganchar la escoba, vamos a considerar lo que ha pasado con sentido común. La hierba no está chamuscada y las liebres no tienen fama de estallar en llamas, así que… Se detuvo al abrirse una minúscula trampilla en su memoria.

La liebre corre al fuego.

¿Eso lo había leído en alguna parte? ¿Lo había oído en alguna canción? ¿En una nana? ¿Qué tenía que ver la liebre con todo lo demás? Pero Tiffany era una bruja al fin y al cabo y tenía trabajo que hacer. Los presagios misteriosos podían esperar. Las brujas sabían que había presagios misteriosos para dar y regalar. El mundo casi siempre rebosaba de presagios misteriosos. El truco estaba en elegir el que más conviniera.

Los murciélagos y los búhos se apartaron sin esfuerzo de la trayectoria de Tiffany, que sobrevolaba el pueblo durmiente. La casa de los Rastrero estaba en el mismo límite. Tenía huerto. Todas las casas del pueblo tenían huerto, la mayoría de ellos para cultivar verduras o, si la esposa llevaba la voz cantante, verduras y flores a partes iguales. Delante de casa de los Rastrero había diez metros de ortigas.

Verlas siempre sacaba a Tiffany de quicio y hasta de la casa entera. ¿Tanto habría costado arrancar las malezas y plantar una buena cosecha de patatas? Lo único que necesitaban era estiércol, y eso nunca faltaba en un pueblo de granjeros; lo difícil era impedir que acabara dentro de la casa. El señor Rastrero debería haberse esforzado un poco.

El hombre había regresado al granero, o por lo menos alguien había entrado. Ahora el bebé estaba encima del montón de paja. Tiffany había llegado preparada con un trozo de sábana de lino vieja pero aprovechable, que al menos era mejor que la paja y la tela de saco. Pero alguien había trasladado el cuerpecito y lo había rodeado de flores, aunque las flores en realidad fuesen ortigas. Además, había encendido una vela sobre una palmatoria de hojalata como las que había en todas las casas del pueblo. Una palmatoria. Fuego. Sobre una pila de paja suelta. En un granero lleno de heno reseco y más paja. Tiffany lo contempló horrorizada, y entonces oyó un gruñido en lo alto. Había un hombre colgado de las vigas del granero.

La viga crujió. Bajaron flotando un poco de polvo y unas briznas de heno. Tiffany se apresuró a atraparlas y levantó la vela antes de que la siguiente oleada de briznas incendiara el granero entero. Estaba a punto de apagar la vela de un soplido cuando cayó en la cuenta de que, si lo hacía, se quedaría a oscuras con el cuerpo que giraba poco a poco y podía ser un cadáver o no serlo. La dejó en el suelo junto a la puerta, con todo el cuidado del mundo, y tanteó a su alrededor en busca de algo afilado. Pero aquel era el granero de los Rastrero y todas las herramientas estaban embotadas, salvo una sierra.

¡El que está ahí arriba tiene que ser él! ¿Quién va a ser si no?

—¿Señor Rastrero? —dijo mientras trepaba hacia las vigas polvorientas.

Se oyó algo parecido a un resuello. ¿Era buena señal?

Tiffany logró rodear un travesaño con una pierna, lo que le dejó una mano libre para manejar la sierra. El problema era que necesitaba otras dos manos. La cuerda estaba tensa en torno al cuello del hombre, y los dientes romos de la sierra rebotaban contra ella, haciendo que el cuerpo oscilara aún más. Para colmo, el muy idiota estaba empezando a revolverse, de modo que la cuerda ya no solo se balanceaba, sino también se retorcía. Tiffany no tardaría en caerse.

Notó un movimiento en el aire, vislumbró un destello de hierro, y Rastrero cayó a plomo. Tiffany logró mantener el equilibrio hasta agarrarse a un travesaño polvoriento y medio descendió, medio resbaló hasta el suelo.

Atacó la cuerda con las uñas, pero estaba tan tensa como un tambor… Y en ese momento debió haber sonado una ráfaga musical, porque de pronto allí estaba Rob Cualquiera, justo delante de ella. Llevaba en la mano un espadón diminuto y brillante, y le lanzó una mirada de interrogación.

Tiffany gimió para sí misma. ¿Qué bien hace usted, señor Rastrero? ¿Qué bien ha hecho en su vida? Ni siquiera es capaz de ahorcarse como corresponde. ¿Qué bien podrá llegar a hacer? Si ahora le dejara terminar lo que ha empezado, ¿no estaría haciéndoles un favor al mundo y a usted mismo?

Era lo que tenían los pensamientos. Se pensaban a sí mismos y luego iban cayendo en la mente con la esperanza de que se opinara como ellos. Los pensamientos como ese debían apartarse de un manotazo, porque podían tomar el control de una bruja si se les permitía. Y entonces todo se vendría abajo y no quedaría nada más que las carcajadas histéricas.

Tiffany había oído decir que si querías entender a alguien tenías que saber por dónde le apretaban los zapatos, lo que no tenía mucho sentido porque, para cuando lo supieras, probablemente también sabrías que ese alguien estaba persiguiéndote para acusarte de robo de calzado… aunque por supuesto, seguramente escaparías porque tu perseguidor iba descalzo. Pero Tiffany entendía a qué se refería el dicho, y tenía delante a un hombre al borde de la muerte. No había elección, ninguna en absoluto. Tenía que alejarlo de ese borde por un puñado de ortigas: en el interior del muy desgraciado quedaba algo que aún podía ser bueno. Era una chispita de nada, pero estaba ahí. Y no había discusión.

Mientras en el fondo odiaba lo sentimental que podía llegar a ser, hizo un gesto con la cabeza al gran hombre del clan feegle.

—Muy bien —dijo—, procura no hacerle demasiado daño.

La espada centelleó y el corte tuvo delicadeza de cirujano, aunque un cirujano se habría lavado las manos antes.

La cuerda saltó como por resorte al cortarla Rob y salió despedida como si fuera una serpiente. Rastrero dio una bocanada de aire tan profunda que, junto a la puerta, la llama de la vela pareció menguar un instante.

Tiffany se puso de pie y se sacudió la paja de las rodillas.

—¿Para qué ha vuelto? —le preguntó—. ¿Qué estaba buscando? ¿Qué esperaba encontrar?

El señor Rastrero se quedó allí tendido. Ni siquiera pudo soltar un gruñido por respuesta. En aquel momento era difícil odiarle, viendo cómo jadeaba en el suelo.

Ser una bruja significaba tomar decisiones, en general las decisiones que la gente normal no quería tomar o de cuya existencia ni siquiera sabía. Así que Tiffany limpió la cara del hombre con un trozo de trapo que había empapado con la bomba del huerto y envolvió al niño muerto con el fragmento de tela más grande y limpio que había traído con ese propósito. No era la mejor mortaja posible, pero era honrada y civilizada. Se recordó a sí misma, como ensoñada, que tenía que reponer sus suministros de vendajes improvisados, antes de comprender lo agradecida que debía sentirse.

—Gracias, Rob —dijo—. No creo que hubiera podido apañármelas sola.

—Me da a mí que pudiera ser que sí —respondió Rob Cualquiera, aunque los dos sabían que no era cierto—. Dio la casualidad de que marchaba por aquí, ya sabes, non porque estuviera siguiéndote ni nada. Una coincidencia de esas.

—Últimamente ha habido muchas de esas coincidencias —comentó Tiffany.

—Sí —convino Rob sonriendo—. Será otra coincidencia.

Era imposible avergonzar a un feegle. Sencillamente no entendían el concepto.

Rob estaba observándola.

—¿Qué pasará agora? —preguntó.

Y esa era la cuestión. Las brujas necesitaban convencer a la gente de que sabían qué hacer a continuación, aunque no lo supieran. Rastrero viviría, y el pobre niño no iba a dejar de estar muerto.

—Me encargaré de las cosas —respondió—. Es lo que hacemos siempre nosotras.

Solo que estoy yo sola y no hay ningún «nosotras», pensó mientras volaba entre la niebla matutina hacia el lugar de las flores. Ojalá, ojalá lo hubiera.

En el bosque de avellanos había un claro que estaba florido desde principios de primavera hasta finales de otoño. Allí crecía la ulmaria, la dedalera, el pantalón de viejo, el Jack-métete-en-la-cama, el bonete de damas, el tres-veces-Charlie, la salvia, la hierba lombriguera, la milenrama, el amor de hortelano, la prímula y dos tipos más de orquídea.

Era el lugar donde estaba enterrada la anciana a la que habían acusado de brujería. Si se sabía dónde buscar, debajo de toda la vegetación podía encontrarse lo poco que quedaba de su casita y, si de verdad se sabía dónde buscar, también el lugar donde la habían enterrado. Si de verdad de la buena se sabía dónde buscar, podía hallarse el lugar donde Tiffany había enterrado al gato de la anciana. En su tumba crecía la hierba gatera.

Mucho tiempo atrás la música brusca había llegado en busca de la anciana y de su gato, y tanto que había llegado, y la gente que seguía su ritmo la había sacado a rastras sobre la nieve, había derribado la desvencijada casita y había quemado sus libros porque tenían ilustraciones de estrellas.

Y ¿por qué? Porque el hijo del barón había desaparecido, y la señora Snapperly no tenía familia ni dientes y, para ser sinceros, además soltaba risas histéricas de vez en cuando. Por lo tanto, era una bruja, y la gente de la Caliza no confiaba en las brujas, de modo que la sacaron a la nieve y, mientras el fuego devoraba el techo de paja de la casita y páginas y páginas de estrellas crujían y se arrugaban flotando hacia el cielo nocturno, los hombres apedrearon al gato hasta matarlo. Y la anciana, después de pasar ese invierno llamando a puertas que no se abrían para ella, murió en la nieve. Como en algún sitio había que enterrarla, ahora había una tumba poco profunda donde se había alzado la vieja casa.

Pero resultó que la anciana no había tenido nada que ver con que desapareciera el hijo del barón. Resultó que poco después Tiffany había viajado a un extraño país de las hadas para traerlo de vuelta. Resultó que ya nadie hablaba nunca de la anciana. Pero cuando pasaban junto al claro en verano, las flores llenaban el aire de dicha y las abejas lo llenaban de los colores de la miel.

Nadie hablaba de ello. En fin, ¿qué iban a decir, que en la tumba de la vieja crecían flores raras y en el lugar donde la pequeña Tiffany había enterrado al gato crecía la hierba gatera? Era un misterio, y tal vez una sentencia, aunque lo mejor era no dar vueltas a quién la había declarado y sobre quién, y todavía mejor era no hablar de ello. Sin embargo, que crecieran unas flores tan maravillosas sobre los restos de una posible bruja… ¿cómo podía ser?

Tiffany no se hacía esa pregunta. Las semillas le habían salido por un ojo de la cara, y había tenido que desplazarse hasta Doscamisas para comprarlas, pero había jurado que todos los veranos el colorido del bosque recordaría a la gente que habían acosado a una anciana hasta su muerte, y que estaba enterrada allí. No sabía del todo por qué lo consideraba importante, pero estaba convencida con toda su alma de que lo era.

Cuando terminó de cavar la profunda pero triste zanja en un matorral de amor apresurado, Tiffany miró a su alrededor para asegurarse de que no hubiera ningún madrugador mirando y usó las dos manos para llenar el hueco de tierra, cubrirlo de hojas muertas y trasplantar algunos nomerrecuerdes. No era del todo buen terreno para ellos, pero crecían rápido y eso era lo importante porque… alguien la estaba observando. Era crucial no mirar a su alrededor. Sabía que era imposible que la vieran. En toda su vida había conocido solo a una persona mejor que ella en no dejarse ver, y esa persona era Yaya Ceravieja. Además, la neblina no se había levantado aún y Tiffany habría oído a cualquiera que llegara por el sendero. Tampoco era ningún pájaro, ni otros animales; daban una sensación distinta.

Una bruja nunca tendría que mirar a su alrededor porque debería saber quién estaba detrás de ella. Tiffany solía deducirlo sin problemas, pero todos sus sentidos le decían que en aquel claro no había nadie más que Tiffany Dolorido, y de algún modo, por extraño que pareciera, tampoco era del todo cierto.

—Demasiado trabajo y falta de sueño —dijo en voz alta, y le pareció oír una voz tenue que respondía: «Sí». Fue como un eco, solo que no tenía nada de lo que ser eco.

Tiffany se alejó tan deprisa como pudo hacer volar la escoba, que al no ser una gran velocidad por lo menos evitaba que pareciera que estaba huyendo.

Volverse loca. Las brujas no hablaban de ello muy a menudo, pero lo tenían en mente a todas horas.

Volverse loca, o más bien no volverse loca, era el centro y el corazón de la brujería, y funcionaba del siguiente modo: al cabo de un tiempo, una bruja, que trabajaba casi siempre sola como mandaba la tradición brujeril, tenía cierta tendencia a volverse… rara. Por supuesto, dependía de la cantidad de tiempo y de la fortaleza mental de la bruja, pero tarde o temprano todas empezaban a confundir conceptos como correcto e incorrecto, bien y mal o verdad y consecuencias. La confusión podía ser muy peligrosa, así que las brujas tenían que mantenerse unas a otras normales, o por lo menos lo que pasaba por «normales» entre brujas. Tampoco hacía falta gran cosa: tomar juntas el té, cantar unas canciones, dar un paseo por el bosque… y de alguna manera todo se equilibraba y ya podían mirar anuncios de casitas de mazapán en el folleto del constructor sin verse impelidas a abonar la entrada de una.

Por encima de todas las preocupaciones de Tiffany estaba la de volverse loca. Llevaba dos meses sin subir a las montañas, y hacía tres desde que había hablado con la señorita Lento, la única otra bruja que se veía por allí abajo. No había tiempo para ir de visita. Siempre había demasiado que hacer. A lo mejor ahí está el truco, pensó Tiffany. Si te mantienes ocupada, no te queda tiempo para volverte loca.

El sol ya había subido en el cielo cuando Tiffany llegó al túmulo feegle, y le sorprendió encontrar a Ámbar sentada en la ladera del montículo, rodeada de feegles y riendo. Cuando Tiffany terminó de aparcar la escoba en los matorrales de espino, la kelda estaba esperándola.

—Esperu que non impórtete —dijo cuando vio la cara de Tiffany—. La luz del sol es muy buena medicina.

—Jeannie, te agradezco muchísimo que le hayas puesto los relajos, pero no quiero que Ámbar sepa demasiado de vosotros. Podría contárselo a alguien.

—Ah, para ella será todu como un sueño, ya ocúpanse de eso los relajos —respondió Jeannie con calma—. ¿Y quién va a hacer mucho casu a una rapaciña que habla de las hadas?

—¡Tiene trece años! —exclamó Tiffany—. ¡No debería ocurrir!

—¿Acasu non es feliz?

—Bueno, sí, pero…

La mirada de Jeannie se endureció. Siempre había tenido mucho respeto a Tiffany, pero el respeto exige respeto a cambio. Era el túmulo de Jeannie, al fin y al cabo, y seguramente también sus tierras.

Tiffany se conformó con decir:

—Su madre estará preocupada.

—¿Ah, sí? —dijo Jeannie—. ¿Y la madre preocupose cuando dejó a la pobre rapaciña recibiendo una somanta?

Tiffany deseó que la kelda no fuese tan sagaz. La gente antes decía a Tiffany que de tan aguda que era iba a acabar pinchándose, pero la mirada firme de la kelda podría haber perforado planchas de hierro.

—Bueno, la madre de Ámbar… no es muy… lista.

—Eso oí —comentó Jeannie—, pero casi todas las bestas tienen poco seso, y aun así la cierva plántase firme para defender a su cervatillo, y la zorra es capaz de enfrentarse al perro por su cachorro.

—Los humanos somos más complicados.

—Eso parece —dijo la kelda, con una momentánea voz gélida—. Buenu, los relajos están funcionando ben, así que tal vez a la chica le convenga marchar a tu mundo complicado…

Donde aún vive su padre, se recordó Tiffany a sí misma. Sé que vive. Estaba magullado pero respiraba, y de verdad espero que se espabile. ¿Este problema terminará en algún momento? ¡Hay que solucionarlo! ¡Tengo otras cosas que hacer! ¡Y esta tarde he de ir a ver al barón!

El padre de Tiffany las recibió cuando entraron en el corral. Tiffany siempre dejaba la escoba atada a un árbol que había al lado, en teoría porque los pollos se asustaban si la veían pasar volando por encima, pero sobre todo porque nunca había sabido aterrizar con mucha gracia y no le gustaba tener público.

El señor Dolorido miró a Ámbar y luego a su hija.

—¿Se encuentra bien? La veo un poco… en las nubes.

—Ha tomado una cosa para tranquilizarse y sentirse mejor —explicó Tiffany—, y no hay que dejar que vague por ahí.

—Su madre está que se sube por las paredes, ¿sabes? —continuó el padre de Tiffany en tono desaprobador—, pero le he dicho que estabas cuidando de Ámbar en un lugar muy protegido.

En su tono se escuchaba un «Estás segura de esto, ¿verdad?», pero Tiffany se esmeró en pasarlo por alto y solo respondió:

—Eso hacía.

Intentó imaginarse a la señora Rastrero subiéndose por las paredes, y fracasó. Siempre que veía a aquella mujer, tenía la misma expresión de recelo desconcertado, como si la vida tuviera demasiados rompecabezas y no hubiera más opción que verlos venir.

El padre de Tiffany se llevó a su hija aparte y bajó la voz.

—Rastrero volvió anoche —susurró—, ¡y dicen que alguien ha intentado matarle!

—¿Qué?

—Tal y como te lo cuento.

Tiffany se volvió hacia Ámbar. La chica se había quedado mirando el cielo como si esperase con paciencia a que ocurriera algo interesante.

—Ámbar —le dijo con cautela—, tú sabes dar de comer a las gallinas, ¿verdad?

—Oh, sí, señorita.

—Pues ve a dar de comer a las nuestras, ¿quieres? Hay grano en el granero.

—Tu madre les ha echado hace unas horas… —empezó a decir su padre, pero Tiffany se apresuró a llevarlo aparte.

—¿Cuándo ha ocurrido? —preguntó mirando cómo Ámbar entraba obediente en el granero.

—Anoche, en algún momento. Me lo ha dicho la señora Rastrero. Al marido le habían dado una buena tunda en ese granero suyo que se cae a cachos. Justo donde estuvimos sentados anoche.

—¿La señora Rastrero ha vuelto allí? ¿Después de todo lo que pasó? ¿Qué es lo que ve en él?

El señor Dolorido se encogió de hombros.

—Es su marido.

—¡Pero todo el mundo sabe que le pega!

Su padre hizo un leve gesto de vergüenza.

—Bueno —respondió—, supongo que para algunas mujeres cualquier marido es mejor que ninguno.

Tiffany abrió la boca para replicar, miró a los ojos de su padre y vio la verdad en lo que acababa de decir. Había visto a algunas mujeres como la señora Rastrero en las montañas, exhaustas por tener demasiados niños y demasiado poco dinero. Por supuesto, si conocían a Tata Ogg al menos podían hacer algo respecto a los niños, pero aun así había familias que a veces tenían que vender las sillas para poner un plato en la mesa. Y nunca había nada que pudiera hacerse al respecto.

—Al señor Rastrero no le han pegado, papá, aunque tampoco sería tan mala idea si lo hicieran. Le he encontrado ahorcándose y he cortado la soga.

—Tiene dos costillas rotas y moratones por todas partes.

—Ha caído desde alto, papá… ¡Estaba a punto de ahogarse! ¿Qué querías que hiciera? ¿Dejarle ahí, balanceándose? ¡Ha vivido para ver un nuevo día, se lo merezca o no! ¡Mi trabajo no es hacer de verdugo! ¡Había un ramo, papá! ¡De hierbajos y ortigas! ¡Y él tenía las manos hinchadas de la urticaria! Por lo menos hay una parte de él que merece vivir, ¿lo entiendes?

—Pero has escamoteado al bebé.

—No, papá, me he escamoteado yo y me he llevado al bebé de allí. Escúchame, papá, porque has de entenderlo. He enterrado al niño, que estaba muerto. He salvado al hombre que estaba muriendo. Eso es lo que he hecho, papá. A lo mejor la gente no lo entiende y se inventa historias. Me da igual. Hay que hacer el trabajo que se tiene delante.

Se oyó un cloqueo y Ámbar cruzó el corral con las gallinas siguiéndola en fila. El cloqueo salía de la boca de Ámbar y, ante la mirada de Tiffany y de su padre, las gallinas desfilaron de un extremo al otro como si un sargento de instrucción estuviera dándoles órdenes. La chica se reía flojito entre cloqueo y cloqueo y, después de lograr que las gallinas anduviesen solemnemente en círculos, miró a Tiffany y a su padre como si no hubiera pasado nada y condujo a las aves de vuelta al granero.

Al cabo de un momento el padre de Tiffany comentó:

—Eso acaba de ocurrir, ¿verdad?

—Sí —confirmó Tiffany—. No me preguntes por qué.

—He hablado con algunos otros hombres —dijo su padre—, y tu madre ha hablado con las mujeres. Tendremos un ojo echado a los Rastrero. Hemos permitido que pasaran cosas que no tendrían que haber pasado. La gente no puede esperar que tú te ocupes de todo. La gente no debe pensar que puedes arreglar cualquier cosa y, si quieres un consejo, tú tampoco deberías. Hay cosas que tiene que hacerlas el pueblo entero.

—Gracias, papá —dijo Tiffany—. Pero creo que ahora tengo que ir a atender al barón.

Tiffany casi no recordaba haber conocido sano al barón en la vida. Y nadie parecía saber qué enfermedad tenía. Pero, al igual que otros muchos inválidos que había visto, de algún modo el anciano seguía adelante, manteniéndose sin cambios y esperando a morir.

Había oído a un vecino referirse a él como una puerta chirriante que no acaba de cerrarse, pero ahora el barón estaba empeorando y, en opinión de Tiffany, su vida no tardaría en dar un buen portazo.

Pero de momento podía quitarle el dolor, y hasta asustarlo un poco para que tardara más tiempo en regresar.

Tiffany se dio prisa en llegar al castillo. Allí encontró esperándola a la enfermera, la señorita Pulcro, con la cara blanquecina.

—No está teniendo un día bueno —dijo, antes de añadir con una sonrisita modesta—: Llevo toda la mañana rezando por él.

—Ha sido muy amable por su parte, sin duda —respondió Tiffany. Se había preocupado de apartar de su voz todo indicio de sarcasmo, pero aun así la enfermera le frunció el ceño.

La estancia a la que hizo pasar a Tiffany olía igual que el cuarto de cualquier enfermo: a demasiada humanidad y poco aire. La enfermera se quedó en el umbral como si estuviera de guardia. Tiffany notaba en la nuca su mirada de permanente sospecha. Era una actitud que se estaba haciendo cada vez más habitual. De vez en cuando pasaban por el pueblo predicadores ambulantes que hablaban mal de las brujas, y los lugareños les hacían caso. A Tiffany le daba la impresión de que a veces la gente vivía en un mundo muy raro. Todo el mundo sabía, de algún modo misterioso, que las brujas se dedicaban a robar bebés, arruinar cosechas y todas las otras chorradas de siempre. Pero al mismo tiempo todos acudían corriendo a la bruja cuando necesitaban ayuda.

El barón estaba tumbado entre un revoltijo de sábanas, con el rostro demacrado y el pelo ya canoso del todo, con pequeñas calvas rosadas donde lo había perdido por completo. Sin embargo, se le veía aseado. Siempre había sido un hombre muy pulcro, y todas las mañanas venía un guardia a afeitarle. Al barón le animaba, por lo que podía intuirse, pero en aquel momento estaba mirando a Tiffany sin verla. Ella se había acostumbrado a que ocurriera: el barón pertenecía a lo que llamaban «la vieja escuela». Era un hombre orgulloso y no tenía un carácter muy amigable, pero resistiría hasta el final. Para él, el dolor era un matón de patio de colegio, y ¿qué se hacía con los matones? Se resistía, porque al final siempre acababan huyendo. Sin embargo, era una norma que el dolor no seguía. El dolor seguía haciendo el matón, incluso más si cabe. Y el barón estaba tendido en su cama con los labios apretados, tanto que Tiffany podía oír la ausencia de gritos.

Se sentó en un taburete junto a la cama, dobló los dedos, respiró hondo y entonces recibió el dolor, sacándolo del cuerpo agotado para dejarlo en la bola invisible que flotaba justo por encima de su hombro.

—No apruebo la magia, ¿sabes? —dijo la enfermera desde la puerta.

Tiffany torció el gesto como un equilibrista al notar que alguien ha dado un golpe en el otro extremo de la cuerda con un palo muy grande. Dejó que el flujo de dolor se asentara, poco a poco y con cuidado.

—Quiero decir —continuó la enfermera—, sé que le hace sentir mejor, pero ¿de dónde sale todo ese poder curativo? Eso es lo que me gustaría saber.

—A lo mejor sale de que rece usted tanto, señorita Pulcro —respondió Tiffany con dulzura, y se alegró al ver la furia momentánea en los rasgos de la mujer.

Pero la señorita Pulcro era dura de pelar.

—Debemos asegurarnos de no tener trato con fuerzas oscuras y demoníacas. ¡Más vale un poco de dolor en este mundo que una eternidad de sufrimiento en el próximo!

En las montañas había aserraderos accionados por corrientes de agua, y tenían enormes sierras circulares que giraban tan deprisa que no se veía más que un borrón plateado en el aire… hasta que a un despistado se le olvidó prestar atención, momento en el que el borrón se hizo rojo y el aire se llenó de dedos.

Era como se sentía Tiffany en aquel momento. Necesitaba concentrarse, y esa mujer estaba decidida a seguir hablando mientras el dolor esperaba al menor momento de distracción. Bueno, qué se le va a hacer… Arrojó el dolor al candelero que había en el suelo, junto a la cama. Se hizo añicos al instante, y la vela se encendió con un fogonazo. Tiffany la pisoteó hasta apagarla antes de girarse hacia la atónita enfermera.

—Señorita Pulcro, estoy segura de que lo que quiere decirme es muy interesante pero, a grandes rasgos, señorita Pulcro, me importa bien poco lo que opine usted de nada. No me molesta que se quede aquí, señorita Pulcro, pero lo que sí me molesta, señorita Pulcro, es que estoy haciendo algo muy difícil y que puede ser peligroso para mí si sale mal. Váyase, señorita Pulcro, o quédese, señorita Pulcro, pero sobre todo, cállese de una vez, señorita Pulcro, porque apenas he empezado y todavía queda mucho dolor que sacar.

La señorita Pulcro le lanzó otra mirada. Era temible.

Tiffany contraatacó con una mirada propia, y si hay algo que las brujas aprenden es cómo mirar.

La puerta se cerró dejando a la enfurecida enfermera al otro lado.

—Mejor que hablemos en voz baja; siempre pega la oreja a las puertas.

La voz provenía del barón, pero apenas podía llamarse voz; sonaba en el tono de alguien acostumbrado a dar órdenes, pero ahora resultaba quebradiza e inestable, como si con cada palabra suplicara el tiempo necesario para pronunciar la siguiente.

—Lo siento, señor, pero tengo que concentrarme —dijo Tiffany—. No querría que esto saliera mal.

—Por supuesto. Guardaré silencio.

Llevarse el dolor era peligroso, complicado y muy agotador, pero al final… en fin, lo compensaba con creces ver cómo la cara demacrada del anciano recobraba la vida. Su piel ya empezaba a ganar algo de color, cada vez más a medida que el dolor fluía fuera de él, recorría a Tiffany y terminaba en la nueva bolita invisible que flotaba encima de su hombro derecho.

Equilibrio. Todo era cuestión de equilibrio. Era una de las primeras cosas que había aprendido: el centro de un balancín no sube ni baja, pero la arribez y la abajez pasan a través de él. Tiffany tenía que convertirse en el centro del balancín para que el dolor pasara a través de ella, no a su interior. Era muy difícil. ¡Pero podía hacerlo! Se enorgullecía de aquel conocimiento, y hasta Yaya Ceravieja había refunfuñado el día en que le había demostrado que dominaba el truco. Y un refunfuño de Yaya Ceravieja era como un aplauso entusiasta de cualquier otra persona.

El barón estaba sonriendo.

—Gracias, señorita Tiffany Dolorido. Y ahora, me gustaría sentarme en mi butaca.

Aquello era muy poco habitual, y Tiffany tuvo que pensárselo.

—¿Seguro, señor? Aún está muy débil.

—Sí, es lo que me dice todo el mundo —dijo el barón moviendo una mano—. No alcanzo a entender por qué piensan que no lo sé. Ayúdeme a levantarme, señorita Tiffany Dolorido, porque tengo que hablar con usted.

No resultó muy difícil. Tiffany, capaz de sacar a un inconsciente señor Rastrero de su cama, no tuvo el menor problema con el barón, a quien manipuló como si fuera la cerámica delicada cuyo aspecto compartía.

—No creo que usted y yo, señorita Tiffany Dolorido, hayamos tenido más que las más simples y prácticas de las conversaciones en todo el tiempo que lleva cuidando de mí, ¿es así? —comentó cuando Tiffany le hubo dejado sentado con el bastón en las manos para que pudiera apoyarse. El barón no era de los que se repantigan en una butaca si pueden sentarse en el borde.

—Bueno, sí, señor, creo que tiene razón —respondió Tiffany con cautela.

—Anoche soñé que tenía visita —continuó el barón con una sonrisa traviesa—. ¿Qué opina de eso, señorita Tiffany Dolorido?

—Ahora mismo no me viene nada a la cabeza, señor —dijo Tiffany mientras pensaba: ¡Que no sean los feegles! ¡Que no sean los feegles!

—Era la abuela de usted, señorita Tiffany Dolorido. Una buena mujer, y atractiva hasta decir basta, ya lo creo que sí. Me molesté considerablemente cuando se casó con su abuelo, pero imagino que fue para bien. La echo de menos, ¿sabe?

—¿De verdad? —preguntó Tiffany.

El anciano sonrió.

—Después de que mi querida esposa faltara, ella era la única persona que se atrevía a llevarme la contraria. Un hombre de gran poder y responsabilidad necesita a alguien que se lo diga cuando está haciendo el gilipollas. Debo decir que la abuela Dolorido cumplía esa función con un entusiasmo admirable. Y menos mal, porque yo hacía el gilipollas bastante a menudo y necesitaba una buena patada en el pandero, metafóricamente hablando. Mi deseo, señorita Tiffany Dolorido, es que cuando yo esté en la tumba usted preste el mismo servicio a mi hijo Roland, que, como bien sabe, tiene tendencia a ser un poco demasiado presuntuoso en ocasiones. Le hará falta alguien que le dé una patada en el pandero, metafóricamente hablando o también en la vida real si se pone demasiado insoportable.

Tiffany trató de esconder una sonrisa y luego dedicó un momento a ajustar el giro de la bola de dolor, que seguía flotando en calma sobre su hombro.

—Gracias por confiar en mí, señor. Lo haré lo mejor que pueda.

El barón carraspeó con educación y dijo:

—La verdad es que, en un momento dado, llegué a albergar esperanzas de que usted y el chico llegaran a un… acuerdo más íntimo.

—Somos buenos amigos —respondió Tiffany, cautelosa—. Éramos buenos amigos y confío en que seguiremos siendo… buenos amigos. —Tuvo que sofocar a toda prisa el peligroso bamboleo del dolor.

El barón asintió.

—Estupendo, señorita Tiffany Dolorido, y gracias por no recriminarme que diga la palabra «pandero» ni preguntarme qué significa «metafóricamente».

—No, señor. Sé lo que son las metáforas, y «pandero» es un uso tradicional por el que no hay que avergonzarse.

El barón asintió.

—Tiene una sonoridad adulta muy loable. «Culo», por su parte, me parece francamente de solteronas y niños pequeños.

Tiffany formó las palabras sin abrir la boca y dijo:

—Sí, señor. Me parece que ahí tiene toda la razón del mundo.

—Muy bien. Por cierto, señorita Tiffany Dolorido, no puedo ocultarle mi interés en el hecho de que últimamente ya no hace reverencias ante mí. ¿Por qué?

—Ahora soy bruja, señor. No hacemos esas cosas.

—Pero yo soy su barón, joven dama.

—Sí. Y yo soy su bruja.

—Pero ahí fuera tengo soldados que vendrán corriendo si los llamo. Y seguro que también sabe que la gente de por aquí no siempre respeta a las brujas.

—Sí, señor. Lo sé, señor. Y soy su bruja.

Tiffany observó los ojos del barón. Eran de un color azul claro, pero en ese momento tenían un brillo astuto e intrigante.

Lo peor que puedes hacer ahora mismo, pensó, es mostrar el menor signo de debilidad. Este hombre es igual que Yaya Ceravieja: pone a prueba a la gente.

Como si estuviera leyéndole la mente en ese momento exacto, el barón se echó a reír.

—Entonces ¿es usted persona de ideas propias, señorita Tiffany Dolorido?

—No sabría decirle, señor. Últimamente me da la impresión de que toda yo pertenezco a todos los demás.

—Je —dijo el barón—. Trabaja mucho y a conciencia, según tengo entendido.

—Soy bruja.

—Sí —replicó el barón—. Eso me ha dicho, con claridad, consistencia y repetidas veces. —Apoyó las dos manos huesudas en el bastón y la miró por encima de ellas—. Entonces es cierto, ¿verdad? Que hace unos siete años usted cogió una sartén de hierro y se marchó a una especie de país de cuento de hadas, donde rescató a mi hijo de la Reina de los Elfos… una mujer de lo más censurable, por lo que tengo entendido.

Tiffany vaciló.

—¿Quiere que sea así? —le preguntó.

El barón soltó una risita y la señaló con un dedo esquelético.

—¿Que si quiero que sea así? ¡Vaya, vaya! Muy buena pregunta, señorita Tiffany Dolorido, que es bruja. Déjeme pensar. Pongamos… pongamos que quiero saber la verdad.

—Bien, la parte de la sartén es cierta, tengo que reconocerlo, y en fin, Roland estaba bastante vapuleado, así que, bueno, tuve que hacerme cargo. En parte.

—¿En… parte? —repitió el anciano sonriendo.

—No fue una parte desorbitada —dijo Tiffany enseguida.

—Y ¿por qué no me lo contó nadie en su momento, si puede saberse?

—Porque es usted el barón —explicó Tiffany llanamente—, y porque los chicos con espadas rescatan a las chicas. Así es como son las historias. Así es como funcionan las historias. A nadie le apetecía mucho ponerse a pensar a la inversa.

—¿A usted no le molestó? —El barón no apartaba la mirada de Tiffany y apenas parpadeaba. No tenía sentido mentir.

—Sí —respondió—. En parte.

—¿Fue una parte desorbitada?

—Yo diría que sí. Pero entonces me marché para aprender a ser bruja, y el asunto pareció perder su importancia. Es la pura verdad, señor. Disculpe, señor, pero ¿quién se lo ha contado?

—El padre de usted —dijo el barón—. Y yo le agradezco que lo haya hecho. Vino a verme ayer para presentarme sus respetos, en vista de que estoy, como sabe, muriéndome. Cosa que, de hecho, es otra pura verdad. Y no se atreva a contradecirme, joven, por muy bruja que sea. ¿Prometido?

Tiffany sabía que la prolongada mentira había hecho daño a su padre. A ella nunca le había preocupado demasiado, pero a él sí.

—Sí, señor, prometido.

El barón se quedó callado un momento, con la mirada fija en ella.

—Verá, señorita Tiffany Dolorido, que es, por constante repetición, una bruja: estoy en un momento de mi vida en que mis ojos se nublan pero de algún modo mi mente ve más lejos de lo que podría creer. Quizá todavía no sea demasiado tarde para redimirme. Debajo de mi cama hay un cofre con refuerzos de latón. Vaya a abrirlo. ¡Venga! Hágalo ya. —Tiffany sacó el cofre, que pesaba como si estuviera lleno de plomo—. Dentro encontrará unas bolsas de cuero —indicó el anciano desde detrás de ella—. Saque una de ellas. Debería contener quince dólares. —El barón carraspeó—. Gracias por salvar a mi hijo.

—Escuche, no puedo acep… —empezó Tiffany, pero el barón dio un bastonazo contra el suelo.

—Cállese y escuche, por favor, señorita Tiffany Dolorido. Cuando luchó contra la Reina de los Elfos no era bruja, y por tanto no se aplica la tradición de que las brujas no acepten dinero —dijo con aspereza, sus ojos relucientes como zafiros—. Por sus servicios personales dedicados a mi persona, creo que se le ha pagado en comida y tela usada limpia, calzado aprovechable y leña. Confío en que mi ama de llaves haya sido generosa. Le dije que no racaneara.

—¿Qué? Ah. Oh, sí, señor.

Y era cierto. Las brujas vivían en un mundo de sacos de verduras, sábanas viejas (buenas para hacer vendas), botas que aún podían usarse y, por supuesto, ropa de segunda mano, segundo brazo, segunda pierna, segundo torso y segunda cabeza. En un mundo como ese, lo que podía recogerse de un castillo en funcionamiento era el equivalente a tener la llave de la casa de la moneda. En cuanto al dinero… Tiffany volteó una y otra vez la bolsa de cuero que tenía en las manos. Pesaba mucho.

—¿Qué hace con todas esas cosas, señorita Tiffany Dolorido?

—¿Cómo? —dijo ella, distraída, aún mirando la bolsa—. Ah, hum, pues cambiarlas por otras, dárselas a gente que las necesita… cosas por el estilo.

—Señorita Tiffany Dolorido, de pronto se muestra usted evasiva. Creo que estaba absorta pensando en que quince dólares no son gran cosa, ¿verdad?, por salvar la vida al hijo del barón.

—¡No!

—Me lo tomaré como un sí, ¿de acuerdo?

—¡Viniendo de mí se lo tomará como un no, señor! ¡Soy su bruja! —Lo fulminó con la mirada jadeando—. Y estoy intentando equilibrar una bola de dolor bastante peliaguda, señor.

—Ah, la nieta de la abuela Dolorido. Le ruego humildemente que me perdone, como debí rogárselo a ella en alguna ocasión. Sin embargo, espero que me haga el favor y el honor de aceptar esa bolsa, señorita Tiffany Dolorido, y de emplear su contenido como considere conveniente en mi memoria. Estoy convencido de que es más dinero del que haya podido ver nunca junto.

—Apenas suelo ver nada de dinero —respondió ella, impresionada.

El barón volvió a golpear su bastón contra el suelo, como si aplaudiera.

—Dudo mucho que haya visto cantidades como esta —dijo con voz alegre—. Verá, aunque en la bolsa hay quince dólares, no son los dólares a los que está acostumbrada, o a los que lo estaría si acostumbrara a verlos. Son dólares antiguos, de antes de que empezaran a enredar con la moneda. El dólar moderno es casi todo latón, a mi juicio, y tiene el mismo contenido de oro que el agua de mar. Estos, sin embargo, ni en manos de pobre parecen cobre, si me disculpa el chascarrillo.

Tiffany le disculpó el chascarrillo porque no lo había captado. El barón sonrió al verla perdida.

—En pocas palabras, señorita Tiffany Dolorido, si lleva esas monedas al cambista adecuado, debería pagarle… hum, yo diría que alrededor de cinco mil dólares de Ankh-Morpork. No sé a cuánto equivaldrá en botas viejas, pero es muy probable que pueda comprarse una bota vieja del tamaño de este castillo.

Y Tiffany pensó: no puedo aceptarlo. Aparte de todo lo demás, la bolsa se había vuelto extremadamente pesada. Lo que respondió fue:

—Es demasiado para una bruja, de largo.

—Pero no demasiado por un hijo —replicó el barón—. No demasiado por un heredero, no demasiado por la continuidad de una genealogía. No demasiado por retirar una mentira del mundo.

—Pero con ello no puedo comprar otro par de manos —dijo Tiffany—, ni cambiar un solo segundo del pasado.

—Aun con eso, debo insistir en que lo acepte, si no por su bien, al menos por el mío. Me aligerará el espíritu y, créame, en este momento le vendría bien soltar algo de peso, ¿no le parece? Voy a morir pronto, ¿verdad?

—Sí, señor. Creo que muy pronto, señor.

Tiffany ya empezaba a entender algo sobre el barón, y no le sorprendió que estallara en carcajadas.

—¿Sabe? —dijo al parar de reír—. La mayoría de la gente habría dicho: «No, hombre, claro que no, si a usted le quedan años, en cuatro días está corriendo por ahí, anda que no va a darnos guerra aún».

—Sí, señor. Yo soy bruja, señor.

—Cosa que en este contexto significa…

—Que procuro por todos los medios no tener que mentir, señor.

El anciano se removió en la butaca y adoptó una repentina expresión solemne.

—Cuando llegue el momento… —empezó a decir, pero titubeó.

—Le haré compañía, señor, si quiere —dijo Tiffany.

El barón pareció aliviado.

—¿Alguna vez ha visto a la Muerte?

Tiffany se había esperado la pregunta y estaba preparada.

—En general solo se le nota pasar, señor, pero yo la he visto dos veces, en lo que habría sido carne y hueso si tuviera carne. Es un esqueleto con guadaña, igual que en los libros… En realidad, creo que es así porque es como sale en los libros. Se mostró educado pero firme, señor.

—¡Más le vale! —El anciano se quedó callado un rato antes de preguntar—: ¿Le… insinuó alguna cosa sobre la ultratumba?

—Sí, señor. Al parecer no incluye mostaza, y me llevé la impresión de que tampoco incluye escabeches.

—¿En serio? Pues vaya, menudo chasco. Entonces de conservas agridulces ni hablamos, me imagino.

—No entré a fondo en el tema de los encurtidos, señor. Él llevaba una guadaña muy grande.

Llamaron con fuerza a la puerta y la señorita Pulcro dijo a voz en grito:

—¿Se encuentra bien, señor?

—A las mil maravillas, querida señorita Pulcro —respondió el barón en alto, y luego bajó la voz a un tono conspirativo—. Creo que a nuestra señorita Pulcro no le cae usted muy bien, querida.

—Opina que soy antihigiénica —convino Tiffany.

—Nunca he terminado de comprender esas chorradas.

—Es bastante fácil —dijo Tiffany—. Solo tengo que meter las manos en el fuego a la menor oportunidad.

—¿Cómo? ¿Mete las manos en el fuego?

Tiffany lamentó haberlo mencionado, pero sabía que el anciano no se quedaría satisfecho hasta que lo viera con sus propios ojos. Suspiró, cruzó la sala hasta la chimenea y sacó un gran atizador de hierro de su soporte. Reconoció para sus adentros que le gustaba lucir aquel truco de vez en cuando, y además el barón sería un público agradecido. Pero ¿debería hacerlo? Bueno, el truco del fuego no era tan difícil, tenía el dolor bien equilibrado y al barón no le quedaba mucho tiempo.

Llenó un cubo de agua del pequeño pozo que había al fondo de la habitación. En el pozo había ranas, y por tanto también en el cubo, pero Tiffany tuvo la amabilidad de devolverlas a su hogar antes de continuar. A nadie le gusta hervir ranas. El cubo de agua no era estrictamente necesario, pero sí tenía su utilidad. Tiffany dio un carraspeo teatral.

—¿Lo ve, señor? Tengo un atizador y un cubo de agua fría. Atizador de metal frío, cubo de agua fría. Y ahora… sostengo el atizador con la mano izquierda y meto la derecha en la zona más caliente de la chimenea, así.

El barón ahogó un grito cuando las llamas brotaron en torno a la mano de Tiffany y la punta del atizador que tenía en la otra se puso de pronto al rojo vivo.

Con el barón debidamente impresionado, Tiffany hundió el atizador en el agua del cubo, de donde emergió una nube de vapor. Entonces se acercó al barón con los dos brazos hacia delante, para mostrarle sus manos ilesas.

—¡Pero he visto subir las llamas! —exclamó el barón, con los ojos como platos—. ¡Muy bueno! ¡Pero que muy bueno! Es algún tipo de truco, ¿verdad?

—Más bien una habilidad, señor. He metido la mano en el fuego y he enviado el calor al atizador. Lo único que he hecho es trasladar el calor. La llama que ha visto era por la combustión de trocitos de piel muerta, suciedad y todas esas cositas invisibles, feas y peligrosas que la gente antihigiénica puede llevar en las manos… —Calló un momento—. ¿Se encuentra bien, señor? —El barón la miraba fijamente—. ¿Señor? ¿Señor?

El anciano habló como si estuviera leyendo un libro invisible:

—«La liebre corre al fuego. La liebre corre al fuego. El fuego la toma y no la quema. El fuego la ama y no la quema. La liebre se mete corriendo y no la quema. El fuego la ama y ella es libre…» ¡Acaba de volverme todo! ¿Cómo pude olvidarlo? ¿Cómo me atreví a olvidarlo? Me dije que lo recordaría para siempre, pero luego el tiempo pasa y el mundo se llena de cosas que recordar, cosas que hacer, tiempo que emplear, memoria que aplicar. Y te olvidas de las cosas que eran importantes, las cosas reales.

Tiffany se quedó atónita al ver las lágrimas que caían por las mejillas del anciano.

—Lo recuerdo todo —suspiró el barón, con la voz entrecortada por el llanto—. ¡Recuerdo el calor! ¡Recuerdo a la liebre!

Momento en el cual la puerta se abrió de golpe y la señorita Pulcro irrumpió en la habitación. El siguiente suceso duró solo un instante, pero a Tiffany se le hizo como una hora. La enfermera miró a Tiffany con el atizador en la mano, luego la cara llena de lágrimas del anciano, luego la nube de humo, luego otra vez a Tiffany mientras soltaba el atizador, luego de nuevo al anciano y por último volvió a Tiffany, mientras el atizador caía en la chimenea con un tañido que resonó en todo el universo. A continuación, la señorita Pulcro inspiró profundamente, como una ballena a punto de sumergirse hasta el lecho marino, y chilló:

—¿Se puede saber qué le estás haciendo? ¡Fuera de aquí, libertina descarada!

Tiffany recuperó enseguida la capacidad del habla y la avivó hasta convertirla en la capacidad del grito.

—¡No soy una descarada y tampoco me dedico a libertinear!

—¡Voy a llamar a los guardias, arpía oscura de la medianoche! —exclamó la enfermera volviéndose hacia la puerta.

—¡Son las once y media de la mañana! —gritó Tiffany en su dirección, y corrió de vuelta al barón sin tener la menor idea de lo que debía hacer. El dolor se desplazó. Podía notarlo. No tenía la mente como debía estar. Las cosas empezaban a desequilibrarse. Tiffany se concentró un momento y después, procurando sonreír, se dirigió al barón—. Lo lamento mucho si le he disgustado, señor —dijo, antes de darse cuenta de que el anciano sonreía entre lágrimas y de que toda su cara parecía iluminada por el sol.

—¿Disgustarme? Madre mía, no, no estoy disgustado. —Intentó enderezarse en la butaca y señaló hacia el fuego con un dedo tembloroso—. ¡Al contrario, estoy de lo más gustado! ¡Me siento vivo! ¡Soy joven, mi querida señorita Tiffany Dolorido! ¡Recuerdo aquel día perfecto! ¿No puede verme? ¿Abajo, en el valle? Un día de septiembre fresco e inmaculado. Un chavalín con su chaqueta de tweed que picaba muchísimo, si no recuerdo mal; ¡sí, picaba muchísimo y olía a pis! Mi padre estaba tarareando Las alondras cantaban melodiosas y yo intentaba armonizar, lo que por supuesto era imposible porque no tenía ni la voz de un conejo, mientras veíamos a los hombres quemar rastrojos. Estaba todo lleno de humo, y con el avance del fuego los ratones, ratas, conejos y hasta los zorros venían corriendo hacia nosotros para alejarse de las llamas. Los faisanes y las perdices levantaban el vuelo en el último momento, como hacen siempre, y de pronto se hizo el silencio y vi una liebre. Era una chica bien grandota… ¿Sabías que antes la gente de campo pensaba que todas las liebres son hembras? Esta se quedó allí quieta, mirándome, mientras a nuestro alrededor caían trocitos de hierba quemada y la llama se acercaba a su espalda, y me miraba directamente a mí, y juraría que esperó a saber que tenía mi atención antes de saltar derecha al fuego. Lloré hasta desgañitarme, claro, porque la liebre era una preciosidad. Y mi padre me cogió en brazos y me dijo que iba a contarme un secreto, y me enseñó la canción de la liebre, para que conociera la verdad y dejara de llorar. Y luego, al poco tiempo, dimos un paseo por las cenizas y no había ninguna liebre muerta. —El anciano giró la cabeza con esfuerzo hacia ella y sonrió, sonrió de verdad. Relucía.

¿De dónde viene eso?, se preguntó Tiffany. Es demasiado amarilla para ser la luz del fuego, pero las cortinas están echadas. Aquí siempre está demasiado oscuro, pero ahora tenemos la luz de un día fresco de septiembre…

—Recuerdo que cuando llegamos a casa hice un dibujo de ella con ceras, y mi padre estaba tan orgulloso que lo paseó por el castillo entero para que todos lo admirasen —siguió diciendo el anciano, entusiasmado como un niño—. Eran garabatos de crío, claro, pero él hablaba del dibujo como si fuera una genialidad artística. Son cosas que hacen los padres. Después de su muerte lo encontré entre sus documentos, y de hecho, si está interesada, puede sacarlo de una carpeta de cuero que hay en el cofre del dinero. A fin de cuentas es un objeto precioso. Esto no se lo había contado nunca a nadie —le aseguró el barón—. La gente, los recuerdos y los días vienen y van, pero ese recuerdo siempre ha estado ahí. No hay dinero que pudiera darle, señorita Tiffany Dolorido, que es la bruja, para compensar que me haya devuelto esa visión maravillosa. La recordaré hasta el día en que…

Por un instante, las llamas de la chimenea se quedaron quietas y el aire se enfrió. Tiffany nunca había estado segura del todo de haber visto alguna vez a la Muerte, no de verla de verdad; quizá, de algún modo extraño, todo había ocurrido en el interior de su cabeza. Aun así, dondequiera que hubiese aparecido, bueno, había aparecido.

HA SIDO MUY OPORTUNO, ¿VERDAD?, dijo la Muerte.

Tiffany no retrocedió. ¿Qué sentido tenía?

—¿Lo ha dispuesto así usted? —preguntó.

POR MUCHO QUE ME GUSTARÍA ATRIBUIRME EL MÉRITO, HAN INTERVENIDO OTRAS FUERZAS. QUE TENGA UN BUEN DÍA, SEÑORITA DOLORIDO.

La Muerte se marchó llevándose tras él al barón, un niño pequeño con su chaqueta de tweed nueva, que picaba muchísimo y a veces olía a pis, siguiendo a su pa[[10]](#footnote-10)dre entre el humo de un campo quemado.

Tiffany puso la mano en la cara del hombre muerto y, con respeto, le cerró los ojos, de los que iba desvaneciéndose el fulgor de los prados al arder.



# CAPÍTULO 5

La madre de las lenguas

Tendría que haber habido un momento de paz, pero lo que hubo fue un momento de metal. Se acercaban varios miembros de la guardia de palacio, con armaduras que hacían incluso más ruido que el que suele hacer la armadura porque no llevaban ninguna pieza bien ajustada. La región llevaba siglos sin ver ni una sola batalla, pero los guardias seguían poniéndose armadura porque pocas veces había que remendarla y nunca se desgastaba.

Brian, el sargento, fue quien abrió la puerta. En su rostro se veía una expresión complicada. Era la expresión de un hombre al que acaban de decir que una bruja malvada, a la que conoce desde que era niña, ha matado al jefe, y el hijo del jefe está de viaje, y la bruja aún sigue en la habitación, y una enfermera que no le cae demasiado bien está dándole empujoncitos en la rabadilla mientras grita:

—Pero ¿a qué espera, hombre? ¡Cumpla con su deber!

La combinación de todo estaba poniéndolo de los nervios.

Dirigió una mirada de bochorno a Tiffany.

—Buenos días, señorita. ¿Va todo bien? —Entonces reparó en el barón, sentado en su butaca—. ¿Ha muerto de verdad?

Tiffany respondió:

—Sí, Brian, ha muerto. Hace solo un par de minutos, y tengo motivos para creer que era feliz.

—En fin, eso es bueno, supongo —dijo el sargento, y entonces sus rasgos se crisparon y las lágrimas volvieron entrecortadas y húmedas sus siguientes palabras—. Se portó muy bien con nosotros cuando mi abuelita se puso mala, ¿sabe? Le enviaba comida caliente todos los días, hasta el final.

Tiffany cogió la mano del sargento sin encontrar resistencia y miró por encima de su hombro. Los otros guardias también estaban llorando, y sollozaban con más ahínco porque sabían que eran hombres corpulentos y fuertes, o eso esperaban, y no deberían llorar. Pero el barón siempre había estado ahí, formando parte de la vida igual que los amaneceres. De acuerdo, a lo mejor podía darles un buen rapapolvo si los pillaba dormidos de servicio o si llevaban la espada sin afilar (a pesar de que no se recordaba que ningún guardia hubiera tenido que usar la espada para nada más que abrir frascos de mermelada) pero, a fin de cuentas, él era el barón y ellos eran sus hombres y ahora ya no estaba.

—¡Pregúntele por el atizador! —chilló la enfermera desde detrás de Brian—. ¡Venga, pregúntele por el dinero!

La enfermera no veía la cara de Brian. Tiffany sí. Probablemente había recibido otro empujoncito en la rabadilla, y de pronto había perdido todo el color.

—Perdona, Tiff… Quiero decir, perdone, señorita, pero esta mujer dice que es usted culpable de asesinato y robo —dijo, aunque sus facciones añadieron que su propietario no opinaba lo mismo y que no quería buscarse líos con nadie, con quien menos con Tiffany.

Tiffany le recompensó con una sonrisa fugaz. Recuerda siempre que eres bruja, pensó. No empieces a declararte inocente a gritos. Sabes que eres inocente. No tienes por qué gritar nada.

—El barón ha tenido la amabilidad de darme algún dinero por… cuidar de él —explicó—, y supongo que la señorita Pulcro debe de haberlo oído sin querer y se ha llevado una impresión equivocada.

—¡Era muchísimo dinero! —insistió la señorita Pulcro, sonrojada—. ¡El cofre grande que hay debajo de la cama del barón estaba abierto!

—Todo eso es cierto —dijo Tiffany—, y por lo visto la señorita Pulcro ha pasado bastante tiempo oyendo cosas sin querer.

Algunos de los guardias rieron con disimulo, lo que enfadó todavía más a la señorita Pulcro, si es que era posible. La mujer apartó a Brian a un lado.

—¿Acaso niegas que estabas ahí de pie con un atizador y la mano encendida en llamas? —interpeló a Tiffany, con la cara más roja que un pavo.

—Me gustaría decir una cosa, por favor —respondió Tiffany—. Es bastante importante. —Ya empezaba a notar la impaciencia del dolor, que se retorcía para liberarse. Sintió la humedad en sus manos.

—¡Estabas haciendo magia negra, reconócelo!

Tiffany respiró hondo.

—No sé lo que es eso —replicó—, pero sí sé que sostengo justo encima del hombro el último dolor que conocerá jamás el barón, y debo librarme enseguida de él, y no puedo hacerlo aquí dentro, con tanta gente. Por favor. ¡Necesito un espacio abierto ahora mismo!

Apartó de un empujón a la señorita Pulcro y los guardias se apresuraron a abrirle camino, para gran enfado de la enfermera.

—¡No dejen que se marche! ¡Escapará volando! ¡Es lo que hacen siempre!

Tiffany conocía muy bien el castillo, igual que todo el mundo. Bajando unos escalones se llegaba a un patio, y Tiffany tomó esa dirección rápidamente, notando cómo el dolor se revolvía y se desplegaba. Había que tratarlo como a un animal que se podía mantener a raya, pero solo durante un cierto tiempo. Ese tiempo iba a agotarse… bueno, ya, en realidad.

El sargento apareció a su lado y Tiffany le agarró el brazo.

—No me preguntes por qué —logró decir entre unos dientes apretados—. ¡Tira el casco al aire ahora mismo!

Brian tuvo suficientes luces para obedecer la orden y lanzó su casco al aire como si fuese un plato sopero. Tiffany arrojó el dolor tras él, sintiendo su horrible tacto sedoso al encontrar la libertad. El casco se detuvo en seco como si hubiera topado contra una barrera invisible, y cayó al empedrado envuelto en una nube de vapor y doblado casi del todo por la mitad.

El sargento se agachó a recogerlo y lo volvió a soltar de inmediato.

—¡Joder si quema! —Clavó su mirada en Tiffany, que estaba apoyada contra la pared e intentaba recobrar el aliento—. ¿Y dices que has estado quitándole tanto dolor como ese cada día?

Tiffany abrió los ojos.

—Sí, pero normalmente tengo tiempo de sobra para buscar un sitio donde descargarlo. El agua y la piedra no van muy bien, pero el metal sí que es bastante fiable. No me preguntes por qué. Si me pongo a pensar en cómo funciona, deja de hacerlo.

—Y he oído que también haces todo tipo de trucos con el fuego, ¿puede ser? —preguntó el sargento en tono admirado.

—El fuego es fácil de manejar si se tiene la mente despejada, pero el dolor… el dolor planta cara. El dolor está vivo. El dolor es el enemigo.

El sargento hizo un ademán reticente de recuperar su casco, esperando que ya se hubiera enfriado lo suficiente para cogerlo.

—Voy a tener que desabollarlo a martillazos antes de que lo vea el jefe —empezó a decir—. Ya sabes lo tiquismiquis que es con que vayamos siempre impecables… Oh. —Bajó la mirada hacia el suelo.

—Sí —dijo Tiffany, con toda la amabilidad que pudo—. Va a costar un poco acostumbrarse, ¿verdad? —Sin decir más, le tendió su pañuelo y Brian se sonó la nariz.

—Pero tú puedes llevarte el dolor —respondió—. ¿Eso significa que puedes…?

Tiffany levantó una mano.

—Alto ahí —le ordenó—. Sé lo que vas a pedirme, y la respuesta es no. Si te amputaras la mano, supongo que podría hacer que no te acordaras hasta que intentaras cenar, pero las cosas como la añoranza, el duelo o la tristeza… me superan. No me atrevo a trastear con ellas. Existe una cosa llamada «los relajos», y solo conozco a una persona en el mundo capaz de hacerlos, y no tengo intención ni siquiera de pedirle que me enseñe. Es demasiado profundo.

—Tiff… —Brian titubeó y miró a su alrededor como si esperara que apareciese la enfermera y empezara con sus golpecitos desde detrás.

Tiffany esperó. Por favor, no me lo preguntes, pensó. Me conoces de toda la vida. Es imposible que creas que…

Brian le suplicó con la mirada.

—¿Has cogido… alguna cosa? —Su voz perdió todo el fuelle.

—No, claro que no —respondió Tiffany—. ¿Se te han metido gusanos en el cerebro? ¿Cómo puedes pensar algo así de mí?

—No sé —respondió Brian, enrojeciendo de vergüenza.

—Bueno, tranquilo.

—Supongo que tendré que encargarme de decírselo al joven barón —dijo Brian, después de volver a sonarse la nariz con ganas—, pero lo único que sé es que se ha marchado a la gran ciudad con su… —Hizo otra pausa, abochornado.

—Con su prometida —terminó Tiffany con decisión—. Puedes decirlo en voz alta, ¿sabes?

Brian carraspeó.

—Bueno, verás, es que pensábamos… Bueno, todos creíamos que tú y él erais… bueno, ya sabes.

—Siempre hemos sido amigos, nada más. —Tiffany se apiadó de Brian, por muy propenso que fuera a abrir la boca antes de enlazarla al cerebro, así que le dio unas palmaditas en el hombro—. Escucha, ¿qué tal si me acerco volando a la gran ciudad y le busco?

El sargento casi se derritió de alivio.

—¿Querrías hacerlo?

—Claro. Me doy cuenta de que aquí tendrás mucho que hacer, y así de paso te quito un peso de encima.

Aunque te lo quite para echármelo yo a los hombros, pensó mientras cruzaba el castillo a buen paso. La noticia ya había corrido. La gente estaba quieta, llorando o al menos con el rostro desconcertado. La cocinera la alcanzó corriendo cuando Tiffany ya estaba a punto de salir.

—¿Qué voy a hacer ahora? ¡Aún tengo la comida del pobre en el horno!

—Pues sáquela y désela a alguien que la necesite —ordenó Tiffany con voz firme. Era importante mantener el tono calmado y despierto. La gente estaba aturdida. Ella también lo estaría cuando tuviera tiempo, pero en aquel momento lo importante era hacer que todos volvieran deprisa al mundo del aquí y el ahora—. Escúchenme todos. —Su voz resonó en el gran recibidor—. Sí, su barón ha fallecido, pero siguen teniendo un barón. No tardará en regresar con su… dama, ¡y han de tener este sitio como una patena para cuando lleguen! ¡Todos conocen su trabajo! ¡Pónganse a ello! Y recuerden al barón con cariño, y limpien bien el castillo en honor a él.

Funcionó. Siempre funcionaba. Cuando una voz sonaba como si su propietaria supiera lo que hacía, lograba que se hicieran las cosas, sobre todo si dicha propietaria llevaba un sombrero negro puntiagudo. Hubo una repentina explosión de actividad.

—Supongo que creerás que te has salido con la tuya, ¿verdad? —comentó una voz a sus espaldas.

Tiffany esperó un momento antes de girarse, y cuando por fin lo hizo estaba sonriendo.

—Caramba, señorita Pulcro —dijo—, ¿todavía está aquí? Bueno, seguro que queda algún suelo por fregar.

La enfermera era la furia personificada.

—Yo no friego suelos, arrogante y pequeña…

—No, usted no friega nada, ¿a que no, señorita Pulcro? ¡Ya me había fijado! La señorita Florderocío, que estuvo aquí antes que usted, sí que sabía fregar bien un suelo. Lo dejaba tan limpio que podías mirarte la cara en él, aunque en el caso de usted, señorita Pulcro, comprendo que no la atraiga mucho la idea. La señorita Leotardo, que estuvo antes que ella, hasta frotaba los suelos con arena, ¡con arena blanca! ¡Perseguía la suciedad igual que un terrier persigue a un zorro!

La enfermera abrió la boca para responder, pero Tiffany no dejó espacio para sus palabras.

—Dice la cocinera que es usted una persona muy religiosa, que está siempre de rodillas, y a mí me parece muy bien, me parece estupendo, pero ¿no se le ha ocurrido nunca bajarse un mocho y un cubo ahí abajo, ya que se pone? La gente no necesita oraciones, señorita Pulcro: necesita que usted haga el trabajo que tiene delante, señorita Pulcro. Y ya me he hartado de usted, señorita Pulcro, y sobre todo de esa bata blanca tan encantadora que lleva puesta. Creo que Roland se quedó muy impresionado por su maravillosa bata blanca, pero yo no, señorita Pulcro, porque nunca hace nada que pueda ensuciarla.

La enfermera levantó una mano.

—¡Podría darte un bofetón ahora mismo!

—No —replicó Tiffany, firme—. No podría.

La mano se quedó donde estaba.

—¡En la vida me habían insultado de esta manera! —chilló la colérica enfermera.

—¿En serio? —dijo Tiffany—. De verdad que me sorprende. —Dio media vuelta, dejó plantada a la enfermera y desfiló hacia un guardia joven que acababa de entrar en el recibidor—. Te he visto por aquí a veces. ¿Cómo te llamas, por favor?

El aprendiz de guardia hizo lo que probablemente consideraba un saludo marcial.

—Preston, señorita.

—¿Habéis bajado ya a la cripta al barón, Preston?

—Sí, señorita, y además he llevado unas lámparas, tela y un cubo de agua caliente, señorita. —Sonrió al ver la expresión de Tiffany—. Mi abuela siempre preparaba los velatorios cuando yo era pequeño, señorita. Puedo ayudar, si quiere.

—¿Tu abuela te dejaba ayudar?

—No, señorita —respondió el joven—. Me decía que los hombres no pueden hacer esas cosas a no ser que tengan un título de doctrina.

Tiffany puso cara de perplejidad durante un momento.

—¿Doctrina?

—Ya sabe, señorita. Doctrina. Pastillas y pociones y serrar piernas y tal.

Se hizo la luz.

—Ah, un título de doctor. Casi mejor que no, porque esto no consiste en que el pobre mejore. Me ocuparé yo sola, pero gracias de todas formas por ofrecerte. Esto es trabajo de mujeres.

Lo que no sé es el motivo exacto de que sea trabajo de mujeres, se dijo Tiffany mientras llegaba a la cripta y se arremangaba. El guardia joven hasta se había acordado de bajar un plato lleno de tierra y otro lleno de sal. Tu abuela sabía lo q[[11]](#footnote-11)ue se hacía, pensó. ¡Por fin alguien había enseñado algo útil a un chico!

Lloró mientras dejaba al anciano «presentable», como decía Yaya Ceravieja. Siempre lloraba. Era necesario. Pero no debía hacerse a la vista de otros, al menos no si se era bruja. No era lo que la gente esperaba. Los inquietaría.

Dio un paso atrás. Bueno, tenía que admitir que había dejado al anciano con mejor aspecto que el día anterior. Como toque final, se sacó dos peniques del bolsillo y los depositó con suavidad sobre sus párpados.

Hasta ahí las viejas costumbres, las que le había enseñado Tata Ogg, pero ahora había una costumbre nueva que solo conocía ella. Apoyó una mano en el borde de la losa de mármol y levantó el cubo de agua con la otra. Se quedó allí, inmóvil, hasta que el agua del cubo empezó a hervir y en la losa empezó a formarse hielo. Sacó el cubo de la cripta y lo vació en un desagüe.

Cuando terminó, el castillo se había llenado ya de gente, así que los dejó a lo suyo. Vaciló mientras salía al exterior y se paró a pensar. La gente no solía pararse a pensar. Pensaban sobre la marcha. Pero a veces era buena idea hacerlo: dejar de moverse, por si llevaba la dirección equivocada.

Roland era el único hijo del barón y, que supiera Tiffany, su único familiar, o al menos su único familiar con permiso para acercarse al castillo; después de una batalla legal horrible y cara, Roland había logrado expulsar a sus espantosas tías, las hermanas del barón, a quienes incluso el propio anciano consideraba, en el fondo, las dos peores huronas que uno pudiera encontrarse en los pantalones de la vida. Pero había otra persona que debería saberlo y que, aunque no tuviera ni el menor lazo de sangre concebible con el barón, era de todos modos… bueno, alguien que debía enterarse de algo tan importante como aquello, y cuanto antes. Tiffany subió hacia el montículo feegle para hablar con la kelda.

Cuando llegó, Ámbar estaba sentada fuera, cosiendo a la luz del sol.

—Hola, señorita —dijo con alegría—. Iré a decir a la señora kelda que ha venido. —Y sin más, desapareció por el agujero de entrada con la facilidad de una serpiente, igual que había podido hacer Tiffany en el pasado.

¿Por qué ha regresado Ámbar?, se preguntó Tiffany. La había llevado a la granja Dolorido para que estuviera a salvo. ¿Por qué había subido Caliza arriba hasta el túmulo? ¿Cómo era posible que hubiera recordado dónde estaba?

—Una niña muy interesante —comentó una voz, y el Sapo asomó la cabeza desde d[[12]](#footnote-12)ebajo de una hoja—. Debo decir que a usted la encuentro de lo más aturullada, señorita.

—El viejo barón ha muerto —explicó Tiffany.

—Bueno, era de esperar. Larga vida al barón —dijo el Sapo.

—No va a vivir mucho —dijo Tiffany—. Está muerto.

—No, no —croó el Sapo—. Es lo que se suele decir. Cuando muere un rey, se tiene que anunciar inmediatamente que hay otro rey. Es importante. Me pregunto cómo será el nuevo. Según Rob Cualquiera es un blandengue que no es digno ni de lamer tus botas. Y te ha hecho un feo de mucho cuidado.

Fueran cuales fuesen las circunstancias del pasado, Tiffany no pensaba dejar pasar aquello.

—No necesito que nadie me lama nada, muchas gracias. De todas formas —añadió—, no es el barón de ellos, ¿verdad? Los feegles se enorgullecen de no rendir cuentas a ningún señor.

—Esa afirmación es del todo veraz —respondió el Sapo con voz plúmbea—, pero debes recordar que también se enorgullecen de beber todo lo posible a la menor oportunidad, lo que vuelve algo impredecible su talante, y también que el barón cree a pies juntillas que es, de facto, el propietario de todos los terrenos circundantes. Una afirmación que se sostendría ante un tribunal, aunque lamento decir que yo ya no podría hacer lo mismo. Pero en fin, la chica es extraña. ¿No te has fijado?

¿No me he fijado?, pensó Tiffany a toda prisa. ¿En qué tendría que haberme fijado? Ámbar solo era una niña. Se la veía por ahí, no tan[[13]](#footnote-13) callada como para ser preocupante, no tan ruidosa como para ser molesta. Y poco más. Pero entonces pensó: las gallinas. Eso había sido extraño.

—¡Sabe hablar en feegle! —exclamó el Sapo—. Y no me refiero a todo eso del «pardiez», que es solo jerigonza, sino al idioma serio y antiguo que habla la kelda, a lo que hablaban allí de donde vengan antes de venir de donde vinieran. Lo siento, con un poco más de preparación seguro que me habría salido mejor la frase. —Calló un momento—. Yo no entiendo ni una sola palabra de feegle, pero la chica parece haberlo aprendido de oído. Y además juraría que antes intentaba hablarme a mí en sapo. No es que yo lo entienda muy bien, pero un poco sí se me quedó con el… cambio de forma, por así decirlo.

—¿Me estás diciendo que entiende palabras poco frecuentes? —preguntó Tiffany.

—No estoy seguro —respondió el Sapo—, pero me parece que entiende el significado.

—¿De verdad? —insistió Tiffany—. A mí siempre me ha parecido una chica un poco simple.

—¿Simple? —dijo el Sapo, que parecía estar disfrutando—. Bueno, como abogado debo decirte que las cosas que parecen simples pueden ser increíblemente complicadas, sobre todo si estoy facturando por horas. El sol es simple. Una espada es simple. Una tormenta es simple. Todo lo simple trae detrás una inmensa cola de complicación.

Ámbar sacó la cabeza por el acceso al túmulo.

—La señora kelda dice que vaya a la cantera de caliza —anunció, emocionada.

Tiffany oyó algunos vítores amortiguados procedentes de la cantera mientras descendía por entre el minucioso camuflaje.

La cantera le gustaba. En aquel lugar se hacía difícil estar triste de verdad, con las paredes blancas y mojadas acunándola y la luz de un día azul colándose entre las zarzas. Alguna vez, de muy pequeña, había visto entrar y salir nadando de la cantera a los peces de tiempos inmemoriales, a unos peces de cuando la Caliza era la tierra bajo las olas. El agua había desaparecido mucho tiempo atrás, pero las almas de los peces fantasma no se habían dado cuenta. Estaban acorazados como caballeros y eran tan vetustos como el terreno. Pero ya no podía verlos. Tal vez la vista cambia a medida que te haces mayor, pensó.

Había un intenso olor a ajo. Buena parte del fondo de la cantera estaba cubierto de caracoles. Los feegles caminaban con cuidado entre ellos, pintándoles números en los caparazones. Ámbar se había sentado al lado de la kelda y tenía las rodillas agarradas con las manos. Vista desde arriba la escena recordaba al concurso de perros ovejeros, aunque con menos ladridos y mucho más pringue.

La kelda cruzó la mirada con Tiffany, se llevó un dedo diminuto a los labios y señaló con un gesto de cabeza a Ámbar, que estaba absorta contemplando el espectáculo. Jeannie dio unas palmadas en el espacio libre a su otro lado y dijo:

—Estamos viendu a los rapaces marcar nuestro ganado, ya sabes. —Su voz tenía un leve matiz de extrañeza. Era el tipo de voz que emplean los adultos cuando dicen a un niño: «Qué bien lo estamos pasando, ¿verdad?», por si el niño aún no ha llegado a esa conclusión. Pero Ámbar daba la impresión de estar disfrutando de verdad. Tiffany cayó en la cuenta de que estar con los feegles parecía alegrar a la joven.

Dado que la kelda parecía preferir una conversación ligera, Tiffany se limitó a preguntar:

—¿Por qué marcarlos? ¿Quién va a intentar robárselos?

—Otros feegles, claro. A mi Rob le da que non tardarán en hacer cola para robarnos los caracoles cuandu queden desprotegidos, ¿sabes?

Tiffany estaba confundida.

—¿Y por qué iban a quedar desprotegidos?

—Porque mis rapaces marcharán a robarles a ellos su ganado. Es una antigua tradición feegle, que permite a todu el mundo dedicarse a las peleas, el cuatrerismo, los robos y, por supuesto, la vieja favorita de siempre: la bebida. —La kelda guiñó un ojo a Tiffany—. Buenu, así por lo menos están contentos, tienen las manos ocupadas y non métense en nuestros asuntos, ya sabes.

Volvió a guiñar el ojo a Tiffany, llamó la atención de Ámbar poniéndole una mano en la pierna y le dijo algo en un idioma que sonaba como una versión muy antigua del feegle. Ámbar respondió en el mismo idioma. La kelda hizo un significativo movimiento de cabeza en dirección a Tiffany y señaló hacia el otro extremo de la cantera.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Tiffany, sin apartar la mirada de la chica, que seguía observando a los feegles con el mismo interés sonriente.

—Díjele que tú y yo íbamos a tener una conversación de mayores —explicó la kelda—, y ella díjome que los rapaces son muy graciosos, y non sé cómu, pero aprendió la Madre de las Lenguas. Tiffany, yo solo háblola con una hija y con el gonnagle, ya sabes, ¡y anoche estaba ha[[14]](#footnote-14)blandu con él cuando ella terció! ¡Aprendiola solu a base de escuchar! ¡Non debería ser posible! Es un don muy inusual el que tiene, tal y comu te lo digo. Debe de conocer los significados en su testa, y eso es magia, rapaza mía, la mesma esencia de la magia, tal cual.

—¿Cómo ha podido ocurrir?

—¿Quién sabe? —dijo la kelda—. Es un don. Y si quieres que dete un consejo, pon a esa rapaza a aprender.

—¿No es un poco mayor para empezar? —dudó Tiffany.

—Introdúcela en el arte, o encuentra alguna otra forma de canalizar su don. Créeme, rapaza mía, non seré yo quien véngate con que apalear a una rapaciña hasta casi matarla sea buena cosa, pero ¿quién sabe cómu elígese nuestro camino? El de ella trájola aquí arriba, conmigo. Tiene el don de la entendienda. ¿Habríalo hallado de otru modo? Tú sabes que el sentidu de la vida es hallar el don de uno. Hallar tu propio don es la felicidad. Non encontrarlo nunca es sufrimiento. Dijiste que la rapaza es un poco simple; pues búscale un maestro que sáquele lo complicadu de dentro. La rapaza aprendió un idioma difícil con solu escucharlo. Al mundo hácele mucha falta más gente capaz de hacer eso.

Tenía sentido. Todo lo que decía la kelda tenía sentido.

Jeannie se quedó un momento callada antes de añadir:

—Lamentu mucho que el barón muriera.

—Perdona —respondió Tiffany—. Quería decírtelo.

La kelda le sonrió.

—¿De veras crees que a una kelda hácele falta que díganle cosas comu esa, rapaza mía? Fue un hombre decente, y tú cumpliste ben con él.

—Tengo que ir a buscar al nuevo barón —dijo Tiffany—, y necesitaré que los chicos me ayuden a encontrarlo. En la ciudad viven miles de personas, y a ellos se les da muy bien encontrar cosas. —Miró al cielo. Tiffany no había[[15]](#footnote-15) volado nunca hasta la gran ciudad, y no le hacía mucha ilusión intentarlo a oscuras—. Partiré al amanecer. Pero antes que nada, Jeannie, será mejor que me lleve a Ámbar a casa. Te parece bien, ¿verdad, Ámbar? —preguntó a la desesperada.

Tres cuartos de hora más tarde, Tiffany hizo descender su escoba de regreso al pueblo, con los chillidos todavía resonando en su mente. Ámbar no quería volver. De hecho había manifestado su evidente rechazo a abandonar el montículo haciendo palanca con brazos y piernas contra el agujero y gritando a pleno pulmón cada vez que Tiffany le daba un leve tirón. Cuando dejó de intentarlo, la chica regresó a la cantera para volver a sentarse junto a la kelda. Así eran las cosas: una intentaba hacer planes para la gente, pero la gente tenía otros planes.

Se mirara como se mirase, Ámbar tenía padres; podría decirse que eran unos padres bastante lamentables, y también podría añadirse que eso era decir poco. Pero al menos deberían saber que su hija estaba a salvo… aunque en todo caso ¿qué podría hacer daño a Ámbar estando bajo la protección de la kelda?

La señora Rastrero cerró de un portazo al ver que era Tiffany quien llegaba, y luego volvió a abrir la puerta enseguida, hecha un mar de lágrimas. Su casa hedía, no solo a cerveza rancia y a mala cocina, sino también a impotencia y desconcierto. Un gato, el más sarnoso que Tiffany había visto nunca, era casi sin duda otra causa del problema.

La señora Rastrero estaba tan asustada que le temblaban sus pocas carnes, y cayó de rodillas al suelo entre súplicas incoherentes. Tiffany le preparó una taza de té, que no era tarea para aprensivos dado que la escasa vajilla que había en la casita estaba amontonada en el fregadero de piedra, cuyo otro contenido era un agua lodosa que burbujeaba de vez en cuando. Tiffany pasó unos minutos frotando con brío hasta obtener una taza de la que consentiría en beber, e incluso después de terminar quedó algo que seguía repiqueteando dentro del hervidor.

La señora Rastrero se sentó en la única silla que tenía las cuatro patas y empezó a explicar entre balbuceos que, en realidad, su marido era un buen hombre siempre que ella tuviera la cena preparada a tiempo y Ámbar no se portara mal. Tiffany ya conocía aquel tipo de conversación desesperada de cuando hacía la ronda por las casas en las montañas. La generaba el miedo, el miedo de la hablante a lo que sucedería cuando volviera a quedarse sola. Yaya Ceravieja tenía su forma de ocuparse de ello, que era meter el miedo a Yaya Ceravieja en el cuerpo a todo el mundo sin excepción, pero Yaya Ceravieja contaba con años y años de experiencia en ser… bueno, Yaya Ceravieja.

Un interrogatorio cauteloso y delicado informó a Tiffany de que el señor Rastrero estaba dormido en el piso de arriba, y ella se limitó a decir a la señora Rastrero que a Ámbar estaba cuidándola una señora muy amable mientras se «curaba». La mujer se echó a llorar otra vez. Tiffany estaba empezando a ponerse nerviosa por lo descuidada que estaba la casa, aunque procuró no ser despiadada. Pero ¿tanto costaba echar un cubo de agua fría al suelo de piedra y barrerlo hasta la calle con una escoba? ¿Tanto costaba fabricar un poco de jabón? Podía hacerse uno bastante decente a partir de ceniza de madera y grasa animal. Y, como había dicho una vez la madre de Tiffany, «nadie es demasiado pobre para limpiar un vidrio», aunque de vez en cuando su padre, para chinchar a su madre, lo cambiaba a «nadie es demasiado pobre para limpiar un viudo». Pero con aquella familia, ¿por dónde empezar? Y lo que fuese que se había quedado dentro del hervidor seguía repiqueteando, con la presumible intención de escapar.

La mayoría de las mujeres del pueblo estaban criadas para ser duras. Había que ser dura para sacar adelante a una familia con el sueldo de un jornalero. En la región había un dicho, una especie de receta para tratar con los maridos problemáticos. Decía así: «Pastel de lengua, establo frío y palo de cobre». Significaba que el marido problemático acababa con la cabeza como un bombo en vez de cenado, expulsado al establo para dormir y, si levantaba la mano a su esposa, se llevaría una buena tunda con el largo palo que había en todos los hogares para remover la colada en el barreño. Por lo general los hombres rectificaban antes de que sonara la música brusca.

—¿No le gustaría tomarse unas pequeñas vacaciones del señor Rastrero? —sugirió Tiffany.

La mujer, blanquecina como una babosa y flaca como un rastrillo, puso cara de horror.

—¡No, ni hablar! —replicó casi sin aliento—. ¡El pobre no se apañaría sin mí!

Y entonces… todo se torció, o más bien se torció mucho más de lo que ya estaba. Y fue todo por inocencia, por el aspecto abatido que tenía la mujer a ojos de Tiffany.

—Bueno, al menos puedo limpiarle la cocina —dijo Tiffany con voz alegre. No habría habido ningún problema si entonces se hubiera contentado con agarrar una escoba y ponerse a trabajar, pero no, claro que no: tuvo que alzar la mirada hacia el techo gris y lleno de telarañas y exclamar—: ¡Muy bien, sé que estáis ahí porque siempre me seguís, así que haced algo útil y limpiad a fondo esta cocina!

Durante unos segundos no ocurrió nada, pero entonces Tiffany oyó, porque estaba esperándola, una conversación amortiguada cerca del techo.

—¿Non oísteislo? ¡Sabe que estamos aquí! ¿Cómu puede ser que aciértelo siempre?

Una voz de feegle un poco distinta respondió:

—¡Es porque siempre seguímosla, pavitontu!

—Ah, ya, eso téngolo claro, pero decíalo porque ¿non hicímosle la firme promesa de non volver a seguirla?

—Sí, fue un juramentu solemne.

—Exactu, y por eso non puedo evitar que decepcióneme un poquiño ver que la arpiíña grandullona non hiciera caso de una promesa solemne. Hiéreme un poquiño los sentimientus.

—Pero es que nosotros incumplimos el juramentu solemne, por esu de que somos feegles.

Una tercera voz dijo:

—¡Espabilando, pámpanos, que empezó la Tapeteanda de los Pieses!

Un torbellino asoló la minúscula y sucia cocina. El agua espumosa se arremolinó en t[[16]](#footnote-16)orno a las botas de Tiffany, que ciertamente habían estado tapeteando. Si bien era cierto que nadie podía montar un revuelo tan deprisa como un grupo de feegles, lo extraño era que también podían recogerlo, incluso sin la cooperación de una bandada de pajaritos y demás criaturas salvajes variadas.

El fregadero se vació en un instante y volvió a llenarse de agua jabonosa. Los platos de madera y las tazas de hojalata volaron zumbando por los aires, mientras el fuego se encendía. La caja de leña se llenó hasta arriba con un prolongado repiqueteo. Después de aquello las cosas se aceleraron y un tenedor acabó clavado en la pared, temblando junto a la oreja de Tiffany. El vapor se elevó como una neblina de la que salían extraños sonidos; la luz del sol entró a chorro en la cocina y la llenó de arcoíris, tras cruzar una ventana repentinamente limpia; una escoba pasó como una exhalación, llevándose por delante la poca agua que quedaba; el hervidor hirvió; en la mesa apareció un jarrón con flores, aunque algunas de ellas estaban bocabajo, y de pronto la estancia había quedado reluciente y ya no olía a patatas podridas.

Tiffany miró hacia el techo. El gato se había aferrado a él con sus cuatro garras. Dedicó a la bruja lo que sin duda era una mirada. Ni siquiera una bruja puede aguantar siempre la mirada a un gato que ya está hasta las narices, y mucho menos cuando ha tenido que saltar más arriba de las narices.

Tiffany acabó localizando a la señora Rastrero debajo de la mesa, con la cabeza protegida por los brazos. Cuando por fin la convenció de que saliera y se sentara en una silla sin polvo delante de un té servido en una maravillosa taza limpia, la mujer se desvivió por reconocer que había sido una gran mejora, aunque más tarde Tiffany tuvo que admitir que seguramente la señora Rastrero habría reconocido cualquier cosa con tal de que ella se marchara.

Por tanto, la visita no podía considerarse un éxito, pero al menos el lugar estaba mucho más limpio, y seguro que la señora Rastrero se lo agradecería cuando tuviera tiempo para pensarlo. El gruñido y el golpe seco que Tiffany oyó mientras salía del descuidado huerto debía de significar que el gato por fin se había despedido del techo.

A mitad de camino hacia la granja, con la escoba echada al hombro, Tiffany pensó en voz alta:

—A lo mejor ha sido una tontería.

—Non empréñeste —dijo una voz—. Si hubiéramos tenido tiempu, podríamosle haber horneadu un poco de pan. —Tiffany bajó la mirada y allí estaba Rob Cualquiera, junto a otra media docena de los individuos conocidos como Nac Mac Feegle, los Pequeños Hombres Libres y, a veces, los acusados, los culpables, los que están ayudando a la policía en sus pesquisas y también «ese de ahí, el segundo por la izquierda, le juro que fue él».

—¡No dejáis de seguirme! —protestó—. ¡Siempre os comprometéis a no volver a hacerlo y siempre lo hacéis!

—Ah, peru es que non estás teniendo en cuenta el mochuelo que impúsosenos. Tú eres la arpía de las colinas y debemos estar siempre listos para protegerte y ayudarte. Lo que opines tú non tiene importancia —sentenció Rob, categórico. Hubo rápidas negaciones en las cabezas de los otros feegles, que provocaron una lluvia de trozos de lápiz, dientes de rata, la cena de la noche anterior, piedras interesantes con agujeros, escarabajos, mocos prometedores guardados para examinarlos con tranquilidad más adelante y caracoles.

—Escúchame —dijo Tiffany—. ¡No puedes ir por ahí ayudando a la gente, quiera o no!

Rob Cualquiera se rascó la cabeza, devolvió a su sitio el caracol que se había caído y replicó:

—¿Y por qué non? Es lo que haces tú.

—¡No es verdad! —exclamó Tiffany en voz alta, pero se le había clavado una flecha en el corazón.

No he sido nada amable con la señora Rastrero, ¿verdad que no?, pensó. Sí, era cierto que la mujer parecía tener el cerebro de un ratón además de su timidez, pero por muy sucia que estuviera, la apestosa casa era de la señora Rastrero y Tiffany había irrumpido acompañada por un puñado de, bueno, para qué andarnos con rodeos, de feegles, y la había puesto patas arriba, aunque al final la hubiera dejado menos patas arriba que antes. He sido brusca, mandona y sabihonda. Mi madre podría haber llevado mejor el asunto. Ya puestos, seguro que cualquier otra mujer del pueblo habría llevado mejor el asunto, pero la bruja soy yo y he metido la pata y le he dado un susto de muerte. Yo, una cría con un sombrero puntiagudo.

Y otra cosa que pensó sobre sí misma era que, si no se acostaba bien pronto, iba a caerse al suelo. La kelda tenía razón: Tiffany no recordaba la última vez que había dormido en una cama de verdad, y tenía una esperándola en la granja. Y además —llegó la idea, repentina y culpable—, aún no había dicho a los padres de Ámbar Rastrero que su hija había vuelto con los feegles…

Siempre hay algo, pensó, y entonces hay otro algo encima del primer algo, y luego los algos no se acaban nunca. No era de extrañar que a las brujas les entregaran escobas. Solo con los pies no darían abasto.

La madre de Tiffany estaba curando a su hermano Wentworth, que tenía un ojo morado.

—Se ha peleado con los niños mayores —se lamentó su madre—. Pero mira cómo te han dejado el ojo, Wentworth.

—Vale, pero he dado una patada a Billy Bocas en los cataplines.

Tiffany intentó reprimir un bostezo.

—¿Por qué os habéis peleado, Went? Creía que eras más sensato.

—Han dicho que eres una bruja, Tiff —explicó Wentworth. Y la madre de Tiffany se giró con una expresión extraña en la cara.

—Sí, bueno, es que lo soy —dijo Tiffany—. Es mi trabajo.

—Ya, pero no creo que hagas cosas como las que decían que haces —insistió su hermano.

Tiffany cruzó la mirada con su madre.

—¿Eran cosas malas? —preguntó.

—¡Ja! Y te quedas corta —respondió Wentworth. Tenía la camisa embadurnada de la sangre y los mocos que le habían goteado de la nariz.

—Wentworth, ya estás subiendo a tu habitación —ordenó la señora Dolorido. Y es muy posible, pensó Tiffany, que ni siquiera Yaya Ceravieja hubiese podido emitir una orden que se obedeciera tan al instante y que trajera la misma amenaza implícita de desencadenar el juicio final si no se obedecía.

Cuando las botas del chico hubieron desaparecido a regañadientes por la escalera, la madre de Tiffany se volvió hacia su hija más pequeña y explicó:

—No es la primera vez que se mete en una pelea como esta.

—Es todo culpa de los libros de ilustraciones —dijo Tiffany—. Ya procuro enseñar a la gente que las brujas no son viejas locas que van por ahí hechizando a todo el mundo.

—Cuando venga tu padre, le diré que vaya a hablar con el padre de Billy —indicó la señora Dolorido—. Billy mide treinta centímetros más que Wentworth, pero tu padre… le saca sesenta al padre de Billy. No habrá peleas. Ya conoces a tu padre. Es un hombre tranquilo, ya lo creo que sí. Nunca le he visto pegar a alguien más de un par de veces, porque no le ha hecho falta. Él tranquilizará a la gente. Más les valdrá tranquilizarse. Pero aquí hay algo que no está bien del todo, Tiff. Estamos todos muy orgullosos de ti, ya lo sabes, de lo que haces y esas cosas, pero, no sé cómo, está afectando a la gente. Van por ahí diciendo chorradas sin sentido. Y últimamente nos cuesta más vender los quesos, y eso que todo el mundo sabe que los tuyos son los mejores. Y ahora, lo de Ámbar Rastrero. ¿Crees que es bueno que esté allá arriba correteando con… ellos?

—Eso espero, mamá —respondió Tiffany—. Pero esa chica es tozuda como una mula, mamá, y a la hora de la verdad no puedo hacer más que todo lo posible.

Más tarde aquella noche, adormilada en su antigua cama, Tiffany oyó a sus padres hablar muy bajito en la habitación de abajo. Y aunque por supuesto las brujas nunca lloraban, sintió una abrumadora necesidad de hacerlo.



# CAPÍTULO 6

La llegada del hombre astuto

Tiffany se enfadó al descubrir que se le habían pegado las sábanas. Su madre hasta tuvo que subirle una taza de té a la habitación. Pero la kelda había estado en lo cierto: Tiffany llevaba tiempo sin dormir bien, y la vetusta pero acogedora cama la había atrapado por completo.

Aun así, podría haber sido peor, pensó mientras partían. Por ejemplo, podría haber habido serpientes en la escoba. Los feegles no cabían en sí de alegría ante la perspectiva, en palabras de Rob Cualquiera, de «sentir el vientu bajo los kilts». Tal vez fuese mejor llevar a feegles que a serpientes en la escoba, pero tal vez no. Los feegles hacían cosas como correr de un extremo a otro del palo para mirar detalles interesantes del paisaje, y en una ocasión Tiffany giró la cabeza y descubrió a una decena de ellos colgando del final de la escoba o, dicho con más exactitud, descubrió a uno de ellos colgando del final de la escoba y a otro colgando de los talones del primero, y así sucesivamente hasta el último feegle. Estaban pasándolo en grande entre risas y gritos y, en efecto, sus kilts aleteaban al viento. Era de suponer que, para la estela de feegles, la emoción compensaba el riesgo y la ausencia de vistas o, al menos, la ausencia de unas vistas que cualquier otro quisiera contemplar.

Unos pocos de ellos terminaron resbalando de las cerdas y la escoba los dejó atrás mientras caían a tierra, saludando a sus hermanos con los brazos, gritando «¡Yuju!» y tomándose todo aquello como un gran juego. Los feegles solían rebotar cuando daban contra el suelo, aunque era cierto que a veces le hacían algún desperfecto. Tiffany no se preocupó de cómo regresarían a casa: sin duda encontrarían muchos animales peligrosos y dispuestos a atacar a un hombrecillo que corría, pero cuando el feegle llegara a su hogar quedarían bastantes menos de ellos. En realidad, los feegles se portaron bastante bien —para ser feegles— durante el vuelo, y no pegaron fuego a la escoba hasta que ya estaban a unos treinta kilómetros de la ciudad. El incidente llegó pregonado por Wullie Chiflado, que dijo «Ups» en voz muy baja y entonces puso cara de culpabilidad e intentó disimular el hecho de que había incendiado las cerdas situándose enfrente de las llamas para que no se vieran.

—Has vuelto a quemar la escoba, ¿verdad, Wullie? —preguntó Tiffany con voz firme—. ¿Qué es lo que aprendimos la última vez? No hay que encender fogatas en la escoba sin tener un buen motivo.

La escoba empezó a dar bandazos mientras Wullie Chiflado y sus hermanos intentaban apagar el fuego a pisotones. Tiffany oteó el paisaje que tenían debajo en busca de algo blando y a ser posible húmedo sobre lo que aterrizar.

Pero no servía de nada enfadarse con Wullie, que vivía en un mundo propio hecho a su medida. Había que probar con el razonamiento diagonal.

—Estaba preguntándome, Wullie —siguió diciendo mientras la escoba desarrollaba un preocupante temblor—, si entre los dos podríamos averiguar por qué se ha incendiado mi escoba. ¿Crees que puede tener algo que ver con que estés sosteniendo una cerilla en la mano?

El feegle contempló la cerilla como si nunca hubiera visto una antes, y después la escondió detrás de su espalda y se miró los pies, demostrando un gran valor dadas las circunstancias.

—Non lo sé, señorita.

—Lo que pasa —dijo Tiffany mientras el viento los zarandeaba— es que, si no tengo las cerdas suficientes, no puedo virar bien, y estamos perdiendo altura pero por desgracia seguimos yendo bastante rápido. A lo mejor puedes ayudarme con este dilema, Wullie.

Wullie Chiflado se metió un meñique en la oreja y lo meneó como si hurgara en su propio cerebro. Entonces se le iluminó el semblante.

—¿Non tendríamos que aterrizar, señorita?

Tiffany suspiró.

—Me encantaría hacerlo, Wullie Chiflado, pero, verás, nosotros vamos muy deprisa y el suelo no. Lo que ocurre en esa situación es lo que se conoce como «estrellarse».

—Non referíame a que aterrizáramos en tierra, señorita —respondió Wullie. Señaló hacia abajo antes de añadir—: Decíalo porque igual podíamos aterrizar en eso de ahí.

Tiffany siguió la línea de su dedo extendido. Por debajo de la escoba había una carretera de tierra blanca y por ella, no mucho más adelante, circulaba un objeto oblongo casi a la misma velocidad que llevaba la escoba. Tiffany clavó en él la mirada, escuchando los cálculos de su cerebro, y luego dijo:

—De todas formas, nos falta frenar un poco…

Y así fue como una escoba humeante que transportaba a una aterrorizada bruja y a dos docenas de los Nac Mac Feegle, con sus kilts extendidos a modo de freno de emergencia, aterrizaron en el techo del correo exprés Lancre-Ankh-Morpork.

El carromato tenía buenos muelles, y el cochero recobró el control de los caballos con bastante rapidez. Se hizo el silencio mientras el hombre bajaba del pescante y el polvo blanco empezaba a asentarse de nuevo en el camino. Era un hombre fornido que hacía muecas a cada paso que daba y llevaba en una mano un sándwich de queso a medio comer y en la otra un inconfundible trozo de cañería de plomo. Se sorbió la nariz.

—Habrá que contárselo a mi supervisor. Hay daños en la pintura, ¿lo ves? Cuando hay daños en la pintura, me toca rellenar un informe. Odio los informes; no se me da muy allá escribir. Pero tengo que hacerlo de todas formas, si hay daños en la pintura.

El sándwich y, lo que era más importante, la tubería de plomo desaparecieron en el interior de su enorme abrigo, y a Tiffany le sorprendió lo mucho que se alegró al verlo.

—De verdad que lo siento mucho —se disculpó mientras el hombre la ayudaba a bajar de la cubierta del carromato.

—No es por mí, entiéndelo, es por la pintura. Yo siempre les digo: mirad, en el camino hay trolls y enanos, ¿verdad?, y ya sabéis cómo conducen, casi todo el rato con los ojos entrecerrados porque no les gusta el sol.

Tiffany se sentó mientras el cochero inspeccionaba los daños en los bajos y luego, al levantar la vista hacia ella, se percataba del sombrero puntiagudo.

—Anda —dijo llanamente—, una bruja. Tiene que haber una primera vez para todo, supongo. ¿Usted sabe lo que llevo aquí, señorita?

Tiffany se preguntó qué podía ser lo peor.

—¿Huevos? —aventuró.

—Ja —dijo el hombre—. No ha habido esa suerte. Son espejos, señorita. Un espejo, para ser exactos. Y encima no es de los planos: es una bola, o eso me han dicho. Está muy bien empaquetada, o al menos eso pensaban ellos porque no sabían que iba a caerle encima alguien desde el cielo. —El hombre no sonaba furioso sino agotado, como si estuviera esperando siempre a que la vida le diera la siguiente patada—. Está fabricada por enanos —añadió—. Dicen que cuesta más de mil dólares de Ankh-Morpork, y ¿sabe para qué es? Para colgarla del techo en un salón de baile de la ciudad, donde quieren bailar el vals, del que una señorita bien educada como usted no debería saber nada porque, según dice el periódico, lleva al comportamiento depravado y a los tejemanejes.

—¡Madre mía! —exclamó Tiffany asumiendo que era lo que se esperaba de ella.

—Bueno, más vale que mire a ver qué daños hay —dijo el cochero afanándose en abrir la puerta trasera del carromato. Había una caja grande ocupando buena parte del espacio—. Está empaquetada sobre todo con paja —explicó—. Écheme una mano para bajarla, ¿quiere? Y si tintinea, estamos los dos metidos en un buen lío.

Resultó no pesar tanto como había esperado Tiffany. De todas formas la bajaron poco a poco al suelo, y el cochero hurgó en el interior del embalaje hasta sacar la bola de espejo, que sostuvo en alto como si fuese la preciosa joya a la que, en realidad, se parecía. Los espejos llenaron el mundo de una luz centelleante, que deslumbraba al mirarla y lanzaba intermitentes rayos brillantes en todas las direcciones. Y entonces el hombre chilló y soltó la bola, que se hizo un millón de añicos y llenó el cielo durante un instante con un millón de imágenes de Tiffany, mientras el cochero caía al suelo acurrucado, levantaba más polvo blanco y soltaba tenues gemidos entre el cristal que iba cayendo a su alrededor.

En menos de un instante el quejumbroso cochero estaba rodeado de un anillo de feegles, armados hasta los dientes que les quedaran con espadones, más espadones, cachiporras, hachas, garrotes y al menos un espadón más. Tiffany no sabía dónde habían estado escondidos, pero un feegle podía ocultarse tras un pelo.

—¡No le hagáis daño! —gritó—. ¡No iba a hacerme nada! ¡Está muy enfermo! ¡Pero haced algo útil y recoged todo este cristal roto! —Se agachó en la carretera y cogió la mano del hombre—. ¿Desde cuándo padece de huesos saltarines, señor?

—Ah, me tienen martirizado desde hace veinte años, señorita, martirizado —se quejó el cochero—. Es por el traqueteo del carromato, ¿sabe? ¡Por la amortiguación, que no funciona! No creo que duerma del tirón ni una noche de cada cinco, señorita, de verdad se lo digo. Echo una cabezadita, me doy la vuelta como suele hacerse, y entonces noto como un chasquido y me duele que no vea, créame.

Aparte de unos puntitos que se vislumbraban en el horizonte no había nadie más en las inmediaciones, exceptuando por supuesto a unos pocos feegles que, contra toda lógica, habían perfeccionado el arte de esconderse detrás de sí mismos.

—Bueno, creo que a lo mejor puedo ayudarle —dijo Tiffany.

Algunas brujas utilizaban un batiburrillo para ver el presente y, con un poco de suerte, vislumbrar el futuro. En la ahumada penumbra del túmulo feegle, la kelda estaba poniendo en práctica lo que llamaba «los escondos», las cosas que una kelda hacía y transmitía aunque, en general, transmitía como secretos. Y era muy consciente del interés con que la observaba Ámbar. Menuda rapaza más rara, pensó. Ve, oye y entiende. ¿Qué non daríamos a cambio de un mundo lleno de gente como ella? La kelda había preparado el caldero y encendido una hoguera pequeña debajo[[17]](#footnote-17) del cuero.

La kelda cerró los ojos, se concentró y leyó los recuerdos de todas las keldas que habían existido y existirían jamás. Millones de voces flotaron en su mente sin ningún orden concreto, a veces suaves, nunca muy altas, en ocasiones tentándola desde justo fuera de su alcance. Era una maravillosa biblioteca de información, solo que los libros estaban desordenados, sus páginas encoladas de cualquier manera y no podía encontrarse un índice por ninguna parte. Jeannie tuvo que seguir hebras de pensamiento que se desvanecían mientras las escuchaba. Esforzó el oído mientras los tenues sonidos, los fugaces destellos, los gritos amortiguados y las corrientes de significado zarandeaban su atención a uno y otro lado… Y allí estaba, delante de ella como si lo hubiera estado siempre, enfocándose.

Abrió los ojos, contempló el techo un momento y dijo:

—Busco a la arpiíña grandullona y ¿qué es lu que veo?

Escrutó hacia delante en la neblina de recuerdos antiguos y nuevos, y de pronto echó la cabeza hacia atrás y estuvo a punto de derribar a Ámbar, que dijo, interesada:

—¿Un hombre sin ojos?

—Bueno, creo que a lo mejor puedo ayudarle, señor, hum…

—Enmoquetador, señorita. William Glotal Enmoquetador.

—¿Enmoquetador? —preguntó Tiffany—. Pero ¿usted no es cochero?

—Sí, bueno, la historia tiene su gracia, señorita. Verá, Enmoquetador es el apellido de mi familia. No sabemos de dónde salió porque, que sepamos, ¡ninguno de nosotros ha puesto nunca una moqueta!

Tiffany le dedicó una sonrisa de ánimo.

—¿Y…?

El señor Enmoquetador la miró perplejo.

—¿Cómo que «y»? ¡Esa era la gracia! —Se echó a reír y chilló de nuevo cuando le saltó un hueso.

—Ah, claro —dijo Tiffany—. Disculpe, es que soy un poco lenta. —Se frotó las manos—. Y ahora, señor, voy a arreglarle los huesos.

Los caballos del carromato observaron con calmado interés cómo Tiffany ayudaba al hombre a levantarse, le quitaba el enorme abrigo (provocando más de un gruñido y varios gritos menores) y lo colocaba con las manos apoyadas en el carro.

Tiffany se concentró, palpando la espalda del hombre por encima de su fina camiseta, y… sí, ahí estaba, un hueso saltarín.

Se acercó a los caballos y, por si acaso, susurró una palabra en la oreja de ambos mientras los animales las sacudían para espantar las moscas. Entonces volvió al señor Enmoquetador, que esperaba con paciencia sin atreverse a mover ni un músculo. Mientras Tiffany se arremangaba, el hombre dijo:

—No irá a convertirme en nada antinatural, ¿verdad, señorita? No querría ser una araña. Me dan un miedo que no vea, y además toda mi ropa está hecha para un hombre con dos patas.

—¿Cómo se le ocurre que vaya a convertirle en nada, señor Enmoquetador? —preguntó Tiffany bajando la mano con suavidad por su columna vertebral.

—Bueno, no se ofenda, señorita, pero yo creía que las brujas se dedicaban a eso… bichos horribles, señorita, como las tijeretas y tal.

—¿Quién le ha contado una cosa así?

—Pues no sabría decirle —respondió el cochero—. Es como lo que… no sé, lo que sabe todo el mundo.

Tiffany situó los dedos con cuidado, encontró el hueso saltarín, y dijo:

—Esto puede doler un poquito.

Y empujó el hueso para encajarlo en su sitio. El cochero volvió a gritar.

Los caballos trataron de salir al galope, pero sus patas no respondían como de costumbre, no mientras la palabra siguiera resonando en sus oídos. Un año antes Tiffany había sentido vergüenza al aprender la palabra del jinete, pero lo cierto es que más vergüenza le dio al herrero al que había ayudado a morir con suavidad y sin dolor no tener con qué pagarle su concienzudo trabajo; a la bruja había que pagarle, igual que se pagaba al barquero, de modo que el hombre había susurrado al oído de Tiffany la palabra del jinete, que daba a quien la pronunciaba el control sobre cualquier caballo que la oyera. No podía comprarse ni venderse, pero sí podía entregarse y aun así conservarse, y aunque hubiera estado hecha de plomo valdría su peso en oro. El anterior propietario había susurrado al oído de Tiffany: «¡Prometí no decírsela a ningún hombre, y no lo he hecho!» antes de morir entre risitas, ya que tenía un sentido del humor parecido al del señor Enmoquetador.

El cochero, que también era un hombre robusto, se había dejado resbalar poco a poco por el lateral del carromato, así que…

—¿Por qué estás torturando a ese anciano, bruja malvada? ¿Acaso no ves el dolor que le atormenta?

¿De dónde había salido aquello? Era el grito de un hombre que tenía la cara blanquecina de furia y vestía una ropa tan negra como una cueva sellada o —la palabra acudió de repente a Tiffany— como una cripta. Antes no había tenido a nadie alrededor, de eso estaba segura, y tampoco había encontrado a nadie a los lados del camino, exceptuando a algún granjero que miraba cómo ardían los rastrojos hasta perderse de vista a sus espaldas.

Pero ahora había una cara a pocos centímetros de la de Tiffany. Y pertenecía a un hombre de verdad, no a algún tipo de monstruo, porque en general los monstruos no llevan las solapas manchadas de gotitas de saliva. Y entonces Tiffany se fijó en que… el hombre hedía. Jamás había olido nada tan horrible. Era un olor sólido como un barrote de hierro, y le dio la impresión de no estar oliéndolo con la nariz, sino con la mente. Comparada con aquella peste, la típica letrina tenía el aroma de un rosal.

—Le pido por favor que retroceda —dijo Tiffany—. Creo que tal vez se haya llevado una idea equivocada.

—¡Te aseguro, criatura del averno, que yo solo me llevo la idea correcta! ¡Y esa idea es devolverte al miserable y apestoso infierno que te engendró!

Muy bien, es un demente, pensó Tiffany. Pero como se le ocurra…

Demasiado tarde. El dedo tembloroso del hombre se acercó demasiado a su nariz y, de pronto, el camino vacío contenía un extenso surtido de los Nac Mac Feegle. El hombre de negro intentó apartarlos haciendo aspavientos, pero esa maniobra no solía funcionar bien con los feegles. Lo que sí logró, a pesar del asalto feegle, fue gritar:

—¡Desapareced, diablos perversos!

Todas las cabezas de feegle se giraron esperanzadas al oírlo.

—Aj, sí —dijo Rob Cualquiera—. ¡Si hay algún diabliño cerca, nosotros ocuparémonos de él! ¡Tú mueves, amigu!

Arremetieron contra él y terminaron todos apelotonados en el suelo del camino, a espaldas del hombre, ya que lo habían atravesado sin tocarlo. Por acto reflejo, los feegles empezaron a darse puñetazos entre ellos mientras se levantaban con dificultades, ya que si hay una buena pelea en marcha no conviene perder el ritmo.

El hombre de negro los miró de reojo y entonces dejó de prestarles la menor atención.

Tiffany bajó la mirada hacia las botas de la aparición. Brillaban a la luz del sol, lo que estaba mal. Ella solo había pasado unos minutos de pie sobre el polvo del camino y ya tenía las botas grises. Y luego estaba el terreno que pisaba el hombre, que también estaba mal. Muy mal, en aquel día caluroso y despejado. Echó un vistazo a los caballos. La palabra aún los retenía, pero estaban temblando de miedo, como conejos ante la mirada de un zorro. Tiffany cerró los ojos y miró al hombre con la Primera Vista, y vio. Y dijo:

—No proyectas sombra. Sabía que algo estaba mal.

Y entonces miró directamente a los ojos del hombre, semiocultos bajo el ala ancha del sombrero, y… no… tenía… ojos. La comprensión la empapó como hielo derretido… Aquella aparición no tenía ojos, ni ojos normales, ni ojos ciegos, ni cuencas oculares… eran solo dos agujeros en su cabeza por los que podía ver los campos humeantes del otro lado. Tiffany no se esperaba lo que sucedió a continuación.

El hombre de negro volvió a mirarla con furia y siseó:

—Tú eres la bruja. Tú eres ella. Allá donde vayas te encontraré.

Y desapareció, dejando solo un embrollo de feegles luchando sobre el polvo del camino.

Tiffany sintió algo en la bota. Bajó la cabeza y encontró la mirada de una liebre, que debía de haber huido de la quema de rastrojos. Se sostuvieron la mirada durante un segundo, y después la liebre brincó por los aires como un salmón y cruzó el camino a la carrera. El mundo estaba lleno de signos y presagios, y era cierto que una bruja debía escoger los importantes. Pero ¿por dónde empezar después de todo aquello?

El señor Enmoquetador aún estaba tendido contra el carromato, ajeno a todo lo que acababa de ocurrir. En cierto modo Tiffany estaba igual, pero ella acabaría enterándose.

—Ya puede levantarse, señor Enmoquetador —dijo.

El hombre obedeció con toda la cautela del mundo, haciendo muecas mientras esperaba que los pinchazos agónicos le recorrieran la espalda. Probó a cambiar el peso de pierna y dio un saltito sobre el polvo, como si estuviera aplastando a una hormiga. Al ver que parecía funcionar, probó con un segundo salto, y luego, extendiendo los brazos, gritó: «¡Yupiii!» y dio un giro de bailarín. Se le cayó el sombrero y sus botas claveteadas chocaron contra el suelo, y el señor Enmoquetador fue un hombre feliz mientras giraba sobre sí mismo y daba saltitos; casi le salió una voltereta lateral pasable y, cuando resultó no pasar de media voltereta, se levantó con gracia, agarró a la anonadada Tiffany y bailó con ella por el camino mientras gritaba:

—¡Un dos tres, un dos tres, un dos tres! —Y cuando Tiffany logró soltarse entre risas, él le dijo—: ¡Mi mujer y yo vamos a salir esta noche, señorita, y nos iremos a bailar el vals!

—¿No llevaba al comportamiento depravado? —preguntó Tiffany.

El cochero le guiñó un ojo.

—¡Eso espero! —exclamó.

—No debería excederse, señor Enmoquetador —le advirtió ella.

—Si quiere que le diga la verdad, señorita, yo opino que sí debo, si no le importa. Después de tantos crujidos y gemidos y de no dormir casi nada, creo que me gustaría excederme un poquito… ¡o un muchito, si se puede! Oh, qué amable por su parte pensar en los caballos —añadió—. Se nota que es buena persona.

—Me alegro de verlo de tan buen humor, señor Enmoquetador.

El cochero hizo una pequeña pirueta en el centro del camino.

—¡Me ha quitado veinte años de encima! —Sonrió a Tiffany de oreja a oreja, y entonces su expresión se nubló un poco—. Esto… ¿cuánto le debo?

—¿Cuánto me costarán los daños en la pintura? —replicó Tiffany.

Se miraron uno a la otra, y al cabo de un momento el señor Enmoquetador dijo:

—Bueno, tampoco voy a pedirle nada, señorita, teniendo en cuenta que la bola de espejo la he roto yo.

Un leve tintineo hizo que Tiffany mirase hacia atrás, donde la bola de espejo, al parecer intacta, giraba con suavidad y, si se miraba atentamente, flotaba un poco por encima del polvo.

Tiffany se arrodilló en un camino que ya no tenía trocitos de cristal y preguntó a la nada:

—¿La habéis vuelto a juntar vosotros?

—Ah, sí —contestó Rob Cualquiera con alegría desde detrás de la bola.

—¡Pero si estaba hecha añicos!

—Ah, sí, peru los añicos son fáciles, ya sabes. Cuantu más pequeños son los trociños, mejor encájanse después. Solu hay que darles un empujonciño y las moli culiñas acuérdanse de dónde tuvieran que estar y encájanse otra vez, ¡non problemo! Tampocu pongas esa cara de sorpresa, que non solo rompemos las cosas.

El señor Enmoquetador se quedó mirando a Tiffany.

—¿Eso lo ha hecho usted, señorita?

—Bueno, más o menos —respondió ella.

—¡Ya lo creo que sí! —dijo el señor Enmoquetador, todo sonrisas—. Pues yo digo que quid pro quo, donde las dan las toman, ojo por ojo, diente por diente, lo comido por lo servido y yo te rasco la espalda a ti y tú a mí. —Guiñó un ojo—. Dejémoslo en que estamos en paz, y la empresa puede ponerse el papeleo donde el mono se puso el suéter. ¿Qué me dice a eso, eh? —Se escupió en la mano y la tendió hacia ella.

Ay, madre, pensó Tiffany. Un apretón de manos con saliva sella un acuerdo inquebrantable; menos mal que tengo un pañuelo más o menos limpio.

Asintió sin decir nada. Había habido una bola rota y ahora parecía haberse arreglado sola. Hacía calor, un hombre con agujeros donde deberían estar sus ojos se había esfumado delante de sus narices y… ¿por dónde empezar a razonarlo? Algunos días había que cortar uñas de los pies, sacar astillas y serrar piernas, y otros días eran días como aquel.

Se dieron un apretón de manos más bien húmedo, metieron la escoba entre los bultos que había detrás del pescante, Tiffany se sentó al lado del hombre y el carromato siguió su camino, levantando a su paso un polvo que componía siluetas extrañas y desagradables antes de asentarse de nuevo.

Al cabo de un tiempo el señor Enmoquetador dijo, con voz cauta:

—Hum, ese sombrero negro que lleva puesto… ¿piensa seguir llevándolo?

—Así es.

—Lo digo porque, bueno, tiene un vestido verde y bonito y, si me permite decirlo, unos dientes bien blancos. —El hombre parecía estar enfrentándose a un problema.

—Me los limpio con ceniza y sal cada día. Se lo recomiendo —comentó Tiffany.

La conversación empezaba a complicarse. El cochero puso cara de haber llegado a una conclusión.

—Entonces, no es una bruja de verdad, ¿a que no? —dijo, esperanzado.

—Señor Enmoquetador, ¿le doy miedo?

—Esa pregunta da miedo, señorita.

La verdad es que sí, pensó Tiffany. En voz alta dijo:

—Dígame, señor Enmoquetador, ¿a qué viene todo esto?

—Bueno, señorita, ya que lo pregunta, últimamente circulan algunas historias. Ya sabe, de bebés robados y tal. De niños que se escapan y esas cosas. —Alegró un poco el semblante—. Pero me imagino que eso eran las brujas malvadas y viejas… ya sabe, las de nariz picuda, verrugas y siniestros vestidos negros, no las mozas amables como usted. ¡Sí, seguro que esas cosas las hacen esas otras!

Y habiendo resuelto el dilema a su entera satisfacción, el cochero dijo poco más durante el resto del viaje, aunque silbó mucho para compensar.

Tiffany, por su parte, se quedó en silencio. Para empezar, ahora estaba muy preocupada, y para terminar alcanzaba a entreoír las voces de los feegles en la parte de atrás, donde viajaban las sacas del correo, leyéndose unos a otros las cartas ajenas. Solo le quedaba esperar que las devolvier[[18]](#footnote-18)an al sobre correcto.

La canción decía: «¡Ankh-Morpork, ciudad maravillosa! ¡Los enanos están abajo y los trolls rebosan! ¡Es un poco mejor que una cueva apestosa! ¡Ankh-Morpork, ciudad maravillooooooosa!».

En realidad no lo era.

Tiffany solo había estado allí una vez, y la gran ciudad no le había gustado mucho. Olía fatal, y había mucha gente y demasiados lugares. Y el único verdor estaba en la superficie del río, que solo podía calificarse de cieno porque cualquier palabra más exacta no sería imprimible.

El cochero detuvo su carromato fuera de uno de los portones principales, aunque estaban abiertos de par en par.

—Si quiere un consejo, señorita, quítese el sombrero y entre usted sola. Ahora esa escoba parece leña de quemar de todas formas. —Sonrió de manera nerviosa—. Le deseo mucha suerte, señorita.

—Señor Enmoquetador —dijo ella en voz alta, consciente de estar rodeada de gente—, confío en que cuando oiga a la gente hablar de las brujas les mencione que ha conocido a una y que le curó la espalda… y yo diría que salvó su empleo. Gracias por traerme hasta aquí.

—Ah, bueno, claro que diré a la gente que conocí a una de las buenas —respondió él.

Con la cabeza bien alta, o al menos tan alta como le permitía el hecho de llevar al hombro su propia escoba dañada, Tiffany entró en la ciudad. El sombrero puntiagudo atrajo hacia ella un par de miradas, y quizá también algún ceño fruncido, pero en general la gente no le prestó la menor atención. En el campo cualquier persona con quien se cruzara era o bien un conocido o bien un forastero del que averiguar más detalles, pero allí daba la impresión de que mirar a tanta gente como había era una pérdida de tiempo, y tal vez también un peligro.

Tiffany se agachó.

—Rob, ¿te acuerdas de Roland, el hijo del barón?

—Aj, el montonciño de porcallada ese —dijo Rob Cualquiera.

—Lo que sea —dijo Tiffany—. Sé que podéis encontrar a cualquier persona y quiero que lo busquéis por mí, por favor.

—¿Molestaríate que tomáramos una copiña mientras buscamos? —preguntó Rob Cualquiera—. Este sitiu siempre da una carretada de sed. Non recuerdo ni una vez que non destrueñárame por tomar un traguiño o diez.

Tiffany sabía que era tan imprudente decir que sí como decir que no, así que se conformó con:

—Pero que sea solo una. Cuando ya le hayáis encontrado.

Hubo un silbido de viento apenas perceptible a sus espaldas y los feegles desaparecieron. Tampoco serían difíciles de encontrar: solo había que estar atenta al sonido de cristales rotos. Ah, sí, el cristal roto que se reparaba solo. Ahí tenía otro misterio, porque había examinado la bola de espejo mientras volvían a meterla en su caja y no tenía ni el menor rasguño.

Tiffany contempló las torres de la Universidad Invisible, repletas de hombres sabios con sombreros puntiagudos, o como mínimo de hombres con sombreros puntiagudos, pero había otro lugar bien conocido por las brujas que, a su propio modo, era igual de mágico: el Emporio Boffo de Artículos de Broma, en la calle del Décimo Huevo, número 4. Ella no había ido nunca, pero recibía su catálogo de vez en cuando.

La gente empezó a fijarse más en ella cuando dejó las calles principales y se adentró en los barrios, hasta que pudo notar las miradas en la nuca mientras pisaba los adoquines. No era que la gente se mostrara furiosa ni hostil. Solo… la observaban, como si no supieran por dónde cogerla, y Tiffany deseó con todas sus fuerzas que no se les ocurriera ningún sitio.

El Emporio Boffo de Artículos de Broma no tenía campanilla en la puerta. Tenía un cojín de pedorretas haciendo de tope, y casi todos los clientes del Emporio consideraban que un cojín de pedorretas, tal vez combinado con un buen pegote de vómito falso, era lo último en entretenimiento, en lo que por desgracia tenían razón.

Pero las auténticas brujas a menudo necesitaban también el boffo. Había ocasiones en las que había que tener aspecto de bruja, y no a todas se les daba bien, o quizá estaban demasiado ocupadas para enmarañarse el pelo a conciencia. La tienda de Boffo era donde compraban las pelucas y las verrugas de pega, unos calderos que resultaban ridículos de tanto que pesaban y las calaveras artificiales. Y con un poco de suerte, allí podían conseguir la dirección de algún enano que les reparase la escoba.

Tiffany entró en el establecimiento, admiró el profundo sonido del cojín de pedorretas, medio rodeó y medio atravesó un absurdo esqueleto falso con brillantes ojos rojos y llegó al mostrador, momento en el cual alguien hizo sonar un matasuegras en su cara. El matasuegras desapareció, reemplazado por el rostro de un hombre bajito y de aspecto preocupado, que preguntó:

—¿Por casualidad le ha encontrado aunque sea un poquito de gracia?

Su tono sugería que esperaba una respuesta negativa, y Tiffany no vio motivo para decepcionarle.

—Ninguna —respondió.

El dependiente suspiró y guardó el aburrido matasuegras bajo el mostrador.

—Por desgracia nadie se la encuentra —dijo—. Estoy seguro de que he tenido un fallo en alguna parte. Bueno, ¿en qué puedo ayudarla, seño…? Oh, usted es de las auténticas, ¿verdad? Siempre las calo a la primera.

—Verá —dijo Tiffany—, nunca les he hecho ningún pedido, pero antes trabajaba con la señorita Traición, que…

Pero el hombre no le estaba haciendo caso. Lo que hacía era gritar por un agujero del suelo.

—¿Madre? ¡Tenemos a una de verdad!

A los pocos segundos, una voz junto al oído de Tiffany susurró:

—A veces Derek se confunde y esa escoba podrías habértela encontrado. ¿Eres bruja de verdad? ¡Demuéstralo!

Tiffany desapareció al instante. Lo hizo sin pensar, o más bien pensando tan deprisa que los pensamientos no tuvieron tiempo ni de saludarla mientras pasaban a la carrera. Solo cuando el tal Derek se quedó boquiabierto mirando a la nada comprendió Tiffany que se había dado tanta prisa en fundirse con el entorno porque desobedecer a la voz que tenía detrás sería, sin duda, muy poco prudente. A su espalda tenía a una bruja casi con toda seguridad, y además de las habilidosas.

—Muy, muy bien —dijo la mujer con voz aprobadora—. Pero que muy bien, jovencita. Yo aún puedo verte, claro, porque estaba muy atenta. Madre mía, tenemos a una de verdad.

—Voy a girarme, ¿eh? —avisó Tiffany.

—Que yo recuerde no te he dicho que no lo hagas, querida.

Tiffany dio media vuelta y se enfrentó a la bruja de las pesadillas: sombrero harapiento, nariz incrustada de verrugas, manos como garras, dientes ennegrecidos y —bajó la mirada—, exacto, botas negras enormes. No era necesario saberse al dedillo el catálogo de Boffo para darse cuenta de que la mujer llevaba puesto todo el maquillaje de la gama «Arpía en un minuto» («Porque tú no lo vales»).

—Creo que deberíamos seguir hablando en mi taller —dijo la horrible arpía descendiendo a través del suelo—. Ponte en la trampilla cuando vuelva a subir, ¿quieres? Derek, prepara café.

Cuando Tiffany llegó al sótano mediante una trampilla que funcionaba con una suavidad exquisita, encontró todo lo que cabría esperar en el taller donde se fabricaba cualquier cosa que necesitara una bruja para añadir algo de boffo a su vida. Había hileras de temibles máscaras de arpía colgadas de hilos de tender, bancos repletos de frascos de colores brillantes, estantes y más estantes llenos de verrugas puestas a secar, y varias cosas que hacían «bluup» estaban haciendo «bluup» dentro de un gran caldero colocado junto a la chimenea. Era un caldero de los de verdad.

La horrible arpía estaba trabajando frente a[[19]](#footnote-19) una mesa, y Tiffany oyó una terrible risotada. La mujer se giró, sosteniendo una cajita cuadrada de madera de la que salía un cordel.

—Una carcajada de primera, ¿verdad que sí? Es un dispositivo sencillo de hilo y resina con caja de resonancia, porque opino que soltar carcajadas es un poco cuellazo, ¿no crees? Estoy convencida de que puedo hacer que funcione a cuerda. Dímelo cuando pilles la broma.

—¿Quién es usted? —estalló Tiffany.

La arpía dejó la caja en su banco de trabajo.

—Ah, vaya —dijo—, ¿qué habrá sido de mis modales?

—No lo sé —replicó Tiffany, que empezaba a hartarse un poco—. ¿A lo mejor se les ha acabado la cuerda?

La arpía sonrió enseñando los dientes negros.

—Ah, respondona. Me gusta verlo en una bruja, aunque tampoco demasiado. —Le tendió una zarpa—. Señora Proust.

La zarpa no estaba tan húmeda como Tiffany se la esperaba.

—Tiffany Dolorido —se presentó—, ¿cómo está? —Notando que se esperaba algo más de ella añadió—: Antes trabajaba con la señorita Traición.

—Ah, sí, buena bruja —comentó la señora Proust—. Y estupenda clienta. Muy aficionada a las verrugas y los cráneos, si mal no recuerdo. —Sonrió—. No creo que hayas venido a disfrazarte de arpía para salir de fiesta con las amigas, así que supongo que necesitas mi ayuda. El hecho de que a tu escoba le falten como la mitad de cerdas necesarias para la estabilidad aerodinámica confirma mi conjetura inicial. Por cierto, ¿has pillado ya la broma?

¿Qué debía responder?

—Creo que sí…

—Adelante, pues.

—No hablaré hasta estar segura —dijo Tiffany.

—Muy sabia —convino la señora Proust—. Bueno, vamos a ver si arreglamos tu escoba, ¿de acuerdo? Habrá que caminar un poco y yo de ti me dejaría aquí el sombrero negro.

Por instinto, Tiffany echó mano al ala de su sombrero.

—¿Por qué?

La señora Proust hizo una mueca, con lo que casi logró engancharse la nariz con la barbilla.

—Porque tal vez descubras… No, ya sé lo que haremos. —Rebuscó en la mesa y, sin pedir permiso, enganchó algo al sombrero de Tiffany, justo en la parte de detrás—. Hala, ya está. Ahora no se fijará nadie. Lo siento, pero últimamente las brujas no somos muy populares. Vamos a arreglarte ese palo tuyo tan pronto como podamos, no sea que tengas que marcharte a toda prisa.

Tiffany se quitó el sombrero y miró lo que la señora Proust le había enganchado al cintillo. Era una cartulina de colores brillantes sujeta por un hilo en la que se leía: «Sombrero de aprendiz de bruja con purpurina malévola. Talla 56. Precio: 2,50 $AM. ¡Boffo! ¡¡¡Una marca para conjurar!!!».

—¿Qué está haciendo? —exigió saber Tiffany—. ¡Si hasta le ha espolvoreado purpurina malévola!

—Es un disfraz —explicó la señora Proust.

—¿Cómo? ¿Cree que una bruja que se precie pasearía por la calle con un sombrero como este? —replicó enfadada Tiffany.

—Claro que no —dijo la señora Proust—. ¡El mejor disfraz para una bruja es un traje barato de bruja! ¿Una bruja compraría ropa en una tienda que vende artículos asquerosos de broma, petardos, pelucas ridículas y nuestra línea de productos más provechosa, las pililas gigantes hinchables de color rosa para despedidas de soltera? ¡Sería impensable! Es boffo, querida, boffo puro y sin adulterar. «Disimulo, subterfugio y engaño», ese es nuestro lema. Los tres son nuestros lemas. Y también «Excelente relación calidad-precio», otro lema nuestro. «No se admiten devoluciones bajo ninguna circunstancia», ese lema es importante. Igual que nuestra política de acción terminal con los rateros. Ah, y también tenemos un lema para cuando la gente fuma en la tienda, aunque ese lema no es tan importante.

—¿Qué? —dijo aturdida Tiffany, que no había escuchado la lista de lemas porque estaba mirando los «globos» de color rosa que colgaban del techo—. ¡Creía que eran lechones!

La señora Proust le dio unas palmaditas en la mano.

—Bienvenida a la gran ciudad, querida. ¿Vamos tirando?

—¿Por qué las brujas somos tan impopulares ahora mismo? —preguntó Tiffany.

—A veces a la gente se le meten ideas raras en la cabeza —explicó la señora Proust—. En general, yo aconsejo llamar poco la atención y esperar a que amaine. Solo hay que ir con un poco de cuidado.

Y Tiffany pensó que de verdad le convenía ir con mucho cuidado.

—Señora Proust —dijo—, creo que he pillado la broma.

—Dime, querida.

—Al principio pensaba que era usted una bruja de verdad disfrazada de bruja falsa…

—¿Sí, querida? —la animó la señora Proust con melaza en la voz.

—Y ya sería una buena broma, pero me parece que en realidad hay otra y que no tiene demasiada gracia, en el fondo.

—Ah, y ¿cuál crees que es, querida? —insistió la señora Proust, con una voz en la que ahora había dulces casitas de mazapán.

Tiffany respiró hondo.

—Que esa es su auténtica cara, ¿verdad que sí? Las máscaras que vende son máscaras de usted.

—¡Bien visto! ¡Bien visto, querida! Solo que en realidad no es que lo hayas visto, ¿a que no? Lo has sentido al estrecharme la mano. Y… Pero venga, vamos a llevar tu escoba a esos enanos.

Cuando salieron a la calle, lo primero que vio Tiffany fueron dos niños. Uno de ellos se disponía a tirar una piedra contra el escaparate. Reconocieron a la señora Proust y cayeron en una especie de silencio espantado. Entonces la bruja ordenó:

—Tírala, chaval.

El chico la miró como si estuviera loca.

—He dicho que la tires, chaval, o no respondo.

Confirmada su suposición de que estaba loca, el chico arrojó la piedra, pero el escaparate la atrapó al vuelo y se la devolvió, provocando que cayera al suelo. Tiffany lo vio todo. Vio cómo del escaparate salía una mano de cristal y cogía la piedra. Vio cómo la lanzaba de vuelta al chico. La señora Proust se inclinó hacia el niño, cuyo amigo había puesto pies en polvorosa, y dijo:

—Hum, sanará bien. Como te vuelva a ver por aquí, no tendrás tanta suerte. —Se volvió hacia Tiffany—. Regentar un pequeño negocio puede complicarte mucho la vida. Vamos, es por aquí.

A Tiffany le preocupaba el rumbo que pudiera tomar la conversación, así que optó por una frase inocente como:

—No sabía que hubiera brujas auténticas en la ciudad.

—Ah, somos unas pocas —declaró la señora Proust—. Hacemos lo que podemos y ayudamos a la gente. Como a ese chavalín de ahí atrás, que hoy ha aprendido a no meterse donde no le llaman, y me gusta pensar que tal vez le haya rescatado de una vida de vandalismo y desconsideración por la propiedad ajena que, mira lo que te digo, al final le habría valido un collar nuevo cortesía del verdugo.

—No sabía que se pudiera ser bruja en la ciudad —dijo Tiffany—. Una vez me dijeron que hacía falta buena piedra para criar brujas, y cuentan que esta ciudad está construida sobre tierra y lodo.

—Y albañilería —indicó la señora Proust con orgullo—. Granito y mármol, sílex y diversos estratos sedimentarios, mi querida Tiffany. Rocas que una vez saltaron y fluyeron cuando el mundo nació del fuego. ¿Y ves los adoquines de las calles? Seguro que todos ellos han tenido sangre encima en algún momento. Hay piedra y roca hasta donde alcanza la mirada. ¡Y donde no alcanza, piedra y roca también! ¿Puedes imaginar lo que se siente en los huesos al profundizar y captar la piedra viva? ¿Y qué construimos a partir de esa piedra? ¡Palacios y castillos y panteones y lápidas y casas, de todo! Además, no solo me refiero a esta ciudad. La ciudad está construida sobre sí misma, sobre todas las ciudades que hubo antes. ¿Te imaginas cómo es tumbarse en una losa y sentir el poder de la roca elevándote contra el tirón del mundo? Y todo él está a mi disposición, hasta la última piedra lista para que la use, y ahí es donde empieza la brujería. Las piedras tienen vida, y yo formo parte de ella.

—Sí —dijo Tiffany—. Lo sé.

De repente, la cara de la señora Proust estaba a pocos centímetros de la suya, con la aterradora nariz aguileña casi en contacto con la de Tiffany y los oscuros ojos en llamas. Yaya Ceravieja podía ser temible, pero al menos era guapa a su manera; la señora Proust era la bruja mala de los cuentos de hadas, con una maldición por rostro y el sonido de un horno que se cierra atrapando a unos niños por voz. La suma de todos los miedos nocturnos llenando el mundo.

—Ah, conque lo sabes, ¿eh, brujita de alegre vestidito? ¿Qué es lo que sabes? ¿Qué es lo que de verdad sabes? —Retrocedió un paso y parpadeó—. Resulta que más de lo que sospechaba —se respondió a sí misma relajándose—. Tierra bajo ola. En el corazón de la caliza, el pedernal. Sí, así es.

Tiffany nunca había visto a enanos en la Caliza, pero en las montañas nunca andaban lejos y en general se los veía en la cercanía de carretas. Compraban, vendían y, para las brujas, fabricaban escobas. Escobas muy, muy caras. Por su parte, las brujas rara vez tenían que comprarlas. Una escoba se heredaba, entregada de generación en generación de bruja; a veces había que cambiarle el manillar y a veces necesitaba cerdas nuevas pero, por supuesto, seguía siendo la misma escoba.

Tiffany había heredado su escoba de la señorita Traición. Era incómoda, no muy rápida y a veces volaba hacia atrás si llovía, y cuando el enano que regentaba el bullicioso y reverberante taller le hubo echado un vistazo, negó con la cabeza y sorbió aire entre los dientes, como si la visión le hubiera arruinado el día y solo tuviera ganas de salir a llorar un poco.

—Bueno, es por el olmo, claro —explicó a un mundo insensible a sus desgracias—. El olmo es madera de tierras bajas, pesado y lento, y luego hay que tener en cuenta los escarabajos, claro. El olmo es muy propenso a los escarabajos. ¿Le ha caído un relámpago, me decía? El olmo no es muy buena madera para relámpagos. Los atrae, o eso dicen. También tiene mucha tendencia a los búhos.

Tiffany asintió y trató de hacerse pasar por entendida. Se había inventado el impacto de relámpago porque la verdad, por valiosa que fuera, era demasiado estúpida, vergonzosa e increíble.

Otro enano, casi idéntico, se materializó junto a su compañero.

—Tendría que haber elegido el fresno.

—Ya lo creo —corroboró el primer enano con voz lúgubre—. Con el fresno siempre aciertas. —Dio un empujoncito con el dedo a la escoba de Tiffany y volvió a suspirar.

—Puede ser que tenga un principio de hongos de abrazadera en la junta base —sugirió el segundo enano.

—No me extrañaría nada, siendo de olmo —convino el primer enano.

—Escuchen, ¿pueden hacerle una chapuza para que al menos me lleve hasta casa? —preguntó Tiffany.

—Ah, nosotros no hacemos «chapuzas» —informó el primer enano altivamente, o más bien con altivez metafórica—. Ofrecemos un servicio personalizado.

—Solo me hacen falta unas pocas cerdas —dijo Tiffany a la desesperada, y olvidando que no quería reconocer la verdad añadió—: ¡Por favor! ¿Qué culpa tengo yo de que los feegles pegaran fuego a la escoba?

Hasta entonces en el taller había habido mucho ruido de fondo, el de docenas de enanos que trabajaban en sus bancos y no hacían mucho caso a la conversación, pero en ese preciso instante el taller quedó en silencio, y en ese silencio un martillo cayó al suelo.

El primer enano dijo:

—Cuando dice «feegles» no estará refiriéndose a los Nac Mac Feegle, ¿verdad, señorita?

—Sí, a ellos.

—¿A los salvajes? ¿Dicen… «pardiez»? —preguntó muy despacio.

—Casi a todas horas —confirmó Tiffany. Se le ocurrió que debía aclarar algunas cosas—. Son amigos míos.

—Ah, ¿lo son? —dijo el enano—. ¿Y en este momento hay alguno de sus amiguitos por aquí?

—Bueno, les he dicho que vayan a buscar a un conocido mío —respondió Tiffany—, pero supongo que se habrán metido en algún pub. ¿En la ciudad hay muchos?

Los dos enanos se miraron entre sí.

—Como unos trescientos, diría yo —afirmó el segundo enano.

—¿Tantos? En ese caso no creo que vengan a buscarme por lo menos hasta dentro de media hora.

Y de pronto el primer enano se convirtió en la encarnación frenética del buen humor.

—¡Pero bueno, qué maleducados somos! —exclamó—. ¡Para una amiga de la señora Proust, lo que haga falta! ¡Es más, con mucho gusto le ofrecemos nuestro servicio exprés gratis y sin cobrarle, incluidas las cerdas nuevas y la creosota a cambio de nada en absoluto!

—Servicio exprés significa que luego tiene que marcharse enseguida —añadió rotundo el segundo enano. Se quitó el casco de hierro, le limpió el sudor de dentro con un pañuelo y volvió a ponérselo de inmediato.

—Oh, sí, es cierto —confirmó el primer enano—. Enseguida. Es justo lo que significa «exprés».

—Conque amiga de los feegles, ¿eh? —dijo la señora Proust mientras los enanos se afanaban con la escoba de Tiffany—. No suelen hacer muchos amigos, por lo que tengo entendido. Pero hablando de amigos —siguió, en repentino tono conversacional—, ya has hablado con Derek, ¿verdad? Es hijo mío. Conocí a su padre en un salón de baile muy mal iluminado. El señor Proust era un hombre muy amable y atento; siempre decía que besar a una chica sin verrugas era como comerse un huevo sin sal. Falleció hace veinticinco años de un acceso de descalabro. Cómo lamento no haber podido hacer nada. —Se le iluminó el rostro—. Pero soy feliz sabiendo que el joven Derek es mi alegría en la… mediana edad. Un chico estupendo, querida. Menuda suerte va a tener la chica que se lleve a mi Derek, mira lo que te digo. Se entrega del todo a su trabajo y es de lo más detallista. ¿Sabías que cada mañana afina todos los cojines de pedorretas y se pone nervioso cuando alguno suena mal? ¿Y lo concienzudo que es? Mientras desarrollábamos nuestro próximo lanzamiento, la colección «Perlas de la Acera» de hilarante caca de perro artificial, se pasó semanas siguiendo a todas las razas de perro de la ciudad con su libreta, su recogedor y su tabla de colores para que no fallara ni un solo detalle. Es un chico meticuloso, limpio y conserva todos los dientes. Y nunca va con malas compañías… —Dedicó a Tiffany una mirada esperanzada pero más bien tímida—. No está funcionando, ¿verdad?

—Ay, madre, ¿se me ha notado? —preguntó Tiffany.

—He oído las palabras vertidas —dijo la señora Proust.

—¿Qué es una palabra vertida?

—¿No lo sabes? Una palabra vertida es una palabra que está a punto de decirse pero no se dice. Por un instante, las palabras flotan sobre la conversación aunque no se pronuncien… y en el caso de mi hijo Derek, menos mal que no las has dicho en voz alta.

—De verdad que lo siento muchísimo —se disculpó Tiffany.

—Ya, bueno, pues que lo sepas —atajó la señora Proust.

Cinco minutos después salieron del taller con Tiffany remolcando una escoba plenamente operativa, atada con cordel.

—En realidad —reflexionó la señora Proust mientras andaban—, ahora que lo pienso, tus feegles me recuerdan mucho a Pequeño Loco Arthur. Es más tieso que un ajo, y como del mismo tamaño. Pero nunca le he oído decir «pardiez», ojo. Trabaja de agente de la Guardia.

—Ah, pues a los feegles no les hacen mucha gracia los policías —comentó Tiffany, pero decidió compensar un poco esa afirmación, así que añadió—: Por otra parte, son muy leales, útiles a grandes rasgos, amistosos en ausencia de alcohol, honorables para un valor determinado de honor y, a fin de cuentas, fueron los inventores de la fritanga de armiño.

—¿Qué es un armiño? —preguntó la señora Proust.

—Bueno… ¿Las comadrejas las conoce? Son muy parecidos a las comadrejas.

La señora Proust enarcó las cejas.

—Querida, atesoro mi ignorancia sobre los armiños y también sobre las comadrejas. Me suenan a cosas campestres y yo el campo no lo soporto. Tanto verde me da ataques de bilis —dijo estremeciéndose al mirar el vestido de Tiffany.

Momento en el cual, obedeciendo a algún tipo de entrada celestial, se oyó un lejano grito de «¡Pardiez!» seguido del sonido siempre popular, al menos para un feegle, del cristal rompiéndose.



# CAPÍTULO 7

Cantos en la noche

Cuando Tiffany y la señora Proust llegaron al origen de los gritos, la calle estaba cubierta por una capa bastante espectacular de vidrio roto y por un grupo de hombres con aspecto inquieto, armaduras y el tipo de casco que sirve para tomar sopa en caso de emergencia. Uno de ellos estaba colocando barreras. Otros guardias tenían el gesto torcido por estar en el lado equivocado de las barreras, sobre todo cuando en ese instante un agente enorme salió volando de uno de los pubes que ocupaban casi toda una acera de la calle. Según el letrero se llamaba La Cabeza del Rey, pero según su aspecto La Cabeza del Rey estaba sufriendo una jaqueca de las buenas.

El agente de la Guardia se llevó por delante lo que quedaba del cristal antes de caer a la acera, momento en el que su casco, que podría haber contenido sopa para una familia entera y todos sus amigos, rodó calle abajo haciendo «gloing-gloing-gloing».

Tiffany oyó a otro guardia gritar:

—¡Han tumbado al sargento!

Mientras llegaban más guardias corriendo desde ambos lados de la calle, la señora Proust puso una mano en el hombro de Tiffany y le pidió con dulzura:

—¿Podrías volver a explicarme esas buenas cualidades que tienen, por favor?

He venido a buscar a un chico y decirle que su padre ha muerto, pensó Tiffany. ¡No a sacar a los feegles de otro jaleo!

—Tienen el corazón en su sitio —dijo.

—No lo dudo —respondió la señora Proust, con cara de estar disfrutando como una loca—, pero los panderos los tienen sobre un montón de cristal roto. Ah, ahí llegan los refuerzos.

—No creo que vayan a servir de mucho —comentó Tiffany… y para su sorpresa, se equivocó.

Los policías estaban dispersándose, dejando un pasillo despejado hasta la entrada del pub. Tiffany tuvo que entrecerrar los ojos para distinguir a la diminuta figura que lo recorrió con paso firme. Se parecía a un feegle, pero llevaba puesto… se paró a mirar bien… sí, llevaba puesto un casco de guardia un poco más grande que la tapa de un salero, lo que resultaba impensable. ¿Un feegle del lado de la ley? ¿Cómo podía existir tal cosa?

Sin embargo, la criatura llegó a la entrada del pub y gritó:

—¡Pámpanos, quedáis todus detenidos! Esto puede marchar de dos maneras, por las malas y… —Calló un momento—. Non, paréceme que ya está, sí —terminó—. ¡Non conozco más maneras! —Y se abalanzó a través de la puerta.

Los feegles peleaban a todas horas. Para ellos las peleas eran afición, ejercicio y entrenamiento combinados.

Tiffany había leído en el famoso manual de mitología del profesor Pinzonero que en muchos pueblos antiguos imperaba la creencia de que cuando un héroe moría, iba a una especie de salón de banquetes donde podía pasar toda la eternidad luchando, comiendo y emborrachándose.

Si fuese Tiffany, a los tres días ya se le habría hecho aburrido, pero a los feegles les encantaría, aunque seguramente incluso unos héroes de leyenda acabarían echándolos a patadas antes de que hubiera transcurrido media eternidad, después de sacudirlos en el aire para recuperar toda la cubertería. Los Nac Mac Feegle eran sin duda unos luchadores feroces y temibles, con el leve defecto (leve desde su punto de vista) de que, a los pocos segundos de meterse en cualquier pelea, les abrumaba el gozo más puro y tendían a atacarse entre ellos, a los árboles cercanos y, si no se presentaba más objetivo, a sí mismos.

Los guardias, después de reanimar a su sargento y traerle el casco, se sentaron a esperar a que se extinguiera el ruido, y no pasaron más de dos minutos antes de que saliera el diminuto agente arrastrando por una pierna a Yan Grande, un gigante entre los feegles que, en apariencia, se había quedado dormido. El policía soltó a Yan Grande, volvió al interior del pub y salió con un inconsciente Rob Cualquiera cargado a un hombro y Wullie Chiflado sobre el otro.

Tiffany se quedó boquiabierta. No podía estar pasando. ¡Los feegles siempre ganaban! ¡Nada podía vencer a un feegle! ¡Eran imparables! Pero ahí estaban: parados, y parados por una criatura tan pequeña que parecía parte de una vinagrera.

Cuando se le acabaron los feegles, el hombrecillo volvió corriendo al edificio y salió casi al instante, acarreando a una mujer con papada que intentaba pegarle con su paraguas sin mucho éxito, dado que el guardia la llevaba equilibrada sobre la cabeza. Salió tras ellos una sirviente joven y temblorosa, abrazada a un bolso de viaje. El hombrecillo depositó con maña a la mujer mayor junto al montón de feegles y, mientras ella vociferaba órdenes a los guardias para que le detuvieran, volvió dentro y regresó con tres maletas pesadas y dos cajas para sombrero equilibradas sobre él.

Tiffany reconoció a la mujer, pero no se alegró de verla. Era la duquesa, madre de Leticia y persona bastante aterradora en general. ¿Roland de verdad sabía en qué se estaba metiendo? La propia Leticia no estaba mal, si a uno le gustaban esas cosas, pero su madre parecía tener tanta sangre azul en las venas que debería explotar, y ahora mismo tenía todo el aspecto de estar a punto. Qué apropiado que los feegles hubieran arrasado el mismo edificio en el que se alojaba la vieja pelleja. ¿Cuánta suerte podía tener una bruja? ¿Y qué pensaría la duquesa de que Roland y su prometida, la pintora de acuarelas, se hubieran quedado dentro del edificio sin carabina?

La última pregunta obtuvo respuesta con la visión del hombrecillo, que salió del local tirando de ambos por unos ropajes muy caros. Roland llevaba un esmoquin que le venía un poco grande, y Leticia iba vestida con una acumulación de vaporosos volantes sobre más volantes, en opinión de Tiffany una ropa muy poco apropiada para nadie que sirviera de algo en la vida. Chúpate esa.

Seguían llegando más agentes de la Guardia rezagados, cabía suponer que porque ya habían tratado alguna vez con feegles y tenían el buen juicio de llegar andando, no corriendo, al escenario del crimen. Pero un policía alto —más de uno ochenta—, pelirrojo y con una armadura tan bruñida que deslumbraba, ya estaba tomando declaración al propietario. La declaración sonaba como un prolongado gemido que daba a entender que el trabajo del guardia consistía en ocuparse de que aquella terrible pesadilla no hubiera tenido lugar.

Tiffany se giró y se encontró mirando directamente a la cara de Roland.

—¿Tú? ¿Aquí? —logró decir él. Más al fondo, Leticia empezaba a sollozar. ¡Ja, qué típico de ella!

—Oye, tengo que decirte una cosa muy…

—El suelo se ha venido abajo —la interrumpió Roland, todavía ensoñado—. ¡Ha cedido el mismo suelo!

—Escucha, tengo que… —volvió a empezar Tiffany, pero esta vez fue la madre de Leticia quien de pronto estuvo delante de ella.

—¡Yo a ti te conozco! Eres la niña bruja esa, ¿verdad? ¡No lo niegues! ¿Cómo te atreves a seguirnos hasta aquí?

—¿Cómo han hecho que se cayera el suelo? —preguntó Roland, con voz brusca y palideciendo—. ¿Cómo has conseguido derribar el suelo? ¡Dímelo!

Y entonces llegó el olor. Fue como un martillazo inesperado. Por debajo del desconcierto y el horror, Tiffany sintió otra cosa: un hedor, una peste, una podredumbre en su mente, espantosa y cruel, un estiércol de ideas horribles e ideas podridas que le daba ganas de sacarse el cerebro para limpiarlo.

¡Es él! ¡El hombre de negro sin ojos! ¡Y ese olor! ¡Ni una letrina para comadrejas enfermas olería tan mal! Creía que antes había sido malo, ¡pero era como un ramillete de prímulas! Tiffany miró desesperada a su alrededor, esperando contra toda esperanza no ver lo que estaba buscando.

La futura suegra asió a Roland por la chaqueta.

—Aléjate de ella ahora mismo. Esa chica no es más que…

—¡Roland, tu padre ha muerto!

Eso calló a todo el mundo, y Tiffany se vio atrapada en un matorral de miradas.

Ay, madre, pensó. Esto no tendría que haber salido así.

—Lo siento —farfulló en medio de un silencio acusador—. No pude hacer nada.

Vio cómo el color regresaba al rostro de Roland.

—Pero tú estabas cuidándole —dijo él, como si intentara resolver un rompecabezas—. ¿Por qué dejaste de mantenerle vivo?

—Lo único que podía hacer era llevarme el dolor. Lo siento muchísimo, pero no podía hacer más. Lo lamento.

—¡Pero eres bruja! ¡Creía que se te daba bien, y… eres bruja! ¿Por qué ha muerto?

¿Qué le hizo esa perra? ¡No te fíes de ella! ¡Es una bruja! ¡No dejarás con vida a ninguna hechicera!

Tiffany no oyó las palabras: tuvo la sensación de que reptaban por su mente como algún tipo de babosa, dejando viscosidades a su paso. Más tarde se preguntaría cuántas otras mentes había atravesado reptando, pero en ese momento sintió que la señora Proust le agarraba el brazo. Vio cómo la cólera desfiguraba los rasgos de Roland y recordó la silueta gritona del camino, sin sombra a plena luz del sol, vomitando insultos y dejándole la enfermiza sensación de que nunca volvería a estar limpia.

Y la gente a su alrededor tenía un aire preocupado, atormentado, como el de los conejos que han olido un zorro.

Entonces lo vio. Casi oculto por completo, en el borde de la muchedumbre. Allí estaban, o mejor dicho allí no estaban. Los dos agujeros en el aire fijos en ella durante un momento, antes de desaparecer. Y no saber dónde habían ido lo empeoraba todo.

Tiffany se volvió hacia la señora Proust.

—¿Qué es ese…?

La mujer abrió la boca para responder, pero la voz del guardia alto dijo:

—Disculpen, damas y caballeros, o más bien damas y un solo caballero, en realidad. Soy el capitán Zanahoria y, dado que esta tarde soy el oficial de guardia, me corresponde el dudoso placer de ocuparme de este incidente, así que… —Abrió su cuaderno, sacó un lápiz y sonrió con confianza—. ¿Quién será el primero en ayudarme a esclarecer este pequeño entuerto? Para empezar, me gustaría mucho saber qué hacen unos cuantos Nac Mac Feegle en mi ciudad, aparte de recuperarse.

Los destellos de su armadura hacían daño a los ojos. Además, desprendía un intenso olor a jabón que Tiffany agradeció bastante.

Empezó a levantar la mano, pero la señora Proust se la agarró y la contuvo con firmeza. Tiffany reaccionó soltándose de la bruja con más firmeza todavía y diciendo con una voz más firme que el agarrón:

—Seré yo, capitán.

—¿Tendría el gusto de…?

De salir corriendo de aquí a la primera ocasión, pensó Tiffany, pero lo que dijo fue:

—Me llamo Tiffany Dolorido, señor.

—¿Está de despedida de soltera?

—No —respondió Tiffany.

—¡Sí! —la corrigió la señora Proust al instante.

El capitán ladeó la cabeza.

—Entonces ¿solo va una de las dos? No parece muy divertido —comentó, con el lápiz dispuesto sobre la página.

La situación superó a la duquesa, que señaló a Tiffany con un dedo acusador que temblaba de rabia.

—¡Está más claro que el agua, agente! ¡Esta… esta… esta bruja sabía que veníamos a la ciudad para comprar joyas y regalos, y está claro, repito, claro, que ha conspirado con sus diablillos para robarnos!

—¡Eso es mentira! —gritó Tiffany.

El capitán alzó una mano, como si la duquesa fuera un carril de tráfico rodado.

—Señorita Dolorido, ¿es cierto que ha instado a feegles a entrar en la ciudad?

—Bueno, sí, pero en realidad no era mi intención. Fue más o menos una decisión tomada deprisa y corriendo. No pretendía…

El capitán volvió a levantar la mano.

—Deje de hablar, por favor. —Se frotó la nariz y suspiró—. Señorita Dolorido, voy a detenerla como sospechosa de… bueno, porque tengo sospechas y punto. Además, soy consciente de que es imposible encerrar a un feegle que no quiere estar encerrado. Si son amigos suyos, confío… —Lanzó una mirada significativa a un lado—. Confío en que no harán nada que la meta en más apuros y, con un poco de suerte, esta noche podremos dormir tranquilos todos. Capitana Angua, llévela a la Casa de la Guardia, por favor. Señora Proust, ¿sería tan amable de acompañarlas y explicar a su joven amiga cómo funciona el mundo?

La capitana Angua se acercó; era mujer, y hermosa, y rubia, y… rara.

El capitán Zanahoria se volvió hacia la duquesa.

—Señora, mis agentes la escoltarán con mucho gusto al hospedaje o posada que elija. Veo que su doncella lleva un bolso de aspecto bastante imponente. ¿Por casualidad contiene las joyas de las que me hablaba? Y en caso afirmativo, ¿podemos confirmar que no han sido objeto de robo?

A su excelencia no le hizo ninguna gracia, pero el risueño capitán no se dio cuenta, con esa forma tan profesional que tienen los policías de no ver aquello que no quieren ver. Y en el aire flotaba la clara sensación de que, de todas formas, no le habría hecho mucho caso.

Fue Roland quien abrió el bolso y sostuvo en alto la adquisición. Retiró con cuidado el papel de seda y, a la luz de las farolas, algo refulgió con tanta intensidad que no solo parecía reflejar la luz, sino también generarla en algún lugar del interior de sus brillantes joyas. Era una tiara. Varios de los guardias inhalaron de golpe. Roland se creció. Leticia adoptó una censurable pose encantadora. La señora Proust suspiró. Y Tiffany… volvió atrás en el tiempo, solo durante un segundo. Pero en ese segundo fue de nuevo una niña pequeña leyendo el manoseado libro de cuentos de hadas que todas sus hermanas habían leído antes que ella.

Pero Tiffany había visto en el libro algo que ellas no: le había visto el truco. El libro mentía. Bueno, no, tampoco es exactamente que mintiera, pero sí contaba unas verdades que no convenía saber, como que solo las chicas rubias de ojos azules podían llevarse al príncipe y ponerse la corona brillante. Estaba incorporado en el mundo. Aún peor: estaba incorporado en la coloración capilar. En la tierra de las historias, las pelirrojas y las morenas a veces podían interpretar un papel que no fuese de figurante, pero si se tenía el pelo de un sencillo castaño apagado, no quedaba más opción que hacer de chica del servicio.

O se podía ser la bruja. ¡Sí! No había que quedarse atascada en la historia. Se podía cambiar, y no solo para una misma, sino también para los demás. Se podía cambiar la historia con un gesto de la mano.

Tiffany suspiró de todos modos, porque la diadema enjoyada era una preciosidad. Pero su parte sensata y brujeril sentenció: «¿Te la pondrías muy a menudo o solo de uvas a peras? Una cosa tan cara como esa apenas saldrá de su cámara acorazada».

—No la han robado, entonces —dijo el capitán Zanahoria con alegría—. Vaya, qué bien, ¿no? Señorita Dolorido, le sugiero que pida a sus amiguitos que la sigan en silencio, ¿de acuerdo?

Tiffany miró a los Nac Mac Feegle, que se habían quedado mudos, como en estado de conmoción. Por supuesto, cuando unos treinta luchadores mortíferos se ven derrotados a golpes por un solo hombre diminuto, cuesta un rato encontrar una excusa para salvar la dignidad.

Rob Cualquiera levantó la cabeza hacia ella con una expresión de bochorno muy poco habitual.

—Siéntolo, señorita. Siéntolo, señorita —se lamentó—. Pasámonos tres pueblos con la bebienda. Y ya sabes, cuanto más tomas de la bebienda, siempre quieres tomar más de la bebienda, hasta que cáeste redondu, que es cuando sabes que ya tuviste bastante bebienda. Por ciertu ¿qué demoños es un crème-de-menthe? Tiene un color verdosiño de lo más saludable, y creo que debí de beberme un cubo entero. Imagínome que non tiene mucho sentido decir que sentímoslo mucho… Pero oye, sí que encontrámoste al montonciño de porcallada inútil ese de ahí.

Tiffany desvió la mirada hacia lo que quedaba de La Cabeza del Rey. A la titilante luz de las antorchas recordaba al esqueleto de un edificio. Mientras lo contemplaba una gruesa viga empezó a crujir y se derrumbó, como disculpándose, sobre una pila de muebles rotos.

—Os he dicho que le encontrarais, no que se suponía que teníais que hacer saltar las puertas —dijo. Se cruzó de brazos y los hombrecillos se apiñaron todavía más. El siguiente estadio de la furia femenina sería la Tapeteanda de los Pieses, que solía llevarlos a estallar en llanto y estamparse contra árboles. Sin embargo, en esa ocasión formaron filas ordenadas detrás de Tiffany, la señora Proust y la capitana Angua.

La capitana saludó a la señora Proust con la cabeza y comentó:

—Creo que podemos pasar sin las esposas, ¿me equivoco, señoras?

—Ah, ya me conoce, capitana —dijo la señora Proust.

La capitana Angua entrecerró los ojos.

—Sí, pero de su amiguita no sé nada. Preferiría que llevara usted la escoba, señora Proust.

Tiffany comprendió que discutir era inútil y cedió la escoba sin protestar. Anduvieron en silencio, salvo por el murmullo amortiguado de los Nac Mac Feegle.

Al cabo de un rato la capitana apostilló:

—No es buen momento para llevar sombreros negros puntiagudos, señora Proust. Ha habido otro caso, allá en las llanuras. En un pueblucho de mala muerte. Dieron una paliza a una anciana por tener un libro de hechizos.

—¡No!

Las dos mujeres se giraron para mirar a Tiffany y los feegles toparon con sus tobillos.

La capitana Angua negó con la cabeza.

—Lo lamento, señorita, pero es cierto. Resultó que era un libro de poesía klatchiana. Ya sabe, con esas letras serpenteantes que tienen. Supongo que puede parecer un libro de hechizos para alguien predispuesto a pensarlo. La mujer murió.

—La culpa es del Times —dijo la señora Proust—. Cuando publican cosas así en el periódico, dan ideas a la gente.

Angua se encogió de hombros.

—Por lo que he oído, la gente que lo hizo no era muy aficionada a leer.

—¡Tienen que impedirlo! —saltó Tiffany.

—¿Cómo, señorita? Somos la Guardia de la Ciudad. Fuera de las murallas, no tenemos jurisdicción legal. Allá en el campo hay lugares de los que ni siquiera habremos oído hablar. No sé de dónde ha salido todo este asunto. Es como si una idea enloquecida hubiera aparecido de la nada. —La capitana se frotó las manos—. Por supuesto, aquí en la ciudad no tenemos ninguna bruja —aseguró—, aunque sí muchas despedidas de soltera, ¿verdad, señora Proust? —Y guiñó un ojo. De verdad guiñó un ojo, Tiffany estaba segura, igual que había estado segura de que al capitán Zanahoria no le caía muy bien la duquesa.

—Bueno, supongo que unas brujas de verdad le pondrían freno bien pronto —comentó Tiffany—. En las montañas no se lo pensarían dos veces, señora Proust.

—Oh, pero aquí en la ciudad no tenemos ninguna bruja auténtica. Ya has oído a la capitana. —La señora Proust miró enfurecida a Tiffany y después susurró—: Nada de discutir delante de gente normal. Se ponen nerviosos.

Se detuvieron ante un gran edificio que tenía lámparas azules a ambos lados de las puertas.

—Bienvenidas a la Casa de la Guardia, señoras —dijo la capitana Angua—. En fin, señorita Dolorido, tendré que meterla en una celda, pero estará limpia y casi libre de ratones, y si la señora Proust quiere hacerle compañía, digamos que a lo mejor me descuido y dejo la llave puesta en la cerradura, ¿entendido? Por favor, no salga del edificio o habrá que darle caza. —Clavó su mirada en Tiffany antes de añadir—: Y eso no debería padecerlo nadie. Es horrible que te cacen.

Cruzó con ellas el edificio y bajaron a una hilera de celdas con un extraño aire acogedor. La capitana les indicó con un gesto que entraran en una de ellas. La puerta de la celda tañó al cerrarse, y las brujas oyeron el sonido de las botas mientras la capitana regresaba por el pasillo de piedra.

La señora Proust se acercó a la puerta y metió la mano entre los barrotes. Hubo un tintineo de metal y sus dedos volvieron con la llave. La metió por dentro en el ojo de la cerradura y le dio una vuelta.

—Ya está —dijo—. Ahora estamos el doble de seguras.

—¡Aj, pardiez! —exclamó Rob Cualquiera—. ¡Qué bajo caímos! ¡Metiéronnos en el talegu!

—¡Otra vez! —voceó Wullie Chiflado—. Non seré capaz de volver a mirarme a la cara.

La señora Proust volvió a sentarse y observó a Tiffany.

—Muy bien, mi niña, ¿qué es eso que hemos visto? Me he fijado en que no tenía ojos. No había ventanas a su alma. ¿No tiene alma, tal vez?

Tiffany estaba abatida.

—¡Y yo qué sé! Me lo he encontrado viniendo hacia aquí. ¡Los feegles han pasado a través de él! Parece como un fantasma. Y apesta. ¿Lo ha olido? ¡Y la multitud se ha puesto en contra nuestra! ¿Qué daño estábamos haciendo?

—No estoy segura de que sea un «él» —indicó la señora Proust—. Podría hasta ser un «ello». Quizá algún tipo de demonio, supongo… pero no entiendo mucho de demonios. Lo mío es más bien la venta al por menor. Que también puede ser bastante demoníaca a veces, ojo.

—Pero hasta Roland se ha vuelto contra mí —se quejó Tiffany—. Y él y yo siempre hemos sido… amigos.

—Ajá —dijo la señora Proust.

—A mí no me venga con «ajá» —le espetó Tiffany—. No se atreva a venirme con «ajá». ¡Por lo menos yo no me dedico a poner en ridículo a las brujas!

La señora Proust le dio un bofetón. Fue como recibir el impacto de un lápiz de goma.

—Eres una criaja maleducada y una impertinente. Y a lo que yo me dedico es a poner a salvo a las brujas.

Entre las sombras del techo Wullie Chiflado dio un codazo a Rob Cualquiera y dijo:

—Non podemos dejar que nadie atice a nuestra arpiíña grandullona, ¿verdad, Rob?

Rob se llevó un dedo a los labios.

—Ah, bueeeno, pero la cosa complícase un poquiño cuando las mujeres discuten, ¿entiendes? Non métaste en estu, si quieres un conseju de hombre casado. Cualquier hombre que entrométase en la discutienda de las mujeres non tardará ni un segundo en ver cómu las dos están dando brincos encima de él. Y non refiérome a la Cruzanda de los Brazos, la Fruncienda de los Labios y la Tapeteanda de los Pieses. Refiérome a una buena Palizanda con el Palo de Cobre.

Las brujas se sostuvieron la mirada. De pronto, Tiffany se sintió desorientada, como si hubiera pasado de la A a la Z sin recorrer el resto del alfabeto.

—¿Eso acaba de ocurrir, mi niña? —preguntó la señora Proust.

—Claro que ha ocurrido —confirmó Tiffany con brusquedad—. Todavía me duele.

La señora Proust dijo:

—¿Por qué lo hemos hecho?

—Si le soy sincera, la odiaba. Solo durante un momento. Me ha asustado. Lo único que quería era librarme de usted. La veía…

—¿Repulsiva? —sugirió la bruja adulta.

—¡Eso es!

—Ah —dijo la señora Proust—. Discordia. Volverse contra la bruja. Siempre culpar a la bruja. ¿Por dónde empieza? Tal vez lo hayamos averiguado. —Su cara horrible miró a Tiffany—. ¿Cuándo te hiciste bruja, mi niña?

—Creo que fue a los ocho años, más o menos —respondió Tiffany. Y contó a la señora Proust la historia de la señora Snapperly, la bruja del bosque de avellanos.

La mujer puso mucha atención y se acomodó sobre la paja.

—Sabemos que ocurre a veces —reflexionó después—. Cada pocos siglos, o así, de repente todo el mundo cree que las brujas son malas. Nadie sabe por qué. Parece que sucede, sin más. ¿Últimamente has hecho algo que pueda llamar la atención? ¿Algún acto mágico importante de verdad, o algo así?

Tiffany hizo memoria y respondió:

—Bueno, estuvo el colmenero. Pero tampoco fue tan, tan malo. Y antes de eso estuvo la Reina de las Hadas, aunque pasó hace muchísimo tiempo. Fue bastante horrible, pero así en general creo que darle en la cabeza con una sartén era lo mejor que podía hacer en el momento. Y bueno, supongo que debería mencionar que hace un par de años besé al invierno…

La señora Proust había estado escuchando con la boca abierta hasta ese momento, llegado el cual dijo:

—¿Eso lo hiciste tú?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Sí. Fui yo. Estaba allí.

—¿Y cómo fue?

—Gélido, y luego mojado. No tuve más remedio que hacerlo. Lo siento, ¿vale?

—¿Fue hace cosa de dos años? —preguntó la señora Proust—. Qué interesante. Viene a ser cuando empezamos a notar el problema, ¿sabes? Nada muy importante, solo que la gente empezó a perdernos el respeto. Había algo en el ambiente, podría decirse. Por ejemplo, el chico de esta mañana con la piedra. Hace un año no se habría atrevido ni de milagro, créeme. Por entonces la gente siempre me saludaba con la cabeza al pasar. Y ahora me miran mal. O hacen algún gesto, por si resulta que doy mala suerte. Las demás cuentan cosas parecidas. ¿Cómo estaba la cosa donde vives tú?

—La verdad es que no lo sé —dijo Tiffany—. Ponía un poco nerviosa a la gente, pero supongo que es porque me conocían de antes. Pero lo sentía todo raro, eso sí. Pensaba que era la sensación que tenía que darme. Había besado al invierno y todos lo sabían. En serio, aún me lo siguen recordando, y eso que fue solo una vez.

—Bueno, aquí la gente vive un poco más apretada. Y la memoria de las brujas llega hasta muy atrás. No me refiero a las brujas individuales, sino a que si juntas a todas las brujas, aún recuerdan los tiempos malos de verdad. Los tiempos en que si llevabas un sombrero puntiagudo te tiraban piedras, o cosas peores. Y si retrocedes más que eso… Es como una enfermedad —concluyó la señora Proust—. Se coge sin darte cuenta. Está en el aire, como si pasara de persona a persona. El veneno va allí donde es bienvenido. Y siempre hay alguna excusa, ¿verdad?, para tirar una piedra a esa vieja tan rara. Siempre es más fácil echar la culpa a alguien. Y cuando ya has llamado bruja a alguien te sorprendería la cantidad de culpas que puedes echarle.

—Mataron a su gato a pedradas —dijo Tiffany, casi para sí misma.

—Y ahora tienes a un hombre sin alma persiguiéndote. Y su hedor hace que hasta las brujas odien a las brujas. ¿No te apetecerá pegarme fuego, por casualidad, Tiffany Dolorido?

—No, claro que no —aseguró Tiffany.

—¿Ni prensarme contra el suelo con muchas rocas encima?

—¿De qué está hablando?

—No eran solo las pedradas —dijo la señora Proust—. La gente siempre habla de cuando echaban brujas a la hoguera, pero no creo que quemaran a muchas brujas de verdad, a no ser que las engañaran de algún modo. Creo que al fuego iban sobre todo ancianas pobres. Las brujas no ardemos muy bien, y seguro que la gente no quería desperdiciar buena leña. Pero es muy fácil tumbar a una mujer vieja en el suelo, descolgar una puerta de establo y ponérsela encima, como si fuera un bocadillo, y luego empezar a amontonarle rocas encima hasta que la pobre no pueda respirar. Esa es la forma de erradicar todo el mal. Solo que no. Porque siempre ocurren más cosas, y siempre hay más ancianas. Y cuando se les acaban, siempre están los ancianos. Siempre están los forasteros. Siempre es quien no encaja. Y tal vez al final, un día, siempre estás tú. Ahí es donde termina la locura: cuando no queda nadie para volverse loco. ¿Sabes, Tiffany Dolorido, que cuando besaste al invierno lo noté? Cualquiera con una pizca de talento mágico sintió algo. —Calló un momento y entrecerró los ojos antes de fijar su mirada en Tiffany—. ¿Qué es lo que despertaste, Tiffany Dolorido? ¿Qué cosa burda abrió los ojos que no tenía y se preguntó dónde estabas? ¿Qué nos has echado encima, Tiffany Dolorido? ¿Qué has hecho?

—¿Cree que…? —Tiffany vaciló un momento—. ¿Cree que me persigue a mí?

Cerró los ojos para no ver el rostro acusador de la otra bruja y recordó el día en que había besado al invierno. Había habido terror, y un pavoroso recelo, y una extraña sensación de calidez entre todo el hielo y la nieve. En cuanto al beso… bueno, había sido tan suave como un pañuelo de seda cayendo sobre la alfombra. Hasta que Tiffany había volcado todo el calor del sol por los labios del invierno y lo había derretido. Hielo a fuego. Fuego a hielo. El fuego siempre se le había dado bien, siempre había sido su amigo. No es que el invierno hubiera llegado a morir, porque desde entonces había habido más inviernos, aunque no tan crudos, nunca tan crudos. Y Tiffany no se había besuqueado con él por capricho. Había tomado la decisión correcta en el momento correcto. Era lo que había que hacer. ¿Por qué había tenido que hacerlo? Porque era culpa suya, porque había desobedecido a la señorita Traición y había irrumpido en un baile que no era solo un baile, sino la curvatura de las estaciones y el cambio de año.

Y horrorizada, se preguntó: ¿Dónde termina todo? Haces una estupidez y entonces reaccionas para arreglarla, pero al arreglarla estropeas otra cosa. ¿Dónde terminaría? La señora Proust estaba observándola, fascinada.

—Lo único que hice fue bailar —explicó Tiffany.

La otra bruja le apoyó una mano en el hombro.

—Querida, creo que tendrás que bailar otra vez. ¿Puedo sugerirte un curso de acción muy sensato ahora mismo, Tiffany Dolorido?

—Sí —aceptó Tiffany.

—Haz caso a mi consejo —dijo la señora Proust—. Yo no suelo regalar nada, pero estoy bastante animada por haber pillado a ese chaval que siempre me rompía el escaparate. Así que estoy de humor para el buen humor. Hay una mujer que estará muy interesada en hablar contigo, estoy segura. Vive en la ciudad, pero no la encontrarás por mucho que lo intentes. Sin embargo, ella te encontrará a ti en un abrir y cerrar de ojos, y mi consejo es que cuando lo haga, escuches todo lo que pueda decirte.

—¿Y cómo la encuentro? —preguntó Tiffany.

—Estás compadeciéndote de ti misma y no escuchas —la riñó la señora Proust—. Te encontrará ella a ti. Lo sabrás cuando lo haga. Oh, ya lo creo que lo sabrás. —Metió la mano en un bolsillo y sacó una latita redonda, cuya tapa abrió con una uña negra. De pronto el aire se volvió picante—. ¿Rapé? —ofreció tendiendo la latita a Tiffany—. Es una costumbre muy fea, ya lo sé, pero despeja los conductos y me ayuda a pensar. —Sacó un pellizco del polvo marrón, lo depositó en el reverso de su otra mano y lo aspiró con un sonido como el de una bocina dando marcha atrás. Tosió, parpadeó un par de veces y dijo—: Los mocos marrones no gustan a todo el mundo, pero supongo que ayudan a dar la imagen de bruja mala. Bueno, imagino que ya no tardarán en traernos la cena.

—¿Van a darnos de comer? —se extrañó Tiffany.

—Sí, sí, aquí son bastante decentes, aunque el vino de la última vez estaba un poco picado, creo yo —señaló la señora Proust.

—Pero estamos en la cárcel.

—No, querida, estamos en el calabozo de la policía. Y aunque nadie lo diga nos han metido aquí por nuestra propia protección. ¿Lo ves? Todos los demás están encerrados fuera y, aunque a veces se hagan los tontos, los policías no pueden evitar ser listos. Saben que la gente necesita a las brujas: necesitan a gente que, extraoficialmente, entienda la diferencia entre lo correcto y lo incorrecto y sepa cuándo lo correcto es incorrecto y lo incorrecto es correcto. El mundo necesita a personas que trabajen cerca del límite. Necesita a personas que puedan ocuparse de los pequeños baches y las molestias, de los problemas menores. Al fin y al cabo, casi todos somos humanos. Casi todo el tiempo. Y casi cada luna llena, la capitana Angua se pasa a verme y recoge el remedio que le preparo para las almohadillas endurecidas.

Volvió a aparecer la lata de rapé.

Al cabo de un rato Tiffany comentó:

—Las almohadillas endurecidas son una enfermedad de perro.

—Y de hombre lobo —replicó la señora Proust.

—Ah. Ya me parecía que tenía algo raro.

—Lo tiene controlado, eso sí —dijo la bruja—. Vive con el capitán Zanahoria y nunca muerde a nadie… Bueno, ahora que lo pienso, supongo que al capitán Zanahoria sí que le morderá, pero quien mucho habla mucho yerra, seguro que estás de acuerdo. A veces lo legal no es lo correcto, y a veces hace falta una bruja que entienda la diferencia. Y a veces también un policía, si se tiene a policías como deben ser. La gente lista lo sabe. La gente tonta no. Y el problema es que la gente tonta puede ser muy, muy listilla. Por cierto, querida, tus bulliciosos amigos han escapado.

—Sí —confirmó Tiffany—, lo sé.

—Qué pena, después de haber prometido solemnemente a la Guardia que se quedarían aquí. —Estaba claro que a la señora Proust le gustaba mantener su reputación de mezquindad.

Tiffany carraspeó.

—Bueno —dijo—, supongo que Rob Cualquiera le diría que a veces hay que cumplir las promesas y a veces no, y que hace falta un feegle que entienda la diferencia.

La señora Proust sonrió de oreja a oreja.

—Casi parece usted una chica de ciudad, señorita Tiffany Dolorido.

Si había que proteger algo que no necesitaba protección, tal vez porque nadie en su sano juicio querría robarlo, entonces el cabo Nobbs de la Guardia de la Ciudad era, a falta de una forma mejor de describirlo y en ausencia de refutaciones biológicas concluyentes, el hombre adecuado. Estaba de pie entre la oscuridad y los crujidos de las ruinas de La Cabeza del Rey, fumando un cigarrillo horrible, manufacturado liando las nauseabundas colillas ya fumadas con un papel nuevo y dando caladas al espantoso resultado hasta que aparecía humo de algún tipo.

No llegó a darse cuenta de que una mano le quitó el casco, apenas notó el golpe de precisión quirúrgica en la cabeza y, por supuesto, ni se enteró de que unas manos encallecidas volvían a ponerle el casco mientras tumbaban su cuerpo inconsciente en el suelo.

—Muy ben —dijo Rob Cualquiera en un ronco susurro mientras miraba la madera ennegrecida que tenía alrededor—. Non tenemos mucho tiempo, así que…

—Buenu, buenu, buenu. Ya sabía yo que unos pedazo de pámpanos comu vosotros volverían por aquí si esperábalos el tiempu suficiente —atajó una voz desde la penumbra—. Como perro que vuelve a su vómitu y necio que vuelve a su necedad, el delincuente vuelve siempre al escenariu de su crimen.

El agente de la Guardia conocido como Pequeño Loco Arthur encendió una cerilla, que a escala feegle era una antorcha bastante buena. Hubo un tintineo cuando algo que tenía el tamaño de un escudo para un feegle pero que un policía humano habría llevado como placa aterrizó delante de él.

—Eso fue para que hasta unos papaberzas como vosotros entiendan que non estoy de serviciu, ¿estamos? Non puédese ser policía sin la placa, ¿a que non? Solu quería averiguar por qué unos bigardos comu vosotros saben hablar ben, igual que hablo yo, porque veréis, yo non soy un feegle.

Los feegles miraron a Rob Cualquiera, que se encogió de hombros y dijo:

—¿Qué demoños crees que eres, entonces?

Pequeño Loco Arthur se pasó las manos por el cabello y no cayó nada.

—Buenu, mis padres dijéronme que era un gnomo, igual que ellos…

Dejó la frase sin acabar porque todos los feegles habían estallado en carcajadas y estaban dándose palmadas en las piernas con ahínco, actividades que solían durar bastante tiempo.

Pequeño Loco Arthur los observó durante un lapso corto antes de gritar:

—¡Non háceme ninguna gracia!

—Peru ¿quieres escucharte? —le reprendió Rob Cualquiera frotándose los ojos—. ¡Esu que hablas es feegle y punto! ¿Non dijérontelo tu mamiña y tu papiño? ¡Los feegles nacemos sabiendo hablar! ¡Pardiez! ¡Es comu los perros, que ya saben ladrar! ¡Non véngasme con que eres un gnomo! ¡Lo próximu será decirme que eres un duendeciño del bosque!

Pequeño Loco Arthur se miró las botas.

—Estas botas fabricómelas mi padre —dijo—. Nunca híceme al ánimo de decirle que non gustábame llevar botas en los pieses. La familia entera había pasadu siglos y siglos haciendo y reparandu zapatos, ¿sabéis?, y a mí la remendanda non dábaseme nada ben, y un día los ancianos de la tribu llamáronme a su presencia y dijéronme que era un huérfanu perdido. Que mudábanse de campamentu cuando encontráronme, un guid menudiño que saludolos desde un lado del camino, junto a un gavilán que hube estrangulado después de que robome de la cuna. La tribu pensó que la besta llevábame a su nidu para darme de comer a sus polluelos. Total, que los gnomos viejos confidenciaron entre ellos y dijéronme que, aunque estaban ben contentos de que quedárame, por eso de que podía matar zorros a mordiscos y tal, igual era el momentu de que saliera al gran mundo para averiguar cuál era mi pueblu.

—Buenu, rapaz, encontrástelo —dijo Rob Cualquiera, dándole una palmada en la espalda—. Hiciste ben en escuchar a un puñadu de viejos remendones. Lo que dijéronte era sabiduría, esu está claro. —Titubeó un momento antes de continuar—. Agora sí que hay un problemiña de nada, porque resulta que eres, y non oféndaste, un policía. —Dio un saltito hacia atrás por si acaso.

—Y tantu —confirmó Pequeño Loco Arthur, con aire satisfecho—. ¡Y vosotros sois un puñadu de depravados ladrones borrachines saltanormas que non tienen ni el menor respetu por la ley!

Los feegles asintieron satisfechos, aunque Rob Cualquiera respondió:

—¿Importaríate mucho añadir las palabriñas «embriaguez y alteración del orden público»? Tampocu queremos que hágasenos de menos.

—¿Y qué pasa con el cuatrerismo de caracoles, Rob? —inquirió Wullie Chiflado en tono jovial.

—Bueeenu —dijo Rob—, en realidad lo de cuatrerear caracoles todavía está en sus pasos previos de desarrollu agora mesmo.

—¿Non tenéis un ladu positivo? —preguntó Pequeño Loco Arthur a la desesperada.

La cuestión pareció desconcertar a Rob Cualquiera.

—Pensábamos que eso es nuestro ladu positivo, pero si quieres que pongámonos tiquismiquis, nunca robamos a los que non tienen dinero, tenemos corazones de oro, aunque tal vez… buenu, casi siempre es el oro de los demás, y tambén inventamos la fritanga de armiño. Eso tiene que contar para algo.

—¿Qué tienen esu de positivo? —contraatacó Arthur.

—Bueeenu, así non tiene que inventarla ningún otru desgraciado. Es lo que podríase llamar una explosión de sabor: tómaste un buen bocado, saboréaslo y entonces hay una explosión.

Muy a su pesar, Pequeño Loco Arthur estaba sonriendo.

—¿Acasu non tenéis ninguna vergüenza?

Rob Cualquiera igualó su sonrisa.

—Non sabría decirte —respondió—, pero en casu de que tengámosla, seguro que antes fue de otra persona.

—¿Y qué pasa con la pobre rapaciña grandullona que está encerrada en la Casa de la Guardia? —preguntó Pequeño Loco Arthur.

—Ah, non pasarale nada hasta que amanezca —dijo Rob Cualquiera, tan altivo como permitían las circunstancias—. Es una arpía con muchos recursos.

—¿Eso creéis? ¡Pedazo de pámpanos, tumbasteis un pub enteru a puñetazos! ¿Cómu va a aclarar eso nadie?

Esta vez Rob Cualquiera le dirigió una mirada más larga y meditabunda antes de responder:

—Bueeenu, señor agente, me da a mí que eres un feegle y eres un policía. ¿Qué vásele a hacer? Así funciona el mundu. Pero la pregunta importante para vosotros dos es: ¿eres un chivato?

En la Casa de la Guardia había cambio de turno. Alguien bajó a las celdas y, con timidez, entregó a la señora Proust un plato bastante grande de carne fría y encurtidos, junto a una botella de vino con dos vasos. Tras una mirada inquieta a Tiffany el guardia susurró algo a la señora Proust, que con un solo movimiento sacó un paquetito de su bolsillo y se lo puso al agente en la mano. Después regresó y volvió a sentarse en la paja.

—Veo que ha tenido la decencia de abrir la botella para que el vino respire un poco —dijo, y al ver la mirada de Tiffany añadió—: El guardia interino Hopkins tiene un problemilla del que preferiría que su madre no se enterara, y yo le hago un ungüento la mar de bueno. Sin cobrarle, claro. Ya me echará él una mano a mí, aunque en el caso del joven Hopkins espero que se la lave bien antes.

Tiffany nunca había probado el vino; en casa se tomaba cerveza o sidra de la floja, que tenía el alcohol justo para acabar con las minúsculas cositas invisibles que mordían, pero no el suficiente para atontar demasiado.

—Caray —dijo—. ¡No pensaba que la cárcel sería así!

—¿La cárcel? Ya te he dicho, mi querida niña, que esto no es la cárcel. ¡Si quieres saber lo que es la cárcel, visita el Rapapolvo! ¡Eso sí que es un lugar tétrico! Aquí los guardias no te escupen en la comida… por lo menos si estás mirando, y desde luego en la mía nunca, de eso puedes estar segura. El Rapapolvo es un sitio duro; les gusta pensar que si meten a alguien allí, se lo pensará más de dos veces antes de hacer nada por lo que puedan volverlo a meter. En los últimos tiempos lo han remozado un poco, y ya no todo el que entra acaba saliendo en una caja de pino, pero los muros siguen chillando en silencio para quienes pueden oírlo. Yo lo oigo. —Abrió su cajita de rapé con un chasquido—. Y aún peor que los gritos es el canto de los canarios en el bloque D, que es donde encierran a los hombres que no se atreven a ahorcar. Los meten a cada uno en su propia celda pequeña y les dan un canario para que les haga compañía. —En ese momento la señora Proust tomó rapé, con tal velocidad y volumen que Tiffany se extrañó de que no se le saliera por las orejas. La tapa de la caja volvió a cerrarse.

»Ojo, que esos hombres no son los típicos asesinos. No, señor, esos mataban a gente por afición, o por algún dios, o por aburrimiento, o porque tenían un mal día. Hicieron cosas peores que asesinar, pero todas acababan en muerte. No has tocado la ternera… ¿Seguro que no quieres? —La señora Proust ensartó un buen trozo de ternera adobada con el cuchillo antes de seguir hablando—. Lo curioso es que esos hombres tan crueles solían cuidar de sus canarios y lloraban cuando se les morían. Los carceleros siempre decían que era puro teatro, que lo hacían para asustarles, pero yo no estoy tan segura. De pequeña hacía recados para los carceleros y siempre miraba aquellos portones tan pesados y escuchaba el canto de los pajaritos, y me preguntaba cuál es la diferencia entre un buen hombre y otro tan malo que ningún verdugo de la ciudad, ni siquiera mi padre, que podía sacar a un preso de su celda y tenerlo fiambre en siete segundos y cuarto, se atrevía a ponerle una soga al cuello por si huía del fuego del averno y volvía para vengarse. —La señora Proust se detuvo con un estremecimiento, como sacudiéndose de encima los recuerdos—. Así es la vida en la gran ciudad, mi niña. No es coser y cantar como en el campo.

A Tiffany no le hacía mucha ilusión que hubiera vuelto a llamarla niña, pero no había sido eso lo peor.

—¿Coser y cantar? —dijo—. El otro día no fue coser y cantar, cuando tuve que descolgar a un ahorcado. —Y no tuvo más remedio que contar a la señora Proust toda la historia del señor Rastrero y Ámbar. Y del ramo de ortigas.

—¿Y tu padre te contó lo de las palizas? —comentó la señora Proust—. Tarde o temprano todo se reduce al alma.

La comida era sabrosa y el vino sorprendentemente fuerte. Y la paja estaba mucho más limpia que lo que cabría haber esperado. Había sido un día muy largo, amontonado sobre otros días largos.

—Por favor —rogó Tiffany—, ¿podemos dormir un poco? Mi padre siempre dice que las cosas se verán mejor por la mañana.

Hubo una pausa.

—Después de darle un par de vueltas —respondió la señora Proust—, creo que resultará que tu padre se equivoca.

Tiffany dejó que se la llevaran las nubes del cansancio. Soñó con canarios que cantaban en la oscuridad. Y tal vez lo imaginara, pero creyó despertar por un momento y ver la sombra de una anciana mirándola. La silueta permaneció allí unos instantes y luego desapareció. Tiffany recordó que el mundo está lleno de presagios y hay que escoger los que más te gusten.



# CAPÍTULO 8

El cuello del rey

El chirrido de la puerta al abrirse despertó a Tiffany. Se incorporó y miró a su alrededor. La señora Proust aún dormía, con unos ronquidos tan fuertes que le hacían temblar la nariz. Corrección: la señora Proust parecía dormir. A Tiffany le caía bien, aunque con reservas: ¿podía confiar en ella? A veces daba la impresión de que casi podía… leerle la mente.

—Yo no leo mentes —replicó la señora Proust dándose la vuelta.

—¡Señora Proust!

La bruja se incorporó y empezó a quitarse trocitos de paja del vestido.

—De verdad que no leo mentes —dijo tirando la paja al suelo—. En realidad tengo algunas destrezas muy agudizadas, aunque no sobrenaturales, que he perfeccionado hasta sacarles el máximo filo. No lo olvides, por favor. Ojalá nos traigan un desayuno caliente.

—Non véole ningún problema. ¿Qué quiere que traigámosle?

Miraron hacia arriba y vieron a los feegles sentados en la viga del techo, meneando los pies en el aire con alegría.

Tiffany suspiró.

—Si os preguntara qué estuvisteis haciendo anoche, ¿me mentiríais?

—Baju ningún concepto, por nuestru honor como feegles —aseguró Rob Cualquiera, con la mano donde creía tener el corazón.

—Bueno, convincente sí que ha sonado —dijo la señora Proust levantándose.

Tiffany negó con la cabeza y volvió a suspirar.

—No, no es tan sencillo. —Miró hacia la viga y preguntó—: Rob Cualquiera, ¿la respuesta que acabas de darme es verídica? Te lo pregunto como arpía de las colinas.

—Claru que sí.

—¿Y esa otra?

—Claru que sí.

—¿Y esa otra?

—Claru que sí.

—¿Y esa otra?

—Eh… bueno, fue solo una mentirijiña de nada, ya sabes, casi verdad del todu, para non contarte una cosa que non conviénete saber.

Tiffany se volvió hacia la señora Proust, que estaba sonriendo.

—Los Nac Mac Feegle consideran la verdad como algo tan valioso que no les gusta lucirla mucho —explicó, a modo de disculpa.

—Ah, en eso coincido con toda mi alma —dijo la otra bruja, antes de pensar un momento y añadir—: Si la tuviera, claro está.

Llegó el sonido de unas botas pesadas, que fueron acercándose sin perder peso pero muy deprisa y resultaron pertenecer a un guardia alto y flaco, que saludó a la señora Proust tocándose el casco y a Tiffany con un gesto de la cabeza.

—Buenos días, señoras. Soy el agente Abadejo y me han pedido que les diga que pueden marcharse, pero considérense advertidas —dijo—. Aunque la verdad es que nadie tiene muy claro de qué advertirlas, por lo que he entendido, así que, si yo fuera ustedes, me consideraría en una situación de advertimiento general, por así decirlo, a grandes rasgos y sin especificar, y no se ofendan, pero la idea es que la experiencia las haya escarmentado un poco. —Carraspeó, lanzó una mirada inquieta a la señora Proust y continuó—: Además, el comandante Vimes me ha pedido que les deje bien claro que los individuos conocidos en conjunto como los Nac Mac Feegle deben haber abandonado la ciudad antes del anochecer.

Llegó un coro de protestas desde la viga donde estaban sentados los feegles, que en opinión de Tiffany eran tan diestros fingiendo pasmada indignación como bebiendo y robando.

—¡Aj, non tomaríaisla así con nosotros si fuésemos grandullones!

—¡Non fuimos nosotros! ¡Fue un tipu alto que marchó corriendo!

—¡Yo non estuve allí! ¡Pregúntales a ellos! ¡Tampocu estuvieron allí!

Y otras excusiñas del estilu, ya sabes.

Tiffany empezó a dar golpes con el plato de hojalata contra los barrotes hasta que logró callarlos.

—Disculpe, por favor, agente Abadejo. Estoy segura de que todos lamentan mucho lo del pub… —empezó a decir, pero el guardia le hizo un gesto con la mano.

—Si quiere un consejo, señorita, váyase sin armar escándalo y no hable de pubes con nadie.

—Pero es que… todos sabemos que destrozaron La Cabeza del Rey, y…

El agente volvió a interrumpirla.

—Esta mañana he pasado por delante de La Cabeza del Rey —dijo—, y no estaba destrozado en absoluto. De hecho, había una gran multitud enfrente. Toda la ciudad está acercándose para echarle un vistazo. La Cabeza del Rey está igual que estuvo siempre, por lo que he podido ver, con solo un pequeñísimo detalle cambiado: que ahora está vuelta de espaldas.

—¿Cómo que vuelta de espaldas? —preguntó la señora Proust.

—Me refiero a que está encarada hacia el lado opuesto —explicó el policía con paciencia—, y cuando he pasado por allí hace nada, les aseguro que ya no lo llamaban La Cabeza del Rey.

Tiffany frunció el ceño.

—Entonces ¿ahora lo llaman El Cuello del Rey?

El agente Abadejo sonrió.

—Bueno, se nota que es usted una señorita bien educada, porque casi todos los que estaban fuera lo llamaban El…

—¡Nada de groserías! —atajó la señora Proust con severidad.

¿En serio?, pensó Tiffany. ¿Con media tienda llena de comosellamen rosas hinchables y otros objetos misteriosos que no tuve tiempo de distinguir bien? En fin, supongo que si fuésemos todos iguales el mundo no sería mundo, y mucho menos si fuésemos todos iguales que la señora Proust.

Y desde las alturas le llegaron los susurros de los Nac Mac Feegle, con Wullie Chiflado haciendo más ruido del normal.

—¡Díjeoslo! ¿Díjeoslo o non? Que todu el asunto está del revés, dijeos, pero non quisisteis hacerme casu. Estaré chiflado, pero non soy tonto.

La Cabeza del Rey, o la parte de la anatomía real que hubiese pasado a ser, no quedaba muy lejos, pero las brujas tuvieron que empezar a abrirse paso entre la muchedumbre a unos cien metros de distancia, y buena parte de la muchedumbre tenía jarras de pinta en las manos. La señora Proust y Tiffany llevaban botas con clavos, una bendición para cualquiera que deba cruzar una multitud deprisa, y al poco tiempo llegaron a lo que, a falta de una palabra mejor (aunque los feegles habrían usado una palabra mejor sin dudarlo un instante), ahora estaban llamando La Espalda del Rey, para gran alivio de Tiffany. Frente a la puerta trasera, que cumplía las funciones previamente adscritas a la delantera, y repartiendo jarras de cerveza con una mano mientras recogía dinero con la otra, estaba el señor Wilkin, el propietario. Tenía la misma expresión que un gato el día en que llueven ratones.

Cada cierto tiempo Wilkin encontraba un momento libre en su heroica cruzada para decir unas palabras a una mujer delgada pero resuelta que tomaba notas en un cuaderno.

La señora Proust dio un codazo a Tiffany.

—¿La ves? Es la señorita Cripslock, del Times, y ese de ahí… —Señaló a un hombre alto con el uniforme de la Guardia—. ¿Lo ves? El hombre con el que habla ahora es el comandante Vimes de la Guardia de la Ciudad. Un tipo decente; siempre parece cabreado y no aguanta las tonterías. Esto será interesante, porque no le gustan nada los reyes. Un antepasado suyo decapitó al último que tuvimos.

—¡Qué horror! ¿Se lo merecía?

La señora Proust vaciló un momento y luego dijo:

—Bueno, si es cierto lo que cuentan que encontraron en su mazmorra, la respuesta es un «sí» como una casa. Aun así, juzgaron al antepasado del comandante porque cortar cabezas de reyes siempre despierta comentarios, por lo visto. Cuando subió a testificar, lo único que dijo fue: «Si ese animal hubiera tenido cien cabezas, no habría descansado hasta cortarle todas ellas», frase que consideraron una declaración de culpabilidad. Lo ahorcaron, y mucho tiempo después le pusieron una estatua, cosa que dice de la gente bastante más de lo que querrías saber. Le apodaban el Viejo Carapiedra y, como puedes ver, es cosa de familia.

Tiffany podía verlo, y era porque el comandante estaba acercándose decidido a ella, con la expresión de quien tiene muchas cosas que hacer y todas ellas son más importantes que la que está teniendo que hacer ahora. Hizo un leve asentimiento respetuoso a la señora Proust e intentó sin éxito no mirar con furia a Tiffany.

—¿Esto lo ha hecho usted?

—¡No, señor!

—¿Sabe quién lo ha hecho?

—¡No, señor!

El comandante frunció el ceño.

—Señorita, si un ladrón entra a robar a una casa y vuelve más tarde para devolverlo todo a su sitio, sigue habiendo un delito, ¿lo comprende? Y si un edificio y su contenido sufren graves desperfectos, pero a la mañana siguiente aparecen como nuevos, aunque sea mirando hacia el otro lado, también eso es un delito, y los responsables, unos delincuentes. Solo que no tengo ni idea de cómo llamar al delito y, la verdad, preferiría no saber nada de todo el maldito asunto.

Tiffany parpadeó. La última frase no la había oído, no había entrado por sus orejas, pero aun así la recordaba. ¡Tenían que ser palabras vertidas! Miró de reojo a la señora Proust, que sonrió alegre, y a la mente de Tiffany llegó una tenue palabra vertida:

—Sí.

La señora Proust dijo en voz alta:

—Comandante Vimes, a mí me parece que no ha salido perjudicado nadie, dado que o mucho me equivoco o el señor Wilkin está haciendo su agosto con La Espalda del Rey, y no creo que quiera transformarla de nuevo en La Cabeza del Rey.

—¡Exacto! —exclamó el propietario, que ahora estaba metiendo dinero a paladas en un saco.

El comandante Vimes seguía con el ceño fruncido, pero Tiffany captó las palabras que estuvo a punto de decir y no dijo:

—¡No volverá ningún rey mientras yo esté aquí!

La señora Proust volvió a la carga.

—¿Qué tal si se llama El Cuello del Rey? —sugirió—. Porque parece que tenga como caspa, el pelo grasiento y un grano a punto de reventar…

La cara del comandante se mantuvo pétrea, para admiración de Tiffany, pero aun así alcanzó a captar la sombra de una palabra vertida, un «¡Sí!» triunfal. En ese momento la señora Proust, partidaria de asegurar la victoria por cualquier medio a su disposición, insistió con:

—Esto es Ankh-Morpork, señor Vimes. En verano se incendia el río, y hemos tenido lluvias de peces y de somieres, así que, pensándolo un poco y viendo el conjunto, ¿tan grave es que un pub gire sobre su propio eje? ¡Casi todos sus clientes lo hacen! ¿Cómo está su pequeñín, por cierto?

Aquella pregunta inocente pareció derrotar al comandante.

—¡Ah! Eh… Yo… Está bien. Sí, sí, bien. Tenía usted razón. Solo le hacía falta beber algo con burbujas y echarse un buen eructo. ¿Puedo hablar con usted un momento en privado, señora Proust?

La mirada que dedicó a Tiffany dejaba claro que «en privado» no la incluía a ella, así que cruzó con cuidado la acumulación de gente alegre, a veces demasiado alegre, que esperaba para sacarse una iconografía delante del Cuello del Rey y se permitió fundirse con el entorno para escuchar a Rob Cualquiera aleccionando a sus tropas, que le escuchaban cuando no tenían nada mejor que hacer.

—Muy ben —les increpó—, ¿a quién de vosotros, pámpanos, ocurriósele pintar un cuellu de verdad en el letrero? Estoy seguro de que non es lo que suele hacerse.

—Fue Wullie —dijo Yan Grande—. Pensó que la gente creería que estuvo así desde siempre. Está chiflado, ya sabes.

—A veces lo chiflado funciona —comentó Tiffany.

Miró a su alrededor… y allí vio al hombre sin ojos, atravesando la multitud, atravesando la multitud como si fuesen fantasmas, pero Tiffany se dio cuenta de que todos percibían su presencia de algún modo. Un hombre se frotó la cara con las dos manos, como si notara los pasos de una mosca, y otro se dio un bofetón en la oreja. Pero después de hacerlo estaban… cambiados. Cuando su mirada encontró a Tiffany estrecharon los ojos, y a medida que el hombre fantasmagórico se acercaba a ella la multitud fue convirtiéndose en un fruncimiento de ceño colectivo. Entonces llegó el hedor, que la figura dejaba tras de sí y volvía gris la luz del día. Era como el fondo de un estanque, donde reposaban cosas muertas y podridas hace siglos.

Tiffany miró a su alrededor, frenética. El giro de La Cabeza del Rey había llenado la calle de curiosos y sedientos. La gente intentaba seguir con sus asuntos, pero quedaban acorralados entre la multitud que tenían delante y la que se acumulaba detrás y, por supuesto, entre los portadores de bandejas y carritos, que pululaban por toda la ciudad intentando vender cosas a cualquiera que se quedara quieto más de dos segundos. Tiffany sentía la amenaza en el aire, pero en realidad era más que una amenaza: era odio, creciendo como una planta después de llover, mientras el hombre de negro seguía acercándose. La asustaba. Por supuesto, tenía a su lado a los feegles, pero cuando los feegles la sacaban de un apuro solía ser para meterla en otro distinto.

El suelo se movió de sopetón bajo sus pies. Hubo un rechinar metálico y Tiffany cayó al vacío, pero solo durante unos dos metros. Mientras intentaba recobrar el equilibrio en la penumbra de debajo de la acera, alguien pasó junto a ella pronunciando una jovial disculpa. Hubo más ruidos metálicos inexplicables, y el agujero redondo que ahora tenía encima de la cabeza desapareció en la oscuridad.

—Ahí sí que hemos tenido suerte —dijo la voz educada—. La única que tendremos hoy, me temo. Por favor, intenta no montar en pánico hasta que haya encendido la lámpara de seguridad. Si quieres montar en pánico después, la decisión es solo tuya. No te alejes de mí, y cuando te diga «Camina tan deprisa como puedas aguantando el aliento», hazlo si quieres conservar la cordura, la garganta y posiblemente la vida. No me importa si lo entiendes o no. Tú hazlo, porque no tenemos mucho tiempo.

Ardió una cerilla. Hubo un pequeño estallido y un fulgor verdeazulado en el aire, justo delante de Tiffany.

—Era solo un poco de gas de los pantanos —dijo la invisible confidente—. No gran cosa, nada de qué preocuparse todavía, ¡pero mantente cerca!

El brillo verdeazulado empezó a moverse muy deprisa, y Tiffany tuvo que apretar el paso para no perderlo, lo que entrañaba cierta dificultad considerando que caminaba, por turnos, sobre gravilla, fango y a veces líquido de algún tipo, pero no del tipo del que querría saberse más. Aquí y allá, en la lejanía, había tenues brillos de otras luces misteriosas, como los fuegos fatuos que a veces se veían en los terrenos pantanosos.

—¡No te quedes atrás! —llamó la voz que tenía por delante.

Tiffany no tardó en perder todo el sentido de la dirección y, ya puestos, del tiempo.

Entonces oyó un chasquido y vio una silueta perfilada contra lo que habría parecido una puerta de lo más ordinaria si no fuera porque, al encontrarse en un arco, acababa en punta.

—Por favor, límpiate muy bien los pies en la estera que hay nada más entrar; aquí abajo toda precaución es poca.

Más allá de la mujer, que seguía sumida en sombras, había velas encendiéndose por sí mismas. Iluminaron a una mujer vestida con ropa gruesa y pesada, grandes botas y un yelmo de acero en la cabeza, aunque Tiffany vio cómo se quitaba el yelmo con cuidado. Sacó una coleta de dentro de la ropa, lo que sugería que era joven, pero tenía el pelo canoso, lo que sugería que era vieja. Tiffany pensó que era una de esas personas que eligen una apariencia cómoda y que les encaja bien y ya no la sueltan hasta la muerte. La guía de Tiffany tenía arrugas en la cara y el aire preocupado de alguien que trata de pensar en varias cosas a la vez; a juzgar por su expresión aquella mujer trataba de pensar en todo. En la sala había una mesita con una tetera, tazas y un montoncito de magdalenas pequeñas.

—Pasa, pasa —dijo la mujer—. Bienvenida. Ay, perdona mis modales. Puedes llamarme señorita… Herrero, de momento. Supongo que la señora Proust me habrá mencionado. Estamos en los Solares Irreales, con toda probabilidad el lugar más inestable del mundo. ¿Te apetece una taza de té?

Las cosas suelen tener mejor aspecto cuando el mundo ha dejado de dar vueltas y se tiene una bebida caliente delante, aunque esté apoyada en una vieja caja de madera.

—Lamento que aquí no haya muchos lujos —dijo la señorita Herrero—. Nunca me quedo más de unos días seguidos, pero necesito estar cerca de la Universidad Invisible y tener privacidad absoluta. Esto antes era una casita cercana al muro de la universidad, pero los magos tiraban toda la basura por encima, así que al cabo de un tiempo los trocitos de residuo mágico empezaron a reaccionar entre sí en lo que solo puedo llamar formas impredecibles. Y claro, entre las ratas parlantes, las cejas de la gente creciendo hasta los dos metros y los zapatos que andaban solos, los vecinos de por aquí cerca se marcharon, y lo mismo hicieron sus zapatos. Y como ya no había nadie que se quejara, la universidad empezó a echar aún más basura por encima del muro. En ese aspecto los magos son como los gatos después de ir al servicio: tan pronto como te has alejado, deja de existir.

»Por supuesto, con el tiempo todo el mundo se apuntó a tirar aquí cualquier cosa y marcharse corriendo muy deprisa, a menudo perseguidos por zapatos, pero no siempre con éxito. ¿Te apetece una magdalena? No te preocupes, se las he comprado a un panadero muy fiable mañana, así que sé que no están pasadas, y la magia de aquí la tengo domesticada desde hace un año. No fue muy difícil; la magia es casi toda cuestión de equilibrio, pero eso ya lo sabes, claro. En todo caso, la parte positiva es que este sitio está tan cubierto de neblina mágica que me extrañaría que pudiera vernos ni siquiera un dios. —La señorita Herrero mordió media magdalena con delicadeza y dejó la otra media equilibrada en su platito. Se inclinó hacia Tiffany—. ¿Qué sentiste, Tiffany Dolorido, cuando besaste al invierno?

Tiffany la miró durante un momento.

—Solo fue un besito, ¿vale? ¡No hubo nada de lengua! —Y luego preguntó—: Usted es la persona que me dijo la señora Proust que me encontraría, ¿verdad?

—Sí —respondió la señorita Herrero—. Yo diría que resulta evidente. Podría darte una explicación larga y complicada —siguió con algo más de aspereza—, pero creo que será mejor contarte una historia. Sé que has aprendido de Yaya Ceravieja, y ella te habrá dicho que el mundo está hecho de historias. Más vale que te adelante que esta es de las feas.

—Soy bruja, ¿sabe? —declaró Tiffany—. He visto cosas feas.

—No dudo que lo creas —replicó la señorita Herrero—. Pero de momento quiero que te imagines una escena, ambientada hace más de mil años, y a un hombre todavía bastante joven que es cazador de brujas, quemador de libros y torturador de personas porque otros hombres más viejos y mucho más viles que él le han dicho que es lo que el Gran Dios Om quiere que sea. Y ese día ha encontrado a una mujer que es bruja, pero también hermosa, de una belleza arrebatadora, cosa que al menos en aquella época no era muy normal entre las brujas…

—Se enamora de ella, ¿a que sí? —interrumpió Tiffany.

—Por supuesto —dijo la señorita Herrero—. Chico conoce a chica, uno de los principales motores de la causalidad narrativa en el multiverso. O, como diría otra gente, «tenía que pasar». Me gustaría seguir con mi disertación sin interrupciones, a ser posible.

—Pero va a tener que matarla, ¿verdad?

La señorita Herrero suspiró.

—Ya que lo preguntas, no necesariamente. El hombre piensa que, si la rescata y logra llevarla hasta el río, podrían tener una oportunidad. Está apabullado y confuso. Nunca antes ha tenido sentimientos como ese. Por primera vez en su vida de verdad está teniendo que pensar por sí mismo. Hay unos caballos no muy lejos. Hay unos pocos vigilantes y algunos otros prisioneros, y el aire está lleno de humo porque hay una pira de libros ardiendo que hace saltar las lágrimas a todo el mundo.

Tiffany se inclinó hacia delante en su asiento, escuchando para captar las pistas, intentando adelantarse al desenlace.

—Hay unos aprendices a los que está entrenando, y también unos miembros de muy alto rango de la iglesia omniana, que han venido a observar y bendecir el proceso. Y por último, hay bastantes vecinos del pueblo cercano, lanzando unos vítores muy ruidosos porque no son ellos quienes van a morir asesinados y porque no suelen tener mucho entretenimiento. Viene a ser un día normal en el trabajo, solo que esta vez la chica que están atando al poste ha cruzado la mirada con él y está observándole con mucha atención, sin abrir la boca ni siquiera para gritar… Todavía no.

—¿Él lleva espada? —preguntó Tiffany.

—Sí, la lleva. ¿Puedo seguir? Bien. Ahora está andando hacia la mujer. Ella le mira, sin gritar, solo vigilando, y él piensa… ¿Qué piensa? Piensa: «¿Podré imponerme a los dos guardias? ¿Los aprendices me obedecerán?». Entonces, mientras se acerca, se pregunta si podrá llegar hasta los caballos con todo el humo que hay. Y ese es un momento congelado en el tiempo. Grandes acontecimientos aguardan su decisión. Una acción sencilla en los dos casos, y la historia cambiará por completo, y ahora tú piensas que todo depende de lo que haga a continuación. Pero el caso es que da igual lo que piense él, porque la mujer sabe quién es y lo que ha hecho, todas las atrocidades que ha cometido y por las que es famoso, así que mientras el hombre avanza dudoso, ella puede verlo tal y como es, aunque desee no hacerlo. Saca las manos por entre la jaula de mimbre en la que la han metido para mantenerla en pie y le agarra, y lo retiene con firmeza mientras la antorcha cae y la madera aceitosa prende y las llamas brotan. En ningún momento aparta la mirada de sus ojos, y en ningún momento afloja su presa… ¿Quieres que te llene la taza de té?

Tiffany parpadeó para quitarse de los ojos el humo, las llamas y la impresión.

—¿Y cómo es que usted lo sabe con tanto detalle? —dijo.

—Porque estaba allí.

—¿Hace mil años?

—Sí.

—¿Cómo llegó?

—Andando —respondió la señorita Herrero—. Pero eso no es lo importante. Lo importante es que en ese momento murió y nació el ente al que llamamos el Hombre Astuto. Al principio seguía siendo un hombre. Tenía unas heridas terribles, claro. Durante bastante, bastante tiempo. Y la caza de brujas prosiguió, ya lo creo que prosiguió. Nadie sabía qué era lo que más temían los otros cazadores de brujas, si las propias brujas o la cólera del Hombre Astuto por no encontrarle a las brujas que exigía. Y créeme, si alguien tenía al Hombre Astuto pisándole los talones, encontraba tantas brujas como fueran necesarias.

»Y el Hombre Astuto siempre podía encontrar a brujas por sí mismo. Era bastante asombroso. A lo mejor había un pueblecito tranquilo donde todos se llevaban más o menos bien y nadie se había fijado en que hubiera ninguna bruja pero, cuando llegaba el Hombre Astuto, de pronto había brujas por todas partes, aunque por desgracia no duraban mucho. El hombre pensaba que las brujas eran la causa de todos los males, que robaban a los bebés y hacían que las esposas huyeran de sus maridos y que se agriara la leche. Creo que mi favorita era la historia de que las brujas se hacían a la mar en cáscaras de huevo para hacer naufragar a los honrados marineros. —Dicho eso la señorita Herrero levantó una mano—. No, no me digas que hasta a una bruja pequeña le sería imposible meterse en una cáscara de huevo sin aplastarla, porque eso es lo que las versadas en el arte llamamos «argumento lógico» y, por tanto, nadie que quisiera creer que las brujas hundían barcos le hacía el menor caso.

»No podía durar mucho, claro. La gente puede ser muy tonta y asustarse con facilidad, pero a veces encuentras a personas que ni son tan tontas ni tienen tanto miedo, y entonces sacan al Hombre Astuto del mundo. Lo sacan como la basura que es.

»Pero ese no fue su final. Tan inmenso, tan temible era su odio por todo lo que consideraba brujería que de algún modo logró seguir viviendo pese a que por fin se había quedado sin cuerpo. Aunque ya no vestía piel, aunque ya no lo sustentaba hueso, tanta era su rabia que perduró. Como fantasma, quizá. Y cada cierto tiempo, encontrando a alguien que le deje entrar. Ahí fuera hay toda la gente que quieras dispuesta a abrirle sus mentes venenosas. Y también los hay que prefieren apoyar el mal que enfrentarlo, y uno de ellos escribió en su nombre el libro conocido como La pira de las brujas.

»Pero cuando domina un cuerpo… Y créeme, en el pasado ha habido depravados que creían que permitírselo convenía a sus terribles ambiciones; cuando domina un cuerpo, decía, el propietario no tarda en descubrir que ha perdido todo el control. Pasa a formar parte de él. Y hasta que ya es demasiado tarde no se percata de que no hay escapatoria, de que nunca será libre. Hasta la muerte…

—El veneno va allí donde es bienvenido —concluyó Tiffany—. Pero da la impresión de que puede meterse por la fuerza, sea bienvenido o no.

—Lo siento —dijo la señorita Herrero—, pero voy a decir: «Así me gusta». Sí que eres tan buena como dicen. En realidad, el Hombre Astuto ya no tiene esencia física. No hay nada que se pueda ver. Nada que se pueda poseer. Y aunque mata con mucha frecuencia a quienes le han extendido su hospitalidad, parece que sigue medrando. Cuando se queda sin cuerpo que dominar, se deja llevar por el viento y en cierto modo duerme, supongo yo. En caso de que lo haga, sé con qué sueña. Sueña con una bruja joven y hermosa, la más poderosa entre todas las brujas. Y piensa en esa bruja con tanto odio que, como dicta la teoría de cuerdas elastificadas, da la vuelta al universo entero y vuelve desde otra dirección, de forma que parece ser una especie de amor. Y desea volver a verla. En cuyo caso ella morirá casi con toda certeza.

»Algunas brujas, brujas auténticas de carne y hueso, han tratado de enfrentarse a él y han ganado. Y otras lo han intentado y han muerto. Y un día una chica llamada Tiffany Dolorido, llevada por la desobediencia, besó al invierno. Cosa que, debo decir, nunca nadie había hecho antes. Y el Hombre Astuto despertó. —La señorita Herrero dejó su taza—. Como bruja ¿sabes que no debes tener miedo?

Tiffany asintió.

—Bueno, Tiffany, pues ahora debes hacer sitio al miedo, al miedo bajo control. Creemos desde siempre que la cabeza es importante, que el cerebro está sentado como un monarca en el trono del cuerpo. Pero el cuerpo también es poderoso, y el cerebro no puede sobrevivir sin él. Si el Hombre Astuto se hace con el control de tu cuerpo, no creo que puedas combatirlo. No será parecido a nada a lo que te hayas enfrentado. Si te atrapa, en última instancia morirás. Y lo que es peor, serás su marioneta, en cuyo caso la muerte será una liberación que llevarás mucho tiempo ansiando. Y ahí lo tienes, señorita Tiffany Dolorido. El Hombre Astuto despierta, flota y la busca a ella. Te busca a ti.

—Buenu, al menos encontrámosla —comentó Rob Cualquiera—. Está en algún sitio de ese basureru inmundo.

Los feegles estaban boquiabiertos ante la burbujeante y supurante catástrofe que eran los Solares Irreales. Cosas extrañas surgían, giraban y explotaban bajo los desperdicios.

—Entrar ahí será una muerte segura —dijo Pequeño Loco Arthur—. ¡Una muerte segura! Estaréis condenados.

—Ya, buenu, todos estamos condenados más prontu o más tarde —replicó Rob Cualquiera en tono jovial. Olisqueó—. ¿Qué demoños es esa peste?

—Lo siento, Rob, fui yo —confesó Wullie Chiflado.

—Aj, non, tu olor conózcomelo —dijo Rob—. Pero me da que este ya olilo antes. Fue el torpiburro ese que olimos en el camino. ¿Recordáis? Ese que iba de negru. Con bastantes carencias en el departamentu de globos oculares. Mala peste cójale, y a mala peste olía. Y recuerdo que dijo palabriñas muy feas de nuestra arpiíña grandullona. Mi Jeannie dijo que non separáramonos de la arpiíña grandullona, y a mí me da que ese pámpano necesita un buen bañu.

Pequeño Loco Arthur precipitó la decisión.

—Bueeenu, Rob, entrar ahí va contra la ley, ¿sabes?

Señaló un antiguo letrero a medio derretir en el que, apenas legibles, se veían las palabras: ACCESO RESTRINGIDO POR ORDEN ESTRICTA.

Rob Cualquiera lo miró fijamente.

—Aj, agora sí que dejásteme sin más opción —dijo—, y recordásteme que ya estamos todos muertos. ¡A la carga!

Tiffany tenía docenas de preguntas[[20]](#footnote-20) que hacer, pero la que se impuso a todas fue:

—¿Qué pasará si me atrapa el Hombre Astuto?

La señorita Herrero miró el techo un momento.

—Bueno, supongo que desde su punto de vista se parecerá bastante a una boda. Desde el tuyo, será exactamente como estar muerta. No, aún peor, porque seguirás ahí dentro viendo lo que es capaz de hacer con todos tus poderes y tus habilidades a toda la gente que conoces. ¿Nos hemos comido la última magdalena?

No mostraré ningún miedo, pensó Tiffany.

—Me alegro de oírlo —dijo la señorita Herrero en voz alta.

Tiffany se levantó de un salto, enfurecida.

—¡No se atreva a hacer eso, señorita Herrero!

—Estoy segura de que quedaba una magdalena —insistió la señorita Herrero, y después añadió—: Esa es la actitud, señorita Tiffany Dolorido.

—¿Sabe? Una vez derroté a un colmenero. Sé cuidar de mí misma.

—¿Y de tu familia? ¿Y de todos tus conocidos? ¿Protegerlos de un asalto que ni siquiera saben que viene? No lo has entendido. El Hombre Astuto no es un hombre, aunque lo fuese una vez, y ahora ya no es ni siquiera un fantasma. Es una idea. Por desgracia, es una idea cuyo tiempo ha llegado.

—Bueno, al menos lo noto cuando se acerca —dijo Tiffany, pensativa—. Hay un olor asqueroso. Hasta peor que el de los feegles.

La señorita Herrero asintió.

—Sí, procede de su mente. Es el olor de la corrupción, corrupción de pensamiento y de acto. Tu mente lo capta y no sabe qué hacer con él, así que lo archiva como «hedor». Todos los que tienen inclinación por la magia pueden olerlo, pero hace cambiar a toda la gente que encuentra, los vuelve un poquito como él. Por eso los problemas le siguen allá donde va.

Y Tiffany sabía concretamente a qué clase de problemas se refería, aunque sus recuerdos se remontaron a más atrás del despertar del Hombre Astuto.

Su ojo mental vio los trocitos con borde negro mecidos por el viento de finales de otoño, que siseaba con desesperación en su oído mental, pero lo peor de todo fue que su nariz mental percibió el olor intenso y acre del papel antiguo a medio quemar. En su recuerdo, algunos de los fragmentos aleteaban contra el viento implacable como si fueran polillas aplastadas y rotas, pero que aún intentan en vano volar.

Tenían estrellas dibujadas.

La gente había desfilado al ritmo de la música brusca y había sacado a rastras a una anciana arrugada cuyo único delito, que Tiffany supiera, había sido perder todos los dientes y oler a pis. La habían apedreado, le habían roto las ventanas y habían matado al gato, y todo eso lo había hecho gente buena y amable, gente a la que conocía y se cruzaba todos los días; eran ellos quienes habían hecho todo aquello de lo que todavía no hablaban en voz alta. De algún modo aquel día había desaparecido del calendario. Pero aquel día, con el bolsillo lleno de estrellas chamuscadas y sin saber muy bien lo que hacía, aunque decidida a hacerlo, Tiffany se había convertido en bruja.

—Ha dicho que otras se enfrentaron a él —prosiguió Tiffany—. ¿Cómo lograron vencerle?

—Seguro que la última magdalena se ha quedado en la bolsa de la panadería. No te habrás sentado encima, ¿verdad? —La señorita Herrero carraspeó y dijo—: Lo lograron siendo brujas muy poderosas, entendiendo lo que significa ser una bruja poderosa y aprovechando cada ocasión, usando cada truco y sospecho que entendiendo la mente del Hombre Astuto antes de que él entendiera las suyas. He recorrido mucho tiempo para informarme acerca del Hombre Astuto —añadió—, y lo único que puedo decirte seguro es que la forma de matar al Hombre Astuto es mediante la astucia. Tendrás que ser más astuta que él.

—Tan astuto no será, si le ha costado todo este tiempo encontrarme —comentó Tiffany.

—Sí, eso me intriga —dijo la señorita Herrero—. Y debería intrigarte a ti. Lo normal habría sido que le costara muchísimo más tiempo. Más de dos años, eso desde luego. O bien ha sido muy listo, y la verdad es que no tiene con qué serlo, o ha habido otra cosa que le ha llamado la atención sobre ti, vete a saber cómo. Alguien mágico, diría yo. ¿Conoces a alguna bruja que no sea amiga tuya?

—Por supuesto que no —respondió Tiffany—. ¿Alguna de las brujas que le han derrotado sigue viva?

—Sí.

—Estaba pensando que si encuentro a una, a lo mejor podría decirme cómo lo hizo…

—Te lo repito: no le llaman Hombre Astuto por nada. ¿Por qué iba a caer dos veces en el mismo truco? Tendrás que encontrar tu propia manera. Las que te han entrenado no esperarían menos de ti.

—Esto no es una especie de prueba, ¿verdad? —inquirió Tiffany, y le dio vergüenza lo penosa que había sonado.

—¿No te acuerdas de lo que dice siempre Yaya Ceravieja? —preguntó la señorita Herrero.

—«Todo es una prueba.» —Lo recitaron al unísono, se miraron y se echaron a reír.

Momento en el cual se oyó un cacareo. La señorita Herrero abrió la puerta y dejó entrar a un pollito blanco, que miró a su alrededor con curiosidad y explotó. En el lugar que había ocupado había ahora una cebolla, bien aparejada con un mástil y velas.

—Siento que hayas tenido que verlo —dijo la señorita Herrero. Suspiró—. Me temo que pasa mucho. Los Solares Irreales nunca son estáticos, ¿sabes? Con tanta magia chocando, trocitos de hechizos enrollándose unos en torno a otros, nuevos conjuros en los que nadie había pensado tomando forma… es un desastre. El lugar genera cosas con bastante aleatoriedad. Ayer encontré un libro sobre el cultivo de crisantemos, con letras de cobre impresas sobre agua. Cualquiera habría dicho que se desparramaría un poco, pero la verdad es que aguantó bien hasta que se le acabó la magia.

—Qué mala suerte ha tenido el pollito —dijo Tiffany, nerviosa.

—Bueno, te garantizo que hace dos minutos no era un pollo —respondió la señorita Herrero—, y me imagino que estará disfrutando de ser un vegetal náutico. Supongo que ahora comprendes por qué no paso mucho tiempo aquí abajo. Una vez tuve un suceso con un cepillo de dientes que tardaré en olvidar. —Abrió más la puerta y Tiffany vio el batiburrillo.

No había forma de confundir un batiburrillo con nada más. Bueno, al principio sí la hubo, y Tiffany lo confu[[21]](#footnote-21)ndió con un montón de basura.

—Es increíble lo que puedes encontrarte en los bolsillos si estás en un vertedero mágico —dijo con calma la señorita Herrero.

Tiffany volvió a mirar el batiburrillo gigante.

—¿Eso no es un cráneo de caballo? ¿Y eso no es un cubo lleno de renacuajos?

—Sí. Va mej[[22]](#footnote-22)or si lleva algo vivo, ¿a ti no te pasa?

Tiffany entrecerró los ojos.

—Pero eso otro es el cayado de un mago, ¿verdad que sí? ¡Creía que dejaban de funcionar si los tocaba una mujer!

La señorita Herrero sonrió.

—Bueno, yo he tenido el mío desde la cuna. Si sabes dónde mirar, se ven las marcas que le hice cuando me salían los dientes. Es mi cayado y funciona, aunque debo admitir que empezó a funcionar mejor cuando le quité el nudo de la punta. No servía para nada práctico y le alteraba el equilibrio. Oye, ¿piensas quedarte ahí con la boca abierta?

La boca de Tiffany se cerró a cal y canto y luego volvió a abrirse como por resorte. Acababa de pillar algo al vuelo y tenía la sensación de que llegaba volando desde la luna.

—Eres ella, ¿verdad? ¡Tienes que serlo, eres ella! Eskarina Herrero, ¿a que sí? ¡La única mujer de la historia que se hizo maga!

—En algún lugar de mi interior supongo que sí, pero de eso ya hace una eternidad, y ¿sabes qué? En realidad nunca me sentí maga, así que no me preocupaba mucho lo que dijeran los demás. En cualquier caso tenía el cayado, y eso no podía quitármelo nadie. —Eskarina titubeó un momento antes de seguir—. Eso es lo que aprendí en la universidad: a ser yo, ni más ni menos, y a no preocuparme de ello. Ese conocimiento ya es por sí mismo un cayado mágico invisible. Mira, de verdad que no quiero hablar de esto. Me trae malos recuerdos.

—Perdóname, por favor —dijo Tiffany—. Es que no he podido evitarlo. Lo lamento mucho si te he traído algún recuerdo funesto.

Eskarina sonrió.

—No, los funestos nunca me dan problemas. Son los buenos los que pueden hacérseme difíciles. —Les llegó un chasquido procedente del batiburrillo. Eskarina se levantó y fue hasta él—. Ay, ay, ay. Por supuesto, solo la bruja que lo ha hecho puede leer su batiburrillo, pero créeme si te digo que la forma en que ha rodado el cráneo y la posición del alfiletero sobre el eje de la rueda mientras gira indican que está muy cerca. Casi encima de nosotras, en realidad. Puede ser que la magia de este sitio lo confunda y le haga creer que estás en todas partes y en ninguna; en ese caso, se irá pronto y tratará de recuperar tu pista en otro lugar. Y, como he mencionado, de camino comerá. Se meterá en la cabeza de algún idiota, y alguna anciana o alguna chica que lleve puestos peligrosos símbolos cultos sin tener ni idea de lo que significan se verá acosada de repente. Esperemos que corra mucho.

Tiffany miró a su alrededor, perpleja.

—¿Y lo que ocurra será culpa mía?

—¿Eso ha sido el lloriqueo sarcástico de una niña pequeña o la pregunta retórica de una bruja con su propia encomienda?

Tiffany hizo ademán de replicar, pero se contuvo.

—Puedes viajar en el tiempo, ¿verdad? —dijo.

—Sí.

—Entonces ¿sabes lo que voy a responder?

—Bueno, no es tan sencillo —dijo Eskarina, y pareció algo incómoda por un instante para gran sorpresa de Tiffany y, debe decirse, también para gran deleite—. A ver, que mire… hay quince respuestas distintas que podrías darme, pero no sé cuál va a ser hasta que la digas, por la teoría de cuerdas elastificadas.

—En ese caso lo único que diré —respondió Tiffany— es que muchas gracias. Siento haberte entretenido, pero debería ir marchándome ya. ¿Tienes hora? Se me echa encima el tiempo, ya sabes lo que es.

—Sí —dijo Eskarina—. Es la forma habitual de referirse a una de las dimensiones teóricas del espacio tetradimensional. Pero para tus propósitos son como las once menos cuarto.

A Tiffany le pareció una forma complicada y enrevesada de contestar pero, mientras abría la boca para decirlo, el batiburrillo se desmoronó y la puerta se abrió ante una estampida de pollos… que, esta vez, no explotaron.

Eskarina cogió a Tiffany de la mano y gritó:

—¡Te ha encontrado! ¡No sé cómo!

Un gallo medio saltó, medio aleteó y medio tropezó sobre los restos del batiburrillo y cacareó:

—¡Kikiric’rallu!

Entonces los pollos explotaron. Explotaron al transformarse en feegles.

En términos generales no había grandes diferencias entre los pollos y los feegles, ya que ambos corrían en círculos montando escándalo. Una distinción importante, sin embargo, es que los pollos no suelen ir armados. En cambio los feegles van armados a todas horas, y cuando se sacudieron de encima los últimos restos de plumas empezaron a pelear entre ellos por vergüenza, y por tener algo que hacer.

Eskarina les dedicó una sola mirada y dio una patada a la pared que tenía detrás, con lo que reveló un hueco por el que podía arrastrarse una persona, aunque justa. Gritó a Tiffany:

—¡Vete! ¡Llévatelo enseguida de aquí! ¡Sube a la escoba tan pronto como puedas y huye! ¡No te preocupes por mí! ¡No tengas miedo, todo irá bien! Solo tienes que ayudarte a ti misma.

Un humo denso e irritante estaba llenando la sala.

—¿A qué te refieres? —logró decir Tiffany forcejeando con la escoba.

—¡Vete!

Ni siquiera Yaya Ceravieja habría podido dominar las piernas de Tiffany tan por completo.

Se fue.



# CAPÍTULO 9

La duquesa y la cocinera

A Tiffany le gustaba volar. A lo que ponía peros era a estar en el aire, al menos a alturas superiores a la de su propia cabeza. Lo hacía de todas formas, porque era ridículo y denigrante para la brujería en general que la vieran volando tan bajo que sus botas rozaran las cimas de los hormigueros. La gente se reía y a veces señalaba. Pero en aquel momento, maniobrando la escoba entre las ruinas de las casas y los charcos turbios y burbujeantes, anhelaba el cielo abierto. Fue un alivio rodear una pila de espejos rotos y ver la clara luz del día, aunque tuviera al lado un letrero que decía: SI ESTÁS LO BASTANTE CERCA PARA LEER ESTE LETRERO, DE VERDAD, DE VERDAD NO DEBERÍAS ESTARLO.

Fue la gota que colmó el vaso. Alzó la escoba hasta que las cerdas dejaron un surco en el barro y ascendió como un cohete, agarrándose desesperada a la correa, que crujía, para no resbalar. Oyó que una vocecita decía:

—Estamos experimentandu ciertas turbulencias y tal. Si miran a su derecha y a su izquierda, verán que non hay salidas de emergencia…

El discurso se vio interrumpido por otra voz, que dijo:

—En realidad, Rob, la escoba tiene salidas de emergencia por todas partes, ¿sabes?

—Ah, sí —respondió Rob Cualquiera—, peru habrá que hacer las cosas con estilo, ¿non? Esperar a casi habernos estampadu contra el suelo y entonces dar un saltiño hácenos quedar como unos tontainas.

Tiffany siguió aferrada a la escoba, intentando ni escuchar ni dar patadas a los feegles, que no tenían sentido del peligro porque consideraban, como siempre, que no había nada más peligroso que ellos.

Cuando por fin logró poner horizontal la escoba, se arriesgó a mirar abajo. Parecía haber una trifulca en el exterior de comoquiera que acabasen decidiendo llamar a La Cabeza del Rey, pero no se veía ni rastro de la señora Proust. La bruja de la ciudad era una mujer con recursos, ¿verdad? La señora Proust podía cuidarse sola.

La señora Proust estaba cuidándose sola, por el método de correr a toda velocidad. Cuando sintió el peligro, no se entretuvo ni un segundo: enfiló hacia el callejón más cercano mientras la niebla se alzaba a su alrededor. En la ciudad siempre había humo, neblinas y vapores, fáciles de aprovechar para una bruja que les tuviera cogido el tranquillo. Eran el aliento de la ciudad y su halitosis, y la señora Proust les sacaba partido como a un balancín hecho de niebla. Se detuvo para recobrar algo de aliento propio apoyada contra una pared.

Lo había sentido acumularse como una tormenta, en una ciudad que en general era notable por su relajación. Ahora bastaba con que una mujer tuviera aspecto de bruja para convertirla en objetivo. Solo esperaba que todas las mujeres viejas y feas estuviesen tan a salvo como lo estaba ella.

Un momento más tarde la niebla escupió a dos hombres, uno de ellos con un palo muy grande en la mano. El otro no necesitaba palo porque era inmenso y, por tanto, era su propio palo.

Mientras el hombre del palo corría hacia ella la señora Proust dio una patadita a la acera y un adoquín se encabritó bajo los pies del hombre, haciéndole tropezar y provocándole un aterrizaje de emergencia sobre la barbilla, que crujió mientras el palo se alejaba rodando.

La señora Proust cruzó los brazos y miró con furia al hombre corpulento. No era tan tonto como su amigo, pero estaba abriendo y cerrando los puños, y la bruja sabía que era solo cuestión de tiempo. Dio otro pisotón en la acera antes de que el matón pudiera hacer acopio de valor.

El grandullón estaba intentando predecir qué ocurriría, pero no esperaba que la estatua ecuestre de lord Alfred Óxido —famoso por la osadía y bravura con[[23]](#footnote-23) que perdió todos y cada uno de los enfrentamientos militares en que participó— saliese al galope de entre la niebla y le diera tal coz entre las piernas que lo envió volando hacia atrás, hasta que dio con la cabeza contra una farola y resbaló por ella al suelo.

Entonces la señora Proust lo reconoció como un cliente que a veces compraba polvo pica-pica y puros explosivos a Derek, y no estaba nada bien matar a los clientes. Lo levantó tirándole del pelo entre gemidos y le susurró al oído:

—No has estado aquí. Ni yo tampoco. No ha pasado nada, y tú no lo has visto. —Se quedó pensativa un momento y, como el negocio es el negocio, añadió—: Y cuando vuelvas a pasar por delante del Emporio Boffo de Artículos de Broma, te impresionará su extensa gama de hilarantes y prácticas bromas para toda la familia, sobre todo la novedad de esta semana: las asquerosas «Perlas de la Acera», ideales para el entendido en humor escatológico que se toma en serio sus risas. Esperamos que nos visites pronto. Posdata: con nuestra nueva línea «Trueno» de puros explosivos nunca dejarás de reír, y prueba también nuestro hilarante chocolate de caucho. No te marches sin echar un vistazo a nuestra flamante sección de caballeros, con la mejor calidad en ceras para bigote, tazas con salvabigote, cuchillas de afeitar, nuestra gama de rapés de primera, cortapelos para la nariz con mango de ébano y nuestros famosos pantalones glandulares, envueltos en papel sin marcas y limitados a un par por comprador.

Satisfecha, la señora Proust dejó caer la cabeza hacia atrás y aceptó a regañadientes que las personas inconscientes no compran cosas, así que dirigió su atención al ex propietario de un palo, que estaba gimoteando. Bueno, sí, la culpa es del hombre sin ojos, pensó, y a lo mejor sirve como excusa; pero la señora Proust no era famosa por su naturaleza indulgente. El veneno va allí donde es bienvenido, se dijo. Chasqueó los dedos y subió al caballo de bronce, ocupando el frío pero cómodo regazo metálico del difunto lord Óxido. Entre repiqueteos y chirridos, el caballo de bronce se adentró en el banco de niebla que acompañó a la señora Proust hasta su tienda.

Sin embargo, en el callejón que había dejado parecía nevar, hasta que una mirada más atenta revelaba que lo que caía del cielo sobre los cuerpos inconscientes había estado antes en los estómagos de las palomas que llegaban en bandadas desde cada rincón de la ciudad, siguiendo las órdenes de la señora Proust. La bruja las oyó y sonrió sin humor.

—¡En este barrio quien la hace la paga! —exclamó orgullosa.

Tiffany se sintió mejor cuando dejó atrás el hedor y el humo de la ciudad. ¿Cómo podían vivir con ese olor?, se preguntó. Era peor que el espog de un feegle.

Pero ahora estaba sobrevolando campos cultivados y, aunque [[24]](#footnote-24)el humo de las quemas de rastrojos llegaba hasta su altura, era una fragancia comparado con la parte del mundo contenida entre las murallas de la ciudad.

¡Y Eskarina Herrero vivía allí! ¡Bueno, vivía allí a veces! ¡Eskarina Herrero! ¡Era real de verdad! La mente de Tiffany volaba casi a la misma velocidad que su escoba. ¡Eskarina Herrero! Todas las brujas habían oído decir cosas de ella, pero no había dos que se pusieran de acuerdo.

¡La señorita Lento había dicho que Eskarina fue la chica que recibió un cayado de mago por error!

¡La primera bruja entrenada por Yaya Ceravieja! ¡Que la matriculó en la Universidad Invisible después de explicar cuatro cosas a los magos de allí! Y fueron bastante más de cuatro, si se hacía caso a algunos de los relatos, que incluían descripciones de batallas mágicas.

La señorita Cabal había asegurado a Tiffany que era una especie de cuento de hadas.

La señorita Traición había cambiado de tema.

Tata Ogg se había dado unos golpecitos conspirativos en un lado de la nariz antes de susurrar: «En boca cerrada no entran moscas».

Y Annagramma, dándose aires, había asegurado a todas las brujas jóvenes que Eskarina existió, pero estaba muerta.

Sin embargo, había una historia que se resistía a desaparecer y se enroscaba entre la verdad y la mentira como una madreselva. Decía a quien la escuchara que hacía mucho tiempo, en la universidad, Eskarina había conocido a un joven llamado Simón al que, al parecer, los dioses habían maldecido con casi todas las dolencias que podía sufrir la humanidad. Pero, dado que los dioses tienen sentido del humor, aunque el suyo sea más bien extraño, también le habían conferido el poder de entender… bueno, todo. Apenas podía andar sin ayuda, pero era tan inteligente que logró contener el universo entero en su cabeza.

Los magos con barbas que les llegaban hasta el suelo se acercaban para oírle hablar del espacio, el tiempo y la magia como si los tres formasen parte de un mismo todo. Y la joven Eskarina le había dado de comer, le había limpiado, le había ayudado a desplazarse y había aprendido de él… bueno, todo.

Y según los rumores había aprendido secretos que dejaban hasta la más poderosa de las magias a la altura de un truco de feria. ¡Y la historia era cierta! Tiffany había hablado con la historia, había comido magdalenas con ella y de verdad había una mujer allí que podía recorrer el tiempo y darle órdenes. ¡Madre mía!

Sí, y Eskarina tenía algo muy raro… Daba la sensación de que no estaba toda allí, sino que estaba en todos los demás lugares al mismo tiempo. Y en aquel momento Tiffany vio la Caliza en el horizonte, sombría y misteriosa como una ballena varada. Aún le quedaba muy lejos, pero hizo que su corazón se acelerara. Aquel era su terreno; lo conocía como la palma de su mano, y una parte de ella siempre estaba allí. En aquel lugar podía enfrentarse a cualquier cosa. ¿Cómo iba el Hombre Astuto, un viejo fantasma, a derrotarla en su propio terreno? Allí tenía tantos familiares que costaba contarlos, y amigos, más que… bueno, ahora que era bruja ya no tantos, pero qué se le iba a hacer.

Tiffany notó que alguien trepaba por su vestido. No le supuso el problema que podría esperarse: a una bruja nunca se le ocurriría vestir de otra forma que con vestido pero, si había que volar en escoba, una inversión sabia eran los leotardos bien resistentes, a ser posible con cierto acolchado. Hacía que su culo pareciera más grande, pero también se lo calentaba, y a treinta metros de altura la moda importaba menos que la comodidad. Miró hacia abajo y vio a un feegle vestido con un casco de guardia, que parecía forjado a partir de una vieja tapa de salero, un peto igual de pequeño y, lo más sorprendente de todo, pantalones y botas. No solían verse botas en un feegle.

—Eres Pequeño Loco Arthur, ¿verdad? ¡Te vi en La Cabeza del Rey! ¡Eres policía!

—Y tantu. —Pequeño Loco Arthur sonrió una sonrisa que era puro feegle—. La vida en la Guardia es buena, y la paga tambén. ¡Non veas cómu estiras los peniques si dante para comer una semana entera!

—Entonces ¿has venido para meter en vereda a nuestros chicos? ¿Tienes pensado quedarte?

—Ah, non, creo que non. Gústame la ciudad, ¿sabes? Gústame el café que non está hecho de bellotiñas de esas, y allí puedu ir al teatro, a la ópera y al ballet.

La escoba se bamboleó un poco. Tiffany había oído hablar del mundo del ballet, e incluso había visto ilustraciones en un libro, pero de algún modo no encajaba en ninguna frase que incluyera la palabra «feegle».

—¿Ballet? —logró decir.

—¡Oh, sí, es genial! La semana pasada vi El cisne sobre el lago de zinc, la versión moderna de una composición tradicional a la que dio vida una compañía joven con muchu futuro. Y al día siguiente, claro, hubo una reinterpretación de Die Flabbergast en la Ópera. Y buenu, ya sabes, en el Real Museo de Arte montaron una exposición de porcelanas que duró una semana entera, con un dedaliño de jerez gratis. Aaah, sí, es la ciudad de la cultura, dígotelo yo.

—¿Estás muy seguro de que eres un feegle? —preguntó Tiffany, fascinada.

—Eso dijéronme, señorita. Ninguna ley dice que non puédame interesar la cultura, ¿verdad que non? Ya dije a los rapaces que cuando vuelva llevarémelos a que vean el ballet por sí mesmos.

La escoba dio la impresión de volar sin rumbo durante un rato, mientras Tiffany miraba a la nada, o más bien a una imagen mental de los feegles en un teatro. Ella nunca había entrado en uno, pero había visto ilustraciones y la mera idea de que hubiera feegles entre las bailarinas era tan impensable que prefirió dejar vagar a su mente hasta olvidarla. Recordó a tiempo que tenía que tomar tierra y posó la escoba muy limpiamente cerca del túmulo.

Para su asombro había guardias en el exterior. Guardias humanos.

Se los quedó mirando sin creérselo. Los guardias del barón nunca subían a las lomas. ¡Nunca! ¡Era inaudito! Y… sintió cómo crecía su rabia… uno de ellos tenía una pala en la mano.

Saltó de la escoba tan rápido que la dejó derrapando en la hierba, desperdigando feegles hasta que topó contra un obstáculo y se sacudió de encima a los pocos que habían logrado resistir a bordo.

—¡No descargues esa pala, Brian Roberts! —gritó al sargento de la guardia—. ¡Si permites que corte la tierra, habrá consecuencias! ¡Cómo te atreves! ¿Qué hacéis aquí? Y que nadie corte a nadie en pedacitos, ¿lo habéis entendido todos?

La última orden iba dirigida a los feegles, que habían rodeado a los hombres con un anillo de espadas pequeñas pero siempre afiladísimas. Los feegles llevaban sus espadones tan afilados que un humano podía no saber que le habían cortado las piernas hasta que intentaba andar. Los propios guardias tenían la expresión de quienes se saben grandes y fuertes en teoría pero acaban de caer en la cuenta de que «grande» o «fuerte» no serán suficientes ni de lejos. Habían oído las historias, por supuesto; en la Caliza todo el mundo había oído los cuentos sobre Tiffany Dolorido y sus pequeños… ayudantes. Pero solo habían sido cuentos, ¿no? Pues ya no lo eran. Y ahora amenazaban con subirles corriendo por los pantalones.

En un silencio aturdido y entre jadeos, Tiffany miró a su alrededor. Todo el mundo estaba observándola, lo cual era mejor que tener a todo el mundo peleándose, ¿verdad?

—Muy bien —dijo, como una maestra complacida por los pelos con una clase de las traviesas. Añadió un bufido, que en general se traduciría como: «Pero solo por los pelos, ojo». Volvió a bufar—. De acuerdo. ¿Quién va a decirme qué está pasando aquí?

El sargento levantó la mano y todo.

—¿Podemos hablar en privado, señorita?

Tiffany se quedó impresionada de que pudiera pronunciar palabra, considerando que su mente estaba tratando de encontrar sentido a lo que de pronto le decían sus ojos.

—Muy bien, sígueme. —Se giró de sopetón, sobresaltando tanto a los guardias como a los feegles—. Y nadie, y cuando digo nadie es nadie, va a excavar el hogar de nadie ni a cortar las piernas de nadie mientras no estemos, ¿entendido? Que si lo habéis entendido, digo. —Hubo un coro farfullado de síes y de bueeenos, pero no incluía la voz de la cara que Tiffany estaba mirando. Rob Cualquiera temblaba de cólera y empezaba a tomar impulso para saltar—. ¿Me has oído, Rob Cualquiera?

Él la miró con los ojos encendidos en llamas.

—¡Non comprométome a nada respectu a eso, señorita, por muy arpía que seas! ¿Dónde está mi Jeannie? ¿Dónde están los demás? ¡Estos pámpanos traen espadas! ¿Qué tenían pensadu hacer con ellas? ¡Exiju una respuesta!

—Escúchame, Rob —empezó a decir Tiffany, pero lo dejó ahí. Rob Cualquiera, con la cara surcada de lágrimas, estaba tirándose de la barba mientras luchaba desesperado contra los horrores de su propia imaginación. Estamos a punto de tener una guerra abierta, estimó Tiffany—. ¡Rob Cualquiera! ¡Soy la arpía de estas colinas y te impongo el juramento de no matar a estos hombres hasta que te lo diga! ¿Entendido?

Hubo un estrépito cuando un guardia cayó desmayado hacia atrás. ¡Ahora la chica estaba hablando con esas criaturas! ¡Y sobre matarlos a ellos! Los hombres no estaban acostumbrados a situaciones como aquella. Por lo general, lo más emocionante que les ocurría era que los cerdos se colaran en el huerto de verduras.

El gran hombre de los feegles vaciló mientras su cerebro aturullado digería la orden de Tiffany. Cierto, era la orden de no matar a nadie ahora mismo, pero al menos no negaba la posibilidad de poder hacerlo muy pronto, lo que le quitaría de la cabeza sus terribles imágenes mentales. Era como atar a un perro hambriento con una correa de telaraña, pero al menos Tiffany ganaría algo de tiempo.

—Fíjate en que el montículo está intacto —dijo Tiffany—, así que lo que pretendieran hacer aún no está hecho. —Se volvió hacia el sargento, que había perdido todo el color, y le sugirió—: Brian, si quieres que tus hombres vivan y conserven sus extremidades, diles que suelten las armas sin hacer movimientos bruscos, ahora mismo. Vuestras vidas dependen del honor de un feegle, y está volviéndose loco a sí mismo de horror. ¡Hazlo ya!

Para alivio de Tiffany, el sargento dio la orden y los guardias, felices de que su sargento les ordenara hacer exactamente lo que les pedía hasta el último átomo de sus cuerpos, dejaron caer las armas de sus manos temblorosas. Uno incluso levantó los brazos, en gesto universal de rendición. Tiffany alejó un poco al sargento de los malcarados feegles y susurró:

—¿Qué te crees que estás haciendo, idiota sin cerebro?

—Órdenes del barón, Tiff.

—¿Del barón? Pero si el barón está…

—Vivo, Tiff. Ha vuelto hace tres horas. No hicieron alto para descansar de noche, se ve. Y la gente está diciendo cosas. —Bajó la mirada a sus botas—. Nos han… nos han, bueno, enviado aquí arriba para buscar a la chica que tú entregaste a las hadas. Lo siento, Tiff.

—¿Que entregué? ¿Que entregué?

—No lo he dicho yo, Tiff —respondió el sargento retrocediendo—, pero… bueno, la gente cuenta historias. Y cuando el río suena, agua lleva, ¿verdad?

Historias, pensó Tiffany. Claro, como la de «Érase una vez una bruja vieja y malvada…».

—¿Y te parece que esas historias se aplican a mí? ¿Te parece que solo sueno o que traigo agua?

El sargento se removió, inquieto, y acabó sentándose.

—Mira, yo solo soy sargento, ¿vale? El joven barón me ha dado órdenes, ¿de acuerdo? Y su palabra es la ley, ¿o no?

—Puede ser la ley allí abajo. Aquí arriba, soy yo. Mira ahí. ¡Sí, justo ahí! ¿Qué ves?

El hombre miró en la dirección que señalaba Tiffany y volvió a palidecer. Las viejas ruedas de hierro fundido y la estufa de chimenea corta se distinguían sin problemas, aunque hubiera un rebaño de ovejas pastando tranquilamente a su alrededor, como de costumbre. El sargento se puso en pie de un salto, como si hubiera estado sentado en un hormiguero.

—Sí —dijo Tiffany con cierta satisfacción—. La tumba de la abuela Dolorido. ¿Te acuerdas de ella? ¡La gente decía que era una mujer sabia, pero al menos tenían la decencia de inventarse mejores historias sobre ella! ¿Os proponéis hendir la tierra? ¡Me extraña que la abuela no salga de debajo y os muerda los traseros! Y ahora, llévate a tus hombres un poco más abajo y yo solucionaré esto, ¿entendido? No queremos que nadie se ponga nervioso.

El sargento asintió. Tampoco es que tuviera más opciones.

Mientras los guardias se alejaban llevando a rastras a su colega inconsciente y tratando de no parecer, bueno, guardias que apretaban el paso hasta el límite entre andar y correr, Tiffany se arrodilló al lado de Rob Cualquiera y bajó la voz.

—Escúchame, Rob. Sé lo de los pasadizos secretos.

—¿Quién fue el pámpano que hablote de los pasadizos secretos?

—Soy la arpía de las colinas, Rob —dijo Tiffany en tono conciliador—. ¿No debería saber que existen los túneles? Sois feegles, y ningún feegle duerme en una casa que solo tenga una entrada, ¿verdad que no?

El feegle empezaba a calmarse un poco.

—Bueno, sí, ahí dijiste ben.

—Entonces ¿me harías el favor de ir a traer a la joven Ámbar? Nadie va a tocar el túmulo.

Después de un momento de duda, Rob Cualquiera corrió hacia el agujero de entrada y desapareció. Tardó algún tiempo en regresar, que Tiffany empleó haciendo venir al sargento para ayudarle a recoger las armas abandonadas por los guardias, y cuando Rob emergió lo hizo acompañado de muchos más feegles y de la kelda. Y también de una reticente Ámbar, que parpadeó con inquietud a la luz del día y dijo:

—¡Oh, pardiez!

Tiffany sabía lo falsa que era su propia sonrisa cuando indicó a la chica:

—He venido a llevarte a casa, Ámbar. —Bueno, al menos no soy tan idiota como para ponerme en plan: «¿A que tienes ganas?», añadió para sí misma.

Ámbar le lanzó una mirada furiosa.

—Non volverasme a llevar a ese sitiu —anunció—, ¡y puedes ponértelo donde el mono púsose el suéter!

Y no te lo reprocho, pensó Tiffany, pero ahora puedo hacerme pasar por adulta, y eso exige decir algunas estupideces de adulta…

—Pero tienes madre y padre, Ámbar. Seguro que te echan de menos.

Tiffany se encogió ante la mirada desdeñosa de la chica.

—Aj, claro, y si el viejo échame de menos, siempre puede echarme otra vez de más al suelu, a ver si acaba la faena.

—¿Qué tal si vamos las dos juntas y le ayudamos a cambiar de actitud? —sugirió Tiffany despreciándose a sí misma, pero seguía sin poder olvidar aquellos dedos gruesos con espinas clavadas del horrible ramo de ortigas.

En respuesta a aquello Ámbar se rió.

—Disculpa, pero Jeannie díjome que eras lista.

¿Qué era lo que había dicho una vez Yaya Ceravieja? «La maldad empieza cuando se empieza a tratar a la gente como si fueran cosas.» Y era lo que sucedería en aquel preciso momento si ella empezaba a pensar que había algo llamado padre, y algo llamado madre, y algo llamado hija, y algo llamado casa, y si se convencía a sí misma de que juntándolos componían algo llamado familia feliz.

En voz alta dijo:

—Ámbar, quiero que vengas conmigo a ver al barón para que sepa que estás a salvo. Después, podrás hacer lo que quieras. Te lo prometo.

Tiffany notó un golpe en la bota y miró hacia abajo para encontrar la cara preocupada de la kelda.

—¿Puedo hablar un momentiño contigo? —preguntó Jeannie. De pie a su lado, Ámbar estaba agachándose para poder coger la otra mano de la kelda.

Entonces Jeannie volvió a hablar, si es que lo que pronunció podía llamarse habla y no canción. Pero ¿qué podía cantarse que flotara en el aire para que la siguiente nota le diera vueltas alrededor? ¿Qué podía cantarse que pareciera un sonido vivo que se daba la réplica a sí mismo?

Y entonces la canción terminó, dejando solo un hueco y una pérdida.

—Eso fue una canción de kelda —dijo Jeannie—. Ámbar oyome cantársela a los rapaciños. Forma parte de los relajos, ¡y ella entendiola, Tiffany! ¡De verdad que yo non dile ni una pistiña de nada, pero entendiola! Sé que esto ya díjotelo el Sapo. Pero ¿comprendes lo que dígote yo agora? Ámbar reconoce los significados y apréndelos. Es lo más cerca que puede estar una humana de ser kelda. ¡Es un tesoru que non débese echar a perder!

Las palabras salieron con una fuerza poco habitual en la kelda, que solía tener una conversación apacible. Tiffany las clasificó como una información útil que, sin perder las formas, también era una especie de amenaza.

Tuvieron que negociar incluso el trayecto entre las lomas y el pueblo. Tiffany, con Ámbar de la mano, pasó entre los guardias que esperaban y siguió adelante, para gran vergüenza del sargento. Al fin y al cabo, le habían enviado a detener a alguien, y quedaría como un tonto si las detenidas se detenían ellas solas, por así decirlo. Pero por otra parte, si Tiffany y Ámbar hubieran caminado detrás de los guardias, parecería que los estaban dirigiendo. Aquella era tierra de ovejas, ¿verdad?, y todo el mundo sabía que las ovejas iban delante y el pastor detrás.

Al final adoptaron un método más bien incómodo por el que todos avanzaban con cierta cantidad de virajes y cambios de posición, que hacía parecer que se desplazaban bailando en cuadrilla. Tiffany tuvo que dedicar mucho tiempo a impedir que Ámbar soltara risitas.

Esa fue la parte divertida. Ojalá hubiera durado más.

—Escucha, me han dicho que trajera solo a la chica —dijo el sargento a la desesperada mientras cruzaban los portones del castillo—. No tienes por qué venir. —El tono en que lo dijo significaba: «Por favor, por favor, no entres como un vendaval y me dejes mal delante de mi nuevo jefe». Pero no le funcionó.

El castillo estaba lo que antes se llamaba azacanado, que significaba muy atareado, con gente molesta molestándose entre sí y correteando en todas las direcciones posibles salvo en vertical. Iba a celebrarse un funeral y después una boda, y dos grandes acontecimientos tan cercanos podían poner a prueba los recursos de un castillo pequeño, sobre todo porque quienes llegaran para el primero con toda probabilidad se quedarían al segundo, ahorrando tiempo pero cargando más de trabajo a todo el mundo. Pero Tiffany se alegró de comprobar que al menos no estaba presente la señorita Pulcro, una mujer de lo más desagradable a la que nunca había gustado ensuciarse las manos.

Y siempre tendrían el problema de los asientos. La mayoría de los huéspedes serían aristócratas, y era crucial no sentar a nadie junto al pariente de alguien que hubiera matado a un antepasado suyo en algún momento del pasado. Dado que el pasado es un lugar muy grande, y teniendo en cuenta que los antepasados de todo el mundo dedicaban su tiempo a matar a los antepasados de todos los demás, ya fuese por tierra, dinero o entretenimiento, era precisa una trigonometría muy cuidadosa para evitar que se produjera otra masacre antes de servir la sopa.

Ninguno de los sirvientes parecía prestar una atención especial a Tiffany, a Ámbar o a los guardias, aunque Tiffany creyó ver a alguien haciendo un pequeño signo de los que supuestamente espantaban el mal de ojo —¡allí, en su terreno!—, y le quedó la marcada sensación de que, en cierto modo, los sirvientes no les prestaban atención porque prestaban atención a no prestársela, como si mirar a la bruja pudiera ser peligroso para la salud. Cuando hicieron entrar a Tiffany y Ámbar en el despacho del barón, tampoco lo encontraron muy ansioso por hacerles caso. Estaba inclinado sobre una lámina de papel que cubría su escritorio entero y tenía en la mano un puñado de lápices de distintos colores.

El sargento carraspeó, pero ni los últimos estertores de un ahogado habrían perturbado la concentración del barón. Al final Tiffany bramó:

—¡Roland!

El barón se giró hacia ella, su cara roja de vergüenza con guarnición de rabia.

—Preferiría «milord», señorita Dolorido —dijo con brusquedad.

—Y yo preferiría «Tiffany», Roland —replicó Tiffany, con una calma que sabía que le irritaba.

El barón dejó los lápices en la mesa con un chasquido.

—El pasado pasado está, señorita Dolorido, y ahora somos personas distintas. Sería bueno que los dos lo recordáramos, ¿no le parece?

—El pasado fue solo ayer —objetó Tiffany—, y sería igual de bueno que recordaras que hubo un tiempo en que yo te llamaba Roland y tú me llamabas Tiffany, ¿no te parece a ti? —Se llevó las manos al cuello para quitarse el colgante con el caballo de plata que él le había regalado. Parecía que habían pasado siglos enteros desde entonces, pero aquel colgante había sido importante. ¡Hasta había plantado cara a Yaya Ceravieja por aquel collar! Ahora lo sostuvo en alto, a modo de prueba acusadora—. El pasado debe recordarse. Si no sabes de dónde procedes, no sabes dónde estás, y si no sabes dónde estás, no sabes hacia dónde vas.

El sargento miró a uno y a otra, y con el instinto de supervivencia que todo soldado desarrolla antes de ascender a sargento, decidió abandonar la sala antes de que empezaran a volar objetos por los aires.

—Voy a ir a ocuparme de los… hum… de las… cosas de las que hay que ocuparse, si les parece bien —dijo abriendo y cerrando la puerta tan deprisa que el portazo coincidió con la última sílaba. Roland miró hacia allí un momento y luego volvió la cabeza.

—Sé dónde estoy, señorita Dolorido. Estoy ocupando el puesto de mi padre, y él ha muerto. Ya hace años que dirijo esta propiedad, pero todo lo que hacía era en su nombre. ¿Por qué murió, señorita Dolorido? No es que fuera tan, tan viejo. ¡Creía que usted podía hacer magia!

Tiffany miró de soslayo a Ámbar, que estaba escuchando con interés.

—¿Te parece que hablemos luego de esto? —sugirió—. Querías que tus hombres te trajeran a esta chica y aquí la tienes, sana de cuerpo y mente. Y yo no se la entregué a las hadas, como decís por aquí: estaba invitada en el hogar de los Nac Mac Feegle, con cuya ayuda has contado en más de una ocasión. Ámbar volvió allí por voluntad propia. —Estudió con atención el rostro de Roland y dijo—: No los recuerdas, ¿verdad?

Se le notaba que no, pero también que su mente estaba lidiando con el hecho de que definitivamente había algo que debería poder recordar. Fue prisionero de la Reina de las Hadas, se recordó Tiffany a sí misma. El olvido puede ser una bendición, pero me pregunto qué horrores le habrán pasado por la mente cuando los Rastrero le han dicho que me había llevado a la chica con los feegles. Con hadas. ¿Cómo voy a imaginarme lo que ha sentido?

Tiffany suavizó un poco la voz.

—Tienes un recuerdo vago sobre hadas, ¿verdad? Nada malo, espero, pero tampoco nada muy claro, como si fuese algo que leíste en un libro o un cuento que te contaron de pequeño. ¿Tengo razón?

Roland seguía mirándola con el gesto torcido, pero la palabra vertida que sofocó en sus labios confirmó a Tiffany que había acertado.

—Lo llaman el último regalo —dijo—. Forma parte de los relajos. Sirve para cuando es mejor para todos que olvides cosas que fueron demasiado horribles, o también demasiado maravillosas. Estoy diciéndoos esto, milord, porque Roland sigue ahí dentro, en alguna parte. Mañana te habrás olvidado hasta de esto que acabo de decirte. No sé cómo funciona, pero funciona con casi todo el mundo.

—¡Te llevaste a la niña lejos de sus padres! ¡Han venido a verme nada más he llegado esta mañana! ¡Todo el mundo ha venido a verme esta mañana! ¿Mataste a mi padre? ¿Le robaste dinero? ¿Intentaste ahorcar al viejo Rastrero? ¿Le azotaste con ortigas? ¿Le llenaste la casa de demonios? ¡No puedo creerme que te lo esté preguntando, pero la señora Rastrero está convencida de que sí! ¡Personalmente no sé qué pensar, sobre todo porque una mujer feérica podría estar trastocándome los pensamientos! ¿Me entiendes ahora? —Mientras Tiffany intentaba componer algún tipo de respuesta coherente Roland se dejó caer en la vieja butaca de detrás del escritorio y suspiró—. Me han dicho que estabas inclinada hacia mi padre con un atizador en la mano, y que le exigiste dinero —terminó con tristeza.

—¡Eso no es verdad!

—¿Y me lo dirías si lo fuese?

—¡No! ¡Porque jamás podría haber un «fuese»! ¡Nunca haría nada parecido! De acuerdo, puede que estuviera inclinada hacia él…

—¡Ajá!

—¡No te atrevas a venirme con «ajá», Roland, no te atrevas! Escucha, ya sé que la gente ha estado diciéndote cosas, pero no son ciertas.

—Pero acabas de reconocer que estabas inclinada hacia él, ¿o no?

—¡Solo porque tu padre quería que le enseñara cómo de limpias me quedan las manos! —Se arrepintió tan pronto como lo dijo. Era cierto, pero ¿qué importaba? No sonaba cierto—. Mira, comprendo que…

—¿Y no le robaste una bolsa de dinero?

—¡No!

—¿Y no sabes nada de una bolsa de dinero?

—Sí. Tu padre me pidió que sacara una del cofre de metal. Quería…

Roland la interrumpió.

—¿Dónde está ahora ese dinero? —Su voz sonó plana e inexpresiva.

—No tengo ni idea —dijo Tiffany. Mientras Roland volvía a abrir la boca gritó—: ¡No! Vas a escucharme, ¿entendido? He cuidado de tu padre durante casi dos años. Me caía bien y nunca habría hecho nada que le hiciera daño, ni a él ni a ti. Murió porque llegó su hora de morir. Cuando llega ese momento no hay nada que pueda hacer nadie.

—¿Y para qué está la magia?

Tiffany negó con la cabeza.

—La magia, como tú la llamas, le quitó el dolor. ¡Y no te atrevas a pensar que eso viene sin un precio! He visto morir a otras personas y te prometo que tu padre tuvo una buena muerte, pensando en días felices.

Había lágrimas cayendo por la cara de Roland, y Tiffany captó la rabia que le daba que lo vieran así; una rabia estúpida, como si las lágrimas lo volvieran menos hombre o menos barón. Le oyó musitar:

—¿Puedes llevarte esta pena?

—Lo siento —respondió ella en voz baja—. Me lo pide todo el mundo. Y no lo haría ni aunque supiera. Te pertenece a ti. Solo el tiempo y las lágrimas pueden llevarse la pena. Están para eso. —Se levantó y cogió la mano de Ámbar, que estaba escrutando los rasgos del barón—. Voy a llevarme a Ámbar a mi casa, y a ti no te vendría nada mal dormir unas horas.

No hubo respuesta. Roland se quedó en su asiento, mirando sus papeles como si lo tuvieran hipnotizado. Condenada enfermera, pensó Tiffany. Tendría que haber supuesto que daría problemas. El veneno va allí donde es bienvenido, y seguro que la señorita Pulcro le había dado la bienvenida con una multitud vitoreante y tal vez hasta una pequeña banda de música. Sí, la enfermera era de las que invitarían al Hombre Astuto a pasar. Era justo la clase de persona que permitiría que entrara, que le daría poder, el poder de la envidia, de los celos, del orgullo. Pero yo sé que no he hecho nada malo, se dijo Tiffany. ¿O tal vez sí? Solo puedo ver mi vida desde dentro, y supongo que desde dentro nadie hace nada malo. ¡Ah, maldita sea! ¡Todo el mundo va siempre con sus problemas a la bruja! Pero no puedo culpar al Hombre Astuto de todo lo que la gente ha dicho. Ojalá hubiera alguien, aparte de Jeannie, con quien pudiera hablar sin que pesara tanto el sombrero puntiagudo. Y ahora, ¿qué hago? Eso, ¿qué hago ahora, señorita Dolorido? ¿Cuál es su consejo, señorita Dolorido, usted que es experta en tomar decisiones por los demás? Bueno, yo aconsejaría que también durmieras un poco. Anoche no acabaste de coger bien el sueño, con los ronquidos de campeona de la señora Proust, y desde entonces han pasado muchas cosas. Además, tampoco recuerdo cuándo fue la última vez que comiste a tus horas y, si me permites que lo mencione, estás hablando contigo misma.

Bajó la mirada hacia Roland, abatido en su butaca con la mirada perdida.

—He dicho que me llevo a Ámbar a mi casa, de momento.

Roland se encogió de hombros.

—Bueno, poco puedo hacer para impedirlo, ¿verdad? —dijo con sarcasmo—. La bruja eres tú.

La madre de Tiffany preparó una cama para Ámbar sin pedir explicaciones, y Tiffany se dejó caer para dormir en la suya propia, al otro extremo del gran dormitorio.

Despertó en llamas. El fuego llenaba toda la estancia, titilando en naranja y rojo pero ardiendo con la misma calma que el fogón de una cocina. No había humo y, aunque la habitación se notaba caliente, nada estaba quemándose de verdad. Era como si el fuego se hubiera pasado por allí para hacerle una visita amistosa, no de negocios. Sus llamas crepitaban.

Fascinada, Tiffany llevó un dedo a la llama y lo levantó con una pequeña lengua de fuego encima, tan inofensiva como un polluelo. Sintió que se enfriaba por sí misma, pero sopló de todos modos, con lo que la reavivó.

Tiffany salió con mucha cautela de su cama incendiada y, si aquello era un sueño, los tradicionales tintineos y tañidos que soltaba la vetusta cama sonaron perfectos. Ámbar estaba tumbada sin inmutarse en la otra cama, bajo una manta de llamas; mientras Tiffany la miraba la chica se dio la vuelta y las llamas se movieron con ella.

Ser bruja significaba que no podía echar a correr y a dar voces solo porque se le había incendiado la cama. Al fin y al cabo no era un fuego ordinario y no hacía daño a nadie. Por tanto está en mi cabeza, pensó. Un fuego que no hace daño. La liebre corre al fuego… Alguien intenta decirme algo.

En silencio, las llamas se extinguieron. Hubo un borrón de movimiento casi imperceptible en la ventana y Tiffany suspiró. Los feegles no se rendían nunca. Desde que tenía nueve años sabía que la protegían de noche. Seguían haciéndolo, motivo por el que Tiffany se bañaba en un baño de asiento detrás de una sábana extendida. Era muy poco probable que tuviera algo que interesara mirar a los feegles, pero así se sentía mejor.

La liebre corre al fuego… Estaba claro que sonaba a mensaje que debía descifrar, pero ¿quién se lo enviaba? ¿La bruja misteriosa que había estado observándola, quizá? ¡Los presagios estaban muy bien, pero a veces la gente podría dejar escritas las cosas, si no es mucha molestia! De todas formas nunca era buena idea pasar por alto aquellas pequeñas ideas y coincidencias, los recuerdos repentinos, los pequeños deseos infundados. Muy a menudo eran otra parte de la mente, esforzándose en enviar un mensaje a una conciencia demasiado atareada para darse cuenta. Pero fuera hacía un día luminoso y los acertijos podían esperar. Había otras cosas que no. Empezaría por el castillo.

—Mi padre me pegaba, ¿verdad? —preguntó Ámbar sin particular emoción mientras caminaban hacia las torres grises—. ¿Mi bebé murió?

—Sí.

—Oh —dijo Ámbar con la misma voz inexpresiva.

—Sí —convino Tiffany—. Lo siento.

—Me acuerdo más o menos, pero no del todo —explicó Ámbar—. Está un poco… borroso.

—Es por los relajos. Jeannie ha cuidado de ti.

—Comprendo —declaró la chica.

—¿De verdad? —preguntó Tiffany.

—Sí. Pero ¿mi padre va a tener problemas?

Los tendría si yo revelara cómo te encontré, pensó Tiffany. Ya se ocuparían las mujeres de ello. En el pueblo tenían una actitud bastante tosca respecto a castigar a los chicos, que casi por definición eran diablillos traviesos a los que domesticar, pero ¿pegar así de fuerte a una chica? No estaba bien.

—Háblame de tu amigo —dijo en lugar de responder—. Es sastre, ¿verdad?

Ámbar sonrió, y sus sonrisas podían iluminar el mundo entero.

—¡Sí! Su abuelo le enseñó mucho del oficio antes de morir. Mi William puede sacar cualquier cosa de una tela. Todo el mundo dice que deberían enviarlo de aprendiz, y que en cosa de pocos años ya sería maestro. —Se encogió de hombros—. Pero los maestros cobran por enseñar el oficio, y su madre nunca podrá reunir el dinero para pagarle el aprendizaje. Ah, pero mi William tiene unos dedos finos y maravillosos, y ayuda a su madre cosiendo corsés y haciendo unos vestidos de novia preciosos. Para eso hay que saber trabajar el satén y esas cosas —dijo la chica con satisfacción—. ¡Y a la madre de William siempre están alabándola por lo finas que hace las costuras! —Ámbar sonrió con orgullo de segunda mano y Tiffany le miró la cara radiante, donde aún se notaban bastante las magulladuras, pese a los cuidados de la kelda.

Así que el novio es sastre, pensó. Para los hombretones fornidos como el señor Rastrero, un sastre apenas era hombre en absoluto, con sus manos suaves y su empleo bajo techo. Y si encima cosía prendas de mujer… en fin, una indignidad más que la niña estaría llevando a aquella pequeña familia infeliz.

—¿Qué quieres hacer ahora, Ámbar? —preguntó.

—Me gustaría ver a mi madre —dijo la chica enseguida.

—Pero ¿y si te cruzas con tu padre?

Ámbar se giró hacia ella.

—Entonces entenderé. Por favor, no le hagas cosas malas como transformarle en cerdo ni nada por el estilo.

Pasar un día con forma de cerdo podría ayudar a enmendarlo, pensó Tiffany. Pero había algo de la kelda en la forma en que Ámbar había dicho «entenderé». Una luz brillante en un mundo oscuro.

Tiffany nunca había visto los portones del castillo cerrados si no era de noche. Durante el día, el lugar era una mezcla de plaza del pueblo, puesto de venta del carpintero y el herrero, patio para que jugaran los niños si llovía y, con frecuencia, almacén temporal para las cosechas de heno y trigo, si se desbordaban los graneros. Ni siquiera en las granjas más grandes había mucho sitio libre y, si se buscaba un lugar para estar tranquilo un rato, o para pensar, o para charlar con alguien, ahí estaba el castillo. Siempre funcionaba.

Por lo menos la sorpresa por el regreso del barón ya había remitido, pero el castillo seguía hirviendo de actividad cuando entró Tiffany, aunque era una actividad más bien sumisa y con pocas conversaciones. El motivo más probable del ánimo apagado era la duquesa, la futura suegra de Roland, que daba vueltas por el vestíbulo y de vez en cuando pinchaba a la gente con un palo. Tiffany no pudo creérselo cuando lo vio por primera vez, pero ahí estaba de nuevo: un palo negro y brillante rematado en plata, con el que atosigó a una doncella que llevaba una cesta de ropa limpia. Fue en ese momento cuando Tiffany reparó en que la futura novia seguía a su madre unos pasos por detrás, como si le diera reparo acercarse más a alguien que pinchaba a la gente con palos.

Tiffany iba a protestar, pero cuando miró alrededor le entró curiosidad. Retrocedió un poco y se permitió desaparecer. Era un truco; un truco que se le daba muy bien. No llegaba a ser invisibilidad, pero la gente no se fijaba en su presencia. Sin que la viera nadie, se acercó lo suficiente para oír de qué hablaban aquellas dos, o por lo menos qué decía la madre y escuchaba la hija.

La duquesa estaba quejándose.

—Han descuidado este sitio hasta dejarlo manga por hombro. ¡Anda que no hace falta poner orden aquí! ¡En un lugar como este no puedes permitirte ser tolerante! ¡La firmeza lo es todo! ¡A saber lo que creía que estaba haciendo esta familia! —Las exclamaciones de su frase llegaron puntuadas por el «tuc» del palo contra la espalda de otra doncella apresurada, pero a todas luces no lo suficiente, bajo el peso de una cesta llena de ropa—. Debes ser siempre rigurosa con tu deber, si quieres que ellos sean rigurosos con el suyo —siguió diciendo la duquesa mientras buscaba un nuevo objetivo en el vestíbulo—. La dejadez va a acabarse. ¿Lo ves? ¿Lo ves? Cuando quieren, aprenden. Nunca debes cejar en tu persecución del desarreglo, ya sea de acto o de actitud. ¡No toleres ninguna familiaridad indebida! Y eso, por supuesto, incluye las sonrisas. Bueno, pensarás, pero ¿qué tiene de malo una sonrisa alegre? Pues que la sonrisa inocente puede convertirse enseguida en una de complicidad, que tal vez sugiere un chiste compartido. ¿Estás escuchando lo que te digo?

Tiffany estaba atónita. Sin sudar siquiera, la duquesa había logrado que Tiffany hiciera algo que consideraba imposible: sentir lástima por la prometida, que en aquellos momentos estaba recibiendo una regañina de su madre como si fuera una niña desobediente.

Pintar acuarelas era su afición y muy posiblemente su única actividad en la vida y, aunque Tiffany trató de reprimir sus peores instintos y ser generosa con la chica, era innegable que hasta parecía una acuarela. Y no una acuarela cualquiera, sino la obra de un artista a quien no le quedaba mucho pigmento pero sí agua en abundancia, por lo que no solo daba la impresión de estar desleída sino también bastante apocada. Podía añadirse que era tan poca cosa que en una tormenta no sería raro que se partiera como una ramita. Aunque nadie la veía, Tiffany sintió una leve punzada de culpabilidad y dejó de inventarse más maldades que pensar. ¡Además, la maldita compasión estaba ganando terreno!

—Y ahora, Leticia, vuelve a recitar el poema que te enseñé —ordenó la duquesa.

La prometida de Roland, ya no solo ruborizada sino derritiéndose de bochorno y timidez, miró a su alrededor como un ratón perdido en un suelo inmenso, sin saber hacia dónde correr.

—«Si la» —apuntó la madre con irritación, y dio a su hija un golpecito con el palo.

—«Si la…» —farfulló la chica—. «Si… si la rienda llevas suelta, tu mano fustigará, mas si la empuñas con fuerza bien suave la encontrarás. Igual funciona el servicio: dales mano y brazo se toman, mas si firme llevas la rienda, a tu orden se desloman.»

Mientras la vocecilla insegura acababa de recitar, Tiffany se dio cuenta de que se había hecho el silencio absoluto en el vestíbulo y todos estaban mirando a las mujeres. Casi deseó que alguien olvidara dónde estaba y empezara a aplaudir, aunque con toda seguridad supondría el fin del mundo. Lo que ocurrió fue que la novia vio las bocas abiertas y huyó, sollozando, tan deprisa como le permitieron sus caros pero muy poco prácticos zapatos. Tiffany escuchó el frenético traqueteo mientras se desvanecía escalera arriba, seguido poco después de un buen portazo.

Se alejó despacio, como una sombra en el aire para todo el que no le prestara atención. Negó con la cabeza. ¿Por qué lo había hecho Roland? ¿Por qué narices lo había hecho? ¡Si podría haberse casado con cualquiera! No con la propia Tiffany, por supuesto, pero ¿por qué había escogido a esa…? Bueno, tampoco seamos crueles; ¿por qué a esa flacucha?

El padre de la chica había sido un duque de alta cuna, su madre se había encunado al casarse y ella cuneaba un poco. En fin, por caritativa que quisiera ponerse Tiffany, la verdad es que la novia andaba un pelín como un pato. De verdad que sí. Fijándote bien, se notaba que solía llevar los pies un poco abiertos.

Y para quien se preocupara de esas cosas, la terrible madre y la sensiblera hija superaban en rango a Roland. ¡Podían avasallarlo oficialmente!

El viejo barón había sido otra clase de persona. Sí, de acuerdo, le gustaba que los niños se inclinaran o hicieran una pequeña reverencia cuando se los cruzaba por el camino, pero conocía el nombre de todo el mundo y los cumpleaños de la mayoría, y siempre era educado. Tiffany se acordaba del día en que la llamó y le dijo: «¿Serías tan amable de pedir a tu padre que venga a hablar conmigo, por favor?». Qué frase más amable para un hombre con tanto poder.

La madre y el padre de Tiffany solían discutir sobre él cuando la creían dormida en su cama. Entre la sinfonía de los muelles Tiffany oía sus voces casi, pero no exactamente, riñendo. Su padre decía cosas como: «Me parece muy bien lo generoso que digas que es y tal, pero ¿de dónde lo sacaron todo sus antepasados? ¡De oprimir al pobre, no me digas que no!». Y su madre replicaba cosas como: «¡Yo nunca le he visto oprimir nada! Además, eso era en los viejos tiempos. Ha de haber alguien que nos proteja. ¡Es de cajón!». Y su padre contraatacaba con algo similar a: «¿Que nos proteja de quién? ¿De otro hombre con espada? ¡Eso podríamos hacerlo nosotros solos!». Y llegado aquel punto la conversación se iba apagando porque sus padres aún se querían, con un amor cómodo y casero, y en el fondo ninguno de los dos deseaba que cambiara nada en absoluto.

Paseando la mirada por el vestíbulo, a Tiffany le pareció que no hacía falta oprimir al pobre si podía enseñársele a oprimirse solo.

La idea la dejó conmocionada, pero se le grabó en la mente. Todos los guardias eran del pueblo o se habían casado con chicas del pueblo, así que se preguntó qué pasaría si todos los lugareños se juntaran y dijeran al nuevo barón: «Mira, te dejamos quedarte aquí, y hasta puedes seguir usando el dormitorio grande, y además te haremos la comida y pasaremos el trapo de vez en cuando, pero aparte de eso ahora la tierra es nuestra, ¿entendido?». ¿Podría funcionar?

No era probable. Pero Tiffany se acordó de haber pedido a su padre que hiciera limpiar el viejo cobertizo de piedra. Sería un buen principio. Tenía planes para ese cobertizo.

—¡Eh, tú! ¡Tú! ¡La de las sombras! ¡No estarás zanganeando!

Volvió a prestar atención. Con tanto pensar había dejado de prestarle la suficiente a su truquito del no-me-veas. Salió de entre las sombras, lo que significaba que su sombrero negro puntiagudo dejó de ser solo una silueta. La duquesa lo miró con furia.

Era el momento de romper el hielo, aunque pudiera hacer falta un hacha de tan grueso que era. En tono educado dijo:

—No sé cómo se zanganea, señora, pero procuraré hacer lo que pueda.

—¿Qué? ¡¿Qué?! ¿Cómo me has llamado?

La gente del vestíbulo aprendía deprisa y ya estaban escurriendo el bulto y alejándose de allí a toda velocidad, porque el tono de la duquesa presagiaba tormenta y a nadie le gusta estar al raso si la hay.

Una súbita furia se apoderó de Tiffany. No había hecho nada que mereciera que le gritaran de aquella manera. Dijo:

—Disculpe, señora, pero que yo sepa no le he llamado nada.

Fue en vano: los ojos de la duquesa se entrecerraron.

—Ah, a ti te conozco. La bruja, la niña bruja que nos siguió a la ciudad para vete a saber qué propósito turbio. ¡De donde yo vengo sabemos lo que son las brujas! ¡Entrometidas, sembradoras de la duda, avivadoras del descontento, amorales, charlatanas y embaucadoras!

La duquesa puso la espalda recta y miró a Tiffany como si acabara de apuntarse un tanto decisivo. Dio unos golpecitos con su vara en el suelo.

Tiffany calló, pero callar era difícil. Podía sentir a los sirvientes mirando desde detrás de las cortinas y las columnas, o por rendijas de las puertas. La mujer sonreía con suficiencia, y esa sonrisa había que borrarla porque Tiffany tenía el deber con todas las brujas de demostrarle al mundo que a las brujas no se las trataba así. Por otra parte, si Tiffany explicaba cuatro cosas a la duquesa, sin duda ella la pagaría con el servicio. Debería escoger las palabras con cuidado. Pero no iba a hacerlo, porque entonces la vieja chota soltó una risita desagradable y dijo:

—¿Y bien, niña? ¿No vas a intentar transformarme en alguna criatura innombrable?

Tiffany lo intentó. Lo intentó con todas sus fuerzas. Pero hay veces en que simplemente no se puede. Respiró hondo.

—¡No creo que me moleste, señora, viendo el buen trabajo que ya está haciendo usted!

El repentino silencio estuvo salpicado de pequeños sonidos, como el de la mano de un guardia oculto tras una columna al taparse la boca para ahogar una carcajada sorprendida, o el borboteo que se oyó cuando, detrás de una cortina, a una doncella le faltó poco para lograr lo mismo. Pero lo que se quedó en la memoria de Tiffany fue el tenue chasquido de una puerta que llegó desde lo alto. ¿Sería Leticia? ¿Lo habría oído? Pero ya no importaba, porque ahora la duquesa estaba relamiéndose, con Tiffany metida en el puño.

No debería haberse rebajado a los insultos tontos, escuchara quien escuchase. Ahora la mujer iba a regodearse creando problemas a Tiffany, a cualquiera que tuviera cerca y con toda seguridad a cualquier persona que hubiera conocido.

Tiffany sintió un sudor frío bajando por su espalda. Nunca antes lo había sentido de aquella manera, ni siquiera con el Forjador de Invierno, ni siquiera cuando Annagramma se ponía borde en un día malo, ni siquiera con la Reina de las Hadas, un auténtico prodigio del rencor. La duquesa los sobrepasaba a todos: era una matona, de la clase de matones que fuerzan a sus víctimas a responder y así justifican un matonismo aún mayor y más cruel, que provoque daños colaterales a todo testigo inocente para poder incitarles a culpar de sus sinsabores a la víctima.

La duquesa recorrió con la mirada el sombrío vestíbulo.

—¿Hay algún guardia aquí? —Se quedó esperando con entusiasta mezquindad—. ¡Sé que hay un guardia en alguna parte!

Se oyeron unos pasos vacilantes y Preston, el aprendiz de guardia, salió de las sombras y anduvo nervioso hacia Tiffany y la duquesa. Claro que tenía que ser Preston, pensó Tiffany. Los otros guardias estaban demasiado resabiados para exponerse a una dosis generosa de cólera ducal. Los nervios hicieron sonreír al joven, reacción muy poco conveniente si se trataba con alguien como la duquesa. Por lo menos tuvo el aplomo de hacer un saludo marcial cuando llegó, y para tratarse de alguien a quien no han enseñado a saludar y que de todas formas rara vez tiene que hacerlo, fue un buen saludo.

La duquesa torció el gesto.

—¿Se puede saber por qué sonríes, joven?

Preston rumió con seriedad la pregunta y respondió:

—Hace buen día, señora, y estoy contento de ser guardia.

—A mí no me sonrías, jovencito. Sonreír lleva a tomarse familiaridades, que no toleraré bajo ningún concepto. ¿Dónde está el barón?

Preston cambió el peso de una pierna a la otra.

—Está en la cripta, señora, rindiendo honores a su padre.

—¡A mí no me llames señora! ¡Señora es la forma de dirigirse a la mujer de un tendero! ¡Ni tampoco puedes llamarme «mi señora», que es el apelativo de las esposas de caballeros y demás gentuza! Soy duquesa, y por tanto debes dirigirte a mí como «su excelencia». ¿Estamos?

—¡Sí, señ… su excelencia! —Preston hizo otro saludo marcial en defensa propia.

Al menos por un momento, la duquesa pareció satisfecha, pero el momento resultó ser de los cortos.

—Muy bien. Y ahora, quiero que te lleves a esta criatura. —Señaló a Tiffany—. Enciérrala en vuestra mazmorra. ¿Me has entendido?

Perplejo, Preston buscó orientación en Tiffany. Ella le guiñó el ojo, para que no se desanimara. El guardia volvió a girarse hacia la duquesa.

—¿Que la encierre en la mazmorra?

La duquesa lo fulminó con la mirada.

—¡Eso es lo que he dicho!

Preston frunció el ceño.

—¿Está segura? —preguntó—. Habría que sacar las cabras.

—¡Joven, me preocupa bien poco lo que haya que hacer con las cabras! ¡Te ordeno que encarceles de inmediato a esta bruja! Venga, arreando, o me ocuparé de que pierdas tu puesto.

Tiffany ya estaba impresionada con Preston, pero entonces el chico se ganó una medalla.

—No puedo hacerlo —dijo—, por culpa de las habas. El sargento me lo explicó todo bien. Habas. Habas con pus. Significa que no se puede encerrar a alguien si no ha incumplido la ley. Habas con pus. Está todo escrito. Habas con pus —repitió, solícito.

La negativa pareció llevar a la duquesa más allá de la rabia, hacia una especie de horror fascinado. Ese joven con granos en la cara estaba desafiándola por unas palabras ridículas. Nunca le había ocurrido nada similar. Era como enterarse de que las ranas hablaban. Sería todo lo fascinante que una quisiera, pero tarde o temprano a una rana parlante hay que aplastarla.

—Devolverás tu armadura y abandonarás el castillo de inmediato, ¿entendido? Quedas despedido. Acabas de perder tu puesto, y ya me encargaré yo de que nunca vuelvas a encontrar trabajo de guardia, jovencito.

Preston negó con la cabeza.

—No va así, su señora excelencia. Por las habas con pus. Me lo contó el sargento. «Preston», me dijo, «tú estate siempre atento a las habas con pus. Son tus amigas. De las habas con pus puedes fiarte.»

La duquesa miró colérica a Tiffany y, como el silencio parecía molestarla incluso más que cualquier cosa que pudiera decir, Tiffany sonrió y se quedó callada, con la esperanza de que la mujer acabara explotando. Pero lo que hizo, como era de esperar, fue tomarla con Preston.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera, descarado? —Levantó el palo brillante con remate de plata. Pero de pronto la vara se le hizo inamovible.

—No le pegará, señora —advirtió Tiffany con voz tranquila—. Antes se le romperá el brazo que le dará un golpe. En este castillo no pegamos a la gente.

La duquesa rugió y tiró del palo, pero ni palo ni brazo parecían dispuestos a moverse.

—Dentro de un momento el palo se soltará —dijo Tiffany—. Si intenta volver a pegar con él a alguien, se partirá por la mitad. Por favor, entienda que esto no es una advertencia, sino una predicción.

La duquesa volvió a mirarla con odio, pero debió de ver algo en la cara de Tiffany que turbó hasta a su resuelta estupidez. Soltó la vara, que cayó al suelo.

—¡Esto no quedará así, niña bruja!

—Solo bruja, señora, solo bruja —dijo Tiffany mientras la mujer salía del vestíbulo con andares pomposos.

—¿Vamos a meternos en líos? —preguntó Preston en voz baja.

Tiffany levantó un poco los hombros.

—Me ocuparé de que tú no —respondió.

Y lo mismo hará el sargento, pensó. Ya hablaré yo con él. Tiffany contempló el vestíbulo y reparó en que los sirvientes que habían estado mirando le giraban la cara, como si les diera miedo. Y eso que en realidad no ha habido magia, se dijo. Lo único que he hecho es no ceder terreno. Nunca hay que ceder terreno, porque es tu terreno.

—Estaba todo el rato pensando —comentó Preston— si ibas a convertirla en una cucaracha y luego pisarla. He oído que las brujas pueden hacerlo —añadió, esperanzado.

—Bueno, tampoco voy a decir que es imposible —respondió Tiffany—, pero nunca verás a una bruja hacerlo. Además, existen problemas prácticos.

Preston asintió con sabiduría.

—Claro, sí —dijo—. Para empezar, la diferencia de masa corporal, por la que acabarías o bien con una enorme cucaracha de tamaño humano, que creo que se vendría abajo por su propio peso, o docenas o incluso centenares de cucarachas con forma de persona. Pero me parece que entonces la pega estaría en que el cerebro les funcionaría muy mal. Bueno, si tuvieras los hechizos adecuados, a lo mejor podrías enviar los trozos de humano que no caben en la cucaracha a un cubo bien grande, para que pudiera usarlos cuando se cansara de ser pequeño y quisiera crecer otra vez. Pero ahí tendrías el problema de qué hacer si aparece un perro hambriento y el cubo no está tapado. Sería un problemón. Perdona, ¿me he equivocado en algo?

—Hum, no —dijo Tiffany—. Esto… ¿no crees que eres un poco demasiado listo para ser guardia, Preston?

El aprendiz se encogió de hombros.

—Bueno, los chicos opinan que no valgo para nada —respondió, animado—. Creen que alguien capaz de pronunciar la palabra «esplendoroso» tiene que tener algo malo.

—Pero, Preston, yo sé que eres muy listo y también lo bastante erudito para comprender la palabra «erudito». ¿Por qué a veces finges que eres estúpido? Ya sabes, eso de la doctrina, o lo de las habas con pus…

Preston sonrió de oreja a oreja.

—Tuve la desgracia de nacer inteligente y aprendí muy pronto que a veces no es tan buena idea ir de listo. Te ahorras problemas.

En aquel momento, a Tiffany le pareció que la jugada más inteligente sería no quedarse en el vestíbulo. Seguro que aquella mujer espantosa no podría hacer tanto, tanto daño, ¿verdad? Pero Roland estaba muy raro y actuaba como si nunca hubieran sido amigos, como si creyera todas las quejas sobre ella… Y nunca antes le había visto así. De acuerdo, estaba apenado por su padre, pero de verdad no parecía… él mismo. Y aquel vejestorio asqueroso se había ido a atosigarle mientras se despedía de su padre en el frescor de la cripta, mientras buscaba la forma de decir las palabras para las que nunca había habido tiempo, mientras intentaba compensar el exceso de silencio, mientras trataba de traer de vuelta el ayer y clavarlo con fuerza al ahora.

Lo hacía todo el mundo. Tiffany había estado presente en bastantes lechos de muerte, y algunas eran casi, casi alegres cuando algún anciano decente soltaba por fin y en paz el lastre de los años. Otras podían ser trágicas, cuando la Muerte tenía que agacharse para recoger su cosecha. Y también las había… bueno, normales: tristes pero esperadas, las de una luz que titila y se apaga en un cielo lleno de estrellas. Y mientras Tiffany preparaba el té y consolaba a la gente, escuchaba las historias sobre los viejos tiempos, contadas por personas sollozantes que siempre se habían guardado palabras que debieron decir. Y ella había pensado en aquellas palabras y había decidido que no estaban para haberse dicho en el pasado, sino para recordarse en el presente.

—¿Qué opinas de la palabra «disyuntiva»?

Tiffany miró a Preston sin verle, con la mente aún llena de palabras que la gente no pronunciaba.

—¿Qué me has preguntado? —dijo arrugando la frente.

—La palabra «disyuntiva» —repitió Preston con amabilidad—. Cuando la dices, ¿en la cabeza no te recuerda a una serpiente cobriza enroscada?

A ver, pensó Tiffany, en un día como hoy cualquiera que no sea bruja calificaría esto de chorrada y lo descartaría, lo que significa que yo no debo.

Preston era el guardia peor vestido del castillo. Siempre le tocaba al más novato: era quien recibía las perneras de malla que eran casi todo agujeros y sugerían, contra todo conocimiento sobre polillas, que estas[[25]](#footnote-25) eran capaces de comerse el acero. Era quien recibía el casco que, sin importar el tamaño de su cabeza, resbalaba y le hacía orejotas, y eso sin olvidar que también heredaba un peto con tantos agujeros que haría mejor servicio como colador de sopa.

Pero siempre tenía la mirada despierta, hasta el punto de incomodar a la gente. Preston miraba las cosas. Miraba de verdad las cosas, con tanta intensidad que después debían de sentirse miradas a conciencia. Tiffany no tenía ni idea de lo que le pasaba por la cabeza, pero desde luego estaba bien llena.

—Si te soy sincera, nunca había pensado en la palabra «disyuntiva» —respondió despacio—, pero sí que suena metálica y resbaladiza.

—Me gustan las palabras —dijo Preston—. «Clemencia»: ¿verdad que suena a lo que es? ¿No te suena a un pañuelo de seda flotando poco a poco hasta el suelo? ¿Y qué me dices de «bisbiseo»? ¿No te suena como a conspiraciones susurradas y a misterios oscuros…? Perdona, ¿ocurre algo?

—Sí, creo que puede estar ocurriendo algo —contestó Tiffany mirando la cara de preocupación de Preston. «Bisbiseo» era su palabra favorita, y nunca había conocido a nadie más que la hubiera oído siquiera—. ¿Por qué trabajas de guardia, Preston?

—No me gustan mucho las ovejas, soy poco fuerte para labrador, muy torpe para hacerme sastre y me da demasiado miedo el agua para hacerme a la mar. Mi madre me enseñó a leer y a escribir, muy en contra de los deseos de mi padre, y como eso implicaba que ya no valía para un trabajo «de verdad», me enviaron de aprendiz de sacerdote a la Iglesia de Om. Aquello me gustaba y aprendí un montón de palabras interesantes, pero me echaron por preguntar demasiadas cosas, como por ejemplo: «¿Pero todo esto lo decís de verdad o qué?». —Se encogió de hombros—. Pero lo de guardear me gusta bastante, mira. —Se sacó un libro de debajo del peto, que en realidad podría haber albergado una biblioteca pequeña, y continuó—: Tienes mucho tiempo para leer, si no te quedas muy a la vista, y además tiene una metafísica bastante interesante.

Tiffany parpadeó.

—Creo que ahí me he perdido, Preston.

—¿De verdad? —dijo el chico—. Bueno, por ejemplo, cuando me toca turno de noche y viene alguien a los portones, tengo que decir: «¿Quién va, amigo o enemigo?». Por supuesto la respuesta correcta es: «Sí».

Tiffany tardó un momento en resolverlo y empezó a comprender por qué a Preston se le hacía difícil conservar un empleo. El joven siguió diciendo:

—La disyuntiva viene si el recién llegado dice «amigo», porque podría estar mintiendo, pero los que hacen la ronda exterior de noche han ideado un modismo propio muy hábil para responder a mi pregunta, que es: «¡Saca la nariz de ese libro, Preston, y déjanos entrar pero ya!».

—¿Y con modismo te refieres a…? —Ese chico era fascinante. Encontrar a alguien que pudiera hacer sonar tan maravillosamente lógicas unas sandeces no era muy habitual.

—A una especie de contraseña —dijo Preston—. Si nos ponemos estrictos, la idea viene a ser «algo que tu enemigo no diría en la vida». Por ejemplo, un buen modismo en el caso de la duquesa sería «por favor».

Tiffany intentó no reírse.

—Ese cerebro tuyo va a darte problemas un día, Preston.

—Bueno, con tal de que sirva para algo…

Llegó un grito de la lejana cocina, y una de las diferencias entre humanos y animales es que los primeros corren hacia un grito de emergencia, en vez de alejarse. Tiffany llegó escasos segundos después de Preston, pero no habían sido los primeros. Había dos chicas tranquilizando a la señora Doquín, la cocinera, que lloraba sentada en una silla mientras una de las chicas le envolvía el brazo con un trapo de cocina. Salía vapor del suelo y había un caldero negro tumbado.

—¡Os digo que estaban aquí! —logró pronunciar la mujer entre sollozos—. Todos retorciéndose. Y dando pataditas y gritando: «¡Mamá!». ¡No podré olvidar sus caritas mientras viva!

Empezó a llorar de nuevo, con grandes espasmos que amenazaban con dejarla sin aire. Tiffany llamó por señas a la ayudante de cocina más cercana, que reaccionó como si le hubieran dado un golpe e intentó encogerse.

—Escuchad —dijo Tiffany—, ¿puede explicarme alguien qué…? ¡Eh! ¿Qué haces con ese cubo? —Lo último iba dirigido a otra doncella, que llegaba del sótano cargando con un cubo lleno y que, al oír la voz de mando por encima de la confusión, lo dejó caer. Las esquirlas de hielo resbalaron por el suelo. Tiffany respiró hondo—. Señoras, en una quemadura no hay que poner hielo, por lógico que parezca. Enfriad un poco de té, pero dejándolo tibio, y metedle el brazo dentro durante al menos un cuarto de ahora. ¿Lo habéis entendido todas? Bien. Y ahora, ¿qué ha pasado…?

—¡Estaba lleno de ranas! —chilló la cocinera—. ¡He puesto a cocer los púdines y al abrir el caldero había ranitas pequeñas llamando a su madre! ¡Se lo dije, se lo dije a todos! Da mala suerte celebrar una boda y un funeral en la misma casa, muy mala suerte. ¡Es brujería, ni más ni menos! —Entonces la mujer ahogó un grito y se tapó la boca con su mano sana.

Tiffany mantuvo el rostro inexpresivo. Miró dentro del caldero y también por el suelo. No había rastro de ranas por ninguna parte, aunque sí dos púdines enormes, todavía envueltos en tela, al fondo del caldero. Cuando Tiffany los sacó y los dejó en la encimera, muy calientes todavía, se fijó en que las doncellas se alejaban de ellos.

—Una masa de ciruelas buenísima —dijo tratando de sonar animada—. No hay nada de qué preocuparse.

—Alguna vez me he fijado —aportó Preston— en que según las circunstancias a veces el agua hierve de formas muy raras, con gotitas que parecen saltar una y otra vez por encima de la superficie, y a lo mejor podría ser un motivo de que la señora Doquín creyera ver ranas. —Se inclinó hacia Tiffany y le susurró—: Otro motivo muy probable puede ser la botella de oloroso que hay en esa estantería de ahí, casi vacía, en conjunción con la copa solitaria que se ve en aquella palangana para fregar.

Tiffany se quedó impresionada: ella no se había fijado en la copa.

Todos la observaban. Alguien debería estar diciendo algo y, dado que nadie lo hacía, mejor que fuese ella.

—Estoy segura de que la muerte de nuestro barón nos ha afectado a todos —empezó a decir, pero no pudo continuar porque la cocinera enderezó la espalda de repente y la señaló con un dedo tembloroso.

—¡Todos menos tú, criatura inmunda! —acusó—. ¡Yo te calé, ya lo creo que te calé! ¡Todo el mundo lloraba y se lamentaba, pero tú no! ¡Claro que no! ¡Tú te paseabas toda presumida por ahí, mangoneando a tus mayores! ¡Igualito que tu abuela! ¡Lo sabe todo el mundo! ¡Querías festejar con el joven barón y, cuando te dio calabazas, mataste a su padre por rencor! ¡Claro que sí, y te vieron hacerlo! ¡Y ahora el pobre chico está todo apenado y la novia se ha encerrado en su habitación a llorar! ¡Ah, cómo debes de estar riéndote por dentro! ¡La gente ya va diciendo por ahí que deberían aplazar la boda! Seguro que eso te encantaría, ¿a que sí? ¡Sería como ponerte una medalla de bruja, ya lo creo! Me acuerdo de cuando eras pequeña, pero luego te largaste a las montañas, donde todos saben que la gente es rara y salvaje, y ¿qué es lo que volvió? Eso, ¿qué es lo que volvió? ¿Qué volvió, sabiéndolo todo y dándose aires, mirándonos a todos por encima del hombro y destrozando la vida de un joven? ¡Y eso no es lo peor de todo! ¡Preguntadle a la señora Rastrero! ¡A mí no me hables de las ranas! ¡Reconozco a las ranas cuando las veo, y eso es lo que he visto! ¡Ranas! Seguro que…

Tiffany salió de su cuerpo. Ahora se le daba de maravilla. A veces practicaba el truco delante de animales, que en general eran muy difíciles de burlar: con solo que pareciera haber aunque fuese una mente vagando por allí cerca, se ponían nerviosos y acababan huyendo. Pero ¿los humanos? Los humanos eran fáciles de engañar. Si el cuerpo se quedaba en su sitio, parpadeando, respirando, manteniendo el equilibrio y haciendo todo lo que los cuerpos saben hacer aunque no se esté dentro, los demás humanos creían que sí estaba.

Se dejó ir hacia la cocinera borracha, que seguía farfullando y repitiéndose, escupiendo idioteces dañinas y bilis y odio y también gotitas de saliva que se le quedaban en la papada.

Y Tiffany alcanzó a oler el tufo. Era leve, pero estaba ahí. Se preguntó si, en caso de girarse, vería dos agujeros en una cara. No, seguro que la cosa no estaba tan mal. Quizá el Hombre Astuto solo estaba pensando en ella. ¿Debería huir de allí? No. En ese caso tal vez estaría huyendo hacia él, y no de él. ¡Podía estar en cualquier parte! Pero como mínimo, Tiffany podía tratar de detener aquella maldad.

Se preocupó de no atravesar a la gente. Era posible hacerlo, pero aunque en teoría tenía la sustancia de un pensamiento, caminar a través de una persona era como recorrer un pantano: pegajoso, desagradable y oscuro.

Fue más allá de las ayudantes de cocina, que parecían hipnotizadas; el tiempo siempre parecía transcurrir más despacio cuando salía de su cuerpo.

Sí, la botella de jerez estaba casi vacía, y había otra vacía del todo casi oculta por un saco de patatas. La misma señora Doquín apestaba a la bebida. Nunca había hecho ascos a un traguito de jerez, y seguro que tampoco a un segundo traguito. Tal vez fuesen gajes del oficio, igual que la papada fofa. Pero ¿de dónde habían salido todas las barbaridades que escupía? ¿Eran cosas que siempre había querido decir o se las había puesto él en la boca?

Sé que no he hecho nada malo, pensó otra vez. Me vendrá bien tenerlo siempre en mente. Pero sí que he sido tonta, y eso también debería recordarlo.

En el mundo a baja velocidad la mujer, que aún hipnotizaba a las chicas con sus maldiciones, tenía muy mal aspecto: su cara era de un rojo sanguinario, cada vez que abría la boca le apestaba el aliento y se le había quedado un trocito de algo entre los dientes sin lavar. Tiffany se apartó un poco a un lado. ¿Sería posible meterle una mano invisible en su estúpido cuerpo y ver si podía detener el latido del corazón?

Nunca antes se le había ocurrido nada parecido, y por supuesto las brujas sabían que no se podía agarrar nada estando fuera del cuerpo, pero ¿sería posible interrumpir algún pequeño flujo, o provocar una chispita? Hasta una bestia gorda y miserable como la cocinera podía derribarse con la menor de las alteraciones, y entonces su estúpida cara colorada se estremecería, y ese aliento asqueroso se le trabaría, y su sucia bocaza por fin se cerr…

Los Primeros, Segundos, Terceros y los muy infrecuentes Cuartos Pensamientos se alinearon en su mente para gritar al unísono: ¡No somos nosotros! ¡Cuidado con lo que piensas!

Tiffany volvió de golpe a su cuerpo, casi perdió el equilibrio y tuvo que sostenerla Preston, que estaba justo detrás de ella.

¡Deprisa! Recuerda que el marido de la señora Doquín faltó hace solo siete meses, se dijo, y recuerda que cuando eras pequeña siempre te daba galletas, y recuerda que está reñida con su nuera y no puede ver a sus nietos. Recuérdalo, y asimila que tienes delante a una pobre anciana que ha bebido demasiado y ha escuchado demasiadas habladurías… las de la horrible señorita Pulcro, por ejemplo. ¡Recuérdalo porque si te devuelves estarás convirtiéndote en lo que él quiere que seas! ¡No vuelvas a dejarle espacio en tu cabeza!

Detrás de ella Preston resopló y comentó:

—Ya sé que no debería decírselo a una dama, señorita, ¡pero está usted sudando como un cerdo!

Tiffany, tratando de poner en orden sus ideas hechas trizas, murmuró:

—Mi madre siempre dice que los caballos sudan, los hombres transpiran y las damas solo resplandecen…

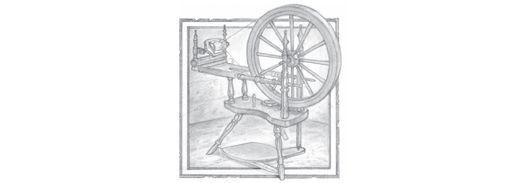
—¿Ah, sí? —dijo Preston, animado—. ¡Bueno, señorita, pues en ese caso está resplandeciendo como un cerdo!

La frase arrancó risitas a las chicas, que ya estaban alteradas por los reniegos de la cocinera, pero cualquier risa sería mejor que aquello y a lo mejor, pensó Tiffany, Preston había llegado a la misma conclusión.

Pero la señora Doquín había logrado levantarse y estaba meneando un dedo amenazador hacia Tiffany, aunque se bamboleaba tanto que durante un tiempo, según hacia dónde apoyara el peso, también amenazó a Preston, a una de las chicas y a los quesos de un anaquel.

—¡A mí no me engañas, fresca del demonio! —exclamó—. ¡Todo el mundo sabe que mataste al viejo barón! ¡Te vio la enfermera! ¿Cómo te atreves a presentarte aquí? ¡Querrás llevártenos a todos tarde o temprano, y no voy a consentirlo! ¡Espero que se abra el suelo y se te trague! —rugió la cocinera.

Tropezó hacia atrás. Hubo un fuerte golpe seco, un crujido y, hasta que se interrumpió al cabo de un momento, el principio de un chillido cuando la cocinera se precipitó al sótano.



# CAPÍTULO 10

La chica fundente

—Señorita Dolorido, debo pedirle que se marche de la Caliza —dijo el barón, con el rostro pétreo.

—¡No me iré!

La expresión del barón no se inmutó. Roland podía ponerse así a veces, recordó Tiffany, y por supuesto ahora era peor. La duquesa había insistido en estar presente en su despacho para el interrogatorio y también en que la acompañaran dos de sus propios guardias, además de los dos del castillo. Entre los siete ocupaban casi todo el espacio del despacho, y las dos parejas de guardias se miraban con el ceño fruncido, en desatada rivalidad profesional.

—Son mis tierras, señorita Dolorido.

—¡Sé que tengo algunos derechos! —replicó Tiffany.

Roland asintió como un juez.

—Es un argumento de peso, señorita Dolorido, pero lamento decir que no la asiste ninguno. No tiene concesiones a su nombre, no es arrendataria y no posee tierras propias. En pocas palabras, no tiene nada en lo que basar derechos. —Lo dijo todo sin levantar la vista del folio que tenía delante.

Con destreza, Tiffany extendió el brazo y se lo quitó de entre los dedos, y estaba sentada de nuevo en su silla antes de que los guardias pudieran reaccionar.

—¿Cómo te atreves a hablar así sin mirarme a los ojos? —Pero por mucho que la enfadara, entendía el sentido de sus palabras. El padre de Tiffany era arrendatario de la granja. Él tenía derechos; ella no—. Escucha, no puedes echarme. No he hecho nada malo.

Roland suspiró.

—Esperaba con toda mi alma que entrara usted en razón, señorita Dolorido, pero, ya que se reafirma en su inocencia absoluta, le expondré los siguientes hechos. Hecho: reconoce haberse llevado a la niña Ámbar Rastrero del lado de sus padres y haberla alojado con el pueblo feérico que vive en agujeros del terreno. ¿Cree que es un lugar adecuado para una chica? Según mis hombres, en la vecindad había un gran número de caracoles.

—Un momento, un momento, Roland…

—Dirígete a mi futuro yerno como «milord» —le espetó la duquesa.

—Y si no lo hago, ¿me pegaréis con vuestro palo, excelencia? ¿Empuñaréis la rienda con fuerza?

—¿Cómo osas? —exclamó la duquesa con los ojos encendidos—. ¿Así es como quieres que hablen a tus invitados, Roland?

Al menos, el desconcierto del barón parecía genuino.

—No tengo ni la más remota idea de lo que se está hablando —dijo.

Tiffany señaló a la duquesa, provocando que sus guardaespaldas echaran mano a sus armas, lo que a su vez provocó que los guardias del castillo también desenfundaran, para no ser menos. Cuando por fin lograron desenmarañar las espadas y devolverlas a sus sitios, la duquesa ya había lanzado su contraataque.

—¡No deberías tolerar esta insubordinación, jovencito! Eres el barón, y has notificado a esta… a esta criatura que debe abandonar tus tierras. Está alterando el orden público y, si se obstina en quedarse, ¿hace falta recordarte que sus padres son arrendatarios tuyos?

Tiffany ya echaba humo por lo de «criatura», pero para su sorpresa el joven barón movió la cabeza a los lados y dijo:

—No, no puedo castigar a unos buenos vasallos por tener una hija descarriada.

¿«Descarriada»? ¡Era peor que «criatura»! ¿Cómo se atrevía…? Y entonces sus ideas encajaron. No va a atreverse. Nunca se había atrevido, en todo el tiempo desde que se conocieron, en todo el tiempo en que ella solo había sido Tiffany y él solo había sido Roland. La de ellos dos había sido una relación extraña, sobre todo porque no era una relación. No es que se hubieran visto atraídos el uno hacia el otro: se habían visto empujados hacia el otro por cómo funcionaba el mundo. Ella era bruja, lo que automáticamente la hacía distinta a los jóvenes del pueblo, y él era hijo del barón, lo que automáticamente lo volvía distinto a los jóvenes del pueblo.

Donde se habían equivocado era en la creencia, en algún lugar de sus mentes, de que si dos cosas son distintas a lo demás, entonces deben parecerse entre sí. La lenta comprensión de aquella falsedad no había sido llevadera para ninguno de los dos, y ambos tenían cosas que desearían no haberse dicho. Y así fue como no acabó todo, porque en realidad nunca había empezado, claro. Y era lo mejor para los dos. Por supuesto. Sin duda. Sí.

Sin embargo, en todo ese tiempo nunca se había mostrado a ella como se mostraba en ese momento; nunca había sido tan frío, nunca había tenido una actitud estúpida tan meticulosa que impidiera a Tiffany echar toda la culpa a la horrible duquesa, por mucho que le apeteciera. No, allí ocurrían más cosas. Tenía que estar alerta. Y en aquel momento, observando cómo la observaban a ella, comprendió la forma en que una persona podía ser estúpida e inteligente a la vez.

Recogió su silla del suelo, la situó alineada frente al escritorio, se sentó en ella, puso las manos sobre el regazo y dijo:

—Lo lamento mucho, milord. —Giró la cabeza hacia la duquesa y la inclinó—. También quiero disculparme con vos, excelencia. He perdido el debido respeto por un momento. No volverá a ocurrir. Gracias.

La duquesa soltó un gruñido. Era imposible que Tiffany tuviera peor concepto de ella, pero… en fin, ¿un gruñido? ¿Después de verla rebajarse de aquella manera? Humillar a una joven bruja arrogante merecía algo más, un comentario que cortara hasta el hueso, como mínimo. Ya podía haber hecho un esfuerzo.

Roland miraba boquiabierto a Tiffany, tan desconcertado que estaba casi menoscertado. Tiffany decidió confundirle un poco más tendiéndole el folio arrugado y diciendo:

—¿Queréis pasar a los otros asuntos, milord?

Roland tardó un momento en extender el papel, logró colocarlo plano sobre el escritorio, lo alisó y dijo:

—Quedan el asunto de la muerte de mi padre y el robo de dinero de su caja de caudales.

Tiffany clavó su mirada en él con una sonrisa amable, que le puso nervioso.

—¿Alguna otra cosa, milord? Estoy deseosa de aclararlo todo.

—Roland, esa trama algo —terció la duquesa—. No bajes la guardia. —Hizo un gesto hacia los guardias—. Y vosotros, guardias, mantened también la guardia alta. ¡Ojito!

Los guardias, a quienes ya costaba asumir la idea de estar más en guardia cuando la inquietud los tenía mucho más en guardia de lo que habían estado jamás, trataron de parecer un poco más altos.

Roland carraspeó.

—Ejem, también está el asunto de la difunta cocinera, que ha caído a su muerte justo después de haberla insultado a usted, según creo. ¿Comprende estas acusaciones?

—No —dijo Tiffany.

Hubo un momento de silencio antes de que Roland dijera:

—Hum, ¿por qué no?

—Porque no son acusaciones, milord. No estáis dando voz a vuestra sospecha de que robé ese dinero y maté a vuestro padre y a la cocinera. Os estáis limitando a sacar la idea a pasear, por si hay suerte y estallo en lágrimas, me imagino. Las brujas no lloramos, y ahora exijo algo que casi con toda certeza ninguna bruja ha pedido antes que yo. Quiero que se celebre una audiencia. Una audiencia oficial. Y eso significa pruebas. Significa testigos, y significa que quienes «dicen por ahí» tengan que decirlo delante de todo el mundo. Significa que haya un jurado compuesto por mis pares, es decir, por gente como yo, y también significa habeas corpus, si no os importa. —Se levantó y giró la cabeza hacia la puerta, bloqueada por un apretado grupo de guardias. Miró a Roland e hizo una leve reverencia—. A menos que tengáis confianza plena para hacerme detener, milord, me marcho.

Todos miraron con la boca abierta a Tiffany mientras llegaba hasta los guardias.

—Buenas tardes, sargento; buenas tardes, Preston; buenas tardes, caballeros. Será solo un minuto. Si me disculpan, voy a salir. —Vio que Preston le guiñaba un ojo cuando apartó su espada de delante, y en ese momento los cuatro guardias cayeron amontonados al suelo.

Tiffany cruzó el pasillo hasta el vestíbulo. Había una fogata enorme en el aún más enorme hogar, tan inmenso que podría ser una habitación por sí mismo. Era un fuego de turba. Nunca podría acabar con el frío del vestíbulo, que ni siquiera en pleno verano desaparecía del todo, pero cerca se estaba calentito. Además, si había que respirar humo, no lo había mejor que el humo de turba, que subía por la chimenea y acariciaba como una cálida neblina las piezas de panceta puestas a ahumar en lo alto del tiro.

Todo iba a complicarse otra vez, pero de momento Tiffany se sentó a descansar un poco y, ya puestos, a echarse una bronca mental de tomo y lomo por ser tan tonta. ¿Cuánto veneno podía filtrarles el Hombre Astuto en la cabeza? ¿Cuánto hacía falta?

Ese era el problema de la brujería: todos parecían necesitar a las brujas, pero odiaban necesitarlas y, de algún modo, el odio se transfería a la persona. La gente empezaba a pensar: ¿Quién eres tú para tener esas habilidades? ¿Quién eres tú para saber esas cosas? ¿Quién eres tú para creerte mejor que nosotros? Pero Tiffany no se creía mejor que ellos. Era mejor que ellos en brujería, cierto, pero no sabía coser un calcetín, ni herrar un caballo; y, aunque hacer queso se le daba muy bien, necesitaba tres intentos para hornear una hogaza en la que se pudiera clavar el diente. Todo el mundo era bueno en algo. Lo único horroroso era no averiguar a tiempo en qué.

En el suelo del hogar había un polvo fino, porque no existe nada que deje más polvo que la turba, y Tiffany observó que en él aparecían unas huellas diminutas.

—Muy bien —dijo—, ¿qué habéis hecho a los guardias?

Una lluvia de feegles cayó con suavidad en el asiento que tenía al lado.

—Bueeenu —contestó Rob Cualquiera—, a mí personalmente habríame gustado darles una carretada de mamporros a esos usurpadores cavatúmulos del demoño, pero supuse que hacerlo complicaríate las cosiñas un poco, así que dejámoslo en atarles juntos los cordones de las botas. A lo mejor echan la culpa a los ratonciños.

—Escúchame, no vais a hacer daño a nadie, ¿de acuerdo? Los guardias están obligados a hacer lo que les dicen.

—Non, non están —respondió desdeñoso Rob—. Esa non es faena de guerrero, hacer lo que dícente. ¿Y qué habríante hecho a ti, haciendo lo que les dicen? ¡Esa pelleja de suegra estaba echándote espadones con la mirada todu el rato, mala peste cójale! ¡Ja! ¡A ver si esta noche gústale el agua de su bañu!

El matiz de su voz puso en alerta a Tiffany.

—No haréis daño a nadie, ¿entendido? A nadie en absoluto, Rob.

El gran hombre refunfuñó.

—¡Aj, sí, señorita, ya entrome todo lo que dijiste en la testa!

—¿Y prometes por tu honor de feegle que no volverás a sacarlo tan pronto como me dé la vuelta?

Rob Cualquiera empezó a refunfuñar de nuevo, empleando unas palabras crepitantes en feegle que Tiffany no había oído nunca. Sonaban como maldiciones y, en un par de casos, al escupirlas salieron acompañadas de humo y chispas. Además Rob estaba caminando a zancadas, indicador claro de un feegle al límite de su paciencia.

—Vinieron portando aceru afilado para excavar mi hogar, excavar mi clan y excavar mi familia —dijo, y sus palabras resultaron mucho más amenazadoras por la voz baja y medida con que las pronunció. Entonces escupió una frase corta hacia al fuego, que ardió verde por un instante cuando las palabras alcanzaron las llamas—. Non desobedeceré a la arpía de las colinas, ya sábeslo, peru date por avisada de que comu vuelva a ojear una pala cerca de mi montículo, su propietariu encontrarala metida kilt arriba con el mangu por delante, para que córtese las manos cuando inténtela sacar. ¡Y será solo el principio de sus problemas! ¡Y si aquí tiénese que liquidar algo, juro por mi espog que nosotros seremos quienes hagamos la liquidanda! —Dio unas cuantas zancadas más y luego añadió—: ¿Y qué fue lo que oímos de que exigiste la ley? Non somos amigos de la ley, ya sabes.

—¿Qué hay de Pequeño Loco Arthur? —dijo Tiffany.

Era casi imposible ver a un feegle con las orejas gachas, pero Rob Cualquiera parecía a punto de tropezarse con ellas.

—Es horrible lo que hiciéronle esos gnomos —respondió, con tristeza en la voz—. ¿Sabes que lávase la cara todos los días? Buenu, esas cosas están ben cuando hácese demasiado gorda la capa de fangu, pero ¿todos los días? ¿Cómo puédelo aguantar el cuerpo, eh?

En un momento había feegles y al siguiente se oyó un tenue soplido de viento seguido de una ausencia total de feegles, y otro momento después hubo un suministro más que suficiente de guardias. Por suerte, eran el sargento y Preston, que se pusieron en posición de firmes.

El sargento se aclaró la garganta.

—¿Estoy hablando con la señorita Tiffany Dolorido? —preguntó.

—A mí me parece que sí, Brian —respondió Tiffany—, pero decídelo tú.

El sargento dio una rápida mirada alrededor y se acercó a Tiffany.

—Por favor, Tiff —susurró—, la cosa se nos ha puesto muy seria. —Enderezó la espalda enseguida y dijo, en voz mucho más alta de lo necesario—: ¡Señorita Tiffany Dolorido! Por orden de mi señor el barón le informo de que debe permanecer en el torno del castillo…

—¿En el qué? —interrumpió Tiffany. Sin abrir la boca y sin apartar los ojos del techo, el sargento le entregó un pergamino—. Ah, quieres decir en el entorno. Significa en el castillo y sus alrededores —le explicó—. Pero ¿el barón no quería que me marchara?

—Mira, yo solo te estoy leyendo lo que pone ahí, Tiff, y tengo órdenes de encerrar tu escoba en la mazmorra.

—Una misión de calado para la guardia del castillo, sí señor. Está ahí, apoyada en la pared; cógela tú mismo.

El sargento puso cara de alivio.

—¿No vas a darnos ningún… problema? —dijo.

Tiffany negó con la cabeza.

—Ninguno, sargento. No tengo nada en contra de quien solo cumple con su deber.

El sargento se acercó con cautela a la escoba. Todos la conocían, por supuesto, ya que la habían visto volar casi a diario sobre sus cabezas, en general muy, muy poco por encima sus cabezas. Pero Brian vaciló cuando hubo acercado la mano a unos centímetros de la madera.

—Hum, ¿qué pasará cuando la toque? —preguntó.

—Ah, que estará lista para volar —contestó Tiffany.

La mano del sargento se retiró muy poco a poco de la vecindad, o probablemente del entorno, de la escoba.

—Pero yo no la haré volar, ¿verdad? —dijo, con la voz cargada de súplica y de miedo al transporte aéreo.

—Bueno, no muy lejos ni muy alto, supongo —admitió Tiffany sin girarse. El sargento era famoso por sufrir ataques de vértigo con solo subirse a una silla. Tiffany fue hacia él y cogió la escoba—. Brian, ¿qué ordenes tienes si me niego a obedecer tus órdenes? Ya me entiendes.

—¡Debo ponerte bajo arresto!

—¿Cómo? ¿Y encerrarme en la mazmorra?

El sargento hizo una mueca.

—Ya sabes que no me gustaría hacerlo —reconoció—. Algunos de por aquí somos personas agradecidas, y todos sabemos que la señora Doquín estaba como una cuba, pobrecita.

—Entonces no te pondré en esa situación —respondió Tiffany—. ¿Qué te parece si llevo yo esta escoba que tanto parece preocuparos a la mazmorra y la dejo encerrada? Así no podré marcharme a ninguna parte, ¿verdad?

El alivio inundó los rasgos del sargento. Mientras bajaban los escalones de piedra hacia la mazmorra, dijo a Tiffany en voz baja:

—No es cosa mía, ya lo sabes, son los de arriba. Parece que ahora la que manda es su excelencia.

Tiffany no había visto muchas mazmorras, pero la gente decía que la del castillo era de las buenas y que seguro que se llevaría al menos cinco bolas con cadena cuando alguien se decidiera a escribir una Guía de las Mejores Mazmorras. Era amplia y desaguaba bien, con un canal en el centro del suelo que desembocaba en el inevitable agujero redondo, que no olía demasiado mal para lo que era.

Tampoco olían muy mal las cabras, que asomaron de sus cómodos montones de paja y la observaron con atención por si hacía algo interesante, como alimentarlas. No dejaron de comer porque, al ser cabras, ya estaban cenando por segunda vez.

La mazmorra tenía dos entradas. Una daba al exterior, posiblemente para que en los viejos tiempos pudieran meter a los presos sin hacerles cruzar el gran vestíbulo y que pusieran perdido el suelo de sangre y barro.

En la actualidad, la mazmorra se usaba sobre todo como cobertizo para las cabras y, en los estantes altos a los que solo la cabra más decidida podría llegar, como almacén de manzanas.

Tiffany dejó la escoba en la balda de manzanas más baja mientras el sargento acariciaba a una cabra, cuidándose de no mirar hacia arriba por si se mareaba. Por tanto, estaba desprevenido del todo cuando Tiffany lo sacó de un empujón por el umbral, cogió las llaves de la cerradura, volvió a entrar en la mazmorra y cerró por dentro.

—Lo siento, Brian, pero no es por ti, ya lo sabes. Bueno, no solo por ti, y ni siquiera sobre todo por ti, y ya sé que ha sido injusto aprovecharme, pero ya que va a tratárseme como a una delincuente, bien puedo actuar como si lo fuera.

Brian meneó la cabeza.

—Tenemos otra llave, ¿sabes?

—No os servirá de mucho si la mía bloquea la cerradura —dijo Tiffany—, pero mírale el lado bueno: estoy encerrada bajo llave, justo lo que algunos querían que pasara, así que en realidad te estás preocupando de detalles. Pero el caso es que me parece que lo estás entendiendo al revés. Yo estoy a salvo en una mazmorra. No me habéis encerrado para tenerme apartada, sino que os he encerrado yo para que no os acerquéis.

Brian parecía a punto de echarse a llorar, y Tiffany pensó: no, no puedo hacerlo. Siempre se ha portado bien conmigo. Incluso ahora intenta portarse bien. Que sea más lista que él no significa que deba quedarse sin trabajo. Y además, ya tenía forma de salir de aquí. Es lo que pasa con los dueños de mazmorras, que nunca pasan el tiempo suficiente en ellas. Le devolvió las llaves y la cara del sargento se iluminó de alivio.

—Por supuesto, te traeremos comida y agua —dijo—. ¡No vas a alimentarte a base de manzanas!

Tiffany se sentó en la paja.

—Pues oye, este sitio es bien cómodo. Qué curioso que los eructos de cabra lo vuelvan todo como calentito y acogedor. No, no voy a comerme las manzanas, pero algunas habría que girarlas para que no empiecen a pudrirse, así que me encargaré de ellas mientras esté aquí. Eso sí, mientras me tengáis encerrada no podré estar fuera. No podré hacer medicinas. No podré cortar uñas de los pies. No podré ayudar. ¿Cómo lleva tu madre la pierna? Sigue bien, espero. Si no te importa, ¿podrías marcharte ya, por favor? Querría usar el agujero.

Oyó sus botas en la escalera. Había estado un poco cruel, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Miró a su alrededor y levantó un fardo de paja muy vieja y muy sucia, que llevaba ya tiempo sin tocarse. Toda clase de cosas salieron escurriéndose, saltando o reptando. En torno a Tiffany, ya sin testigos, emergieron cabezas de feegle, dejando caer trocitos de paja.

—Traedme a mi abogado, por favor —dijo Tiffany con voz alegre—. Creo que le gustará trabajar aquí…

El Sapo se mostró bastante entusiasta, para tratarse de un abogado que cobraría la minuta en escarabajos.

—Creo que empezaremos con la detención ilegal. A los jueces no les gustan nada esas cosas. Si hay que meter a alguien en la cárcel, prefieren hacerlo ellos mismos.

—Esto… en realidad me he encerrado yo sola —reveló Tiffany—. ¿Cuenta igual?

—No nos preocupemos de eso de momento. Estabas bajo coacción, con la libertad de movimiento restringida y sometida a tácticas intimidatorias.

—¡De eso ni hablar! ¡Lo que estaba es cabreadísima!

El Sapo dejó caer una pata sobre un ciempiés fugitivo.

—Te han interrogado dos miembros de la aristocracia en presencia de cuatro hombres armados, ¿es así? ¿Sin mediar previo aviso? ¿Sin leerte tus derechos? Y por lo que dices, el barón cree sin pruebas que mataste a su padre, a la cocinera y que robaste un dinero.

—Me parece que Roland intenta con todas sus fuerzas no creerlo —dijo Tiffany—. Alguien le ha contado una mentira.

—Entonces debemos ponerla en evidencia, eso debemos hacer. No se puede ir por ahí haciendo acusaciones de asesinato sin sustanciar. ¡Podría caerle un buen puro por intentarlo!

—Oh —comentó ella—. ¡No quiero que le pase nada malo! —Era difícil saber cuándo sonreía el Sapo, así que Tiffany supuso que sí—. ¿He dicho algo gracioso?

—Gracioso, lo que se dice gracioso, la verdad es que no, pero a su manera sí que ha sido muy triste y muy jocoso —declaró el Sapo—. Jocoso en un cierto sentido agridulce. Ese joven está vertiendo sobre ti acusaciones que, de demostrarse, llevarían a tu ejecución en muchos lugares de este mundo, ¿y aun así no deseas causarle ninguna molestia?

—A lo mejor soy una ingenua, pero la duquesa no para de agobiarle, y la chica con la que va a casarse es más pánfila que…

Calló. Había oído pasos en la escalera de piedra que bajaba del vestíbulo a la mazmorra, y no tenían el eco pesado de las botas con clavos de un guardia.

Era Leticia, la prometida, toda de blanco y toda llorosa. Se agarró a los barrotes de la celda de Tiffany, apoyó el peso en ellos y siguió llorando, no con grandes sollozos sino con un caudal inagotable de lágrimas, gimoteos, mocos y búsquedas-en-la-manga-del-pañuelo-de-encaje-que-ya-está-como-una-sopa.

La chica ni siquiera miraba de verdad a Tiffany; solo lloraba en su dirección general.

—¡Cuánto lo siento! ¡De verdad que lo siento mucho! ¿Qué vas a pensar de mí?

Y ahí, justo ahí, estaba la pega de ser bruja. Tiffany tenía delante a la persona cuya mera existencia la había llevado una tarde a plantearse todo el asunto de clavar alfileres en una figurita de cera. Al final no lo había hecho, porque esas cosas no se hacían, porque las brujas no lo verían con buenos ojos y, sobre todo, porque no había encontrado ningún alfiler.

Pero ahora la pobre desgraciada estaba pasando por algún tipo de calvario, tan desconsolada que la modestia y la dignidad se veían arrastradas por una crecida incontrolable de lágrimas y mocos. ¿Cómo no iban a llevarse también por delante el odio? Y en realidad tampoco es que hubiera habido tanto odio, sino más bien una especie de sensación picajosa. Tiffany sabía desde el principio que nunca sería una dama, no sin tener el cabello rubio y largo. Iba totalmente en contra de las reglas de cuento de hadas. Pero le había sentado mal que le metieran tanta prisa en aceptarlo.

—¡De verdad que nunca quise que las cosas se pusieran así! —dijo Leticia entre sollozos—. De verdad que lo siento muchísimo. ¡En qué estaría pensando! —Y las lágrimas seguían cayendo por su ridículo y delicado vestido y… oh, no, se estaba formando un perfecto globo de moco en su perfecta nariz…

Tiffany contempló con horror fascinado cómo la chica se sonaba la nariz con fuerza antes de, oh, no, no sería capaz de hacerlo, ¿verdad? Sí que lo era. Sí. Leticia escurrió el empapado pañuelo en el suelo, que ya estaba mojado por su llanto incesante.

—Mira, seguro que las cosas no se habrán puesto tan mal —dijo Tiffany tratando de no escuchar los horrorosos goterones sobre la piedra—. Si dejaras de llorar un momentito, estoy segura de que tiene arreglo, sea lo que sea.

Aquello provocó más lágrimas y también algunos sollozos verdaderos, genuinos y de la vieja escuela, del tipo que nunca se oye en la vida real… al menos hasta entonces. Tiffany sabía que la gente decía «uaaa» al llorar, o por lo menos así venía en los libros. En la vida real no lo decía nadie. Pero Leticia lo hizo mientras proyectaba llanto por toda la escalera. Allí sucedía algo más, y Tiffany atrapó las palabras vertidas mientras se vertían en todos los sentidos y, cuando llegaron algo empapadas a su cerebro, las leyó.

Pensó: Conque sí, ¿eh?, pero antes de que pudiera decir nada volvió a llegar un traqueteo desde la escalera. Roland, la duquesa y uno de sus guardias llegaron a toda prisa, seguidos de Brian, que parecía cada vez más molesto por que los guardias de otra gente repiquetearan en sus adoquines, así que pensaba asegurarse de estar involucrado en todo repiqueteo que tuviera lugar.

Roland resbaló en el charco y luego abrazó con gesto protector a Leticia, que hizo un ruido húmedo y rezumó un poco. La duquesa se cernió sobre la pareja, lo que dejó poco espacio de cernido disponible para los guardias, que tuvieron que conformarse con mirar mal al otro.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Roland con malos modos—. ¿Cómo la has atraído hasta aquí abajo?

El Sapo carraspeó y Tiffany le dio un empujón muy poco digno con la bota.

—No digas ni una palabra, anfibio —susurró. Podía ser su abogado, pero que la duquesa viera a un sapo dándole consejo legal solo empeoraría las cosas.

Pero lo que las empeoró fue que la duquesa no viera al Sapo, porque oyó lo que había dicho Tiffany y chilló:

—Pero ¿tú la oyes? ¿Se puede ser más insolente? ¡Me ha llamado anfibio!

Tiffany estuvo a punto de replicar: «No te lo decía a ti, sino al otro anfibio», pero se mordió la lengua a tiempo. Tomó asiento mientras echaba paja encima del sapo con una mano, y miró a Roland.

—Milord, ¿qué pregunta preferís que no responda primero?

—¡Mis hombres saben cómo hacerte hablar! —exclamó la duquesa por encima del hombro de Roland.

—Ya sé cómo se habla, muchas gracias —dijo Tiffany—. Creía que a lo mejor su hija bajaba para regodearse, pero parece que las cosas se han puesto más… náuticas.

—No puede salir, ¿verdad? —preguntó Roland al sargento.

Brian hizo un saludo elegante y aseguró:

—No, señor. Tengo las llaves de las dos puertas a buen recaudo en el bolsillo, señor. —Dedicó una mirada de suficiencia al guardia de la duquesa, como añadiendo: «A algunos nos hacen preguntas importantes y damos respuestas completas y rápidas, para que lo sepas».

Pero la duquesa arruinó bastante el efecto diciendo:

—Te ha llamado dos veces «señor» en vez de «milord», Roland. No debes permitir que el vulgo te tome tanta confianza. Ya te lo he dicho más veces.

Con mucho gusto Tiffany habría dado una buena patada a Roland por no poner a la duquesa en su sitio después de aquello. Sabía que Brian había enseñado a Roland a montar a caballo, a empuñar la espada y a cazar. A lo mejor también debería haberle enseñado modales.

—Disculpad —dijo con firmeza—. ¿Pretendéis tenerme encerrada aquí para siempre? Porque, en ese caso, no me importaría tener más calcetines, un par de vestidos y, por supuesto, unas cuantas inmencionables.

El joven barón se ruborizó, tal vez por la mención de la palabra «inmencionables». Pero se recuperó bastante rápido y contestó:

—Te recluiremos, hum, esto… quiero decir, yo… creo que tal vez deberíamos recluirte por precaución pero con humanidad donde no puedas causar daño hasta después de la boda. Últimamente siempre pareces ser el centro de muchas desgracias. Lamento que sea así.

Tiffany no se atrevió a responder, porque no era de buena educación estallar en carcajadas ante una frase tan solemne y estúpida como aquella.

Roland prosiguió, esforzándose en sonreír.

—Procuraremos que no sufras incomodidades, y por supuesto sacaremos a las cabras, si quieres.

—Preferiría que las dejarais aquí, si no os importa —dijo Tiffany—. Estoy empezando a disfrutar de su compañía. Pero ¿podría haceros una pregunta?

—Sí, claro.

—Esto no va a tratar de ruecas, ¿verdad? —preguntó Tiffany. Bueno, a fin de cuentas, era al único punto al que podía llevarlos su absurdo razonamiento.

—¿Cómo? —dijo Roland.

La duquesa soltó una carcajada triunfal.

—¡Oh, sí, es muy propio de esta jovencita descarada y arrogante explicarnos sus intenciones para burlarse de nosotros! ¿Cuántas ruecas tenemos en el castillo, Roland?

El joven pareció sorprenderse. Le pasaba siempre que su futura suegra le dirigía la palabra.

—Eh… la verdad es que no lo sé. Me parece que el ama de llaves tiene una, y la máquina de hilar de mi madre aún está en la torre alta. Siempre hay unas cuantas por aquí. A mi padre le gusta… le gustaba que la gente tuviera las manos ocupadas. Y… la verdad es que no lo sé.

—¡Ordenaré a mis hombres que registren el castillo y destruyan hasta la última! —exclamó la duquesa—. ¡Voy a verle ese farol! Todo el mundo ha oído hablar de las brujas vengativas y las ruecas, ¿verdad? ¡Un pinchazo de nada en el dedo y acabaremos todos dormidos durante cien años!

Leticia, que seguía allí de pie en modo sorbemocos, logró decir:

—Madre, a mí nunca me has dejado tocar una rueca.

—Ni la tocarás en la vida, Leticia, nunca en la vida. Tales utensilios son para las clases trabajadoras, y tú eres una dama. Hilar es de sirvientes.

Roland había enrojecido.

—Mi madre hilaba —dijo, en tono medido—. A veces me sentaba con ella en la torre alta cuando se ponía a la rueca. Tenía incrustaciones de nácar. Que nadie la toque.

A Tiffany, que observaba entre los barrotes, le dio la impresión de que solo una persona de poco corazón, menos amabilidad y ningún sentido común diría algo en aquel momento. Pero la duquesa no tenía sentido común, probablemente porque era, bueno, demasiado común.

—Insisto en… —empezó.

—No —dijo Roland. La palabra no sonó fuerte, pero tenía una suavidad que la hizo más estrepitosa que un grito, y unos armónicos y matices que habrían detenido en seco a una manada de elefantes. O en este caso a una duquesa. Pero la mujer miró a su futuro yerno con una expresión que presagiaba un mal trago cuando se molestara en pensar cómo dárselo.

Por compasión Tiffany declaró:

—Escuchad, solo he mencionado las ruecas para ser sarcástica. Esas cosas ya no pasan. No creo que pasaran nunca. O sea, ¿gente que se duerme cien años mientras los árboles y las plantas crecen por todo el palacio? ¿Cómo funciona eso? ¿Las plantas no deberían dormirse también? Si no, a la gente le crecerían las zarzas por los agujeros de la nariz, y seguro que eso despierta hasta al más pintado. ¿Y qué ocurre si nieva? —Mientras lo decía mantuvo su atención fija en Leticia, que casi estaba gritando unas palabras vertidas muy interesantes que Tiffany fijó en su memoria para futura consideración.

—Bueno, está claro como el agua que una bruja provoca trastornos allá donde va —dijo la duquesa—, de modo que te quedarás aquí, recibiendo mejor trato del que mereces, hasta que nosotros decidamos.

—¿Y qué vas a decir a mi padre, Roland? —preguntó Tiffany con dulzura.

Fue como si recibiera un puñetazo, cosa que probablemente acabaría haciendo si el señor Dolorido se enteraba de todo aquello. Le haría falta un buen montón de guardias como el señor Dolorido supiera que había encerrado a su hija con unas cabras.

—¿Sabes qué? —dijo Tiffany—. ¿Por qué no decimos que me quedo en el castillo para ocuparme de asuntos importantes? Seguro que el sargento podrá hacer llegar el mensaje a mi padre sin ponerle nervioso. —Acabó la última frase en tono de pregunta y vio asentir a Roland, pero la duquesa no pudo callarse.

—¡Tu padre es un vasallo del barón y hará lo que se le ordene!

Ahora Roland intentaba disimular la inquietud. Cuando el señor Dolorido trabajaba para el viejo barón habían llegado a un acuerdo razonable como los hombres de mundo que eran, consistente en que el señor Dolorido haría todo lo que le pidiera el barón. Siempre y cuando el barón pidiera al señor Dolorido hacer lo que este quería hacer y necesitaba hacerse.

Un día su padre había explicado a Tiffany que ese era el significado de la palabra «lealtad». Significaba que los hombres buenos, fuesen del tipo que fuesen, trabajaban bien juntos cuando conocían sus derechos y deberes y respetaban la dignidad del pueblo llano. Y el pueblo guardaba esa dignidad como oro en paño porque, aparte de unas sábanas, cacharros, cuatro herramientas y los cubiertos, venía a ser todo lo que tenían. No era necesario hablar del acuerdo porque toda persona razonable sabía cómo funcionaba: mientras tú seas buen señor, yo trabajaré bien. Te seré leal si tú me eres leal a mí y, mientras el círculo no se rompa, las cosas seguirán de este modo.

Y Roland estaba rompiendo el círculo, o como mínimo permitiendo que la duquesa lo rompiera en su nombre. Su familia había gobernado la Caliza durante unos siglos, y tenía papeles que lo demostraban. No existía nada que demostrara cuándo había pisado la Caliza el primer Dolorido, porque aún no se había inventado el papel.

La gente se había puesto en contra de las brujas —estaban descontentos y confundidos—, pero lo último que necesitaba Roland era que llegara el padre de Tiffany buscando respuestas. Aunque ya peinara algunas canas, el señor Dolorido podía hacer unas preguntas muy impactantes. Y yo necesito quedarme aquí, pensó Tiffany. He encontrado un hilo, y lo que se hace al encontrar un hilo es tirar de él. En voz alta, dijo:

—No me importa estar aquí. Seguro que nadie quiere que haya contratiempos.

Roland puso cara de alivio, pero la duquesa se giró hacia el sargento y preguntó:

—¿Estás seguro de que está encerrada?

Brian se enderezó; ya estaba en posición de firmes, así que debió de ponerse de puntillas.

—Sí, se… mi excelencia. Como he dicho, solo hay una llave que abre cada una de las dos puertas, y las tengo yo aquí mismo en el bolsillo.

Se dio una palmada en el bolsillo derecho para hacerlo tintinear. El sonido pareció contentar a la duquesa, que dijo:

—Entonces creo que esta noche dormiremos todos un poco más tranquilos, sargento. Vamos, Roland, debes cuidar de Leticia. Me temo que vuelve a necesitar su medicina. A saber lo que le habrá dicho esa chica horrorosa.

Tiffany los vio marcharse, a todos excepto a Brian, que tuvo la decencia de mostrar vergüenza.

—¿Puede venir un segundo, sargento, por favor?

Brian suspiró y se acercó un poco a los barrotes.

—No vas a meterme en líos, ¿verdad que no, Tiff?

—Pues claro que no, Brian, y espero que a cambio tú no me metas en líos a mí.

El sargento cerró los ojos con fuerza y gimió.

—Tienes algo planeado, ¿verdad? ¡Lo sabía!

—Veámoslo de esta forma —dijo Tiffany inclinándose hacia delante—. ¿Qué probabilidad crees que hay de que me quede esta noche en la celda?

Brian bajó la mano hacia el bolsillo.

—Bueno, te recuerdo que las llaves las tengo… —Fue terrible ver su cara arrugarse como la de un cachorrito al que acaban de regañar—. ¡Me las has quitado! —La miró con ojos de súplica, como los de un cachorrito que ahora espera algo mucho peor que una regañina.

Para sorpresa y conmoción del sargento Tiffany le devolvió otra vez las llaves con una sonrisa.

—¿No pensarás que a una bruja le hacen falta? Te prometo que habré vuelto a las siete en punto de la mañana. Dadas las circunstancias supongo que te parecerá un buen trato, sobre todo porque sacaré tiempo para cambiarle las vendas de la pierna a tu madre.

Su expresión fue suficiente respuesta. Agarró las llaves con gratitud.

—Supongo que sería demasiado pedir que me dijeras cómo saldrás… —dijo esperanzado.

—No creo que sea una pregunta apropiada en estas circunstancias, ¿no le parece, sargento?

Brian titubeó, pero acabó sonriendo.

—Gracias por acordarte de la pierna de mi madre, de verdad —dijo—. Se le está poniendo un pelín morada.

Tiffany se llenó los pulmones de aire.

—El problema, Brian, es que tú y yo somos los únicos que pensamos en la pierna mala de tu madre. Hay gente mayor ahí fuera que necesita ayuda para entrar y salir de la bañera. Hay píldoras y pociones que preparar y llevar a la gente que vive en los sitios menos accesibles. Está el señor Maromo, que apenas puede andar si no le doy una buena friega con linimento. —Sacó su agenda, que conservaba la integridad a base de cordel y goma elástica, y se la enseñó—. Esto está lleno de cosas que tengo que hacer, porque soy la bruja. Si no las hago yo, ¿quién las hará? La joven señora Calamnia va a tener gemelos pronto, y estoy segura porque se oyen los dos latidos. Y encima es primeriza. Ya está medio muerta de miedo, y la siguiente comadrona más cercana, aparte de ser un poco miope y despistada, está a quince kilómetros de aquí. Tú eres suboficial, Brian, y se supone que sois hombres de recursos, así que si la pobre viene a pedir ayuda, confío en que sepas lo que hay que hacer.

Vio complacida cómo el sargento se quedaba de un blanco casi cadavérico. Antes de que pudiera farfullar una réplica, Tiffany volvió a hablar:

—Pero yo no puedo ayudar, ya ves, ¡porque hay que encerrar a la bruja malvada, no vaya a echar mano de una rueca cargada! ¡Prisionera por un cuento de hadas! Y el problema es que alguien podría morir. Y si dejo que alguien muera, seré una mala bruja. Pero claro, ya soy una mala bruja de todas formas. Debo de serlo, si me tenéis encerrada.

Sintió auténtica lástima por él. El pobre no había llegado a sargento para lidiar con cosas como aquella; la mayor parte de su experiencia táctica consistía en atrapar cerdos fugados. ¿Debo culparle por lo que le han ordenado hacer?, se preguntó Tiffany. Al fin y al cabo, al martillo no se le culpa por el uso que le dé el carpintero. Pero Brian tiene cerebro y el martillo no. A lo mejor debería intentar usarlo.

Tiffany esperó hasta que el sonido de las botas le dijo que el sargento había decidido, con acierto, que aquella tarde sería buena idea dejar una distancia verosímil entre él y la celda, y a lo mejor también pensar un poco en su futuro. Además, los feegles empezaron a asomar de todos los recovecos, y tenían un instinto muy certero de cuándo había alguien mirando.

—No tendrías que haberle quitado las llaves —dijo Tiffany mientras Rob Cualquiera escupía un trozo de paja.

—¿Ah, non? ¡Quiere que quédeste encerrada!

—Bueno, sí, pero es buena persona. —Sabía que sonaba estúpida, y Rob Cualquiera también debía de saberlo.

—Aj, sí, claru, una buena persona que enciérrate porque a esa pelleja repelente antójasele —gruñó—. ¿Y qué pasa con ese montonciño de chorreanda con el vestidiño blanco? Ya empezaba a darme a mí que tuviéramos que acanalarle el suelu por delante.

—¿Non sería una de las ninfas del agua esas? —sugirió Wullie Chiflado, aunque la opinión predominante era que la chica estaba hecha de hielo, de algún modo, y que había estado fundiéndose. Al pie de la escalera había un ratón nadando hacia tierra firme.

Casi sin darse cuenta, la mano izquierda de Tiffany se metió en el bolsillo y sacó un cordel, que de momento dejó en la cabeza de Rob Cualquiera. La mano volvió al bolsillo y regresó con una llavecita interesante que se había encontrado junto al camino tres semanas antes, un envoltorio vacío de semillas y una piedra pequeña con agujero. Tiffany siempre recogía las piedrecitas con agujero porque daban buena suerte; las llevaba en el bolsillo hasta que la piedra desgastaba la tela y caía, dejando solo el agujero. Tenía suficiente material para hacer un batiburrillo de emergencia, a falta de algo vivo, por supuesto, que solía ser necesario. La cena de escarabajos del Sapo había desaparecido, sobre todo hacia el interior del Sapo, así que lo levantó a él y lo añadió con suavidad al diseño, haciendo caso omiso de sus amenazas con tomar medidas legales.

—No entiendo por qué no usas a algún feegle —dijo—. ¡Si a ellos les encanta!

—Sí, pero entonces la mitad de las veces el batiburrillo acaba llevándome al pub más cercano. Y ahora estate pendiente, ¿quieres?

Las cabras siguieron masticando mientras Tiffany movía el batiburrillo de un lado a otro, buscando una pista. Había algo que Leticia lamentaba mucho, con toda su alma y todos sus lacrimales. Y la última remesa de palabras vertidas había estado compuesta de lo que no tuvo el valor de decir ni los reflejos de contener. Eran las siguientes: «¡Ha sido sin querer!».

Nadie sabía cómo funcionaban los batiburrillos. Todas sabían que funcionaban. Quizá lo único que hiciera fuese obligarte a pensar. Quizá solo daba a los ojos algo que mirar mientras se pensaba, y Tiffany pensó: En este edificio hay otra persona mágica. El batiburrillo se retorció, el Sapo se quejó y el hilo plateado de una conclusión flotó ante la Segunda Vista de Tiffany. Subió la mirada hacia el techo. La hebra plateada relució, y ella se dijo: Alguien de este edificio está haciendo magia. Alguien que lamenta mucho haberla hecho.

¿Podía ser que la siempre pálida, siempre llorosa e irrevocablemente acuarélica Leticia fuera en realidad una bruja? Parecía impensable. Pero en fin, para qué preguntarse qué estaba pasando si podía ir a averiguarlo.

Era bonito pensar que los barones de la Caliza habían acabado llevándose tan bien con todo el mundo que se les había olvidado cómo encerrar a alguien. La mazmorra se había transformado en cobertizo para cabras, y la diferencia entre una mazmorra y un cobertizo es que en el segundo no hace falta fuego, porque las cabras se buscan el calor ellas solas. En una mazmorra el fuego sí sería necesario para que los prisioneros no sufrieran incomodidades o, en caso de que no te cayeran nada bien, para darles muchas de ellas. Ardientes y terminales. La abuela Dolorido había contado a Tiffany que, cuando ella era niña, en la mazmorra había toda clase de objetos metálicos horrorosos, casi todos pensados para desmontar a la gente poco a poco, pero resultó que nunca había ningún preso que los mereciera. Y además nadie del castillo tenía ganas de usar aquellos trastos que te pinzaban los dedos si no ibas con cuidado, así que los enviaron todos al herrero para que los transformara en cosas más sensatas, como palas y cuchillos. Todos excepto la doncella de hierro, que usaron para almacenar nabos hasta que se le cayó la parte de arriba.

Y así, como nadie del castillo fue nunca muy aficionado a las mazmorras, todos olvidaron que la suya tenía chimenea. Y por eso Tiffany miró hacia arriba y vio, en lo alto, el pequeño recuadro azul que un preso llama cielo pero que ella, tan pronto como anocheciera un poco, pretendía llamar salida.

Resultó algo más complicada de usar de lo que esperaba: el tiro era demasiado estrecho para subirlo montada en la escoba, así que tuvo que colgarse de las cerdas y dejarse arrastrar hacia fuera mientras se apartaba de las paredes con las botas.

Por lo menos, Tiffany sabía orientarse allí arriba. Igual que todos los jóvenes. Probablemente en la Caliza no crecía un solo niño que no hubiera grabado su nombre en el plomo del tejado, casi con toda certeza junto a los de sus padres, abuelos, bisabuelos e incluso tatarabuelos, hasta que los nombres se perdían entre las tallas más nuevas.

La idea de un castillo se basa en que nadie pueda entrar sin permiso del dueño, así que no había ventanas hasta las últimas plantas, donde estaban los mejores dormitorios. Roland se había mudado hacía tiempo a la habitación de su padre. Tiffany lo sabía porque le había ayudado a trasladar sus cosas cuando el viejo barón aceptó por fin que estaba demasiado enfermo para subir escaleras. La duquesa estaría en el dormitorio grande de invitados, a medio camino entre esa habitación y la Torre de la Doncella —que de verdad se llamaba así—, donde dormiría Leticia. Nadie lo comentaba en voz alta, pero con ese arreglo la suegra pasaba la noche interpuesta entre la habitación del novio y la de la novia, a buen seguro con las orejas sintonizadas para detectar cualquier indicio de teje o incluso de maneje.

Tiffany avanzó a hurtadillas entre la penumbra y se ocultó enseguida en un hueco cuando oyó pasos subir por la escalera. Pertenecían a una doncella que llevaba una bandeja con una jarra, que casi derramó cuando la puerta de la duquesa se abrió de golpe y la propia duquesa la fulminó con la mirada, solo para comprobar que no pasaba nada. Cuando la doncella volvió a moverse, Tiffany fue tras ella sin que pudiera oírla ni, ya que conocía el truco, verla. El centinela que estaba sentado junto a la puerta miró esperanzado la bandeja cuando la vio llegar, pero recibió la orden brusca de bajar abajo si quería cenar. Cuando lo hizo la doncella entró en la habitación, dejó la bandeja al lado de la gran cama y se marchó, preguntándose por un momento si sus ojos le habrían jugado una mala pasada.

Leticia parecía dormir bajo nieve recién caída, pero el efecto se echaba a perder un poco al comprender que consistía, sobre todo, en pañuelos de papel arrugados. Y pañuelos de papel de segunda mano, por cierto. Se trataba de un lujo bastante caro y poco habitual en la Caliza, así que no estaba mal visto colgar los pañuelos a secar delante del fuego para poder reutilizarlos después. El padre de Tiffany siempre contaba que, de pequeño, tenía que sonarse las narices con ratones, pero seguro que lo decía solo para darle repelús.

En aquel momento, Leticia se sonó los mocos con un trompeteo muy poco refinado y, para sorpresa de Tiffany, registró la estancia con mirada de sospecha. Hasta dijo: «¿Hola? ¿Hay alguien ahí?», pregunta que, si se piensa un poco, nunca lleva a nadie a ninguna parte.

Tiffany se hundió más en una sombra. Si tenía el día bueno, algunas veces podía engañar a Yaya Ceravieja, así que una princesita llorona no iba a notar su presencia.

—Podría chillar, ¿sabes? —declaró Leticia, mirando a su alrededor—. ¡Hay un guardia en la puerta!

—En realidad, ha bajado a por su cena —dijo Tiffany—, cosa que me parece muy poco profesional. Tendría que haber esperado al relevo. Si quieres que te diga la verdad, opino que a tu madre le preocupa más cómo lucen sus guardias que cómo piensan. Hasta el joven Preston vigila mejor que ellos. A veces la gente no sabe que está presente hasta que les da un golpecito en el hombro. ¿Sabías que es muy raro que alguien chille si le están hablando? No sé por qué es. Supongo que porque los han educado para no interrumpir. Y si crees que vas a hacerlo ahora mismo, querría señalar que si tuviera pensado hacerte algo malo, ya te lo habría hecho, ¿no crees?

La pausa duró bastante más de lo que habría querido Tiffany. Después, Leticia dijo:

—Tienes todo el derecho del mundo a enfadarte. Estás enfadada, ¿verdad?

—En este momento, no. Por cierto, ¿vas a beberte la leche antes de que se enfríe?

—En realidad siempre la tiro por el retrete. Ya sé que no hay que tirar la comida y que a muchos niños les encantaría poder tomarse un vaso de leche calentita por las noches, pero no se merecen la mía porque mi madre obliga a las doncellas a echarle una medicina para dormir.

—¿Por qué? —preguntó Tiffany, incrédula.

—Cree que me hace falta. Y no, de verdad. No sabes cómo es esto. Es como estar en la cárcel.

—Bueno, ahora creo que ya sé cómo es —aseguró Tiffany. La chica empezó a llorar de nuevo en su cama, y Tiffany la hizo callar por gestos.

—No pretendía que se pusiera tan mal —dijo Leticia, y se sonó la nariz como si fuera un cuerno de caza—. Solo quería que no le gustaras tanto a Roland. ¡Ni te imaginas lo que es ser yo! Como mucho me dejan pintar cuadros, y solo si es con acuarelas. ¡No puedo ni hacer bocetos a carboncillo!

—Ya me extrañaba todo eso —reflexionó Tiffany, distraída—. Antes Roland se escribía con la hija de lord Zambullido, Mercromina, y ella también pintaba acuarelas. Había pensado que igual era una especie de castigo.

Pero Leticia no la escuchaba.

—Tú no tienes que quedarte sentada todo el día pintando acuarelas. Puedes volar a todas horas —estaba diciendo—, y dar órdenes a la gente y hacer cosas interesantes. Ja, de pequeña yo quería ser bruja. Pero claro, con mi mala suerte tenía el pelo rubio y largo, la tez pálida y un padre muy rico. ¿De qué sirve todo eso? ¡Las chicas como yo no pueden ser brujas!

Tiffany sonrió. Estaban acercándose a la verdad, y era importante mostrarse cooperativa y amistosa antes de que volviera a quebrarse el dique y las inundara a las dos.

—¿De pequeña tenías un libro de cuentos de hadas?

Leticia volvió a sonarse la nariz.

—Ya lo creo.

—¿El que tenía el dibujo de un trasgo terrorífico en la página siete, por casualidad? Yo siempre cerraba los ojos al llegar a esa página.

—Yo lo pintarrajeé por encima con cera negra —confesó Leticia en voz baja, como si fuese un alivio poder contárselo a alguien.

—Yo no te caía bien, así que decidiste hacer magia contra mí. —Tiffany lo dijo con un hilo de voz porque Leticia tenía cierto aire quebradizo. De hecho, la joven buscó más pañuelos aunque de momento parecía haberse quedado sin sollozos, pero resultó que era solo de momento.

—¡Cómo lo siento! Si lo hubiera sabido, nunca habría…

—A lo mejor debería decirte —siguió adelante Tiffany— que Roland y yo éramos… bueno, amigos. Más o menos el único amigo que tenía el otro. Pero en algunos aspectos, era el tipo equivocado de amistad. No nos juntamos nosotros: nos juntaron cosas que pasaron. Y no nos dimos cuenta. Él era el hijo del barón, y cuando sabes que eres hijo del barón y que todos los chicos saben cómo han de portarse con el hijo del barón, te quedas sin mucha gente con la que hablar. Y luego estaba yo, la chica lo bastante lista para hacerse bruja, que no es un trabajo que permita llevar mucha vida social. Si quieres verlo así, los dos que se quedaron aparte creyeron que eran la misma clase de persona. Ahora lo sé. Por desgracia, Roland fue el primero en comprenderlo. Y esa es la verdad. Yo soy la bruja y él es el barón. Y tú serás la baronesa, y no debería preocuparte que la bruja y el barón, en beneficio de todos, se lleven bien. Y es todo lo que puede dar de sí el asunto, porque en realidad ni siquiera hay asunto, solo el fantasma de un asunto. —Vio el alivio recorriendo los rasgos de Leticia como un amanecer—. Y esa ha sido mi verdad, así que ahora me gustaría oír la tuya. Escucha, ¿podemos irnos de aquí? Estoy temiéndome que entren guardias en cualquier momento para encerrarme en un sitio del que no pueda escapar.

Tiffany consiguió subir a Leticia en la escoba con ella. La chica estaba inquieta, pero no dejó escapar más que el asomo de una exclamación mientras la escoba iba descendiendo poco a poco desde las almenas del castillo, flotaba por encima del pueblo y tomaba tierra en un prado.

—¿Has visto a esos murciélagos? —preguntó Leticia.

—Ah, siempre vuelan cerca de la escoba si no vas muy deprisa —dijo Tiffany—. Lo normal sería que la evitaran, digo yo. Y ahora, señorita, ahora que ninguna de las dos puede pedir ayuda, dime lo que hiciste para que la gente me odie.

El pánico se apoderó de la cara de Leticia.

—No, no voy a hacerte daño —aseguró Tiffany—. En caso contrario te lo habría hecho hace bastante tiempo. Pero sí que quiero limpiar mi vida. Dime lo que hiciste.

—Usé el truco del avestruz —respondió Leticia al instante—. Ya sabes, lo llaman magia antipática: haces un modelo de la persona y lo metes bocabajo en un cubo de arena. De verdad que lo siento mucho, muchísimo…

—Sí, ya me lo has dicho —interrumpió Tiffany—, pero ese truco no me suena de nada. Me extrañaría mucho que funcionara. No tiene sentido.

Pero ha funcionado en mí, pensó. Esta chica no es bruja, y lo que quiera que intentó no es un hechizo de verdad, pero en mí ha funcionado.

—Si es magia, no tiene que tener sentido —aventuró Leticia, esperanzada.

—Tiene que tenerlo en algún sitio —explicó Tiffany contemplando las primeras estrellas del cielo.

—Bueno —dijo Leticia—, pues lo saqué de Hechizos para amantes de Anatema Bugloss, si te sirve de algo.

—Ese es el que tiene una iconografía de la autora montada en escoba, ¿verdad? —preguntó Tiffany—. Sentada del revés, por cierto. Y no lleva correa de seguridad. Y nunca he visto a una bruja ponerse anteojos como esos. Y lo de llevar un gato a bordo, eso sí que ni se te ocurra. El nombre es falso, además. He visto el libro en el catálogo de Boffo. Es una estafa para chicas impresionables, las que piensan que hacer magia consiste solo en comprar una varita cara con una piedra semipreciosa pegada a la punta, sin ánimo de ofender. Sería igual de efectivo coger un palo del seto y usarlo como varita.

Sin decir nada, Leticia recorrió una corta distancia hasta el seto que separaba el prado del camino. Siempre hay algún palo bajo los setos, si se busca bien. Cuando Leticia lo hizo bailar un poco en el aire, el palo dejó una tenue estela azul a su paso.

—¿Quieres decir así? —preguntó. Durante un rato largo no se oyó más que el esporádico ulular de un búho y, si se tenía muy buen oído, el aleteo de los murciélagos.

—Creo que ha llegado el momento de que tú y yo charlemos como debe ser, ¿no te parece? —dijo Tiffany.



# CAPÍTULO 11

La pira de las brujas

—Ya te he dicho que siempre quise ser bruja —dijo Leticia—. No sabes lo difícil que puede ponerse cuando tu familia vive en una mansión gigantesca y tiene un árbol genealógico tan grande que hay que ampliarle el jardín. Todo eso me lo impidió a mí, y no te ofendas, pero me encantaría haber nacido con tus desventajas. Si sé que existe el catálogo Boffo es porque una vez que entré en la cocina vi a dos chicas del servicio riéndose mientras lo hojeaban. Se fueron corriendo sin dejar de soltar risitas, por cierto, pero se lo dejaron allí. No puedo pedir todas las cosas que querría porque mi doncella me espía para mi madre. Pero la cocinera es buena persona, así que le doy dinero y las referencias del catálogo y entregan las cosas a su hermana, que vive en Senda-del-Perdedor. Pero no puedo encargar nada grande, porque siempre hay doncellas quitando el polvo y limpiando por todas partes. Me encantaría tener un caldero de esos con burbujas verdes, pero por lo que me dices son de broma.

Leticia había sacado otros dos palos del seto y los había clavado en el suelo delante de ella. Cada uno tenía un brillo azul en la punta.

—Bueno, para todos los demás son de broma —reconoció Tiffany, asombrada—, pero pienso que para ti sacarían hasta pollos fritos.

—¿De verdad lo piensas? —preguntó Leticia, ilusionada.

—No estoy segura de poder pensar nada mientras siga bocabajo y con la cabeza metida en un cubo de arena —dijo Tiffany—. ¿Sabes que suena un poco a magia de mago? Ese truco… dices que estaba en el libro de la señora Bugloss. Escucha, me sabe fatal, pero en realidad todo eso es boffo. No es de verdad. Es para quienes creen que la brujería consiste en flores y pociones y bailar sin las calzas puestas, cosa que no me imagino haciendo a ninguna bruja de verdad… —Tiffany vaciló, porque era sincera por naturaleza—. Bueno, quizá a Tata Ogg si le apeteciera mucho. Es brujería con la corteza quitada, y la brujería de verdad es toda corteza. ¡Pero tú cogiste uno de sus ridículos conjuros que hacen reír a las chicas de la cocina, lo usaste sobre mí y funcionó! ¿Hay alguna bruja de verdad en tu familia?

Leticia negó con la cabeza y su melena rubia centelleó hasta con luz de luna.

—Nunca he oído hablar de ninguna. Mi abuelo era alquimista, pero no profesional, claro. Fue por él que la casa ya no tiene ala este. Mi madre… no me la imagino haciendo magia, ¿tú sí?

—¿A ella? ¡Desde luego que sí!

—Bueno, pues yo no la he visto hacerla nunca, y de verdad que tiene buena intención. Dice que solo quiere lo mejor para mí. Perdió a toda su familia en un incendio, ¿lo sabías? Lo perdió todo —explicó Leticia.

Tiffany no podía tenerle antipatía a la chica. Sería como tenérsela a un cachorrito desconcertado, pero tampoco pudo evitar decir:

—¿Y tú tenías buena intención? Ya sabes, cuando hiciste una figurita de mí y la metiste del revés en un cubo de arena.

Leticia debía de tener un embalse en algún sitio. Nunca le faltaba más de un pelo para soltar la lágrima.

—Escucha —dijo Tiffany—, de verdad que no me importa. ¡Aunque me encantaría creer que todo ha sido cosa de un hechizo! Tú saca la figurita y no se hable más del tema. Por favor, no te eches a llorar otra vez, que lo empapas todo.

Leticia se sorbió la nariz.

—No, es que… bueno, no lo hice aquí. Me lo dejé todo en casa. Está en la biblioteca.

La última palabra de la frase tintineó en la cabeza de Tiffany.

—¿Biblioteca? ¿Con libros? —Se suponía que a las brujas no les preocupaban mucho los libros, pero Tiffany leía todos los que caían en sus manos. Nunca se sabía lo que podía sacarse de un libro—. Hace calor para la época del año —comentó—, y tu casa no queda muy lejos, ¿verdad? Podrías estar de vuelta en tu cama de la torre dentro de un par de horas.

Por primera vez desde que Tiffany la había conocido, Leticia dejó ver una sonrisa auténtica.

—¿Esta vez me dejas ir delante?

Tiffany volaba casi al ras de las lomas.

Faltaba poco para la luna llena, y era una auténtica luna de cosecha, con el color cobrizo de la sangre. Se debía al humo de la quema de rastrojos, suspendido en el aire. Lo que Tiffany no entendía era por qué el humo azul de quemar trigo volvía roja la luna, pero no tenía intención de volar hasta ella para averiguarlo.

Y Leticia daba la impresión de hallarse en una especie de paraíso personal. No dejó de hablar en todo el trayecto, lo que ciertamente era mejor que sus sollozos. La chica solo era ocho días más joven que Tiffany, cosa que la segunda sabía porque se había tomado muchas molestias para averiguarlo. Sin embargo, eran solo números. Tiffany no lo veía de ese modo. En realidad, se sentía lo bastante mayor para ser la madre de Leticia. Era raro, pero Petulia, Annagramma y las demás chicas de las montañas le habían comentado lo mismo: que las brujas se hacían viejas por dentro. Como bruja, tenías que hacer las cosas que debían hacerse pero que te dejaban el estómago revuelto como una rueca. A veces veías cosas que nadie debería tener que ver. Y, casi siempre a solas y a menudo a oscuras, debías hacer lo necesario. En los pueblos aislados, cuando una madre primeriza estaba dando a luz y las cosas se habían torcido del todo, deseabas que en la zona hubiera alguna comadrona para que al menos te diera algo de apoyo moral. Pero en todo caso, cuando llegaba la hora de la verdad y había que tomar una decisión a vida o muerte, la tomabas tú, porque eras la bruja. Y a veces la decisión no era entre algo bueno y algo malo, sino entre dos cosas malas: no había una opción correcta, solo… opciones.

Entonces vio que algo recorría como una exhalación el pasto alumbrado por la luna, igualando sin problemas el avance de la escoba. Mantuvo el ritmo durante unos minutos hasta que, cambiando de dirección con un salto, volvió a perderse entre las sombras de la luz de la luna.

La liebre corre al fuego, pensó Tiffany, y tengo la sensación de que yo también.

Villa Florilegio estaba al final de la Caliza, y de verdad era el final porque allí la caliza dejaba paso a la arcilla y la grava. Había parques, bosquecillos de árboles altos y fuentes delante de la casa en sí, que estiraba la palabra «villa» hasta casi romperla porque en realidad parecía media docena de mansiones pegadas entre sí. Había anexos, alas, un gran lago ornamental y una veleta con forma de garza, contra la que casi se estrellaron.

—¿Cuánta gente vive aquí? —logró preguntar Tiffany mientras estabilizaba la escoba y aterrizaba en lo que había tomado por césped pero resultó ser hierba seca de casi metro y medio de altura. Salieron conejos huyendo en todas direcciones, alarmados por la incursión aérea.

—Ahora solo mi madre y yo —dijo Leticia. La hierba muerta crujió bajo sus pies cuando bajó de la escoba—. Y el servicio, claro. Tenemos muchos sirvientes. No te preocupes, a estas horas estarán todos en la cama.

—¿Cuántos sirvientes hacen falta para dos personas? —preguntó Tiffany.

—Unos doscientos cincuenta.

—No te creo.

Leticia giró la cabeza mientras seguía andando hacia una puerta que se veía al fondo.

—Bueno, incluyendo a los familiares, hay como unos cuarenta en la granja, otros veinte en la lechería, veinticuatro más que trabajan en el bosque y setenta y cinco en los jardines, que incluyen el invernadero de plátanos, el foso de piñas, el plantadero de melones, el criadero de nenúfares y el acuario de truchas. Los demás trabajan en la casa y la alberguería.

—¿Eso qué es?

Leticia se detuvo con la mano en el pomo de latón oxidado.

—Piensas que mi madre es grosera y mandona, ¿verdad?

Tiffany no veía alternativa a decir la verdad, aunque supusiera un riesgo de lágrimas a medianoche.

—Sí, eso pienso.

—Y tienes razón —dijo Leticia girando el pomo—. Pero es leal a la gente que es leal a nosotras. Siempre lo hemos sido. Nunca despedimos a nadie por ser muy viejo, estar muy enfermo o andar muy perdido. Si no pueden apañárselas en sus casitas, los alojamos en un ala de la villa. ¡En realidad, la mayoría de los sirvientes cuidan de los sirvientes mayores! Estaremos pasadas de moda y seremos algo estiradas y atrasadas, pero nadie que trabaje para los Florilegio tendrá que mendigar comida al final de su vida.

El reticente pomo giró por fin y abrió la puerta hacia un largo pasillo que olía a… que olía… que olía a viejo. Era la única forma de describirlo, aunque con tiempo suficiente para pensar podría decirse que era una mezcla de moho reseco, madera húmeda, polvo, ratones, tiempo muerto y libros antiguos, que tienen su propio olor intrigante. Era eso, decidió Tiffany. Allí habían muerto en silencio los días y las horas sin que nadie se diera cuenta.

Leticia se afanó junto a un estante del pasillo y encendió una lámpara.

—Aquí ya no entra nunca nadie que no sea yo —dijo—, porque el lugar está encantado.

—Sí —confirmó Tiffany intentando mantener un tono conversacional—. Por una mujer sin cabeza que lleva una calabaza bajo el brazo. Ahora mismo viene hacia nosotras.

¿Había esperado sorpresa o lágrimas? Lo que desde luego no esperaba era que Leticia dijera:

—Ah, es Mavis. Tengo que cambiarle la calabaza cuando maduren las de este año. Con el paso del tiempo se ponen todas… bueno, asquerosas. —Levantó la voz—. ¡Soy yo, Mavis, no te asustes!

Con un ruido que recordaba a un suspiro, la mujer decapitada dio media vuelta y empezó a desandar el pasillo.

—Lo de la calabaza se me ocurrió a mí —siguió charlando Leticia—. Antes no había quien la aguantara. Buscaba su cabeza, ¿sabes? Con la calabaza se queda más tranquila, porque me parece que la pobre no ve la diferencia. No la ejecutaron, por cierto. Creo que quiere que lo sepa todo el mundo. Fue solo un accidente rarísimo relacionado con un tramo de escalones, un gato y una guadaña.

Y esta es la chica que se pasa el día llorando, pensó Tiffany. Pero este es su terreno. En voz alta dijo:

—¿Tienes más fantasmas que enseñarme, por si me entran ganas de volver a mearme encima?

—Bueno, ahora mismo no —respondió Leticia echando a andar pasillo abajo—. El esqueleto chillón dejó de chillar cuando le di un osito de peluche viejo, aunque no sé muy bien por qué funcionó, y… ah, sí, ahora el fantasma del primer duque solo encanta el cuarto de baño que hay al lado del comedor, y ese no lo usamos mucho. Tiene la mala costumbre de tirar de la cadena en los momentos más incómodos, pero es mejor que las lluvias de sangre que hacía antes.

—Eres una bruja. —Las palabras salieron de la boca de Tiffany por iniciativa propia, incapaces de quedarse en la intimidad de su mente.

La chica la miró anonadada.

—No digas bobadas —objetó—. Las dos sabemos cómo funciona, ¿verdad? Cabello largo y rubio, piel lechosa, cuna noble… bueno, lo bastante noble, y rica, al menos en teoría. Oficialmente soy una dama.

—No sé —dijo Tiffany—. A lo mejor no deberías basar tu futuro en un libro de cuentos de hadas. Normalmente las chicas que van para princesa no se dedican a aliviar las penas de fantasmas sin cabeza dándoles una calabaza para que la paseen. Y debo decir que lo de acabar con los chillidos del esqueleto chillón dándole un osito de peluche me ha impresionado. Es lo que Yaya Ceravieja llama cabezología. La mayor parte de nuestro arte es cabezología, en el fondo; cabezología y boffo.

Leticia parecía aturullada y agradecida al mismo tiempo, lo que le dejó la cara a manchas blancas y rosadas. Tiffany tuvo que reconocer que era el tipo de rostro que miraba anhelante por las ventanas de una torre, esperando a un caballero que no tuviera nada mejor que hacer que salvar a su dueña de dragones, monstruos y, en ausencia de ambos, del aburrimiento.

—No tienes por qué hacer nada al respecto —añadió Tiffany—. El sombrero puntiagudo es optativo. Pero si estuviera aquí la señorita Lento, seguro que te recomendaría hacer carrera. No es bueno ser bruja sola.

Habían llegado al final del pasillo. Leticia giró otro pomo chirriante, que sumó sus protestas a las de la puerta al abrirse.

—Eso lo tengo claro, visto lo visto —dijo Leticia—. ¿Y la señorita Lento es…?

—Viaja por el campo buscando a chicas que tengan talento para el arte —explicó Tiffany—. Se dice que la brujería no la encuentras, te encuentra ella a ti, y normalmente es la señorita Lento quien te da el golpecito en el hombro. Es buscadora de brujas, pero me extrañaría que pasara por muchas mansiones. A las brujas nos ponen nerviosas. ¡Madre mía!

La exclamación se debió a que Leticia acababa de encender un farol de aceite. La sala estaba llena de estanterías, y los libros que contenían brillaban. No eran libros modernos y baratos, sino volúmenes encuadernados en cuero, y no en un cuero cualquiera, sino en cuero procedente de vacas listas que habían dado sus vidas por la literatura tras una existencia feliz en los mejores pastos posibles. Los libros relucieron a medida que Leticia se desplazó por la estancia y fue encendiendo más lámparas. Las izó tirando de sus largas cadenas, cuyo leve balanceo fundió el brillo de los libros con el resplandor de los adornos de latón hasta dejar la sala inundada de vivo y rico oro.

Leticia puso cara de satisfacción al ver a Tiffany quedarse plantada mirándolo todo.

—Mi bisabuelo era un gran coleccionista —dijo—. ¿Ves todo ese metal pulido? Es por la polilla de los libros calibre 0,303, que corre tanto que puede taladrar todo un estante de libros en una fracción de segundo. ¡Ja, pero no si antes se estampa contra un adorno de latón a la velocidad del sonido! Antes la biblioteca era más grande, pero mi tío Charlie huyó llevándose todos los libros sobre… ¿erotismo, era? No estoy segura del todo, pero no lo he encontrado en ningún mapa. En todo caso, ahora la única que entra aquí soy yo. Mi madre opina que leer inquieta a la gente. Perdona, ¿por qué olisqueas? Espero que no se haya muerto otro ratón aquí dentro.

Aquí hay algo que está muy fuera de lugar, pensó Tiffany. Algo… tenso… tensándose. A lo mejor es solo todo el conocimiento que hay en los libros, luchando por salir. Había oído hablar de los tomos que había en la biblioteca de la Universidad Invisible, de todos aquellos libros con alma tan apretados en el espacio-tiempo que por las noches, según se decía, hablaban entre ellos y pasaba una especie de relámpago de libro a libro. Si se juntaban demasiados volúmenes, ¿quién sabía de qué serían capaces? Una vez la señorita Lento le había dicho: «El conocimiento es poder, el poder es energía, la energía es materia, la materia es masa y la masa altera el tiempo y el espacio». Pero Leticia tenía un aspecto tan feliz entre los estantes y las mesas que a Tiffany le supo mal poner pegas.

La chica le hizo un gesto para que se acercara.

—Y aquí es donde hago mis truquitos de magia —dijo, como si enseñara a Tiffany el sitio donde jugaba con las muñecas.

Tiffany había empezado a sudar; le temblaba todo el vello de la piel, una señal para sí misma de que debería dar media vuelta y correr, pero Leticia seguía charlando sin parar, inconsciente de que Tiffany trataba de contener el vómito.

La peste del Hombre Astuto era terrible. Se alzó en la alegre biblioteca como una ballena muerta tiempo atrás que ahora emergía a la superficie, llena de gas y podredumbre.

Tiffany miró desesperada a su alrededor, buscando algo que le quitara esa imagen de la mente. Estaba claro que la señora Proust y Derek habían hecho negocio con Leticia Florilegio: la chica les había comprado la gama completa, con verrugas y todo.

—Pero de momento solo me pongo las verrugas. Creo que dan la sensación adecuada pero sin pasarse, ¿no te parece? —estaba explicando.

—Yo nunca me he molestado —dijo Tiffany con un hilo de voz.

Leticia olfateó.

—Vaya, cómo lamento el olor. Creo que son los ratones. Se comen la cola de los libros, aunque diría que esta vez han encontrado uno muy, muy perturbador.

La biblioteca estaba empezando a poner a Tiffany muy nerviosa. Era como… bueno, como despertar y ver que durante la noche había entrado una familia de tigres y se habían quedado dormidos al pie de la cama: por ahora todo estaba tranquilo, pero en cualquier momento alguien iba a quedarse sin brazo. Allí estaban los artículos de Boffo, que eran como brujería para aparentar. Impresionaban a la gente, y a lo mejor servían para ayudar a una novata a meterse en el papel, pero la señora Proust nunca enviaría cosas que funcionaran, ¿verdad que no?

A su espalda se oyó el tañido del asa de un cubo y Leticia salió de detrás de un estante, sosteniendo el cubo con las dos manos. Derramó un poco de arena al dejarlo en el suelo y hurgar un poco en su interior.

—Ah, ahí estás —dijo sacando algo que parecía una zanahoria mordisqueada por un ratón con poco apetito.

—¿Se supone que eso soy yo? —preguntó Tiffany.

—No se me da muy bien tallar madera —se excusó Leticia—, pero el libro decía que la intención es lo que cuenta… —Fue una afirmación nerviosa, con un matiz interrogativo que amenazaba con otra inundación de lágrimas.

—Lo siento —se lamentó Tiffany—. El libro se equivoca en eso. No es tan fácil. Lo que cuenta es lo que haces. Si quieres lanzar una maldición a alguien, necesitas algo que le haya pertenecido: pelo, o quizá un diente. Y con esas cosas no hay que trastear, porque son peligrosas y es muy fácil equivocarse. —Estudió más de cerca la bruja mal tallada—. Veo que le has escrito la palabra «bruja» con lápiz. Hum… ¿Sabes eso que te decía de que es fácil equivocarse? Bueno, pues hay veces en que más que equivocarte, lo que haces es poner patas arriba la vida de alguien.

Con el labio inferior temblando, Leticia asintió.

La presión en la cabeza de Tiffany estaba empeorando, y ahora la sensación fétida era tan poderosa que parecía una presencia física. Tiffany trató de concentrarse en el montoncito de libros que había sobre la mesa. Eran unos ejemplares pequeños y tristes, del tipo que Tata Ogg, capaz de sacar una sorprendente mordacidad cuando le apetecía, llamaba «cagarrutillas endulzadas para niñas que juegan a brujas».

Pero al menos Leticia había sido minuciosa: había un par de libretas en el atril que dominaba la mesa de biblioteca. Tiffany se giró para decir algo a la chica, pero notó que su cabeza no quería quedarse girada. Su Segunda Vista tiraba de ella para que volviera a la mesa. Y su mano se levantó poco a poco, casi por sí misma, y apartó el montoncito de libros tontos. Lo que había tomado por la superficie del atril era en realidad un libro mucho más grande, tan grueso y oscuro que parecía confundirse con la propia madera. El pavor goteó en su cerebro como almíbar negro, instándola a correr y… No, eso era todo. Solo a correr, y a seguir corriendo, y a no parar. Nunca.

Intentó mantener firme la voz.

—¿Sabes algo de este libro?

Leticia miró por encima de su hombro.

—Es muy antiguo. Ni siquiera reconozco el idioma. Pero tiene una encuadernación espléndida, eso sí, y lo más curioso es que siempre está un poco tibio.

Aquí y ahora, pensó Tiffany, lo tengo delante aquí y ahora. Eskarina dijo que existía un libro escrito por él. ¿Este podría ser una copia? Pero los libros no pueden hacer daño, ¿verdad? Claro que los libros contienen ideas, y las ideas pueden ser peligrosas.

En aquel momento, el libro del atril se abrió con un crujido de su lomo de cuero y un leve susurro al girar la portada. Las páginas pasaron como una bandada de palomas alzando el vuelo hasta llegar a una que llenó la medianoche de la sala con brillante, hiriente luz del sol. Y en esa luz del sol, corriendo hacia ella por un desierto abrasador, había una figura vestida de negro…

Por acto reflejo, Tiffany cerró el libro de golpe y lo mantuvo sujeto con las dos manos, abrazándolo como una colegiala. Me ha visto, pensó. Sé que me ha visto. El libro saltó entre sus brazos como si lo hubiera golpeado algo voluminoso, y Tiffany alcanzó a oír… palabras, palabras que se alegró de no entender. El libro recibió otro impacto que abombó la portada y estuvo a punto de tirarla al suelo. Cuando sintió el siguiente topetazo, se dejó caer hacia la mesa, con el libro por delante para apoyar encima todo su peso.

Fuego, pensó. ¡Él odia el fuego! Pero no creo que pueda cargar el libro hasta muy lejos y, bueno, las bibliotecas no se incendian y punto. Además, este sitio está más seco que la mojama.

—¿Hay algo intentando salir del libro? —preguntó Leticia.

Tiffany miró su cara blanca y rosada.

—Sí —logró responder, y aplastó el libro contra la mesa cuando volvió a saltarle en los brazos.

—No será como ese trasgo del libro de cuentos, ¿verdad? Siempre me daba miedo que se escurriera de entre las páginas.

El libro brincó en el aire y volvió a caer de sopetón contra la mesa, dejando sin aliento a Tiffany. Consiguió decir entre dientes:

—¡Creo que es mucho peor que el trasgo!

Que es el trasgo de las dos, recordó en muy mal momento. Ambas tenían el mismo libro, al fin y al cabo. No era un buen libro por muchos motivos, pero al crecer se quedaba en una ilustración sin más, aunque una parte de la mente nunca olvidara.

Parecía ocurrirle a todo el mundo. Cuando había contado a Petulia que antes le daba miedo el dibujo de un libro, su amiga había confesado que ella estaba aterrorizada por un esqueleto de aspecto feliz que vio dibujado en un libro de pequeña. Y resultó que todas las otras chicas tenían algún recuerdo parecido. Era como algo inevitable en la vida. Los libros siempre empezaban por asustarte.

—Creo que sé lo que hemos de hacer —dijo Leticia—. ¿Puedes tenerlo ocupado un rato? Vuelvo enseguida.

Se marchó y al cabo de unos segundos Tiffany, que seguía haciendo fuerza para que no se abriera el libro, oyó un chirrido. No le hizo mucho caso porque sus brazos, ceñidos en torno al libro saltarín, estaban casi al rojo vivo. Entonces, detrás de ella, Leticia dijo en voz baja:

—Muy bien, voy a llevarte hasta la prensa de libros. Cuando te lo diga, mete el libro y quita las manos muy, muy deprisa. ¡Es muy importante que lo hagas rápido!

Tiffany se dejó girar por la chica, y juntas avanzaron poco a poco hasta un objeto metálico que las esperaba en la penumbra, sin que el libro dejara de zarandearse con furia y darle golpes en el pecho; era como sostener un corazón de elefante que aún latía.

Los topetazos le impidieron oír bien la voz de Leticia, que estaba gritando:

—Apoya el libro en la placa de metal, empújalo un poquito hacia delante y aparta los dedos… ¡Ya!

Algo giró. Durante un instante aterrador, Tiffany vio que una mano atravesaba la portada del libro antes de que una plancha de metal cayera a plomo encima, cortándole a ella la punta de las uñas.

—Ayúdame con esta manivela, ¿quieres? Apretémosla todo lo que se pueda —sugirió Leticia, que estaba empujando… ¿qué?—. Es la vieja prensa de libros. Mi abuelo la usaba mucho para arreglar los libros viejos cuando se estropeaban. Va muy bien para pegar las páginas que se salen, por ejemplo. Ahora ya no la usamos, menos en la Vigilia de los Puercos. No veas con qué precisión parte las nueces… Hay que dar vueltas a la manivela hasta que empieces a oír crujidos. Suenan un poco a cráneos humanos diminutos.

Tiffany arriesgó una mirada a la prensa, cuyas placas superior e inferior estaban ya apretadas con firmeza, para ver si chorreaba cerebro humano por el lado. No lo vio, pero tampoco se quedó muy tranquila porque en aquel momento salió un pequeño esqueleto humano de una pared, atravesó los estantes de la biblioteca como si fuesen humo y desapareció. Llevaba un osito de peluche en brazos. Fue una de esas cosas que el cerebro archiva como «preferiría no haberlo visto».

—¿Era algún tipo de fantasma? —preguntó Leticia—. No digo el esqueleto; ya te he hablado de él, ¿verdad? Pobrecito. No, digo el otro, el del libro.

—Es… bueno, supongo que podría decirse que es como una enfermedad, y también un poco como una pesadilla que resulta estar esperándote en tu cuarto al despertar. Y creo que puedes haberlo traído tú. O invocado, si lo prefieres.

—¡No prefiero ninguna de las dos cosas! ¡Lo único que hice fue un hechizo sencillo sacado de un libro que me costó un dólar! Vale, reconozco que fui una niña caprichosa, pero no pretendía que sucediera… ¡eso! —Señaló la prensa, que aún crujía.

—Mujer tonta —dijo Tiffany.

Leticia parpadeó.

—¿Qué has dicho?

—¡Mujer tonta! O mujer caprichosa, si quieres. Te casas dentro de unos días, ¿recuerdas? E intentaste hechizar a alguien por celos. ¿Es que no viste el título de ese libro? ¡Lo he podido ver hasta yo! ¡Era La pira de las brujas! Lo dictó un sacerdote omniano que estaba tan loco que no habría podido ver la cordura ni con telescopio. ¿Y sabes qué? Los libros viven. ¡Las páginas recuerdan! ¿Has oído hablar de la biblioteca de la Universidad Invisible? ¡Tienen libros que hay que mantener encadenados, a oscuras y hasta bajo el agua! Y usted, señorita, jugó a hacer magia a pocos centímetros de un libro que bulle de maldad, de magia vengativa. ¡Claro que te dio resultado! Yo le desperté, y desde entonces no ha hecho otra cosa que buscarme, darme caza. ¡Y tú, con tu hechicito de nada, le indicaste hacia dónde ir! ¡Le ayudaste! ¡Ha vuelto, y acaba de encontrarme! El quemabrujas. Y es lo que te decía: infeccioso, una especie de enfermedad.

Se detuvo para inhalar un aliento que llegó y esperar un torrente de lágrimas que no. Leticia se había quedado parada, como si diera vueltas a algo. Entonces dijo:

—Supongo que no basta con un «lo siento», ¿verdad?

—Ahora que lo dices, sería un buen principio —respondió Tiffany, pero estaba pensando: «Esta chica, que no ha entendido que ya es mayor para ponerse vestidos de niña, entregó una calabaza a un fantasma sin cabeza para que la llevara bajo el brazo y se sintiera mejor, y regaló un osito de peluche a un esqueleto que chillaba. ¿A mí se me habría ocurrido? Desde luego, es lo que haría una bruja»—. Mira, está claro que tienes talento para la magia, te lo digo en serio. Pero vas a meterte en unos líos tremendos como te pongas a trastear sin saber lo que haces. Aunque darle el osito al pobre esqueleto fue una genialidad, eso sí. Si mantienes esa idea en la cabeza y entrenas un poco, puede esperarte un futuro bastante mágico. Tendrás que marcharte y pasar un tiempo con alguna bruja mayor, como hice yo.

—Bueno, es maravilloso, Tiffany —dijo Leticia—. ¡Pero tengo que marcharme y pasar un tiempo casándome! ¿Podemos volver ya? ¿Y qué sugieres que hagamos con el libro? No me hace gracia que se quede aquí. ¿Y si logra escapar?

—Ya está fuera, en realidad. Pero el libro es… bueno, es una especie de ventana que le facilita el trayecto. Para llegar hasta mí. A veces pasan cosas de ese estilo. Es como un portal hacia otro mundo, o puede que hacia otro sitio de este.

Tiffany se había crecido bastante mientras lo explicaba, por lo que le sirvió de escarmiento que Leticia dijera:

—Ah, ya, lo del bosque de jacintos con la casita que a veces echa humo por la chimenea y a veces no; o la chica que da de comer a los patos del estanque, y las palomas de la casa que tiene detrás a veces vuelan y a veces están posadas. Se mencionan en el libro Mundos flotantes de H. J. Anudasapos. ¿Quieres leerlo? Sé dónde está.

Y antes de que Tiffany pudiera abrir la boca, la chica se metió entre las estanterías. Regresó al cabo de un minuto, para gran alivio de Tiffany, trayendo un tomo grande y encuadernado en cuero brillante que, sin avisar, depositó en sus manos.

—Te lo regalo. Te has portado mejor conmigo que yo contigo.

—¡No puedes dármelo! ¡Es de la biblioteca! ¡Dejará hueco!

—No, insisto —dijo Leticia—. De todas formas aquí ya no entra nadie más que yo. Mi madre guarda en su dormitorio todos los libros de historia familiar, genealogía y heráldica, y es la única a la que interesan. Aparte de mí, la única otra persona que viene a veces es el señor Tyler, y me parece que ha entrado para hacer su última ronda nocturna. Bueno —añadió—, es muy mayor y muy lento, y le cuesta como una semana hacer la ronda nocturna porque duerme durante el día. Vamos. Si encuentra a alguien aquí, le dará un infarto.

Como para confirmarlo, se oyó el chirrido de un pomo lejano.

Leticia bajó la voz.

—¿Te importa que salgamos por el otro lado? Puede alterarse mucho si descubre a cualquiera aquí dentro.

Por el largo pasillo se acercaba una luz, aunque había que observarla durante un buen rato para constatar que se movía. Leticia abrió la puerta hacia el mundo exterior y las dos corrieron por lo que habría sido el césped si alguien lo hubiera cortado en la última década. Tiffany se llevó la impresión de que en aquel lugar el cuidado del jardín funcionaba al mismo ritmo decrépito que el señor Tyler. Había rocío en la hierba, y la clara sensación de que el amanecer era un suceso muy probable en algún momento del futuro. Tan pronto como llegaron a la escoba, Leticia musitó su enésima disculpa y corrió de vuelta hacia otra puerta de la casa durmiente, para salir cinco minutos después con un bolso grande.

—Mi ropa de luto —dijo mientras la escoba se elevaba entre el aire calmado—. Mañana será el funeral del anciano barón, pobre hombre. Mi madre siempre se lleva la ropa de luto cuando viaja. Dice que nunca se sabe cuándo va a estirar la pata alguien.

—Es un punto de vista muy interesante, Leticia, pero cuando vuelvas al castillo querría que contaras a Roland lo que hiciste, por favor. Me da igual todo lo demás, pero por favor explícale el hechizo que lanzaste.

Tiffany esperó. Leticia estaba sentada detrás de ella y, en aquel momento, en silencio. En mucho silencio. En tanto silencio que se oía.

Tiffany se entretuvo mirando el paisaje que pasaba por debajo. Aquí y allá, el humo empezaba a salir de las cocinas, aunque el sol aún estaba por debajo del horizonte. Las mujeres de los pueblos solían competir por ser la primera en sacar humo: demostraba que debajo había un ama de casa aplicada. Tiffany suspiró. Lo que tenía volar en escoba era que veías a la gente desde arriba. Era imposible evitarlo por mucho que lo intentaras. Los seres humanos se quedaban en meros puntitos que correteaban de un lado para otro. Y cuando empezabas a pensar de ese modo, había llegado el momento de buscar la compañía de otras brujas, para aclararte las ideas. «No serás bruja sola», decía el dicho. Era más mandamiento que consejo.

A su espalda Leticia dijo, con voz de haber sopesado meticulosamente cada palabra antes de decidirse a hablar:

—¿Por qué no estás más enfadada conmigo?

—¿A qué te refieres?

—¡Ya sabes! ¡Por lo que hice! ¡Estás siendo horriblemente… maja!

Tiffany se alegró de que la chica no le viera la cara y, ya puestos, de no poder ver la suya.

—Las brujas no solemos enfadarnos. Liarse a gritos no lleva a ninguna parte.

Tras una nueva pausa, Leticia confesó:

—Si es así, a lo mejor no estoy hecha para ser bruja. A veces siento mucha rabia.

—Ah, yo a menudo siento mucha rabia, eso sí —dijo Tiffany—, pero la reservo en algún sitio hasta que sirva para algo útil. Es lo que tiene la brujería… y la maguería también, por cierto. No solemos hacer mucha magia, y cuando la hacemos es casi siempre sobre nosotros mismos. Vale, mira, el castillo está ahí delante. Te dejaré en el tejado, y la verdad es que tengo unas ganas tremendas de ver lo cómoda que es esa paja.

—Escucha, de verdad, de verdad que lo…

—Lo sé. Ya lo has dicho. No te guardo rencor, pero tienes que arreglar lo que estropeas. Eso también forma parte de la brujería. —Y añadió para sí misma: «¡Si lo sabré yo!».



# CAPÍTULO 12

El pecadu de pecadus

La paja resultó ser bastante cómoda. Las casas pequeñas no suelen tener dormitorios libres, así que las brujas que llegaban por trabajo, como el nacimiento de un niño, tenían suerte si podían echarse en el establo. Mucha suerte, en realidad. Solía oler mejor, y Tiffany no era la única que pensaba que el aliento de una vaca, cálido y con regusto a hierba, era una especie de medicina por derecho propio.

Las cabras de la mazmorra eran casi igual de buenas. Se quedaban allí tumbadas y tranquilas, masticando la cena una y otra vez sin quitarle de encima sus solemnes miradas, como esperando que se pusiera a hacer malabarismos, o tal vez algún número musical.

Su último pensamiento antes de quedarse dormida fue que alguien tenía que haberles dado de comer, y por tanto se había percatado de que en la mazmorra había una prisionera de menos. Si era el caso, tendría problemas, pero costaba ver cuántos problemas más podía tener. Probablemente no muchos, por lo visto, ya que cuando despertó una hora más tarde alguien la había tapado con una manta mientras dormía. ¿Qué estaba ocurriendo allí?

Lo averiguó al ver aparecer a Preston con una bandeja de huevos con beicon, aderezados con un poco de café que se había salido de la taza al bajar la larga escalera de piedra.

—De parte del señor del castillo, con sus saludos y sus disculpas —dijo Preston, sonriente—. Y tengo orden de transmitirte que, si quieres, puedes tener un baño caliente preparado en la cámara blanca y negra. Y cuando estés lista, el barón… el nuevo barón querría hablar contigo en su despacho.

La idea de un baño sonaba estupenda, pero Tiffany sabía que no iba a tener tiempo y, además, cualquier baño digno de ese nombre requeriría que unas pobres chicas subieran un montón de cubos pesados cuatro o cinco tramos de escaleras de piedra. Tendría que conformarse con un lavado rápido cuando tuviera ocasión de usar alguna palangana. Pero recibió de mil amores los huevos y el beicon. Mientras devor[[26]](#footnote-26)aba el plato se propuso intentar conseguir otro más adelante si aquel iba a ser un día-de-ser-amable-con-Tiffany.

A las brujas les gustaba aprovechar al máximo la gratitud antes de que se enfriara. La gente solía volverse un poco olvidadiza al cabo de un día más o menos. Preston estuvo observándola con la expresión de quien ha desayunado gachas saladas, y cuando acabó de comer le dijo con cautela:

—¿Ahora irás a ver al barón?

Está preocupado por mí, pensó Tiffany.

—Antes querría ir a ver al anterior barón —anunció.

—Sigue muerto —informó Preston, con aire preocupado.

—Bueno, al menos algo va bien —dijo Tiffany—. Imagínate qué bochorno si no. —Sonrió al ver el asombro de Preston—. El funeral es mañana, así que debo ir a verle sin falta hoy, Preston, ahora mismo. ¿Por favor? En estos momentos, él es más importante que su hijo.

Tiffany notó las miradas de la gente mientras daba grandes zancadas hacia la cripta, con Preston casi corriendo para no perderla, y luego bajando de dos en dos el largo tramo de escalones. Le dio un poco de lástima porque el joven siempre había sido amable y respetuoso con ella, pero nadie debía pensar que un guardia la trasladaba a ningún sitio. De eso ya había habido bastante. Las miradas de la gente parecían más temerosas que enfadadas, y Tiffany no supo si era buena señal o no.

Se detuvo al pie de la escalera e inspiró una profunda bocanada de aire. Solo notó el olor habitual de la cripta, fresco y con un matiz de patatas. Se permitió una sonrisita de orgullo. Y allí estaba el barón, tendido en la misma postura pacífica en que lo había dejado, con las manos cruzadas sobre el pecho, con todo el aspecto de haberse quedado dormido.

—Todos pensaban que practiqué la brujería aquí abajo, ¿verdad, Preston? —preguntó.

—Hubo habladurías, sí, señorita.

—Sí que la practiqué. Tu abuela te enseñó cosas de cómo preparar a los muertos, ¿verdad? Entonces sabrás que no deben quedarse mucho tiempo en la tierra de los vivos. Aún no refresca del todo, y este verano ha hecho calor, y las piedras que podrían estar igual de frías que una tumba no lo están tanto. Así que Preston, ve a traerme dos cubos de agua, ¿quieres?

Se sentó en silencio a un lado de la losa mientras el guardia se marchaba.

Tierra, sal y dos monedas para el barquero eran las cosas que se daban a un muerto, y entonces se observaba y se escuchaba, como la madre de un recién nacido…

Preston regresó con dos grandes baldes y una escasa cantidad de derramamiento, para aprobación de Tiffany. Los dejó a su lado deprisa y se giró para marcharse.

—No, quédate, Preston —le ordenó ella—. Quiero que veas lo que hago para que puedas contar la verdad si alguien pregunta.

El guardia asintió sin hablar. Una impresionada Tiffany colocó uno de los cubos junto a la losa y se arrodilló a su lado, metió una mano en el gélido cubo, apoyó la palma de la otra en la piedra y susurró:

—El equilibrio lo es todo.

La rabia ayudaba. Era increíble lo útil que podía resultar, si se acumulaba hasta poder darle buen uso, como había explicado a Leticia. Oyó que el joven ahogaba un grito cuando el agua del cubo empezó a soltar vapor, y luego a burbujear.

Preston se puso en pie de un salto.

—¡Lo he entendido, señorita! Me llevo el cubo que hierve y traigo otro frío, ¿verdad?

Tuvo que tirar tres cubos de agua hirviendo antes de que el aire de la cripta volviera a tener una gelidez invernal. Tiffany subió la escalera con los dientes a punto de castañetear.

—A mi abuela le habría encantado poder hacer algo así —susurró Preston—. Siempre decía que a los muertos no les gusta el calor. Has puesto el frío en la piedra, ¿verdad?

—En realidad, he sacado calor de la losa y del aire y lo he enviado al cubo de agua —dijo Tiffany—. No es exactamente magia. Es una… habilidad. Solo hay que ser bruja para poder hacerlo, nada más.

Preston suspiró.

—Yo curaba de embuchado a las gallinas de mi abuela. Tenía que abrirlas con un cuchillo para sacar lo que se hubieran tragado, pero luego las cosía. No se me murió ni una. Y una vez que un carro atropelló al perro de mi madre, lo limpié, volví a meterle dentro todas sus cosas y se quedó como nuevo, menos por una pata que no pude salvar. Pero le tallé una de madera, con arnés de cuero y todo, ¡y aún persigue a los carros!

Tiffany intentó no parecer desconfiada.

—Abrir a las gallinas cuando tienen algo embuchado no funciona casi nunca —objetó—. Conozco a una bruja de cerdos que también cura aves cuando es necesario, y dice que a ella nunca le ha salido bien.

—Ah, será porque no conoce la raíz de retuerzo —replicó Preston, animado—. Si mezclas el jugo con un poco de poleo, se curan de maravilla. Mi abuela sabía mucho de raíces y me enseñó a mí.

—Bueno —dijo Tiffany—, si puedes coser una molleja de gallina, podrás arreglar un corazón roto. Oye, Preston, ¿por qué no te haces aprendiz de médico?

Habían llegado a la puerta del despacho del barón. Preston llamó con los nudillos antes de abrirla para que entrara Tiffany.

—Es por las letras esas que tienes que ponerte detrás del nombre —susurró—. ¡Son letras muy caras! A lo mejor no hace falta dinero para hacerse bruja, señorita, pero si necesitas tener las letras esas… ¡ya te digo si hace falta!

Cuando Tiffany entró, Roland estaba de pie mirando hacia la puerta, con la boca llena de palabras vertidas que se apelotonaban para no decirse. Lo que sí atinó a decir fue:

—Hum, señorita Dolorido… Quiero decir, Tiffany, mi prometida me ha asegurado que todos fuimos víctimas de una intriga mágica que te tenía a ti como objetivo. Espero que sepas disculpar cualquier malentendido por nuestra parte, y confío en que no te haya supuesto una incomodidad excesiva. Permíteme añadir que me consuela un poco saber que claramente fuiste capaz de escapar de nuestra pequeña mazmorra. Hum…

Tiffany quería gritar: «¡Roland! ¿Te acuerdas de que nos conocimos cuando yo tenía cuatro años y tú siete, y los dos correteábamos por ahí en camiseta? Me caías mejor cuando no hablabas como un viejo abogado con una escoba metida trasero arriba. Suenas como si estuvieras dando un mitin». Pero lo que dijo fue:

—¿Leticia te lo ha contado todo?

Roland puso ojos de cordero degollado.

—Tengo la pertinaz sospecha de que no, Tiffany, pero sí ha sido muy sincera. Incluso me atrevería a calificarla de rotunda. —Tiffany intentó no sonreír. Por su rostro, parecía que Roland empezaba a entender algunos hechos de la vida matrimonial. El pobre carraspeó—. Me ha contado que fuimos víctimas de una especie de enfermedad mágica, que en estos momentos se halla atrapada dentro de un libro de Villa Florilegio… —Sonaba más a pregunta que a afirmación, y a Tiffany no le extrañó que estuviera perplejo.

—Sí, es verdad.

—Y… por lo visto ahora está todo arreglado porque Leticia ha sacado tu cabeza de un cubo de arena. —Con aquello pareció perdido del todo, y Tiffany lo comprendía.

—Me parece que las cosas pueden haberse embrollado un poco —dijo, diplomática.

—Y también me ha dicho que va a hacerse bruja. —Lo dijo en un tono algo abatido. Tiffany sintió lástima por él, pero no mucha.

—Bueno, creo que tiene una aptitud básica. Depende de ella hasta dónde quiera llevarla.

—No sé lo que dirá su madre.

Tiffany se echó a reír.

—Bueno, siempre puedes explicar a la duquesa que la reina Magrat de Lancre es bruja. No es ningún secreto. Está claro que reinar tiene prioridad, pero hay pocas mejores que ella con las pociones.

—¿En serio? —dijo Roland—. El rey y la reina de Lancre han tenido la gentileza de aceptar la invitación a nuestra boda. —Y Tiffany estuvo segura de ver la mente de Roland funcionando. En aquella extraña partida de ajedrez que era la nobleza, una reina viva y auténtica vencía a casi cualquiera, por lo que la duquesa tendría que hacer reverencias hasta que le crujieran las rodillas. Captó las palabras vertidas: Por supuesto sería de lo más desafortunado. Era increíble, pero Roland podía medir hasta sus palabras vertidas. Lo que no pudo detener fue una pequeña sonrisita.

—Tu padre me dio quince dólares de Ankh-Morpork de oro de verdad. Fueron un regalo. ¿Me crees?

Roland vio el brillo en sus ojos e inmediatamente respondió:

—¡Sí!

—Bien —dijo Tiffany—. Pues averigua dónde se ha metido la enfermera.

Tal vez una pequeña parte de la escoba siguiera metida en el trasero de Roland, porque preguntó:

—¿Crees que mi padre era consciente del valor real de ese regalo?

—Tuvo la mente clara como el agua hasta el final, y lo sabes. Puedes confiar en él, igual que puedes confiar en mí, y ahora confía en mí si te digo que seré yo con quien te cases.

Su mano taponó la boca un instante demasiado tarde. ¿De dónde había salido eso? Y Roland parecía tan estupefacto como se sentía ella.

Habló él, con una voz alta y firme para ahuyentar el silencio.

—No he oído bien lo que acabas de decir, Tiffany… Imagino que el duro trabajo de estos últimos días ha abrumado tu sensibilidad, de algún modo. Creo que todos nos quedaríamos mucho más tranquilos si supiéramos que descansas bien. Yo… amo a Leticia, ¿sabes? No es muy… bueno, complicada, pero lo haría todo por ella. Cuando es feliz, me hace feliz a mí, y la felicidad nunca se me ha dado muy bien. —Tiffany vio caer una lágrima por su mejilla e, incapaz de detenerse, le tendió un pañuelo más o menos limpio. Roland lo cogió para intentar sonarse la nariz, llorar y reír al mismo tiempo—. A ti te tengo cariño, Tiffany, mucho cariño… pero es como si siempre tuvieras un pañuelo para ofrecérselo al mundo entero. Eres muy, muy lista. No, no digas que no. Eres lista. Una vez, de pequeños, recuerdo que estabas fascinada por la palabra «onomatopeya». Era como hacer un nombre o una palabra a partir de un sonido, como cuco o zumbar o…

—¿Tintineo? —sugirió Tiffany antes de poder evitarlo.

—Eso es, y recuerdo que decías que «muermo» es el ruido que hace el aburrimiento, porque suena como una mosca muy cansada que vuela contra la ventana cerrada de un desván viejo en el bochorno de un día de verano. Y yo pensé: «¡No voy a entenderlo en la vida!». Para mí no tiene sentido, y sé que tú eres lista y para ti sí. Creo que hace falta un tipo especial de cabeza para pensar de esa manera, un tipo particular de listeza. Y yo no tengo una cabeza de ese tipo.

—¿Qué sonido hace la amabilidad? —dijo Tiffany.

—Sé lo que es la amabilidad, pero no concibo que haga ruido. ¡Ya estás otra vez! El caso es que mi cabeza no vive en un mundo donde la amabilidad tiene un sonido propio. La mía vive en un mundo donde dos más dos son cuatro. Tiene que ser muy interesante, y no sabes cómo te envidio, pero creo que a Leticia la comprendo. Leticia no tiene complicaciones; ya sabes lo que quiero decir.

Una chica que exorcizó a un fantasma escandaloso del lavabo como quien cumple una tarea doméstica más. No sabes la que te espera con ella, amigo. Pero no lo dijo en voz alta. Dijo:

—Creo que te has comprometido con mucha sabiduría, Roland.

Para su sorpresa, el joven barón puso cara de alivio antes de volver detrás de su mesa como un soldado se cubriría tras las almenas.

—Esta tarde empezarán a llegar los invitados que vienen de más lejos para el funeral de mañana, y algunos de ellos se quedarán hasta la boda. Ha querido la fortuna… —Ahí había otro trozo de escoba—. El pastor Huevo tiene que pasar por aquí en su ronda, y será tan amable de decir unas palabras en la ceremonia de mi padre, y luego se quedará alojado aquí para oficiar la boda. Es miembro de una secta omniana moderna. Mi futura suegra aprueba a los omnianos pero, por desgracia, no a esta secta concreta, así que hay un poco de tensión al respecto. —Puso la mirada en blanco—. Para colmo de males, tengo entendido que viene directo desde la ciudad y, como ya sabes, a los predicadores de ciudad no suele irles muy bien aquí.

»Lo consideraría un gran favor, Tiffany, si pudieras ayudar a evitar[[27]](#footnote-27) cualquier complicación o alboroto, sobre todo si es de naturaleza oculta, en los duros días que nos esperan. ¿Por favor? Ya circulan bastantes historias.

Tiffany aún estaba sonrojada después de su arrebato. Asintió y logró farfullar:

—Escucha, eso que he dicho hace un momento no lo…

Calló porque Roland había levantado una mano.

—Es un momento difícil para todos nosotros. Todas las supersticiones tienen una razón de ser. Las bodas y los funerales provocan grandes tensiones en todos los implicados, salvo en el caso de los, digamos, protagonistas de los segundos —dijo—. Mantengamos la calma y la cautela. Me alegro de que le hayas caído bien a Leticia. No creo que tenga muchas amigas. Y ahora, si me disculpas, tengo más cosas que supervisar.

Mientras salía del despacho en la cabeza de Tiffany seguía resonando su propia voz. ¿Por qué había dicho eso de casarse? Siempre había pensado que acabaría siendo cierto. Bueno, no hacía tanto que había dejado de pensarlo, pero seguía siendo el pasado, ¿verdad? ¡Claro que sí! Qué vergüenza haber saltado con aquella chiquillada tan tonta.

Y ahora, ¿dónde iba? Bueno, había muchas cosas que hacer, como siempre. La necesidad nunca acababa. Ya había recorrido la mitad del gran vestíbulo cuando una doncella se acercó nerviosa y le dijo que la señorita Leticia quería hablar con ella en su dormitorio.

Encontró a la chica sentada en la cama, retorciendo un pañuelo —Tiffany se alegró de constatar que era uno limpio— con aire de preocupación, es decir, con aire de más preocupación que su aire habitual, el de un hámster al que se le ha parado la rueda de andar.

—Muchas gracias por venir, Tiffany. ¿Podemos hablar en privado? —Tiffany miró a su alrededor; allí no había nadie más—. En confianza —dijo Leticia, y dio otra vuelta al pañuelo.

No tiene muchos amigos de su edad, pensó Tiffany. Seguro que no le dejaban jugar con los niños del pueblo. No sale mucho. Va a casarse en un par de días. Ay, madre. No era una conclusión muy difícil de alcanzar. Una tortuga coja podría cazarla al vuelo. Y luego estaba Roland. Secuestrado por la Reina de los Elfos, retenido en su asqueroso país muchísimo tiempo sin crecer, mangoneado por sus tías, siempre angustiado por su anciano padre; normal que le parezca necesario comportarse como si tuviera veinte años más de los que tiene. Ay, madre.

—¿En qué puedo ayudarte? —inquirió en tono alegre.

Leticia carraspeó.

—Después de la boda nos iremos de luna de miel —dijo mientras su rostro adquiría un delicado matiz rosa—. ¿Qué se supone que ocurrirá exactamente? —Las últimas palabras las había murmurado a toda prisa, notó Tiffany.

—¿No tienes ninguna… tía? —preguntó. Las tías solían ser buenas para aquellas cosas. Leticia negó con la cabeza—. ¿Has probado a hablar con tu madre? —aventuró Tiffany, y Leticia giró hacia ella una cara que estaba roja como una langosta cocida.

—¿Tú hablarías de esto con mi madre?

—Ya veo el problema. Bueno, a grandes rasgos, y no te lo tomes como una opinión de experta…

Pero lo era. Las brujas no podían evitar hacerse expertas en cómo llegaba la gente a[[28]](#footnote-28)l mundo; cuando ella tenía doce años, las brujas mayores ya confiaron en que atendiera un parto ella sola. Además había ayudado a nacer a los corderos, incluso de muy pequeña. Las cosas fluían por naturaleza, como decía Tata Ogg, aunque a veces no fluían tanto como cabría esperar. Se acordó del señor y la señora Bache, una pareja bastante simpática que había tenido tres niños seguidos antes de que se les ocurriera cuál podía ser el motivo. Desde entonces Tiffany se preocupó de tener una charla con las niñas del pueblo cuando llegaban a una cierta edad, por si acaso.

Leticia la escuchó con la actitud de alguien que iba a tomar apuntes después, y a quien posiblemente examinarían el viernes. No hizo ninguna pregunta hasta más o menos la mitad de la explicación, cuando dijo:

—¿Estás segura de eso?

—Sí. Estoy bastante convencida —respondió Tiffany.

—Bueno, hum… Complicado no parece. Por supuesto, me imagino que los chicos lo saben todo sobre estas cosas… ¿Por qué te ríes?

—Es cuestión de opiniones.

¡Ah, ahora te veo! ¡Te veo, inmundicia, pestilencia, nociva abominación!

Tiffany miró el espejo de Leticia, que era inmenso y tenía un marco lleno de querubines gordos y dorados que iban a morirse de un constipado. Allí estaba el reflejo de Leticia, y allí, tenue pero visible, estaba el rostro sin ojos del Hombre Astuto. Su contorno empezó a ganar consistencia. Tiffany sabía que no había cambiado la expresión de su propio rostro. Lo sabía. No voy a contestarle, pensó. Ya casi me había olvidado de él y todo. No respondas. ¡No le des por dónde agarrarte!

Forzó una sonrisa mientras Leticia sacaba de cajas y arcones lo que llamaba su ajuar, pero que en opinión de Tiffany, contenía todo el suministro mundial de volantes. Se concentró en ellos para que el volantismo le llenara la mente y se llevara las palabras que no dejaba de escupirle él. Las que podía entender ya eran bastante malas, pero eran peores las que no. Pese a todo, la voz cascada y ahogada se abrió paso de nuevo:

Crees que has tenido suerte, bruja. Confías en volver a tenerla. Tú necesitas dormir. Yo nunca duermo. Tú tienes que tener suerte una y otra vez. A mí solo me hace falta una. Solo una vez y… arderás.

La última palabra fue suave, casi amable, después de las frases chirriantes, entrecortadas y rasposas que la habían precedido. Sonó peor.

—¿Sabes qué? —dijo Leticia mirando pensativa una prenda que Tiffany sabía que nunca podría permitirse—. Aunque tengo ganas de ser la señora de este castillo, debo decir que el sistema de desagües huele que apesta. Vamos, que huele como si no lo hubieran limpiado desde el principio de los tiempos. De verdad, hasta me imagino a monstruos prehistóricos haciendo sus necesidades en él.

Así que puede olerlo, pensó Tiffany. Es una bruja, no hay duda. Una bruja que necesita formación porque si no la recibe será una amenaza para todos, empezando por ella misma. Leticia seguía cotorreando; no podía describirse de otra forma. Tiffany, todavía obstinada en ahogar la voz del Hombre Astuto por pura fuerza de voluntad, preguntó en voz alta:

—¿Por qué?

—Ah, porque me parece que las presillas quedan mucho más bonitas que los botones —dijo Leticia, que sostenía un camisón de esplendor considerable, otro recordatorio para Tiffany de que las brujas nunca tenían dinero.

¡Ya ardiste antes igual que ardí yo!, graznó la voz en su mente. ¡Pero esta vez no me atraparás! ¡¡¡Seré yo quien te atrape a ti y a tu confederación de la maldad!!!

Tiffany pensó que hasta podía ver los signos de admiración. Los signos gritaban por él, aun cuando hablaba con voz suave. Brincaban y daban tajos a sus palabras. Tiffany alcanzó a ver su cara fruncida, las gotitas de saliva que acompañaban sus gestos a dedo levantado y los gritos: pegotes de locura líquida que surcaban el aire detrás del espejo.

Leticia tenía suerte de no poder oírlo aún, ya que su mente estaba llena de volantes, campanas, arroz y la perspectiva de ocupar el centro de una boda. Ni siquiera el Hombre Astuto podía abrirse camino a través de aquello.

Tiffany logró decir:

—No va a conjuntarte bien. —Y una parte de ella repetía una y otra vez para sí misma: No tiene ojos. No hay ni rastro de ojos. Son dos túneles en su cabeza.

—No, tienes razón. Creo que quedaría mejor el de color malva —dijo Leticia—, aunque siempre me dicen que mi color es el eau-de-nil. Por cierto, ¿podría compensarte un poco por todo nombrándote mi dama de honor principal? Por supuesto, tengo un montón de primas lejanas pequeñas que, por lo visto, llevan dos semanas sin quitarse sus vestidos de dama de honor.

Tiffany seguía mirando a la nada, o más bien a dos agujeros hacia la nada. En aquel momento eran lo más importante de su mente, y ya tenía bastante sin añadir primitas lejanas a la mezcla.

—Me parece que las brujas no valemos para damas de honor, pero gracias de todas formas —dijo.

¿Damas de honor? ¿Una boda?

A Tiffany se le cayó aún más el alma a los pies. Ya no podía deshacerlo. Salió corriendo del dormitorio antes de que aquella criatura averiguara más cosas. ¿Cómo buscaba? ¿Qué buscaba? ¿Acababan de darle una pista? Bajó corriendo a la mazmorra, que en aquel momento consideraba un refugio.

Allí estaba el libro que le había regalado Leticia. Lo abrió y empezó a leer. En las montañas había aprendido a leer rápido, ya que los únicos libros a los que podía echar mano eran de la biblioteca ambulante y si los devolvías con retraso te cobraban un penique, que no era moco de pavo cuando tu moneda de curso legal era la bota vieja.

El libro contaba historias de ventanas. No de ventanas ordinarias, aunque algunas podían serlo. Y detrás de ellas había… cosas, monstruos a veces. Un cuadro, una página de un libro, incluso un charco en el lugar adecuado podía ser una ventana. Volvió a recordar el espantoso trasgo del viejo libro de cuentos de hadas: a veces reía y a veces sonreía con malicia. Siempre había estado segura de ello. No era un cambio pronunciado, pero seguía siendo un cambio. Y cada vez Tiffany se preguntaba qué expresión había tenido la vez anterior. ¿Lo estaría recordando mal ella?

Las páginas que iba pasando Tiffany susurraban como un ladrón al descubrir que ha entrado a robar en casa de un insomne. El escritor era un mago, y de los prolijos, pero aun así el libro era fascinante. Había gente que entraba en los cuadros y gente que había salido de ellos. Las ventanas eran una forma de pasar de un mundo a otro, y cualquier cosa podía ser una ventana y cualquier cosa podía ser un mundo. Tiffany había oído que se notaba cuando un cuadro era bueno porque los ojos te seguían por la sala, pero según el libro era muy probable que pudieran seguirte hasta casa, escalera arriba y también hasta la cama… una idea que no le apetecía nada rumiar en aquel momento. Al ser mago, el autor había intentado explicarlo todo con gráficas y tablas, que no servían para nada.

El Hombre Astuto había corrido hacia ella dentro de un libro, y Tiffany lo había cerrado antes de que pudiera salir. Le había visto los dedos justo antes de que cayera la prensa. Pero no podía estar aplastado dentro del libro, pensó, porque en el fondo ni siquiera estaba de verdad en el libro, salvo en algún sentido mágico, y además había estado buscándola por otros medios. ¿Cómo? En aquel momento, los días agotadores llenos de piernas rotas, dolores de tripa y uñas de los pies encarnadas le parecieron de pronto bastante atractivos. Siempre decía a la gente que en aquellas cosas consistía la brujería, y era cierto hasta el preciso momento en que algo horrible podía saltar de cualquier sitio. Para aquello no bastaría con una cataplasma.

Un trocito de paja cayó flotando y se posó en el libro.

—Podéis salir tranquilos —dijo Tiffany—. Estáis aquí, ¿verdad?

Y justo al lado de su oreja una voz confirmó:

—Aj, sí, aquí estamos.

Aparecieron feegles desde detrás de balas de heno, telarañas, estantes de manzanas, cabras y otros feegles.

—¿Tú no eres Pequeño Loco Arthur?

—Sí, señorita, correctu. Debo decirle, para gran escarniu mío, que Rob Cualquiera depositó una gran confianza en mí por ser policía, ya que por lo vistu pensó que, si hay que tratar con grandullones, darales más canguelo todavía un agente de la ley. ¡Además, sé hablar en grandullón! Rob está quedándose más tiempu allá arriba, en el montículo, ya sabe. Non confía en que el baronciño ese non acabe subiendo allá arriba con palas.

—Yo me encargaré de que no ocurra —dijo Tiffany con firmeza—. Hubo un malentendido.

Pequeño Loco Arthur no parecía convencido.

—Non sabe cuánto alégrome de oírlo, señorita, comu seguro que tambén alegrarase el gran hombre, porque créame si dígole que cuando clávese la primera pala en el túmulo no quedará un solu hombre vivo en este castillo, y grande será el lamentu de las mujeres, excepcionandu la presente.

Hubo un murmullo general procedente de los otros feegles, con el tema general de degollar a cualquiera que tocara un túmulo y lo mucho que cada uno de ellos lamentaría lo que se vería obligado a hacer.

—Son las perneiras —dijo Jock Un Poco Más Flaco Que Jock Gordo—. Cuandu a un hombre súbele un feegle por las perneiras, sus penas y tribulaciones non hicieron más que empezar.

—Aj, sí, es entonces cuandu llega la gran gesta de los saltos y los brincos para los hombres que sufran tal destino —dijo Jock Pequeño de la Cabeza Blanca.

Tiffany se había quedado pasmada.

—¿Cuándo fue la última vez que los feegles lucharon contra grandullones, entonces?

Después de cierta discusión entre los feegles, se declaró que fue en plena Batalla de los Muladares cuando, según Jock Pequeño de la Cabeza Blanca…

—Nunca hubo tales gritos ni correteos ni pisotones al suelu, ni unos llantos lastimeros comu jamás oyéronse antes, ni tamañas risitas groseras de las mujeres al ver sudar sangre a sus hombres por despojarse de unas perneiras que de prontu ya non eran amigas suyas, ya entiéndesme.

Tiffany, que había escuchado el relato con la boca abierta, se recuperó lo suficiente para cerrarla y luego volvió a abrirla para decir:

—Pero ¿los feegles han matado alguna vez a un humano?

La pregunta llevó a cierta cantidad de miradas evitadas entre los feegles, además de a bastante remover de pies y rascar de cabezas, con el habitual desprendimiento de insectos, reservas de comida, piedras interesantes y otros objetos inenarrables. Al final, Pequeño Loco Arthur dijo:

—Dado que soy, señorita, un feegle que descubrió hace muy poco que non es un hada remendona, non tengo orgullo que perder contándole que pasé un tiempo hablandu con mis nuevos hermanos. Aprendí que, cuando los suyos vivían en las montañas lejanas, tuvieron que luchar contra los humanos a veces, cuando llegaban para excavar en busca del oro de las hadas, y en esos casos hubo terror…eh… ables luchas y, en efectu, los bandoleiros que eran demasiado tontos para correr descubriéronse lo bastante listos para morir. —Carraspeó—. Aun así, debo señalar en descargu de mis nuevos hermanos que siempre aseguráronse de que fuera una lucha justa, es decir, un feegle por cada diez hombres. Non puédese ser más justo. Non es culpa de ellos que hubiera hombres emperrados en suicidarse.

En los ojos de Pequeño Loco Arthur había un brillo que llevó a Tiffany a preguntar:

—¿Cómo se suicidaban exactamente?

El feegle policía levantó sus pequeños pero amplios hombros.

—Llevandu una pala a un montículo feegle, señorita. Yo soy hombre de ley, señorita. Non había visto nunca un montículo hasta conocer a estos caballeros, pero aun así hiérveme la sangre, señorita, hiérveme, y es así. Palpítame el corazón, y aceléraseme el pulso, y despiértaseme la garganta con el aliento de un dragón ante la mera idea de que una pala de brillante aceru hiéndase en la arcilla de un montículo feegle, cortando y aplastando. Mataría al hombre que hiciéralo, señorita. Mataríalo ben muerto, y perseguiríalo por el siguiente mundo para volver a matarlo, y haríalo una y otra vez más, porque habría cometido el pecadu de pecadus, matar a un pueblo entero, y una sola muerte non sería retribución suficiente. Pero como soy el susodichu agente de la ley, espero que el malentendido actual puédase resolver sin necesidad de carnicerías al por mayor ni sangraduras ni gritos ni lamentus ni sollozos ni gente cuyos trociños acaban clavados a los árboles como nunca antes los hubo, ¿de acuerdo? —Pequeño Loco Arthur, que sostenía su placa de policía de tamaño humano como un escudo, miró a Tiffany con una mezcla de conmoción y desafío.

Y Tiffany era una bruja.

—Tengo que decirte una cosa, Pequeño Loco Arthur, y tú tienes que comprender lo que digo. Has encontrado tu hogar, Pequeño Loco Arthur.

El escudo se le cayó del brazo.

—Sí, señorita, agora compréndolo. Un policía non debería decir las palabras que acabu de decir yo. Un policía tendría que hablar de jueces, cárceles y condenas, y diría que non puédese tomar la ley por la propia mano. Así que devolveré mi placa, sí, y quedareme aquí con mi propio pueblo, aunque debo señalar que cuidandu mejor la higiene.

La declaración levantó aplausos entre los feegles reunidos, aunque Tiffany no estaba segura de que muchos de ellos comprendieran bien el concepto de higiene o, ya puestos, el de obedecer la ley.

—Tienes mi palabra —dijo Tiffany— de que nadie volverá a tocar el túmulo. Me encargaré de ello, ¿entendido?

—Ah, bueeenu —replicó Pequeño Loco Arthur entre lágrimas—. Non es que non aprécielo, señorita, pero ¿qué pasará a sus espaldas cuando esté volindreando y zumbando por ahí para cumplir con sus muy importantes asuntos por todas las colinas? ¿Qué pasará entonces?

Todos los ojos se volvieron hacia Tiffany, incluidos los de las cabras. Ya no solía hacerlo porque sabía que era de mala educación, pero Tiffany levantó a Pequeño Loco Arthur del suelo y lo sostuvo frente a sus ojos.

—Soy la arpía de las colinas —dijo—. Y juro ante ti y ante todos los demás feegles que el hogar del clan nunca volverá a afrontar la amenaza del hierro. Jamás estará a mis espaldas, sino delante de mis ojos. Y mientras así sea ningún hombre vivo lo tocará si pretende seguir siendo un hombre vivo. Y si fallo a los feegles en esto, que se me arrastre por los siete infiernos en una escoba hecha de clavos.

Tomadas al pie de la letra, pensó Tiffany, eran unas amenazas más bien vanas, pero los feegles no apreciaban un juramento si no iba cargado de rayos y truenos y fanfarroneo y sangre. De algún modo la sangre lo hacía oficial. Y es cierto que me ocuparé de que nunca pongan la mano encima al túmulo, pensó. Ahora no hay forma de que Roland me lo niegue. Y además, cuento con un arma secreta: la confianza y las confidencias de la joven que va a casarse con él. En esas circunstancias, no hay hombre que esté a salvo.

Con la euforia de la tranquilidad renovada, Pequeño Loco Arthur dijo:

—Bien dichu, señora, y debo agradecerle en nombre de mis nuevos amigos y familiares que hace un rato explicara todu eso de los nupciales de la boda. Fue muy interesante para los que non tenemos muchu que ver con esas cosiñas. Algunos estábamos pensandu si tal vez podríamos hacer unas preguntas…

La amenaza de un horror espectral era terrible y acuciante para Tiffany pero, de alguna manera, la idea de que los Nac Mac Feegle le preguntaran sobre hechos de la vida matrimonial humana era incluso peor. No tenía sentido explicarles por qué no se lo iba a explicar, así que Tiffany lo dejó en un «no» pronunciado con voz de acero antes de bajar a Arthur al suelo.

—No deberíais haber escuchado —añadió.

—¿Por qué non? —dijo Wullie Chiflado.

—¡Porque no! No voy a explicároslo. No deberíais y punto. Y ahora, caballeros, querría estar sola un rato, si no os importa.

Pensó que, por supuesto, algunos de ellos la seguirían. Lo hacían siempre. Volvió a subir al vestíbulo y se sentó tan cerca como pudo del gran fuego de la chimenea. El vestíbulo del castillo estaba gélido incluso a finales del verano. En las paredes de piedra había tapices colgados para aislar del frío. Eran los habituales: hombres con armaduras que blandían espadas, arcos y hachas en dirección a otros hombres con armaduras. Las batallas siempre son rápidas y ajetreadas, por lo que seguro que tuvieron que dejar de pelear cada dos minutos para que las tejedoras tuvieran tiempo de ponerse al día. Tiffany conocía al dedillo el tapiz más cercano a la chimenea, igual que todos los niños. En la Caliza la historia se aprendía de los tapices, cuando había algún anciano cerca para explicar lo que estaba pasando. Pero cuando Tiffany era pequeña, siempre había sido más divertido inventarse historias sobre los distintos caballeros, como el que corría desesperado para alcanzar a su caballo o el que se había caído del suyo y, como su yelmo acababa en punta, ahora estaba bocabajo con la cabeza clavada en el suelo; incluso de niños, Tiffany y sus compañeros habían concluido que no era muy buena posición a mantener en un campo de batalla. Los tapices eran como viejos amigos, congelados en una guerra cuyo nombre ya no se recordaba en la Caliza.

Y… de pronto hubo otro hombre, otro que no había estado antes y ahora corría hacia Tiffany entre el fragor de la lucha. Tiffany se lo quedó mirando mientras su cuerpo le exigía que durmiera un poco ahora mismo y las partes de su cerebro que aún funcionaban insistían en que hiciera algo. Su mano agarró un leño del borde de la chimenea y lo alzó resuelta hacia el tapiz.

El tejido ya casi se había desmoronado de viejo. Ardería como la hierba seca.

Ahora la silueta avanzaba con cautela. Tiffany aún no distinguía los detalles, ni le interesaban. Los caballeros del tapiz estaban representados sin ninguna perspectiva, tan planos como dibujos de guardería.

Pero el hombre de negro, que había empezado como una mancha lejana, ganaba tamaño a medida que se acercaba, y ahora… ya podía verle la cara y los agujeros vacíos de los ojos, que iban cambiando de color a medida que el hombre adelantaba a caballeros de armaduras pintadas. La figura echó a correr, cada vez más grande… ¿Cuánto dinero costaría aquel tapiz? ¿Tiffany tenía el menor derecho a destruirlo? ¿Con aquella cosa a punto de salir? ¡Sí! ¡Oh, sí!

¡Quién pudiera ser un mago y conjurar a esos caballeros para una última batalla!

¡Quién pudiera ser una bruja que no estuviera allí! Levantó el leño crepitante y clavó la mirada en los agujeros que ocupaban la posición de los ojos. Había que ser bruja para poder vencer en duelo a una mirada que no estaba allí, porque daba la extraña sensación de que intentaba sacarle sus propios globos oculares de la cabeza.

Esos túneles en el cráneo eran hipnóticos, y entonces el Hombre Astuto empezó a balancearlos despacio de un lado a otro, como una serpiente…

—Por favor, no te muevas.

La voz sorprendió a Tiffany. Era apremiante pero bastante amistosa… y pertenecía a Eskarina Herrero.

El viento era de plata y frío.

Tiffany, tumbada sobre su espalda, miró hacia un cielo blanco. En el borde de su visión había hierbas secas zarandeadas por el viento pero, curiosamente, detrás de aquel trocito de campo estaban la gran chimenea y los caballeros batallando.

—De verdad es muy importante que no te muevas —dijo la misma voz desde detrás—. Este lugar está, como solemos decir, montado deprisa y corriendo para esta conversación. No existía hasta que tú has llegado, y dejará de existir tan pronto como salgas. Hablando con propiedad, y según las definiciones habituales de casi todas las disciplinas filosóficas, no puede afirmarse en absoluto que tenga existencia.

—O sea, es un lugar mágico, ¿no? ¿Como los Solares Irreales?

—Una forma muy acertada de expresarlo —dijo la voz de Eskarina—. Quienes sabemos de esto lo llamamos el ahora viajero. Es una forma fácil de hablar contigo en privado. Cuando se cierre, estarás exactamente donde estabas y no habrá transcurrido el tiempo. ¿Lo comprendes?

—¡No!

Eskarina se sentó en la hierba a su lado.

—Menos mal. Sería bastante inquietante si lo comprendieras. ¿Sabes? Eres una bruja muy, muy inusual. Hasta donde puedo ver, tienes un talento natural para hacer queso, que es un don bastante bueno dentro de lo que cabe. El mundo necesita queseros. Un buen quesero vale su peso en… bueno, en queso. No naciste con talento para la brujería.

Tiffany abrió la boca para replicar antes de tener la menor idea de lo que decir, una reacción nada rara en los seres humanos. La primera en abrirse paso por el embrollo de preguntas fue:

—Un momento. Tenía una rama ardiendo en la mano. Pero ahora me has traído aquí, dondequiera que sea este sitio. ¿Qué ha pasado? —Miró al fuego. Las llamas estaban quietas—. La gente se fijará en mí —dijo, y dada la naturaleza de su situación, añadió—: ¿Verdad?

—La respuesta es no; el motivo es muy complejo. El ahora viajero es… tiempo domesticado. Es tiempo que está de tu parte. Créeme, en el universo hay cosas más raras. Ahora mismo, Tiffany, vivimos en auténtico tiempo prestado.

Las llamas seguían paralizadas. Tiffany tuvo la sensación de que deberían estar frías, pero notaba su calidez. Y había tenido tiempo de pensar.

—¿Y cuando vuelva?

—No habrá cambiado nada —dijo Eskarina— excepto el contenido de tu cabeza, que en estos momentos es muy importante.

—¿Y te tomas tantas molestias para decirme que no tengo talento para la brujería? —preguntó Tiffany sin levantar la voz—. Muy amable por tu parte.

Eskarina rió. Era su risa joven, que sonaba extraña al fijarse en las arrugas de su cara. Tiffany nunca había visto a una persona vieja que pareciera tan joven.

—Te he dicho que no naciste con talento para la brujería, y no te fue fácil conseguirlo; trabajaste mucho en ello porque lo querías. Obligaste al mundo a dártelo, sin importar el precio, y el precio es y siempre será alto. ¿Te suena el dicho «La recompensa por cavar agujeros es una pala más grande»?

—Sí —dijo Tiffany—. Se lo oí decir una vez a Yaya Ceravieja.

—Lo inventó ella. La gente dice que la brujería no la encuentras, que te encuentra ella a ti. Pero tú la encontraste, aunque en aquel momento no supieras lo que encontrabas, y la agarraste por su flaco pescuezo y la hiciste funcionar para ti.

—Todo eso es muy… interesante —declaró Tiffany—, pero tengo cosas que hacer.

—No en el ahora viajero —replicó Eskarina con voz firme—. Mira, el Hombre Astuto ha vuelto a encontrarte.

—Creo que se esconde en libros y dibujos —sugirió Tiffany—. Y en tapices. —Se estremeció.

—Y en espejos —confirmó Eskarina—, y en charcos, y en la luz reflejada en un cristal roto, y en el destello de un filo. ¿Cuántas otras formas se te ocurren? ¿Cuánto miedo estás dispuesta a tener?

—Tendré que enfrentarme a él —dijo Tiffany—. Creo que lo sabía desde el principio. No me parece alguien de quien se pueda huir. Es como un niño abusón, ¿verdad? Ataca allí donde cree que ganará, así que tengo que encontrar la forma de ser más fuerte que él. Me parece que puedo ingeniármelas… Al fin y al cabo, se parece un poco al colmenero, y la verdad es que aquello fue bastante fácil.

Eskarina no gritó; habló en un tono medido y bajo que, en cierto modo, resultó más estruendoso que un chillido.

—¿Sigues empeñada en no admitir lo importante que es esto, Tiffany Dolorido la quesera? Tienes una oportunidad de derrotar al Hombre Astuto y, si fallas, falla la brujería… y caerá contigo. Él poseerá tu cuerpo, tus conocimientos, tus talentos y tu alma. Y por tu propio bien, y también por el de todos, tus hermanas brujas apartarán sus diferencias y os mandarán a los dos al abismo antes de que podáis hacer más daño. ¿Entiendes eso? ¡Esto es importante! Tienes que ayudarte a ti misma.

—¿Las otras brujas me matarán? —dijo Tiffany, horrorizada.

—Por supuesto. Eres una bruja, y ya sabes lo que dice siempre Yaya Ceravieja: «Hacemos lo correcto, no lo agradable». Es tú o él, Tiffany Dolorido. El perdedor morirá. En su caso, lamento decir que tal vez volvamos a encontrárnoslo dentro de unos siglos; en el tuyo no voy a especular.

—Pero espera un momento —objetó Tiffany—. Si están preparadas para luchar contra él y contra mí, ¿por qué no nos unimos todas ahora para enfrentarnos a él?

—Por supuesto. ¿Te gustaría que lo hicieran? ¿Qué es lo que realmente quieres, Tiffany Dolorido, aquí y ahora? Tú eliges. Seguro que las otras brujas no pensarían menos de ti. —Eskarina vaciló un momento y luego dijo—: Vamos, seguro que serían de lo más amables al respecto.

¿La bruja que afrontó una prueba y salió por piernas?, pensó Tiffany. ¿La bruja con la que eran amables porque sabían que no era lo bastante buena? Y si no te crees lo bastante buena, es que ya no eres una bruja de ninguna clase. En voz alta respondió:

—Prefiero morir intentando ser bruja que ser la chica con la que todas eran amables.

—Señorita Dolorido, está usted haciendo gala de un aplomo que raya el pecado y de un orgullo y una certeza abrumadores, y permítame decir que no esperaría menos de una bruja.

El mundo se sacudió un poco y cambió. Eskarina desapareció mientras Tiffany acababa de absorber sus palabras. El tapiz volvía a estar delante de ella, que aún levantaba el leño ardiente, pero esta vez lo alzó con confianza. Se sentía como llena de un aire que la elevaba. El mundo se había vuelto extraño, pero al menos sabía que el fuego devoraría el tapiz seco tan pronto como lo tocara.

—Quemaré esta sábana vieja sin pensármelo, créeme. ¡Vuelve ahora mismo al lugar de donde vienes!

Para su asombro, la silueta oscura se retiró. Hubo un siseo momentáneo y Tiffany sintió como si le hubieran quitado un peso de encima, que se llevó el hedor con él.

—Ha sido todo muy interesante. —Tiffany dio media vuelta y se encontró con la sonrisa alegre de Preston—. ¿Sabes? Cuando te has quedado quieta un rato, me he preocupado mucho. Creía que estabas muerta. Al tocarte el brazo, con mucho respeto y sin tejemanejes, ojo, he notado como el aire en un día de tormenta. Así que he pensado: esto es asunto de brujas, y he decidido tenerte echado un ojo, ¡y acabas de amenazar a un tapiz inocente con una muerte espantosa!

Tiffany se miró en los ojos del chico como si fueran un espejo. Fuego, pensó. El fuego le mató una vez, y lo sabe. No querrá acercarse al fuego. El fuego es el secreto. La liebre corre al fuego. Mmm.

—En realidad el fuego me gusta bastante —declaró Preston—. No le tengo ninguna manía.

—¿Qué? —preguntó Tiffany.

—Me temo que estabas hablando entre dientes —dijo Preston—. No voy a preguntarte sobre qué. Mi abuela siempre decía: «No te entrometas en asuntos de brujas, pues te aventarán un sopapo que te dejará fino».

Tiffany se quedó mirándolo un momento y tomó una decisión instantánea.

—¿Sabes guardar un secreto?

Preston asintió.

—¡Ya lo creo! Nunca he dicho a nadie que el sargento escribe poesía, por ejemplo.

—¡Preston, acabas de decírmelo a mí!

Preston le sonrió.

—Ah, pero una bruja no es «nadie». Mi abuela decía que contarle un secreto a una bruja es como susurrar a la pared.

—Bueno, sí —empezó a decir Tiffany, pero se detuvo—. ¿Y tú cómo sabes que escribe poesía?

—Lo difícil era no saberlo —dijo Preston—. Verás, la escribe en páginas del parte de sucesos que tenemos en la caseta de la guardia, supongo que cuando tiene turno de noche. Luego se preocupa de arrancar las páginas, con mucho cuidado para que no se note nada, pero aprieta tanto con el lápiz que se puede leer la impresión en el folio de debajo.

—¿Y los demás no se han dado cuenta? —preguntó Tiffany.

Preston negó con la cabeza, bamboleando un poco su casco sobredimensionado.

—Ah, no, ya sabes cómo son: piensan que leer es cosa de niñas. Además, cuando llego temprano arranco el papel de debajo para que no se rían de él. Ojo, que para ser autodidacta es bastante buen poeta. Domina bien la metáfora. Escribe todos sus poemas a una mujer llamada Millie.

—Su esposa —reveló Tiffany—. Tienes que haberla visto en el pueblo. Nunca he conocido a nadie con tantas pecas, y es muy susceptible con ellas.

Preston asintió.

—Eso explica que el último poema del sargento se titule «De qué sirve el cielo sin estrellas».

—Viéndole nadie lo diría, ¿verdad?

Preston se quedó pensativo un momento.

—Perdona, Tiffany —comentó—, pero tienes mal aspecto. De hecho, y no te ofendas, tienes un aspecto horroroso. Si fueras otra persona y te echaras un vistazo, te dirías que estás muy, muy enferma. Tienes pinta de no haber dormido nada.

—Anoche dormí una hora como mínimo. ¡Y la noche anterior me eché un rato! —protestó Tiffany.

—¿Ah, sí? —dijo Preston, severo—. Y aparte del desayuno de esta mañana, ¿cuándo comiste un plato decente por última vez?

Por algún motivo Tiffany aún se sentía llena de luz.

—Me parece que ayer piqué algo…

—¿En serio? —replicó Preston—. ¿Picar y cabezaditas? Así no es como vive la gente. ¡Así es como muere!

Tenía razón. Tiffany sabía que la tenía. Pero eso solo empeoraba las cosas.

—Mira, me está buscando una criatura horrible que puede dominar a otros por completo, ¡y tengo que enfrentarme a él yo sola!

Preston miró a su alrededor con interés.

—¿Podría dominarme a mí?

El veneno va allí donde es bienvenido, pensó Tiffany. Gracias por esa frase tan útil, señora Proust.

—No, creo que no. Creo que hay que ser el tipo adecuado de persona… es decir, el tipo inadecuado de persona. Ya sabes, alguien que tenga una pizca de maldad.

Por primera vez Preston pareció preocuparse.

—Yo he hecho cosas malas en mis tiempos, lamento decir.

Pese a su repentino cansancio, Tiffany sonrió.

—¿Cuál fue la peor?

—Una vez robé un paquete de lápices de colores en un puesto de mercadillo. —La miró desafiante, como si esperara de ella un chillido o un dedo despectivo.

Pero Tiffany negó con la cabeza y dijo:

—¿Cuántos años tenías?

—Seis.

—Preston, no creo que esa criatura pudiera meterse en tu cabeza jamás. Aparte de todo lo demás, me parece que ya la tienes bastante llena y complicada.

—Señorita Tiffany, necesita descansar, descansar de verdad en una cama. ¿Qué clase de bruja va a cuidar de todo el mundo si no tiene la sensatez de cuidar de ella misma? Quis custodiet ipsos custodes. Significa «quién guarda a los guardias», eso significa. Así que ¿quién brujea a las brujas? ¿Quién se ocupa de la gente que se ocupa de la gente? Ahora mismo parece que debo ser yo.

Tiffany se rindió.

La niebla de la ciudad era densa como un cortinaje mientras la señora Proust llegaba a la oscura y siniestra mole del Rapapolvo, pero los bancos se apartaban obedientes al verla venir y volvían a cerrarse tras su paso.

El alcaide estaba esperándola en la puerta principal, con un farol en la mano.

—Lo siento, señora, pero hemos pensado que esto tenía que verlo antes de que se ponga todo en plan oficial. Sé que las brujas no son muy populares últimamente, pero a usted siempre la hemos considerado de la familia, ya me entiende. Aquí todos nos acordamos mucho de su padre. ¡Qué artesano! ¡Podía colgar a un hombre en siete segundos y cuarto! Nadie ha batido la marca. Ya no se ven hombres como él. —Se puso serio—. Y le diré, señora, que espero que nunca se vea nada como lo que vamos a enseñarle. Nos ha puesto de los nervios, créame. Esto cae en el campo de usted, me parece.

Al llegar a la oficina de la cárcel, la señora Proust se escurrió las gotitas de condensación de la capa y olió el miedo en el aire. Escuchó los sonidos metálicos y los gritos lejanos que llegaban siempre que fallaba algo en prisión. Una cárcel es, por definición, mucha gente apelotonada con todo el miedo, el odio, la preocupación, el desespero y los rumores acumulándose unos encima de otros, luchando por hacerse espacio. La bruja colgó la capa de un clavo que había junto a la puerta y se frotó las manos.

—El chico que me ha enviado decía algo de una fuga…

—Bloque D —anunció el alcaide—. Chubasquero, ¿se acuerda de él? Lo teníamos aquí desde hace como un año.

—Sí, sí, me acuerdo —dijo la bruja—. Tuvieron que suspender el juicio porque el jurado no paraba de vomitar. Una cosa muy fea. Pero del bloque D no ha escapado nunca nadie, ¿verdad? ¿Los barrotes de las ventanas no eran de acero?

—Doblados —informó el alcaide, sin expresión—. Mejor que venga y lo vea. A nosotros nos pone la carne de gallina, no me importa reconocérselo.

—Chubasquero no era un hombre muy fornido, que yo recuerde —comentó la bruja mientras recorrían a buen paso los húmedos pasillos.

—Así es, señora Proust. Bajito y ruin, ese era él. Tenía cita en el cadalso la semana que viene, además. Y ha arrancado unos barrotes que un hombre fuerte no podría mover ni con palanca antes de caer diez metros hasta el suelo. No es natural, no está bien. Pero es lo otro que ha hecho… madre mía, me pongo enfermo solo de pensarlo.

Había un guarda esperando fuera de la celda recién desocupada por el ausente Chubasquero, sin motivo comprensible para la señora Proust dado que el preso ya se había fugado. Se tocó el borde del casco en señal de respeto al verla.

—Buenos días, señora Proust —saludó—. Es todo un honor conocer a la hija del mejor verdugo de la historia. Cincuenta y un años dándole a la palanca y nunca decepcionó a un cliente. El señor Dispuesto es un buen tipo, pero a veces le rebotan un poco y me parece poco profesional. Y el padre de usted no renunciaba a un ahorcamiento bien merecido por miedo a que los fuegos del mal y los demonios le andasen luego detrás. Mire lo que le digo: ¡capaz era de perseguirlos él y colgarlos también! Siete segundos y cuarto, eso sí que es ser un caballero.

Pero la señora Proust tenía la mirada fija en el suelo.

—Nos sabe fatal que tenga que verlo una señora —siguió diciendo el guarda.

Distraída, la señora Proust le corrigió:

—Las brujas no somos señoras cuando estamos de servicio, Frank. —Y entonces olfateó el aire y soltó una palabrota que hizo que los ojos de Frank se humedecieran.

—Cuesta imaginar qué se le metió en el cuerpo, ¿eh?

La señora Proust se enderezó.

—No tengo que imaginármelo, Frank —dijo con gravedad—. Lo sé.

La niebla se amontonó contra los edificios, ansiosa por apartarse del camino de la señora Proust en su regreso a la calle del Décimo Huevo, dejando tras de sí un túnel con forma de señora Proust en la penumbra.

Derek estaba bebiéndose tan tranquilo una taza de cacao cuando su madre entró precedida de los acordes, por así decirlo, de un sonoro pedo. Levantó la mirada arrugando la frente.

—¿A ti te ha sonado a si bemol? Yo creo que no está en si bemol. —Metió la mano bajo el mostrador para sacar el diapasón, pero su madre pasó a su lado sin detenerse.

—¿Dónde está mi escoba?

Derek suspiró.

—En el sótano, ¿te acuerdas? Cuando los enanos te dijeron lo que costaría arreglarla el mes pasado, les dijiste que eran un hatajo de adornos de jardín estafadores, ¿te acuerdas? De todas formas, no la usas nunca.

—Tengo que ir al… campo —dijo la señora Proust mientras rebuscaba en los abarrotados estantes por si contenían alguna escoba operativa.

Su hijo la miró.

—¿Estás segura, madre? Siempre dices que es malo para la salud.

—Es cuestión de vida o muerte —murmuró la señora Proust—. ¿Qué hay de Flaca Alta Bajita Gorda Sally?

—Venga, madre, no deberías llamarla así —le reprochó Derek—. ¿Qué culpa tiene ella de ser alérgica a las mareas?

—¡Pero tiene escoba! ¡Ja! Cuando vienen mal dadas, vienen mal dadas. Prepárame unos sándwiches, ¿quieres?

—¿Esto tiene que ver con la chica que vino la semana pasada? —preguntó Derek, todo sospechas—. No me pareció que tuviera un gran sentido del humor.

Su madre no le hizo caso y hurgó bajo el mostrador hasta encontrar una larga porra de cuero. Los pequeños comerciantes de la calle del Décimo Huevo trabajaban con poco margen de beneficios y tenían una actitud muy directa respecto a los rateros.

—No sé yo, de verdad que no lo sé —gimoteó—. ¿Yo? ¿Haciendo el bien a mis años? Tengo que estar ablandándome. ¡Y ni siquiera me van a pagar! No sé, de verdad que no. Cuando quiera darme cuenta, me pondré a conceder tres deseos a la gente, y si empiezo a hacerlo, Derek, quiero que me des un buen golpetazo en la cabeza. —Le pasó la porra—. Te dejo a ti al mando. Intenta colocar el chocolate de goma y los humorísticos huevos fritos de pega, ¿de acuerdo? Dile a la gente que son puntos de libro graciosos o algo.

Y con eso, la señora Proust salió corriendo a la noche. Las travesías y callejuelas de la ciudad eran muy peligrosas a aquella hora, llenas de atracadores, ladrones y demás molestias. Pero todos desaparecieron en la penumbra a su paso. La señora Proust era mal asunto, y convenía dejarla en paz si se quería que todos los huesos de los dedos siguieran apuntando hacia donde debían.

El cuerpo que había sido de Chubasquero corría en la noche. Estaba lleno de dolor. Al fantasma no le importaba, pues el dolor no era suyo. Sus tendones chirriaban de agonía, pero no era la agonía del fantasma. Los dedos sangraban por haber arrancado barrotes de acero de la pared. Pero el fantasma no sangraba. Nunca sangraba.

Ya no se acordaba de haber tenido un cuerpo que de verdad fuese suyo. Los cuerpos tenían que alimentarse y que beber. Era una de las desventajas de los malditos trastos. Tarde o temprano dejaban de ser útiles. Con frecuencia, no importaba: siempre había alguna mente pequeña que supuraba odio y envidia y rencor y estaría dispuesta a aceptar al fantasma. Pero ahora debía ser cuidadoso, y debía ser rápido. Sobre todo, debía ser prudente. Allí fuera, en los caminos vacíos, sería difícil encontrar otro recipiente adecuado. Lamentándose, permitió que el cuerpo parara y bebiera de las fangosas aguas de un estanque. Resultó estar lleno de ranas, pero los cuerpos también tenían que comer, ¿verdad?



# CAPÍTULO 13

Sacudiendo las sábanas

Su cama de la cámara blanca y negra del castillo era mucho más cómoda que la mazmorra, aunque Tiffany echó de menos los relajantes eructos de las cabras.

Soñó con fuego otra vez. Y alguien la observaba. Podía sentirlo, y en esta ocasión no eran las cabras. Alguien observaba el interior de su cabeza, pero no era un acto hostil: había alguien cuidando de ella. Y en el sueño el fuego estaba desbocado, y una figura oscura apartó las llamas como si fueran cortinas, y allí estaba la liebre, sentada junto a la figura oscura como una mascota. La liebre cruzó la mirada con Tiffany y saltó a las llamas. Y Tiffany supo.

Alguien llamó a la recia puerta. Tiffany despertó de sopetón.

—¿Quién es?

Una voz dijo desde el otro lado:

—¿Qué sonido hace el despiste?

Apenas le hizo falta pensar.

—El sonido del viento en la hierba muerta de un día caluroso de verano.

—Sí, creo que es suficiente —dijo la voz de Preston al otro lado de la puerta—. Por no andarme por las ramas, hay un montón de gente abajo, señorita. Creo que necesitan a su bruja.

Hacía buen día para un funeral, pensó Tiffany mientras miraba por la estrecha ventana del castillo. En los funerales no debería llover. Ponía demasiado triste a la gente. Ella siempre intentaba no estar triste en los funerales. La gente vivía, y moría, y se la recordaba. Ocurría del mismo modo en que el invierno seguía al verano. No era algo malo. Había lágrimas, por supuesto, pero se derramaban por los que se habían quedado: los desaparecidos no las necesitaban.

El personal se había levantado muy temprano y había sacado las mesas largas al vestíbulo para servir el desayuno a todo el que llegara. Era una tradición. Rico o pobre, señor o dama, la comida del funeral estaba allí para todo el mundo, por respeto al barón. Y por respeto a una buena comida, el lugar se estaba llenando. La duquesa estaba allí, con un vestido negro que era más negro que cualquier negro que Tiffany hubiera visto en la vida. Aquel vestido relucía. El vestido negro de la típica bruja solo era negro en teoría. En la práctica, estaba más bien gris del polvo, y seguramente remendado en la cercanía de las rodillas, y algo deshilachado por los bordes y, por supuesto, casi desgastado del todo por los frecuentes lavados. Era lo que era: ropa de trabajo. No podía imaginarse a la duquesa asistiendo un parto con aquel vestido… Tiffany parpadeó. Sí que podía imaginársela. Si hubiera una emergencia, lo haría. Abusaría, protestaría y daría órdenes a todo el mundo, pero lo haría. Era esa clase de persona.

Tiffany volvió a parpadear. Notaba la cabeza lúcida, clara como el cristal. El mundo le parecía comprensible aunque un poco frágil, como si pudiera romperse, como una bola de espejo.

—¡Buenos días, señorita! —le dijo Ámbar, que llegaba por delante de sus padres. El señor Rastrero tenía un aspecto limpio y sumiso y también bastante avergonzado. Se veía a la legua que no sabía qué decir. Tiffany tampoco.

Hubo un ajetreo en la entrada principal, hacia el que Roland fue corriendo para volver acompañado del rey Verence de Lancre y de Magrat, su reina. Tiffany ya los conocía. Era imposible no cruzárselos en Lancre, un reino muy pequeño, sobre todo teniendo en cuenta que allí vivía también Yaya Ceravieja.

Y Yaya Ceravieja estaba allí, en aquel preciso momento, con Tú echada en torno a los hombros como una bufanda, detrás de la pareja real y[[29]](#footnote-29) justo enfrente de una voz estridente y alegre que exclamó:

—¿Cómo andamos, Tiff? ¿Va todo bien o qué?

Significaba que medio metro por debajo pero oculta por razones de tamaño se hallaba Tata Ogg, de quien se comentaba que era más lista que Yaya Ceravieja, y al menos lo bastante lista para no dejar que su amiga lo descubriera.

Tiffany se inclinó hacia ellas como dictaba la costumbre. Pensó: Sí que les gusta juntarse, ¿verdad? Sonrió a Yaya Ceravieja y dijo:

—Es un placer verla aquí, señora Ceravieja, además de una sorpresa.

Yaya la miró fijamente, pero Tata Ogg comentó:

—La carretera desde Lancre hasta aquí es larga y tiene mucho bache, así que hemos pensado que mejor bajábamos a Magrat y a su rey en escoba.

Tal vez fueran imaginaciones de Tiffany, pero la explicación de Tata Ogg sonaba a que había dedicado tiempo a trabajarla. Daba la sensación de que estuviera recitando un guión.

Pero no hubo más tiempo para hablar. La llegada del rey había desatado algo en el ambiente, y por primera vez Tiffany vio al pastor Huevo, con su sotana blanquinegra. Se ajustó el sombrero puntiagudo antes de acercarse al religioso, que pareció aceptar la compañía con gusto porque le dedicó una sonrisa agradecida.

—Anda, una bruja, por lo que veo.

—Sí, el sombrero puntiagudo siempre nos delata, ¿verdad? —admitió ella.

—Pero ¿veo que no lleva vestido negro…?

Tiffany captó los signos de interrogación al vuelo.

—Cuando sea vieja, me vestiré de medianoche —dijo.

—De lo más apropiado —respondió el pastor—, pero ahora vistes de verde, blanco y azul, los colores de las lomas, si me permites el comentario.

Tiffany estaba impresionada.

—Entonces ¿no está interesado en la caza de brujas? —Se sintió un poco boba por preguntárselo a las claras, pero estaba nerviosa.

El pastor Huevo negó con la cabeza.

—Puedo asegurarle, señorita, que ya hace siglos que la iglesia no se involucra de verdad en cosas como esa. Por desgracia hay gente que recuerda el pasado lejano. Es más, hace solo unos años el famoso pastor Avena dijo en su famoso Testamento de las montañas que las mujeres conocidas como brujas son la encarnación solícita y práctica de los mejores ideales del profeta Brutha. Para mí basta y sobra con eso. Confío en que al menos baste para usted.

Tiffany le dedicó su sonrisa más dulce, que tampoco era de una dulzura extrema por mucho que lo intentase. Nunca había acabado de cogerle el tranquillo al dulce.

—Estas cosas es importante aclararlas, ¿no le parece?

Tiffany olisqueó, pero no había más olor que un asomo de loción de afeitado. Aun así, tendría que mantener la guardia alta.

El funeral salió bien. Desde el punto de vista de Tiffany un funeral bueno era aquel en que el protagonista era muy viejo. Había acudido a algunos —a demasiados— en que era muy pequeño y lo velaban amortajado. Los ataúdes eran muy poco habituales en la Caliza, y lo cierto es que lo era en casi todas las demás partes. La buena madera era demasiado cara para dejarla pudrir bajo tierra. Un práctico sudario de tela blanca valía para la mayoría de la gente: era fácil de hacer, no muy caro y beneficiaba a la industria lanera. Sin embargo, el barón descansaría para siempre en un sepulcro de mármol blanco que, al ser un hombre práctico, había diseñado, encargado y pagado veinte años antes. Dentro había una mortaja blanca, porque dentro del mármol refresca bastante.

Y ese fue el final del anciano barón, aunque solo Tiffany sabía dónde estaba de verdad. Estaba paseando con su padre entre los rastrojos mientras se quemaban los tallos de maíz y las malas hierbas, en un día perfecto de finales de verano, un instante ideal y eterno, retenido en el tiempo…

Tiffany ahogó un grito.

—¡El dibujo!

Aunque lo había dicho entre dientes, las cabezas de su alrededor se volvieron para mirarla. Pensó: ¡Seré egoísta! Y luego pensó: Espero que aún esté allí.

Tan pronto como hubieron deslizado la tapa del sepulcro de piedra con un sonido que Tiffany recordaría para siempre, fue a buscar a Brian, que estaba sonándose la nariz. Cuando el sargento levantó la mirada hacia ella, tenía los ojos enrojecidos.

Tiffany lo cogió del brazo con suavidad e intentó no sonar apremiante.

—¿La habitación que ocupaba el barón está cerrada con llave?

Brian se quedó estupefacto.

—¡Por supuesto! Y el dinero está en la caja fuerte grande del despacho. ¿Por qué lo preguntas?

—Allí había una cosa muy valiosa. Una carpeta de cuero. ¿También la guardaron en la caja fuerte?

El sargento negó con la cabeza.

—Créeme, Tiff, después de… —Vaciló—. Después de los problemillas, hice inventario de todo lo que había en esa habitación. No salió nada de allí sin que yo lo viera y lo apuntara en mi cuaderno. Con mi lápiz —añadió, en aras de la máxima concreción—. No salió nada parecido a una carpeta de cuero, de eso estoy seguro.

—No. Porque ya se la había llevado la señorita Pulcro —dijo Tiffany—. ¡Dichosa enfermera! ¡No me preocupé del dinero porque nunca había contado con él! ¡A lo mejor pensó que en la carpeta había escrituras o algo así!

Tiffany volvió corriendo al vestíbulo y miró a su alrededor. Ahora Roland era el barón a todos los efectos. Y el primer efecto era que la gente se había acumulado en torno a él para decirle cosas como «Era una persona muy amable» y «Tenía buen fondo» y «Al menos no sufrió» y todas las cosas que dice la gente después de un funeral cuando no sabe qué decir.

Tiffany se acercaba resuelta hacia el barón, pero se detuvo cuando una mano se le posó en el hombro. Siguió el brazo con la mirada hasta la cara de Tata Ogg, que se las había ingeniado para hacerse con la jarra de cerveza más grande que había visto nunca Tiffany. Con más exactitud, se fijó en que era una jarra de cerveza medio llena.

—Da gusto ver que estas cosas se hacen como es debido —dijo Tata—. No llegué a conocer al difunto, pero por lo que dicen era buen tipo. Me alegro de verte, Tiff. ¿Va todo bien?

Tiffany miró su sonrisa de ojos inocentes, y luego la cara mucho más adusta de Yaya Ceravieja que estaba detrás, y por fin el ala de su sombrero. Hizo una inclinación.

Yaya Ceravieja carraspeó con un sonido como de gravilla.

—No hemos venido por trabajo, chica. Solo queríamos que el rey hiciera una buena entrada.

—Ni tampoco hemos venido por el Hombre Astuto —añadió Tata Ogg con alegría.

Había sonado como si se le hubiera escapado tontamente, y Tiffany oyó el bufido de reproche de Yaya. Pero en términos generales, cuando Tata Ogg salía con algún comentario tonto y vergonzoso por casualidad, era porque lo había pensado con mucho detenimiento de antemano. Tiffany lo sabía, y sin duda Tata sabía que Tiffany lo sabía, y Tiffany también sabía eso. Pero era la forma en que solían comportarse las brujas, y todo funcionaba a las mil maravillas siempre que nadie cogiera un hacha.

—Ya sé que es problema mío. Yo lo resolveré —dijo.

A primera vista era una estupidez como un piano. Le convendría mucho tener de su parte a las brujas expertas. Pero ¿cómo quedaría entonces? Aquella era una encomienda nueva, y debía mostrar orgullo.

No podía decir: «He hecho cosas difíciles y peligrosas antes», porque ya se entendía. Lo importante era lo que hiciera aquel día. Era cuestión de orgullo. Era cuestión de estilo.

Y también era cuestión de edad. Al cabo de veinte años, si pedía ayuda, quizá la gente pensara: Bueno, hasta una bruja experta puede toparse con algo auténticamente extraordinario. Y la ayudarían sin darle más vueltas al tema. Pero si ahora pedía ayuda, pues… las demás ayudarían. Las brujas siempre ayudaban a otras brujas. Pero todas pensarían: ¿De verdad era buena? ¿Podrá aguantar lo que venga? ¿Es lo bastante fuerte para afrontar el futuro? Nadie diría nada, pero todas lo dudarían.

Tiffany pensó todo eso durante un segundo y, cuando parpadeó, las brujas estaban observándola.

—La confianza en uno mismo es la mejor amiga de una bruja —dijo Yaya Ceravieja con severidad.

Tata Ogg convino con un asentimiento y añadió:

—En la confianza en uno mismo puedes confiar, es lo que digo yo siempre. —Se rió al ver la expresión de Tiffany—. ¿Crees que eres la única que ha tenido que enfrentarse al Hombre Astuto, querida? Yaya tuvo que vérselas con él cuando tenía tu edad. Lo envió al lugar de donde venía rapidito, rapidito, créeme.

Sabiendo que era en vano, pero intentándolo de todos modos, Tiffany se volvió hacia Yaya Ceravieja y dijo:

—¿Puede darme algún consejo, señora Ceravieja?

Yaya, que había empezado a gravitar a propósito hacia la mesa del bufet, se quedó quieta un momento, giró la cabeza y respondió:

—Confía en ti misma. —Se alejó unos pasos más, se detuvo como abstraída y añadió—: Y no pierdas.

Tata Ogg dio una palmada a Tiffany en la espalda.

—Yo no he conocido a ese cabronazo, pero dicen que es bastante duro. Oye, ¿la radiante novia va a tener despedida de soltera esta noche? —La anciana guiñó el ojo y se terminó su jarra de un solo trago.

Tiffany trató de pensar deprisa. Tata Ogg se llevaba bien con todo el mundo. Tiffany solo tenía una idea aproximada de lo que era una despedida de soltera, pero parte de las existencias de la señora Proust servían como pistas y, si Tata Ogg también sabía de ellas, era una certeza que habría alcohol de por medio.

—No creo que una fiesta como esa sea apropiada la noche después de un funeral, ¿no te parece, Tata? Aunque creo que a Leticia podría venirle bien una pequeña charla —añadió.

—Sois amigas, ¿no? Supongo que lo normal sería que tuvieras tú esa pequeña charla con ella.

—¡Ya la he tenido! —protestó Tiffany—. Pero me parece que no me creyó. ¡Y tú has tenido al menos tres maridos, Tata!

Tata Ogg la miró un momento y luego dijo:

—De ahí saldrá bastante conversación, supongo. Muy bien. Pero ¿qué pasa con el novio? ¿Cuándo va a tener la despedida de soltero?

—¡Ah, de esas he oído hablar! Son cuando sus amigos lo emborrachan, se lo llevan muy lejos, lo atan a un árbol y luego… Creo que a veces interviene un cubo de pintura y una brocha, pero normalmente lo echan a una pocilga. ¿Por qué lo preguntas?

—Ah, porque la despedida de soltero siempre es mucho más interesante que la de soltera —contestó Tata con un brillo travieso en los ojos—. ¿El afortunado prometido tiene amigos?

—Bueno, hay más jóvenes nobles de otras familias encopetadas, pero en realidad solo conoce a la gente de aquí, del pueblo. Crecimos todos juntos, ¿sabes? ¡Y ninguno se atrevería a tirar al barón a una pocilga!

—¿Qué me dices de ese joven tuyo de ahí? —Tata hizo un gesto en dirección a Preston, que estaba cerca. Siempre parecía estar cerca.

—¿Preston? —dijo Tiffany—. No creo que conozca mucho al barón. Y de todas formas…

Dejó de hablar y pensó: ¿Cómo que «ese joven tuyo»? Se volvió hacia Tata, que tenía las manos cogidas tras la espalda y estaba mirando al techo con la expresión de un ángel, aunque no pondría pegas a admitir que en sus tiempos había conocido a algunos demonios. Y así es como era Tata Ogg: cuando se trataba de asuntos del corazón, o de otras partes del cuerpo, no había forma de engañarla.

Pero Preston no es «ese joven mío», insistió Tiffany para sí misma. Solo es un amigo. Que resulta que es chico.

Preston se acercó y se quitó el casco delante de Tata.

—Me temo, señora, que iría contra mis ordenanzas como hombre de la milicia poner la mano encima a mi comandante en jefe —informó—. De no darse esa situación, lo haría con la mayor celeridad.

Tata asintió en aprecio a la respuesta polisilábica y dedicó un guiño de ojo a Tiffany que la hizo sonrojar hasta las suelas de las botas. Ahora la sonrisa de Tata Ogg era tan ancha que se le podría haber puesto a una calabaza.

—Bueno, bueno, bueno —dijo—. Se nota que a este sitio le falta un pelín de diversión. ¡Menos mal que he venido!

Tata Ogg tenía un corazón de oro, pero tan pronto como abriera la boca habría que tapar los oídos a la gente más impresionable. Y de todas formas, allí debía imperar el sentido común, ¿verdad?

—¡Tata, estamos en un funeral!

Pero su énfasis jamás haría desistir a Tata Ogg.

—¿Era un buen hombre?

Tiffany vaciló solo un instante.

—Aprendió a serlo.

Tata Ogg se fijaba en todo.

—Ah, claro, tu abuela Dolorido le enseñaría modales, supongo. Pero murió siendo un buen hombre, ¿verdad? Bien. ¿Se le recordará con cariño?

Tiffany intentó no hacer caso al nudo de su garganta y logró decir:

—Sí, por todo el mundo, eso seguro.

—¿Y te ocupaste de que muriera bien? ¿Mantuviste apartado el dolor?

—Tata, aunque esté feo que lo diga yo, tuvo una muerte perfecta. La única muerte mejor habría sido no morir.

—Así me gusta —dijo Tata—. ¿Sabes si tenía alguna canción favorita?

—¡Ya lo creo! Era Las alondras cantaban melodiosas —indicó Tiffany.

—Ah, me parece que es la que en casa llamamos Alegre y deliciosa. Tú sígueme, ¿de acuerdo?, y enseguida los tendremos a todos bien animados.

Y dicho eso, Tata Ogg agarró por el hombro a un camarero que pasaba, cogió de su bandeja una jarra llena, subió de un salto a una mesa y pidió silencio a gritos con el brío de una chiquilla y la voz enérgica de un sargento mayor.

—¡Damas y caballeros! Para celebrar la buena vida y la pacífica despedida de nuestro difunto amigo y barón, me han pedido que cante su canción favorita. ¡Únanse si les llega el aliento!

Tiffany escuchó, fascinada. Ver a Tata Ogg era como recibir una clase magistral sobre la gente. Trataba a perfectos desconocidos como si los conociera de hacía años, y de algún modo ellos actuaban como si de verdad fuese así. Arrastrados en cierto modo por la excelente voz musical de una anciana con un solo diente, después del segundo verso los perplejos invitados estaban alzando la voz por encima del murmullo, y al acabar la primera estrofa ya armonizaban como una coral, y Tata los tenía comiendo de su mano. Tiffany lloró un poco, y entre las lágrimas vio a un niño con su chaqueta nueva de tweed que olía a pis, paseando con su padre bajo estrellas distintas.

Y entonces vio el brillo de lágrimas en los rostros, incluidos los del pastor Huevo y la duquesa. La canción traía ecos de pérdida y recuerdo, y el propio vestíbulo respiraba con aliento propio.

Tendría que haber aprendido esto, pensó. Quise aprender el fuego y el dolor, pero debí aprender a la gente. Debí aprender a no graznar cuando canto…

La canción había terminado y el público empezaba a cruzar miradas de vergüenza, pero la bota de Tata ya estaba aporreando la mesa.

—«Bailad, bailad, sacudiendo las sábanas. Bailad, bailad, si oís tocar al flautista» —cantó.

Tiffany pensó: ¿Es la canción apropiada para un funeral? Y enseguida se respondió: ¡Pues claro que sí! Tiene una melodía maravillosa y nos dice que todos moriremos un día pero, y esto es lo importante, que aún no estamos muertos.

Tata Ogg había saltado de la mesa, había agarrado al pastor Huevo y, mientras le daba vueltas, cantó: «Pues ningún predicador apartará a la muerte de los hombres», y el pastor tuvo la elegancia de sonreír y bailar con ella.

La gente aplaudió, algo que Tiffany no esperaba ver en un funeral. Deseó con toda su alma poder ser como Tata Ogg, que entendía de verdad las cosas y sabía cómo forjar la risa a partir del silencio.

Y entonces, mientras se apagaban los aplausos, una voz masculina cantó:

—«Abajo en el valle, en el fondo del valle, descansa la cabeza y oye soplar el viento…»

Y el silencio se hizo a un lado ante el inesperado chorro de voz del sargento.

Tata Ogg fue al lugar donde se había quedado Tiffany.

—Bueno, parece que ya los he calentado. ¿Oyes cómo se aclaran las gargantas? ¡Seguro que acaba cantando hasta el pastor! Y a mí me vendría bien otra cerveza. Cantar da una sed que no veas. —Hizo un guiño, y después dijo a Tiffany—: Primero ser humano, después bruja; difícil de recordar, fácil de hacer.

Era magia. La magia había convertido un vestíbulo lleno de gente que no conocía a mucha de la otra gente en seres humanos que se sabían rodeados de otros seres humanos y, en ese momento, no hacía falta que importara nada más. Preston dio un golpecito en el hombro de Tiffany. Tenía una sonrisa de preocupación bastante curiosa en la cara.

—Lo siento, pero tengo la desgracia de estar de servicio y creo que deberías saber que tenemos tres visitantes más.

—¿No puedes hacerles pasar? —preguntó Tiffany.

—Me encantaría hacerlo, señorita, pero es que ahora mismo no pueden moverse del tejado. El sonido que hacen tres brujas es un montón de palabrotas, señorita.

Si había habido palabrotas, las recién llegadas se habían quedado sin aliento cuando Tiffany localizó la ventana apropiada y salió al tejado de plomo del castillo. No había muchos agarraderos y se había levantado bastante niebla, pero Tiffany avanzó a gatas con mucha cautela en dirección a los murmullos.

—¿Hay alguna bruja aquí arriba? —preguntó.

Y desde la penumbra le llegó la voz de alguien que ni siquiera intentaba contener su mal humor.

—¿Y qué diablos haría usted si le dijera que no, señorita Tiffany Dolorido?

—¿Señora Proust? ¿Qué está haciendo aquí?

—¡Agarrarme a una gárgola! Bájanos ahora mismo, querida, porque estas no son mis piedras y la señora Chiripa tiene que ir al excusado.

Tiffany gateó un poco más, muy consciente de la caída que había a meros centímetros de su mano.

—Preston ha ido a traer una cuerda. ¿Tienen escoba?

—Una oveja se ha estampado contra ella —dijo la señora Proust.

Tiffany ya empezaba a distinguirla entre la niebla.

—¿Se ha estampado contra una oveja en el aire?

—A lo mejor era una vaca o algo así. ¿Cómo se llaman esos bichos que hacen «grumfi, grumfi»?

—¿Se ha dado contra un erizo volador?

—No, no ha sido así. Estábamos en tierra, buscando un arbusto para la señora Chiripa. —Se oyó un suspiro en las tinieblas—. Es por su problema, pobrecita. ¡Hemos parado en muchos arbustos viniendo hacia aquí, créeme! Y ¿sabes una cosa? ¡Dentro de cada uno de ellos hay algo que pica, muerde, da patadas, chilla, aúlla, chapotea, se tira unos pedos enormes, saca pinchos, intenta derribarte o deja un montón increíble de caca! ¿Es que por aquí no habéis oído hablar de la porcelana?

Tiffany estaba perpleja.

—¡Bueno, sí, pero no en los campos!

—Pues no les vendría nada mal —dijo la señora Proust—. He echado a perder un buen par de botas, para que lo sepas.

Hubo un tintineo entre la niebla y Tiffany se alegró de oír la voz de Preston.

—He forzado la vieja trampilla, señoras. ¿Serían tan amables de gatear hacia aquí?

La trampilla daba a un dormitorio con signos evidentes de haber sido ocupado por una mujer la noche anterior. Tiffany se mordió el labio.

—Creo que aquí es donde se aloja la duquesa. Por favor, no toquen nada; ya es bastante borde sin provocarla.

—¿Ha dicho duquesa? Suena a estirado —comentó la señora Proust—. ¿Qué tipo de duquesa, si puede saberse?

—La duquesa de Florilegio —respondió Tiffany—. Usted la vio cuando tuvimos aquel malentendido en la ciudad, ¿se acuerda? ¿En La Cabeza del Rey? Tienen unos terrenos enormes como a cincuenta kilómetros de aquí.

—Qué cosas —dijo la señora Proust, en un tono que sugería que probablemente aquello no iba a terminar bien, pero sí sería interesante y quizá embarazoso para alguien que no fuera la señora Proust—. Me acuerdo de ella, y me acuerdo de que, después de todo el lío, pensé: «¿De qué me suena usted, señora?». ¿Sabes algo de ella, querida?

—Bueno, su hija me contó que un gran incendio arrasó sus propiedades y se llevó a toda su familia antes de que se casara con el duque.

El rostro de la señora Proust brilló, aunque era el brillo del filo de una navaja.

—Ah, ¿en serio? —comentó con voz acaramelada—. Qué cosas pasan. Espero coincidir otra vez con esa dama para poder darle el pésame…

Tiffany decidió que no tenía tiempo de resolver aquel acertijo, pero había más cosas en las que pensar.

—Eh… —empezó mirando a la mujer muy alta que intentaba ocultarse tras la señora Proust.

La señora Proust giró la cabeza y dijo:

—Pero bueno, ¿qué habrá sido de mis modales? Ah, no, que no los tenía desde el principio. Tiffany Dolorido, esta es la señorita Batista, más conocida como Flaca Alta Bajita Gorda Sally. La señorita Batista está aprendiendo de la señora Chiripa, que es la que has visto corriendo escalera abajo con un objetivo claro en mente. Sally tiene una afección grave con las mareas, pobrecita. He tenido que traerlas a las dos porque la única escoba útil que he podido encontrar era la de Sally, y no quería marcharse sin la señora Chiripa. No sabes lo que me ha costado mantener centrada la escoba. No te preocupes, dentro de unas horas volverá a medir un metro setenta. Por supuesto, no para de darse contra los techos. Y Sally, tú mejor que vayas ahora mismo con la señora Chiripa.

Hizo un gesto con la mano y la bruja joven se marchó al trote, con cara de nerviosismo. Cuando la señora Proust daba órdenes, tendían a obedecerse. Se volvió hacia Tiffany.

—La cosa que te persigue ahora tiene cuerpo, jovencita. Ha robado el de un asesino que estaba encerrado en el Rapapolvo. Y ¿sabes qué? Antes de salir del edificio el tipo ha matado a su canario. Ellos nunca matan a su canario. Es algo que no se hace y punto. Puedes pegar a otro preso en la cabeza con una barra de hierro durante una trifulca, pero nunca matas a tu canario. Sería un acto de maldad.

Era una forma extraña de sacar el tema, pero la señora Proust no se andaba con chiquitas ni, ya puestos, con paños calientes.

—Me imaginaba que ocurriría algo parecido —dijo Tiffany—. Es más, lo sabía. ¿Qué aspecto tiene?

—Lo hemos perdido un par de veces —respondió la señora Proust—. La llamada de la naturaleza y tal. Puede haber entrado en alguna casa para cambiarse de ropa, no sabría decirte. El cuerpo le traerá sin cuidado. Lo usará hasta que encuentre el siguiente o este se caiga a cachos. Estaremos atentas por si aparece. ¿Esta es tu encomienda?

Tiffany suspiró.

—Sí. Y ahora él me está dando caza como un lobo a un corderito.

—Entonces, si te preocupa la gente de aquí, debes librarte de él bien deprisa —dijo la señora Proust—. Cuando un lobo está hambriento, come lo primero que encuentra. Y ahora, ¿qué ha sido de tus modales, señorita Dolorido? Estamos heladas y empapadas, y por el ruido parece que abajo dan de comer y beber, ¿me equivoco?

—Es verdad, discúlpeme. Y con lo lejos que han venido para avisarme —se excusó Tiffany.

La señora Proust le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Supongo que Flaca Alta Bajita Gorda Sally y la señora Chiripa querrán un tentempié después de viajar tanto, pero yo lo que estoy es cansada —dijo, y entonces, para horror de Tiffany, se dejó caer hacia atrás cuan larga era sobre la cama de la duquesa, con solo las botas asomando por el extremo y goteando—. Esta duquesa… ¿te ha seguido dando problemas?

—Bueno, sí, me temo que sí —respondió Tiffany—. No tiene respeto a nadie por debajo del rango de rey, y ni entonces estoy segura del todo. También mangonea a su hija —añadió, y recordó con quién hablaba—. Clienta suya, por cierto.

Y entonces explicó a la señora Proust todo acerca de Leticia y la duquesa, porque aquella bruja era la clase de persona a la que se explicaba todo. Y mientras la historia se desarrollaba la sonrisa de la señora Proust iba creciendo, y a Tiffany no le hacía falta ninguna habilidad de bruja para sospechar que la duquesa iba a pasar algunos apuros.

—Ya me parecía. Yo nunca olvido una cara. ¿Has oído hablar de los espectáculos de variedades, querida? No, claro que no. Aquí fuera es normal que no. Son todo monologuistas y cantantes y espectáculos de perros parlantes. Y, por supuesto, bailarinas. Creo que vas haciéndote una idea, ¿verdad que sí? No es mal trabajo para una chica que sepa doblar una pierna bonita, sobre todo porque después del número todos los caballeros ricachones se quedan esperando en la entrada de los artistas para invitarlas a una cena encantadora, etcétera, etcétera. —La bruja se quitó el sombrero puntiagudo y lo soltó en el suelo al lado de la cama—. No soporto las escobas. Me hacen callos en sitios donde nadie debería tener callos.

Tiffany no sabía qué hacer. No podía exigir a la señora Proust que se levantara de la cama porque no era suya. No era su castillo. Sonrió. En realidad, no era su problema. Qué agradable topar con un problema que no fuera suyo.

—Señora Proust —dijo—. ¿Qué le parece si vamos abajo? Hay otras brujas a las que me gustaría mucho presentarle. —Si puede ser, no estando yo en la sala, pensó, aunque dudo que vaya a ser posible.

—¿Brujas de seto? —La señora Proust dio un bufido—. Bueno, en realidad la magia de seto no es mala del todo. Una vez conocí a una mujer que podía imponer las manos a un seto de alheña y, tres meses más tarde, crecía con la forma de dos pavos reales y un perrito ofensivamente mono que sostenía en la boca un hueso hecho de alheña, y ojo, todo sin acercarle nunca unas tijeras de podar.

—¿Para qué quería hacer una cosa así? —preguntó Tiffany, atónita.

—Dudo mucho que de verdad quisiera hacerlo, pero se lo encargó alguien que pagaba bien y, sobre el papel, la poda artística no es ilegal, aunque sospecho que un par de personas van a acabar delante de ese seto cuando llegue la revolución. Brujas de seto es como llamamos en la ciudad a las brujas de campo.

—Anda, ¿en serio? —dijo Tiffany con inocencia—. Bueno, no sé cómo llamamos a las brujas de ciudad en el campo, pero seguro que la señora Ceravieja estará encantada de decírselo. —Sabía que debería sentirse culpable por aquello, pero había sido un día muy largo para rematar una semana muy larga, y una bruja tenía que divertirse de vez en cuando.

El recorrido hacia el vestíbulo las llevó por delante de la habitación de Leticia. Tiffany oyó voces y una risa, la de Tata Ogg. No había forma de confundirla: era el tipo de risa que daba palmadas en la espalda. Entonces la voz de Leticia dijo:

—¿Eso funciona de verdad?

Y Tata respondió algo en voz baja que Tiffany no alcanzó a oír pero que, fuera lo que fuese, casi hizo ahogarse de la risa a Leticia. Tiffany sonrió. La tímida novia estaba recibiendo lecciones de alguien que, con toda probabilidad, no había sentido timidez en su vida, y parecía muy buen arreglo. Por lo menos ya no se deshacía en lágrimas cada cinco minutos.

Tiffany guió a la señora Proust por el animado vestíbulo. Era asombroso ver que para ser feliz la gente solo necesitaba comida, bebida y más gente. Incluso sin la dirección de Tata Ogg estaban llenando el vestíbulo de… bueno, gente siendo gente. Y de pie en un lugar desde donde veía a casi todo el mundo estaba Yaya Ceravieja, hablando con el pastor Huevo.

Tiffany se fue acercando a ella con cautela, juzgando por la expresión del sacerdote que no le molestaría nada que los interrumpiera. Yaya Ceravieja podía ser muy directa con el tema de la religión. Vio que el sacerdote se relajaba cuando empezó a hablar:

—Mi querida señora Ceravieja, querría presentarle a la señora Proust. Es de Ankh-Morpork, donde regenta un emporio muy notable. —Tragando saliva Tiffany se volvió hacia la señora Proust y dijo—: Señora Proust, le presento a Yaya Ceravieja.

Dio un paso atrás mientras las brujas se miraban entre sí y contuvo el aliento. El vestíbulo quedó en silencio y ninguna de las dos parpadeó. Y entonces —¡no podía ser!— Yaya Ceravieja guiñó un ojo y la señora Proust sonrió.

—Encantada de conocerla —saludó Yaya.

—El placer es mío —respondió la señora Proust.

Volvieron a cruzar la mirada y se giraron hacia Tiffany Dolorido, que de pronto comprendió que las brujas viejas y listas llevaban mucho más tiempo que ella siendo más viejas y más listas.

Yaya Ceravieja casi se echó a reír cuando la señora Proust comentó:

—No necesitamos saber el nombre de la otra para reconocernos, pero permíteme sugerirte, jovencita, que vuelvas a respirar.

Yaya Ceravieja tomó del brazo a la señora Proust con suavidad y educación y se volvió en la dirección de Tata Ogg, que bajaba las escaleras seguida de Leticia, sonrojada en lugares donde la gente no suele sonrojarse. Dijo:

—Acompáñeme, querida. Tiene que conocer a mi amiga, la señora Ogg, que es muy buena clienta suya.

Tiffany se alejó. Por un breve momento, no tenía nada que hacer. Recorrió con la mirada los grupitos que la gente seguía formando en el vestíbulo y vio sola a la duquesa. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué se acercó a la mujer? Tal vez, pensó, si sabes que vas a enfrentarte a un monstruo horrible, va bien coger un poco de práctica. Pero para su absoluta sorpresa la duquesa estaba llorando.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Tiffany.

Fue el objetivo inmediato de una mirada iracunda, pero las lágrimas no dejaron de caer.

—Ella es todo lo que tengo —explicó la duquesa mientras miraba a Leticia, que aún seguía a Tata Ogg—. Estoy segura de que Roland será un marido muy gentil. Espero que mi niña piense que le allané bien el terreno para que pueda desenvolverse en el mundo.

—Creo que sin duda le ha enseñado muchas cosas —declaró Tiffany.

Pero la duquesa estaba distraída mirando a las brujas y, sin volver la vista hacia Tiffany, dijo:

—Sé que hemos tenido nuestras diferencias, jovencita, pero me preguntaba si podrías decirme quién es esa mujer de ahí, una de tus hermanas brujas, la que está hablando con esa otra tan alta.

Tiffany miró un momento.

—Ah, es la señora Proust. Es de Ankh-Morpork, ¿sabe? ¿Es que era amiga suya? Hace un momento estaba preguntándome por usted.

La duquesa sonrió, pero fue una sonrisa enclenque y extraña. Si las sonrisas tuvieran color, aquella habría sido verde.

—Oh —dijo—. Es… hum… —Se detuvo balanceándose un poco—. Muy amable por su parte. —Tosió—. Me alegro mucho de que mi hija y tú os hayáis hecho amigas, y me gustaría ofrecerte mis disculpas si me he portado mal contigo estos últimos días. También querría disculparme contigo y con todo el esforzado personal por lo que puede haberse tomado como un comportamiento altivo, y confío en que lo veréis como la actitud de una madre resuelta a hacer todo lo mejor para su hija. —Lo dijo con mucha cautela, con palabras que salían como los bloques coloreados con los que los niños jugaban a las construcciones, y entre los bloques, como el cemento, estaban las palabras que no pronunció: Por favor, por favor, no digas a nadie que bailaba en un espectáculo de variedades. ¡Por favor!

—Bueno, hemos estado todos muy nerviosos —comentó Tiffany—. Quien mucho habla mucho yerra, como suele decirse.

—Por desgracia —respondió la duquesa—, me parece que yo he hablado mucho. —Tiffany se fijó en que llevaba una gran copa de vino en la mano, casi vacía. La duquesa contempló a Tiffany durante un rato y dijo—: Una boda casi inmediatamente después de un funeral. ¿Eso está bien?

—Hay quienes piensan que da mala suerte retrasar una boda cuando se le ha puesto fecha —contestó Tiffany.

—¿Tú crees en la suerte?

—Creo en no tener que creer en la suerte —puntualizó Tiffany—. Pero excelencia, puedo decirle sin miedo a equivocarme que, en momentos como esos, el universo se acerca un poco más a nosotros. Son tiempos extraños, tiempos de principios y finales. Peligrosos y poderosos. Y los sentimos aunque no sepamos lo que son. Estos tiempos no tienen por qué ser buenos, ni malos. De hecho, lo que sean depende de lo que seamos nosotros.

La duquesa bajó la mirada al vaso vacío que tenía en la mano.

—No sé bien por qué, pero creo que debería echarme un rato.

Se volvió para dirigirse a las escaleras y casi tropezó al dar el primer paso.

Se oyeron risotadas desde el otro extremo del vestíbulo. Tiffany siguió a la duquesa, pero se detuvo a dar un golpecito a Leticia en el hombro.

—Si yo fuera tú, iría a hablar con tu madre antes de que se vaya arriba. Creo que le gustaría hablar contigo. —Se inclinó y le susurró al oído—: Pero no le cuentes mucho de lo que te haya dicho Tata Ogg.

Leticia hizo ademán de protestar, vio la expresión de Tiffany, se lo pensó mejor e interceptó a su madre.

Y de pronto, Yaya Ceravieja estaba al lado de Tiffany. Al cabo de un momento, como si se dirigiera al aire, Yaya dijo:

—Tienes una buena encomienda. Gente maja. Y voy a decirte una cosa: él está cerca.

Tiffany se fijó en que las otras brujas, incluida Flaca Alta Bajita Gorda Sally, estaban formando detrás de Yaya Ceravieja. Tiffany era el blanco de sus miradas, y cuando muchas brujas miran a alguien, lo nota como si fuera el sol.

—¿Hay algo que queráis decirme? —preguntó Tiffany—. Lo hay, ¿verdad?

Tiffany no recordaba haber visto muchas veces… o más bien, ahora que lo pensaba, no había visto nunca a Yaya Ceravieja preocupada.

—Estás segura de poder vencer al Hombre Astuto, ¿no es así? Veo que aún no te vistes de medianoche.

—Cuando sea vieja, me vestiré de medianoche —dijo Tiffany—. Es mi elección. Y Yaya, sé por qué has venido. Es para matarme si fracaso, ¿verdad?

—Maldita sea —protestó Yaya Ceravieja—. Eres una bruja, y de las buenas. Pero entre nosotras hay quienes piensan que lo mejor sería que insistiéramos en ayudarte.

—No —replicó Tiffany—. Mi encomienda. Mi desastre. Mi problema.

—¿A toda costa? —preguntó Yaya.

—¡Por supuesto que sí!

—Bueno, pues te doy la enhorabuena por tu apego a tu puesto y te deseo… no, no suerte, ¡sino certeza! —Hubo susurros entre las brujas y Yaya dijo, con voz firme—: Ha tomado su decisión, señoras, y no se hable más.

—No se la discuto —dijo Tata Ogg con una sonrisa—. Casi hasta me da pena el Hombre Astuto. Dale una buena patada en… ¡Dale una buena patada donde puedas, Tiff!

—Es tu terreno —declaró la señora Proust—. ¿Qué va a hacer una bruja en su terreno sino triunfar?

Yaya Ceravieja asintió.

—Si te dejas dominar por el orgullo, entonces ya has perdido, pero si agarras al orgullo por el pellejo del cuello y lo cabalgas como a un semental, entonces tal vez ya hayas ganado. Y ahora creo que es el momento de que te prepares, Tiffany Dolorido. ¿Tienes un plan para la mañana?

Tiffany miró aquellos penetrantes ojos azules.

—Sí. No perder.

—Es buen plan.

La señora Proust estrechó la mano de Tiffany con la suya, llena de verrugas, y le dijo:

—Por pura casualidad, querida, me parece que yo también tengo un monstruo al que destruir…



# CAPÍTULO 14

Quemando el rey

Tiffany sabía que aquella noche no iba a dormir, así que ni lo intentó. La gente estaba charlando sentada en grupos y todavía quedaba comida y bebida en las mesas. Tal vez como consecuencia de la bebida, nadie se daba cuenta de lo rápido que estaban desapareciendo esta y la comida, pero Tiffany estaba segura de oír tenues sonidos entre las vigas del alto techo. Por supuesto, las brujas tenían una proverbial destreza en guardarse comida en los bolsillos para más tarde, pero era muy posible que los feegles estuvieran cogiéndoles delantera por pura superioridad numérica.

Tiffany vagó de grupito en grupito y, cuando la duquesa por fin se marchó escaleras arriba, no la siguió. Se dijo con bastante énfasis que no estaba siguiéndola. Solo dio la casualidad de que iba en la misma dirección. Y cuando cruzó como un rayo el suelo de piedra para llegar a la puerta de la duquesa justo en el momento en que se cerraba, no fue para escuchar a hurtadillas. Desde luego que no.

Llegó a tiempo de oír el principio de un chillido de furia, y luego la voz de la señora Proust:

—¡Vaya, vaya, Deirdre Perejil! ¡Cuánto tiempo sin verte las enaguas! ¿Todavía puedes quitarle el sombrero a un hombre de una patada alta?

Y entonces hubo silencio. Tiffany se alejó deprisa, porque la puerta era muy gruesa y alguien acabaría dándose cuenta si seguía allí plantada con la oreja pegada a ella.

Así que bajó a tiempo de poder hablar con Flaca Alta Bajita Gorda Sally y la señora Chiripa, de quien ahora reparó en que era ciega, lo que era una lástima pero tampoco demasiada tragedia para una bruja. Siempre tenían unos cuantos sentidos adicionales que lo compensaban.

Y después bajó a la cripta.

Había flores alrededor de la tumba del barón, pero no encima porque la cubierta de mármol era tan hermosa que sería una lástima cubrirla aunque fuese con rosas. En la piedra, los canteros habían tallado al propio barón, con armadura y sosteniendo su espada; estaba labrado con tanto detalle que parecía que en cualquier momento iba a levantarse y marcharse de allí. En cada esquina de la losa ardía una vela.

Tiffany se paseó entre los otros barones muertos de piedra. De vez en cuando había una esposa, tallada con las manos juntas y aspecto sereno. Era… raro. En la Caliza no había lápidas. La piedra era demasiado escasa. Había cementerios, eso sí, y en algún lugar del castillo un libro antiguo de mapas descoloridos señalaba dónde reposaban los restos de la gente. La única persona común que tenía un monumento en su recuerdo, aunque en casi todos los aspectos había sido alguien muy poco común, era la abuela Dolorido; las ruedas de hierro y la estufa redonda que eran todo lo que quedaba de su cabaña de pastoreo sobrevivirían como mínimo otros cien años. Eran de metal del bueno, y el inagotable pastar de las ovejas mantenía el terreno circundante liso como un tapete, y además la grasa del vellón que dejaban al frotarse contra las ruedas era tan buena como el aceite para que el metal se mantuviera en tan buen estado como el día en que salió de su molde.

En tiempos remotos, antes de que un caballero se armara caballero, debía pasar una noche en su salón con sus armas, pidiendo fuerza y sabiduría a los dioses que quisieran escucharle.

Tiffany estuvo segura de oír las palabras que pronunciaban, al menos en su mente si no a través de las orejas. Se giró para mirar a los caballeros durmientes, preguntándose si la señora Proust tendría razón y la piedra conservaba la memoria.

¿Y cuáles son mis armas?, pensó. La respuesta llegó al instante: el orgullo. Sí, se decía que era un pecado y que presagiaba la derrota, pero no podía ser cierto. El herrero se enorgullece de una buena soldadura; el carretero se enorgullece de que sus caballos estén bien atendidos, de que brillen como castañas recién recogidas al sol; el pastor se enorgullece de que el lobo no se acerque al rebaño; la cocinera se enorgullece de sus tartas. Todos sentimos orgullo de que nuestra vida tenga una buena historia, una que valga la pena contar.

Y también tengo miedo, miedo a decepcionar a las demás; y como tengo miedo, superaré ese miedo. No dejaré en evidencia a las mujeres que me han entrenado.

Y tengo confianza, aunque no esté muy segura de en qué confío.

—Orgullo, miedo y confianza —dijo en voz alta. Y delante de ella, las cuatro velas ardieron con fuerza, como si las hubiera azuzado el viento, y por un instante, en la avalancha de luz, estuvo segura de ver la silueta de una bruja anciana fundiéndose con la piedra oscura—. Ah, sí, y tengo el fuego. —Y entonces, sin saber del todo por qué, dijo—: Cuando sea vieja, me vestiré de medianoche. Pero hoy no.

Tiffany alzó su farol y todas las sombras se movieron excepto una, muy parecida a la silueta de una mujer mayor vestida de negro, que se desvaneció por completo. Y ahora sé por qué la liebre corre al fuego, y mañana… no, hoy mismo saltaré yo también a su interior. Sonrió.

Cuando Tiffany regresó al vestíbulo, todas las brujas estaban observándola desde la escalera. Tiffany se había preguntado cómo iban a llevarse Yaya y la señora Proust, dado que las dos eran más orgullosas que un gato que se hubiera comido a un pavo. Sin embargo, parecían tener una relación bastante cordial, por lo menos lo suficiente para hablar del tiempo, de lo malcriados que estaban los jóvenes hoy en día y de lo carísimo que se había puesto el queso. Pero Tata Ogg tenía un aspecto preocupado muy poco propio de ella. Ver a Tata Ogg preocupada era preocupante. Ya había pasado la medianoche, que en teoría era la hora de las brujas. En la vida real cualquier hora era la hora de las brujas, pero aun así la forma en que las dos manecillas del reloj apuntaban juntas hacia arriba daba un poco de escalofrío.

—He oído que los chicos ya han vuelto de la despedida de soltero —dijo Tata—, pero creo que no recuerdan dónde han dejado al novio. Tampoco creo que vaya a ir a ninguna parte. Están bastante seguros de que le quitaron los pantalones y lo ataron a algo. —Carraspeó—. Es el procedimiento habitual. En teoría el padrino debería recordar el lugar, pero a él sí que lo han encontrado y no recuerda ni cómo se llama.

El reloj del vestíbulo dio la medianoche; nunca acertaba la hora. Cada tañido fue como un martillazo en la columna vertebral de Tiffany.

Y allí, caminando en su dirección, estaba Preston. Y a Tiffany le pareció que desde hacía un tiempo, mirara donde mirase allí estaba Preston, con aspecto limpio y listo y… en cierto modo esperanzado.

—Escucha, Preston —le dijo—. No tengo tiempo para explicar las cosas, y tampoco estoy segura de que fueras a creértelas… No, seguramente sí que te las creerías si te las dijera. Tengo que salir a matar a ese monstruo antes de que me mate a mí.

—Entonces yo te protegeré —respondió Preston—. ¡De todas formas, mi comandante en jefe podría estar ahí fuera en una pocilga con alguna cerda olisqueándole los inmencionables! ¡Y yo represento al poder temporal!

—¿Tú? —saltó Tiffany.

Preston sacó pecho, aunque no llegó muy lejos.

—Resulta que sí. Los chicos me han nombrado guardia de pleno derecho para poder tomarse unas copas y ahora mismo el sargento está en la cocina, vomitando en el fregadero. ¡Ha pensado que podía beber más que Tata Ogg! —Hizo el saludo marcial—. Voy a acompañarte ahí fuera, y no puedes impedirlo. Sin ánimo de ofender, por supuesto. Además, por el poder que me ha otorgado el sargento entre arcada y arcada, querría requisaros a ti y a tu escoba para que me ayudéis en mi búsqueda, si te parece bien.

Era una pregunta espantosa para hacérsela a una bruja. Pero por otra parte era Preston quien la hacía.

—De acuerdo —dijo Tiffany—, pero no quiero que le hagas ni un rasguño. Y antes tengo que ocuparme de una cosa. Disculpa. —Se alejó un poco hacia la puerta abierta del vestíbulo y se apoyó en la piedra fría—. Sé que hay feegles escuchándome —dijo.

—Aj, sí —confirmó una voz a menos de dos centímetros de su oreja.

—Muy bien, pues no quiero que me ayudéis esta noche. Esto es asunto de arpías, ¿entendido?

—Ah, sí, ya vimos a toda la cuadrilla de arpías. Está claru que esta es noche de arpiadas.

—Tengo… —empezó Tiffany, y entonces se le ocurrió una idea—. Tengo que enfrentarme al hombre sin ojos. Y ellas han venido para ver lo buena guerrera que soy, así que no debo hacer trampas utilizando feegles. Es una regla importante de las arpías. Desde luego respeto que las trampas son una honorable tradición feegle, pero las arpías no hacemos trampas —siguió, consciente de que aquello era una mentira enorme—. Si me ayudáis, lo sabrán, y todas las arpías me mirarán con desprecio.

Y pensó: Y si pierdo, será feegles contra arpías, y esa batalla sí que la recordará el mundo para siempre. Pero sin presión, ¿eh?

En voz alta continuó:

—Lo entendéis, ¿verdad? Por esta vez, aunque sea solo por esta vez, haréis lo que os digo y no me ayudaréis.

—Sí, sí, ya entendímoste. Pero sabes que Jeannie dispuso que debémoste cuidar en todu momento, porque eres nuestra arpía de las colinas —objetó Rob.

—Lamento decir que la kelda no está aquí —dijo Tiffany—. Pero yo sí estoy, y debo deciros que si esta vez me ayudáis, dejaré de ser vuestra arpía de las colinas. Estoy sometida a un mochuelo, ya sabéis, y es un mochuelo de arpía, lo que vuélvelo un mochuelo ben, ben grande. —Oyó un gemido colectivo y añadió—: Va en serio. La arpía jefa es Yaya Ceravieja, y ya la conocéis. —Hubo otro gemido—. Pues eso. Esta vez, por favor, dejadme hacer las cosas a mi manera. ¿Lo habéis entendido?

Hubo un silencio momentáneo, y luego la voz de Rob Cualquiera respondió:

—Aj, sí.

—Muy bien —dijo Tiffany.

Respiró hondo y fue a buscar su escoba.

Llevar consigo a Preston dejó de parecerle tan buena idea mientras se elevaban por encima de los tejados del castillo.

—¿Por qué no me has dicho que te daba miedo volar? —le preguntó.

—Oye, eso no es justo —respondió Preston—. Es la primera vez que vuelo en la vida.

Cuando estuvieron a una buena altura, Tiffany observó el clima. Había nubes sobre las montañas y, de vez en cuando, el relámpago de una tormenta de verano. Oyó el lejano retumbar del trueno. En las montañas siempre había una tormenta a mano. La niebla se había dispersado y la luna estaba alta en el cielo: era una noche perfecta. Y hacía aire. Era lo que había deseado Tiffany. Y Preston le rodeaba la cintura con los brazos; eso no estaba segura de si lo había deseado o no.

Habían bajado hacia las llanuras, al pie de la Caliza, e incluso con luz de luna Tiffany distinguió los rectángulos oscuros de los campos que ya estaban desbrozados. Los hombres siempre cuidaban de que el fuego no se les fuese de las manos. Nadie quería un incendio descontrolado que pudiera llevarse por delante cualquier cosa. El campo al que llegaron era el último de todos. Siempre lo habían llamado «el rey». Cuando quemaban el rey, solía acudir medio pueblo para atrapar a los conejos que escapaban de las llamas. Tendría que haberse hecho aquel mismo día, pero todos habían tenido… otras ocupaciones.

Los gallineros y la pocilga estaban en el bancal de encima, separados por un tramo de ladera, y se decía que las cosechas que daba el rey eran tan abundantes porque resultaba mucho más fácil volcar el abono en el rey que repartirlo entre los campos de más abajo.

Aterrizaron junto a las pocilgas, recibidos por los habituales chillidos feroces de los lechones, que con independencia de la situación real creían en todo momento que el mundo pretendía serrarlos por la mitad.

Tiffany husmeó. El aire olía a cerdo, pero Tiffany estaba convencidísima de que aun así podría oler al fantasma cuando llegara. Por mucho que apestaran a sucio, al menos los cerdos tenían un olor natural. En cambio, el fantasma haría que en comparación los cerdos olieran a violetas. Tiffany tuvo un escalofrío. El viento estaba arreciando.

—¿Estás completamente segura de que puedes matarlo? —susurró Preston.

—Creo que puedo hacer que se mate él. Y Preston, te prohíbo estrictamente que me ayudes.

—Lo siento —dijo Preston—. Poder temporal, ya sabes. Usted no puede darme órdenes, señorita Dolorido, si no le importa.

—¿Estás diciendo que tu sentido del deber y la obediencia a tu comandante significan que debes ayudarme? —preguntó ella.

—Bueno, sí, señorita —respondió Preston—. Y algunas otras consideraciones.

—En ese caso de verdad te necesito, Preston, créeme. Me parece que podría hacerlo yo sola, pero sería mucho más fácil si me ayudaras. Lo que quiero que hagas es…

Estaba casi segura de que el fantasma no podría oírles, pero aun así bajó la voz. Preston absorbió sus palabras sin pestañear y luego se limitó a decir:

—Parece bastante sencillo, señorita. Puede fiarse del poder temporal.

—¡Puaj! ¿Cómo he terminado aquí?

Algo gris, pegajoso y que olía mucho a cerdo y a cerveza intentó pasar por encima de la valla de la pocilga. Tiffany sabía que era Roland, pero solo porque era muy improbable que hubieran tirado a otro novio a una pocilga en la misma noche. Y Roland se alzó como algo horrible salido de un pantano, dejando caer gotas de… bueno, gotas. No había mucha necesidad de entrar en detalles. Partes de él se desprendían y salpicaban.

Dio un hipido.

—Parece haber un cerdo enorme en mi dormitorio, y todo apunta a que he extraviado mis pantalones —declaró, con la voz entorpecida por el alcohol. El joven barón miró a su alrededor mientras la comprensión, más que iluminarle, lo abrasaba—. No creo que esto sea mi dormitorio, ¿verdad que no? —dijo, y poco a poco resbaló de vuelta a la porqueriza.

Tiffany olió al fantasma. Por encima de la mezcla nasal que llegaba desde la pocilga, su hedor destacó como el de un zorro entre gallinas. Y el fantasma le habló, con una voz cargada de horror y decadencia:

Puedo sentir que estás aquí, bruja, y también a las otras. Ellas no me preocupan, pero este cuerpo nuevo, aun sin ser muy robusto, tiene… sus propias intenciones permanentes. Soy fuerte. Estoy llegando. No puedes salvar a todo el mundo. Dudo que tu diabólico palo volador pueda cargar a cuatro personas. ¿A quién dejarás atrás? ¿Por qué no dejarlos a todos? ¿Por qué no abandonar a la fatigosa rival, al chico que te rechazó y al joven persistente? ¡Ah, sé bien cómo piensas, bruja!

Pero no pienso de ese modo, se dijo Tiffany. De acuerdo, puede que me haya gustado ver a Roland en la pocilga, pero la gente no es solo gente: es gente rodeada de circunstancias.

No como tú. Tú ni siquiera eres gente ya.

A su lado, con un espantoso ruido de succión, Preston sacó a Roland de la porqueriza entre las protestas de la cerda. Qué suerte tenían los dos de no poder oír al Hombre Astuto.

Se quedó parada. ¿«Cuatro personas»? ¿«La fatigosa rival»? Pero allí solo estaban ella, Roland y Preston, ¿verdad?

Miró hacia el extremo del campo, entre la sombra que dejaba el castillo a la luz de la luna. Una figura blanca corría veloz hacia ellos.

Tenía que ser Leticia. Nadie de por allí vestía con tanto blanco vaporoso a todas horas. La mente de Tiffany se enfrascó en el álgebra de la táctica.

—Preston, vete para allá. Coge la escoba.

Preston asintió e hizo un saludo mientras sonreía de oreja a oreja.

—A su servicio, señorita.

Leticia llegó en pleno frenesí y en carísimas zapatillas blancas de estar por casa. Se detuvo en seco al ver a Roland, que reunió la sobriedad suficiente para intentar cubrir con las manos lo que Tiffany supo que a partir de entonces, en su mente, siempre llamaría sus partes apasionadas. El gesto de Roland solo consiguió hacer un ruido líquido, dado que estaba envuelto en una gruesa capa de estiércol de cerdo.

—¡Uno de sus amigotes me ha dicho que lo tiraron a la pocilga para echarse unas risas! —exclamó Leticia, indignada—. ¡Y se hacen llamar sus amigos!

—Creo que ellos creen que para eso están los amigos —dijo Tiffany, distraída. Para sí misma pensó: ¿Esto funcionará? ¿He pasado algo por alto? ¿Entiendo lo que tengo que hacer? ¿Con quién creo que estoy hablando? Supongo que estoy buscando una señal, solo una señal.

Hubo un sonido de hierba removida. Tiffany miró abajo. Una liebre estaba mirándola a ella y entonces, sin dar sensación de pánico, se perdió entre los tallos cortados.

—Me lo tomaré como un sí entonces —dijo Tiffany sintiendo un pánico propio. Al fin y al cabo, ¿aquello había sido un presagio o solo una liebre lo bastante adulta para correr al instante siempre que veía a personas? Y supuso que sería de mala educación pedir un segundo presagio que confirmara que el primero no era solo una coincidencia, ¿verdad?

En aquel preciso instante, Roland empezó a cantar, con toda probabilidad por culpa de la bebida pero tal vez también porque Leticia estaba afanándose en limpiarle mientras cerraba los ojos con fuerza para no tener que ver, como mujer soltera, nada inapropiado o sorprendente. La canción que cantaba Roland decía:

—«Alegre y deliciosa era la clara mañana de estío, con todos los campos y los prados rebosantes de trigo. Los pájaros trinaban posados en el verdor, y las alondras cantaban melodiosas al romper el albor.» —Se detuvo—. Mi padre la cantaba siempre cuando paseábamos por estos campos —dijo. Estaba en el punto en que los borrachos empezaban a llorar, y sus lágrimas dejaron estrechos senderos de color rosa al llevarse el estiércol de sus mejillas.

Pero Tiffany pensó: Gracias. Un presagio era un presagio. Había que elegir los más convenientes. Y aquel era el campo más grande, el campo donde quemaban los últimos rastrojos. Y la liebre corre al fuego. Ah, los presagios. Siempre tan importantes.

—Escuchadme los dos. No vais a discutirme nada de lo que diga porque tú, Roland, vas como una cuba y tú, Leticia, eres bruja. —Leticia sonrió de oreja a oreja al oírlo—. Pero menos experta que yo, por lo que los dos vais a hacer lo que yo os diga. De ese modo, a lo mejor podemos volver todos vivos al castillo.

Los dos la escucharon con atención, aunque Roland se tambaleaba un poco.

—Cuando grite —siguió Tiffany—, quiero que cada uno me coja de una mano y corráis. Girad si giro yo y parad si yo me paro, aunque dudo mucho que vaya a querer pararme. Sobre todo, no tengáis miedo y confiad en mí. Estoy casi segura de saber lo que hago. —Tiffany se dio cuenta de que su última frase no inspiraba mucha confianza, pero ellos no parecieron fijarse—. Y cuando diga que saltéis, saltad como si tuvierais a un demonio pisándoos los talones, porque lo tendréis.

De pronto el hedor se hizo insoportable. El odio puro que contenía aporreó el cerebro de Tiffany. Los pulgares me hormiguean: algo malvado se acerca, pensó mientras escrutaba en la penumbra. Las narices me apestan: algo malvado se presenta, añadió en su mente para no balbucear de miedo mientras registraba el lejano seto del campo en busca de cualquier movimiento.

Y había una silueta.

Allí estaba, fornida, cruzando el campo en su dirección. Aún se movía despacio, pero iba ganando velocidad. Tenía un andar extraño. «Cuando domina un cuerpo, el propietario pasa a formar parte de él. No hay escapatoria, nunca serán libres.» Es lo que le había dicho Eskarina. Nada que fuese bueno, nada que contara con la opción de redimirse podía tener unos pensamientos que apestaran tanto. Tiffany cogió las manos de la pareja sin hacer caso a su conversación y tiró de ellos hasta que corrieron. El… la criatura estaba entre ellos y el castillo. Y avanzaba con más lentitud de la que había esperado. Aventuró otra mirada y vio el brillo del metal en sus manos. Cuchillos.

—¡Vamos!

—Este calzado no es muy bueno para correr —señaló Leticia.

—Me duele la cabeza —aportó Roland mientras Tiffany tiraba de ellos hacia el fondo del campo.

No hizo caso de las quejas mientras los tallos secos de maíz entorpecían su paso, se les enredaban en el pelo, les rascaban las piernas y les pinchaban los pies. Apenas había logrado poner a la pareja al trote. La criatura los seguía sin descanso. Tan pronto como giraran hacia la seguridad del castillo, empezaría a ganarles terreno…

Pero aquella cosa también pasaba por dificultades, y Tiffany se preguntó hasta qué punto podía forzar un cuerpo si no sentía su dolor, la agonía de sus pulmones, el martilleo del corazón, el crujido de los huesos, el horrible dolor que lo llevaba hacia el último aliento y más allá. La señora Proust había acabado explicándole todas las atrocidades que había cometido el hombre llamado Chubasquero; lo hizo en voz baja, por si decir las palabras con fuerza pudiera contaminar el aire. Comparado con todo aquello, ¿qué era aplastar a un pequeño pájaro cantor? Pero por algún motivo, era ese el que se quedaba grabado en la mente como un crimen imperdonable.

No habrá perdón por una canción silenciada. No habrá redención después de matar la esperanza en la oscuridad. Ahora te conozco.

Eres lo que susurró al oído de Rastrero antes de que diera una paliza a su hija.

Eres el primer acorde en la música brusca.

Eres lo que mira por encima del hombro de quien coge la primera piedra y, aunque creo que formas parte de todos nosotros y que nunca nos libraremos de ti, desde luego podemos hacer de tu vida un infierno.

No hay perdón. No hay redención.

Al mirar hacia atrás, vio que la cara del Hombre Astuto era cada vez más grande y redobló sus esfuerzos para tirar de la cansada y reticente pareja por el difícil terreno. Invirtió un precioso aliento en decir:

—¡Miradlo! ¡Mirad esa cosa! ¿Queréis que nos atrape?

Oyó un breve chillido de Leticia y un gemido de repentina sobriedad procedente de su futuro marido. Los ojos del desgraciado Chubasquero estaban inyectados en sangre y abiertos como platos. Sus labios estaban congelados en una sonrisa demente. Trató de aprovechar que había ganado terreno, pero los compañeros de Tiffany habían encontrado fuerzas nuevas en el miedo, y ahora casi tiraban ellos de la bruja.

Tenían por delante una carrera recta en campo abierto. Todo dependía de Preston. Por extraño que le resultara, Tiffany sintió confianza. Es de fiar, pensó, pero seguía teniendo aquel terrible gorgoteo a su espalda. El fantasma estaba exigiendo más y más a su anfitrión, y a ella no le costó imaginar el siseo de un largo cuchillo. La coordinación era crucial. Preston era de fiar. Lo había entendido bien, ¿verdad? Por supuesto que sí. Podía confiar en Preston.

Más adelante, lo que recordaría con más nitidez fue el silencio, que solo quebraban los tallos al romperse, los jadeos de Leticia y Roland y el terrorífico resuello de su perseguidor. El silencio de su cabeza lo quebraba la voz del Hombre Astuto.

—Estás tendiéndome una trampa. ¡Escoria! ¿Crees que me dejaré atrapar otra vez tan fácilmente? Las niñitas que juegan con fuego se queman, y tú arderás, te lo prometo. ¡Ya lo creo que arderás! ¿Dónde quedará entonces el orgullo de las brujas? ¡Recipientes de la iniquidad! ¡Siervas de la impureza! ¡Profanadoras de todo lo sagrado!

Tiffany mantuvo la mirada fija en el extremo del campo mientras se le escapaban las lágrimas. No pudo evitarlo. Era imposible aislarse de la vileza, de esa llovizna venenosa que se colaba por sus orejas y fluía hasta sus entrañas.

Otro siseo en el aire por detrás de ellos hizo renovar su empeño a los tres corredores, pero Tiffany sabía que no iban a aguantar mucho más. ¿Era Preston lo que se entreveía allí delante, en la tiniebla? Entonces ¿quién era la oscura figura que tenía al lado, la que recordaba a una bruja anciana con sombrero puntiagudo? Mientras Tiffany seguía mirando la silueta se difuminó hasta desaparecer.

Pero de pronto estalló el fuego, y Tiffany oyó sus chasquidos, que se extendieron como un amanecer que recorría el campo hacia ellos, soltando chispas que llenaron el cielo como nuevas estrellas. El viento sopló con fuerza y Tiffany oyó de nuevo la voz hedionda:

—Arderás. ¡Arderás!

Y el viento arreció y las llamas crecieron, y había una muralla de fuego arrasando los tallos tan deprisa como el propio viento. Tiffany miró abajo y vio que había regresado la liebre, que ahora corría junto a ellos sin esfuerzo aparente. Levantó la mirada hacia Tiffany, viró dando un brinco y corrió directa hacia el fuego, a toda velocidad.

—¡Corred! —ordenó Tiffany—. ¡El fuego no os quemará si hacéis lo que os digo! ¡Corred mucho! ¡Corred mucho! ¡Roland, corre para salvar a Leticia! ¡Leticia, corre para salvar a Roland!

Tenían el fuego casi encima. Necesito la fuerza, pensó Tiffany. Necesito el poder. Y recordó lo que le había dicho una vez Tata Ogg: «El mundo cambia. El mundo fluye. Ahí hay poder, mi niña».

Las bodas y los funerales son momentos de poder… sí, las bodas. Tiffany agarró con más fuerza las manos de los dos. Y ahí llegaba, la crepitante y fragorosa muralla de fuego…

—¡Saltad! —Y mientras se despegaban del suelo chilló—: «¡Salta, granuja! ¡Brinca, zorra!».

Sintió cómo se elevaban mientras los envolvía el fuego.

El tiempo titubeó. Un conejo se cruzó con ellos por debajo, huyendo aterrorizado de las llamas. Y él también huirá, pensó Tiffany. Correrá para alejarse del fuego, pero el fuego correrá hacia él. Y el fuego corre mucho más que un cuerpo que se muere.

Tiffany flotaba dentro de una bola de fuego amarillo. Vio que les adelantaba la liebre, una criatura cómoda en su elemento. No somos tan rápidos como tú, reflexionó Tiffany. Nosotros sí que nos chamuscaremos. Miró a derecha e izquierda, a la novia y al novio, que tenían la mirada perdida hacia delante como si estuvieran hipnotizados, y los atrajo hacia ella. Ahora lo entendía. Seré yo con quien te cases, Roland. Ya te lo había dicho.

Tiffany iba a hacer algo hermoso con aquel fuego.

—¡Vuelve a los infiernos de donde procedes, Hombre Astuto! —voceó por encima del rugido de las llamas—. ¡Salta, granuja! ¡Brinca, zorra! —volvió a chillar—. ¡Yo os caso para siempre a partir de ahora!

Y esto es una boda, se dijo. Un nuevo principio. Y durante unos pocos segundos en el mundo, este es un lugar de poder. Oh, sí, un lugar de poder.

Cayeron rodando al otro lado del muro de fuego. Tiffany estaba preparada y empezó a pisotear brasas y a sacudir todas las llamas que quedaban en la ropa.

De pronto también estaba allí Preston, recogiendo a Leticia y sacándola de las cenizas. Tiffany rodeó con un brazo a Roland, que había aterrizado sobre algo blando (posiblemente su cabeza, pensó una parte de Tiffany) y siguió al guardia.

—Parecen quemaduras muy superficiales y algo de pelo chamuscado —declaró Preston—, y en cuanto a tu antiguo novio, creo que ahora el barro está horneado. ¿Cómo lo has conseguido?

Tiffany respiró hondo.

—La liebre cruza tan rápido las llamas que apenas las nota —explicó—, y suele aterrizar sobre ceniza. El fuego consume muy deprisa la hierba si hay viento fuerte.

Se oyó un chillido a sus espaldas, y Tiffany imaginó a una figura torpe intentando escapar de las llamas que la ventolera le echaba encima, y fracasando. Sintió el dolor de una criatura que había reptado por el mundo durante siglos.

—Vosotros tres quedaos aquí. ¡No me sigáis! ¡Preston, cuida de ellos!

Tiffany recorrió la ceniza que ya se enfriaba. Debo verlo, se dijo. Debo ser testigo. ¡Debo saber qué es lo que he hecho!

Las ropas del hombre muerto humeaban. No tenía pulso. Hizo cosas horribles a la gente, pensó Tiffany, cosas que revolvían el estómago hasta a los guardas de prisión. Pero ¿qué le hicieron a él antes? ¿Era tan solo una versión mucho peor del señor Rastrero? ¿Podría haber llegado a ser una persona decente? ¿Cómo se cambia el pasado? ¿Dónde empieza el mal?

Sintió que las palabras se colaban en su mente como gusanos: ¡Asesina, escoria, depravada! Y sintió la necesidad de disculparse con sus orejas por lo que tenían que escuchar. Pero la voz del fantasma sonaba débil, aguda y quejumbrosa mientras caía hacia atrás en la historia.

No puedes llegar hasta mí, pensó. Estás consumido. Ahora eres demasiado débil. ¿Tanto te agotó obligar a un hombre a correr hacia su muerte? No puedes entrar, aunque note cómo lo intentas. Tiffany se agachó y recogió de entre las cenizas un nódulo de pedernal, aún caliente por el fuego. En el terreno había mucho sílex, la más afilada de las piedras. Nacido de la caliza, igual que en cierto modo había nacido Tiffany. Su suavidad era el contacto de un viejo amigo.

—Nunca aprendes, ¿verdad? —dijo—. No comprendes que hay otras personas que también piensan. Desde luego que no ibas a correr hacia el fuego, pero en tu arrogancia no has llegado a entender que el fuego correría hacia ti.

Tu poder se basa solo en el rumor y la mentira, pensó. Te abres paso al interior de la gente cuando están inseguros, débiles, preocupados y temerosos, cuando creen que su enemigo es otra gente aunque su enemigo eres y siempre serás, tú, el amo de las mentiras. Por fuera eres temible. Por dentro no eres más que debilidad.

Yo por dentro soy pedernal.

Sintió el calor del campo entero, se afianzó sobre el suelo y agarró la piedra. ¡Cómo osas venir aquí, gusano! ¡Cómo te atreves a entrar sin permiso en lo que es mío! A medida que se concentraba sintió que el pedernal se calentaba en su mano, se fundía y fluía entre sus dedos para caer goteando al suelo. Nunca había intentado aquello antes; respiró una profunda bocanada de aire que, de algún modo, las llamas habían purificado.

Y si regresas, Hombre Astuto, habrá otra bruja como yo. Siempre habrá otra bruja como yo porque siempre va a haber cosas como tú, porque nosotros les dejamos espacio. Pero ahora mismo, en este terreno sangrante, yo soy la bruja y tú no eres nada. Los párpados se me cierran: algo malvado se entierra.

Un siseo que había ocupado su mente desapareció y la dejó sola con sus pensamientos.

—No hay perdón —dijo en voz alta—, no hay redención. Obligaste a un hombre a matar a su inofensivo pajarito, y no sé por qué, pero creo que ese fue el peor delito de todos.

Cuando hubo regresado hasta el final del campo, había logrado ser de nuevo la Tiffany Dolorido que sabía fabricar queso y ocuparse de las tareas diarias, la que no estrujaba roca fundida entre los dedos.

La feliz pero algo chamuscada pareja empezaba a darse cuenta de las cosas. Leticia se incorporó.

—Me siento cocinada —declaró—. ¿Qué es ese olor?

—Lo siento, pero eres tú —respondió Tiffany—, y me temo que ese camisón de encaje tan maravilloso tendrá que servir para limpiar ventanas de ahora en adelante. Lamento deciros que no hemos saltado tanto como la liebre.

Leticia miró a su alrededor.

—¿Roland está… está bien?

—Como una rosa —dijo Preston en tono jovial—. Ese estiércol de la pocilga le ha venido de maravilla.

Leticia se quedó un momento callada.

—Y ¿esa… cosa?

—Ya no está —respondió Tiffany.

—¿Estás seguro de que Roland está bien? —insistió Leticia.

Preston sonrió de oreja a oreja.

—De perlas, señorita. No se ha quemado nada importante, aunque a lo mejor le duele un poco cuando le quitemos la corteza. Está un poco cocido, ya me entiende. —Leticia asintió antes de volverse poco a poco hacia Tiffany—. ¿Qué era lo que has dicho mientras saltábamos?

Tiffany respiró hondo.

—Os he casado.

—¿Tú, es decir, tú, nos has casado, es decir, unido en matrimonio, a nosotros? —preguntó Leticia.

—Sí —confirmó Tiffany—. Es decir, así es. Saltar juntos un fuego es una ceremonia matrimonial muy antigua. Además, no requiere sacerdotes, lo que supone un gran ahorro en organización.

La posible recién casada sopesó lo que acababa de oír.

—¿Estás segura?

—Bueno, es lo que me explicó la señora Ogg —contestó Tiffany—, y siempre he querido intentarlo.

Dio la impresión de que Leticia lo aprobaba, porque dijo:

—La señora Ogg es una mujer muy sabia, de eso no hay duda. Sabe una cantidad sorprendente de cosas.

Tiffany, manteniendo la expresión tan neutra como pudo, convino:

—Una cantidad sorprendente de cosas sorprendentes.

—Ah, sí… Eh… —Leticia carraspeó con expresión más bien vacilante y remató el «eh» con un—: Hum.

—¿Ocurre algo? —preguntó Tiffany.

—Esa palabra que has dicho mientras saltabas. Creo que era una palabra muy mala.

Tiffany ya se lo había esperado.

—Bueno, se ve que es tradicional. —Con una voz casi tan vacilante como la de Leticia, añadió—: Y tampoco creo que Roland sea un granuja. Y por supuesto las palabras y su uso van cambiando con los años.

—¡Esa no creo que cambie! —exclamó Leticia.

—Bueno, depende de las circunstancias y del contexto —declaró Tiffany—. Pero si te soy sincera, Leticia, en una emergencia las brujas usamos toda herramienta que tengamos a mano. Además, la forma en que pensamos en algunas palabras sí que cambia. Por ejemplo, ¿sabes lo que significa la palabra «ubre»? —Y mientras tanto pensó: ¿Por qué estoy dándole charla insustancial? Lo sé: porque es un ancla, y me confirma que soy un ser humano entre otros humanos, y porque ayuda a limpiar el terror de mi alma…

—Sí —afirmó la futura esposa—. Me temo que no ando muy, hum, sobrada en ese departamento.

—Hace un par de siglos habría sido un problema, porque para la ceremonia nupcial de entonces la novia tenía que acudir ubre hacia su marido.

—¡Tendría que meterme una almohada bajo el corsé!

—En realidad, no. Antes significaba rica, copiosa, entregada —explicó Tiffany.

—Ah, eso puedo serlo —aseguró Leticia—. Al menos las dos primeras, sin problemas —añadió con una sonrisa. Carraspeó—. Oye, aparte de casarnos, cosa que por cierto sigue pareciéndome muy graciosa, ¿qué acabamos de hacer?

—Bueno —respondió Tiffany—, me habéis ayudado a tender una trampa a uno de los peores monstruos que han ensuciado jamás el mundo.

La recién casada se animó.

—¿Ah, sí? Vaya, qué bien —dijo—. Me alegro mucho de que hayamos hecho eso entre todos. Lo que no sé es cómo vamos a compensarte todo lo que tú has hecho por nosotros.

—Bueno, la tela usada pero limpia y las botas viejas siempre son bien recibidas —dijo Tiffany con voz seria—. Pero no tenéis que darme las gracias por ser una bruja. Preferiría que se lo agradecierais a mi amigo Preston, que se ha puesto en auténtico peligro por vosotros dos. Nosotros, por lo menos, estábamos juntos. Él estaba aquí solo.

—A decir verdad —intervino Preston—, eso no es del todo exacto. Aparte de otros contratiempos, mis cerillas estaban todas empapadas, pero por fortuna el señor Wullie Chiflado y sus amigos han tenido la amabilidad de prestarme unas cuantas. Y me han dicho que dígate que non pasa nada, ¡porque ayudábanme a mí y non a ti! Y aunque haya damas presentes, añadiré que han contribuido a la rapidez del fuego avivando las llamas con sus kilts. Una visión, debe decirse, que una vez se ha presenciado es imposible olvidar.

—Me habría gustado mucho poder presenciarla —declaró Leticia con educación.

—De todas formas —dijo Tiffany intentando borrar la imagen mental de su cabeza—, tal vez lo mejor sea concentrarse en el hecho de que mañana os casará el pastor Huevo, con una ceremonia algo más convencional. ¿Y sabéis una cosa muy importante sobre mañana? ¡Que es hoy!

Roland, que estaba agarrándose la cabeza con las dos manos y gimiendo, preguntó:

—¿El qué?



# CAPÍTULO 15

Una sombra y un susurro

Al final salió una boda bastante buena, en opinión de Tiffany. El pastor Huevo, consciente del inusual número de brujas entre el público, mantuvo la religión al mínimo. La sonrojada novia cruzó el vestíbulo, y Tiffany la vio sonrojarse aún más al distinguir a Tata Ogg, que levantó el pulgar hacia ella con alegría cuando pasó por delante. Y después se arrojó arroz, que por supuesto después se barrió porque está mal desperdiciar la comida.

Y hubo vítores y enhorabuenas y, para sorpresa de algunos, una duquesa feliz y sonriente que charlaba alegre hasta con las doncellas y parecía tener una palabra amable y animosa para todos. Solo Tiffany sabía por qué de vez en cuando lanzaba miradas nerviosas en dirección a la señora Proust.

Tiffany se marchó a hurtadillas para ayudar a Preston en el campo rey, donde el joven estaba cavando un agujero lo bastante profundo para que el arado nunca encontrara los restos calcinados que, entre los dos, reunieron y depositaron en su interior. Se lavaron las manos con un jabón de sosa muy abrasivo, porque toda precaución era poca. No fue, hablando con propiedad, un momento muy romántico.

—¿Crees que volverá alguna vez? —preguntó Preston cuando se quedaron apoyados en sus palas.

Tiffany asintió.

—El Hombre Astuto sí, por lo menos. El veneno siempre es bienvenido en algún sitio.

—¿Qué vas a hacer ahora que ya no está?

—Bueno, ya sabes, todo lo emocionante. Siempre hay alguna pierna que necesita vendajes, o una nariz que necesita que la suenen. No voy a parar en todo el día.

—No suena muy emocionante.

—Ya, supongo que no —convino Tiffany—, pero comparado con ayer, de pronto ese tipo de día me parece muy, muy buen día.

Emprendieron el regreso hacia el castillo, donde el desayuno de la boda iba a servirse como almuerzo.

—Eres un joven de considerables recursos —dijo Tiffany a Preston—, y te estoy muy agradecida por tu ayuda.

Preston asintió, sonriendo.

—Se lo agradezco mucho, señorita, muchísimo, pero con una leve… ¿Cómo decirlo? Corrección. Al fin y al cabo, tú tienes más o menos dieciséis años y yo tengo diecisiete, así que creo que coincidirás conmigo en que llamarme joven… Bueno, reconozco que tengo una personalidad dicharachera y juvenil, pero soy mayor que tú, amiga mía.

Hubo una pausa. Después Tiffany preguntó, cuidando el tono:

—¿Cómo sabes mi edad?

—He preguntado por ahí —respondió Preston, sin que la sonrisa entusiasta abandonara su rostro.

—¿Por qué?

Tiffany no obtuvo respuesta porque en ese momento salió por la puerta principal el sargento, que tenía confeti cayéndole a chorro del casco.

—Ah, ahí está, señorita. El barón ha preguntado por usted, y también la baronesa. —Calló un momento, sonrió y dijo—: Qué bien suena lo de volver a tener baronesa. —Miró a Preston y frunció el ceño—. ¿Otra vez tonteando como siempre, recluta Preston?

Preston hizo un saludo militar de libro.

—Su conjetura es correcta, sargento. Ha expresado una verdad absoluta. —Las frases ganaron a Preston la mirada perpleja que siempre le dedicaba el sargento, acompañada de un gruñido de desaprobación que significaba: «Un día voy a averiguar qué es lo que dices, chaval, y ese día tendrás problemas».

Las bodas guardan cierto parecido con los funerales en que cuando terminan nadie, salvo sus respectivos protagonistas, está muy seguro de lo que debe hacer a continuación, motivo por el que deciden comprobar si aún queda algo de vino. Pero Leticia estaba radiante, como es obligatorio en las novias, y las partes algo chamuscadas de su melena quedaban ocultas por su maravillosa tiara centelleante. Roland se había limpiado bastante a fondo, y había que acercarse mucho a él para notar el olor a cerdo.

—¿Lo de anoche…? —Empezó a decir el barón, nervioso—. Hum, ¿pasó de verdad, entonces? O sea, de la pocilga me acuerdo, y luego estábamos corriendo todos, pero… —Dejó la frase en el aire.

Tiffany miró a Leticia, que vocalizó las palabras: «¡Yo lo recuerdo todo!».

Sí, de verdad es bruja, pensó Tiffany. Esto va a ser interesante.

Roland carraspeó. Tiffany sonrió.

—Querida señorita Dolorido —dijo, y por una vez Tiffany le perdonó su «voz de mitin»—, soy muy consciente de haber sido partícipe de un craso error de justicia natural respecto a su persona. —Paró un momento para carraspear de nuevo y Tiffany pensó: Espero que Leticia pueda quitarle un poco de ese almidón—. Con ello en mente, he hablado con el joven Preston aquí presente, que a su vez ha hablado con las chicas de la cocina en su habitual tono afable y ha descubierto dónde había ido la enfermera. Ya se había gastado parte del dinero, pero hemos recuperado la mayoría y me alegra decir que le pertenece.

Entonces alguien dio un codazo a Tiffany.

Era Preston, que susurró:

—También hemos encontrado esto.

Tiffany bajó la mirada y él le pasó una desgastada carpeta de cuero. Tiffany hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y miró a Roland.

—Tu padre quería que tuvieras esto —explicó—. Para ti puede ser más valioso que todo ese dinero. Yo de ti esperaría a estar a solas antes de abrirla.

Roland le dio vueltas entre sus manos.

—¿Qué es?

—Un recuerdo —dijo Tiffany—. Solo un recuerdo.

El sargento dio un paso adelante y vació una pesada bolsa de cuero en la mesa, entre las copas y las flores. Los invitados ahogaron una exclamación.

Mis hermanas brujas están observándome como halcones, pensó Tiffany, y también me miran prácticamente todos mis conocidos, y quienes me conocen a mí. Esto tengo que hacerlo bien. Y tengo que hacerlo de forma que todo el mundo lo recuerde.

—Creo que debería quedárselo usted, señor —dijo. Roland puso cara de alivio, pero Tiffany continuó hablando—. Sin embargo, tengo algunas peticiones que hacerle en nombre de otras personas.

Leticia dio un codazo en las costillas a su marido, que separó los brazos.

—¡Hoy es el día de mi boda! ¿Cómo podría negarme a una petición?

—La joven Ámbar Rastrero necesita una dote, que por cierto permitiría a su joven novio pagarse el aprendizaje con un maestro artesano; tal vez no sepa que fue quien cosió el vestido que lleva puesto su bella esposa. ¿Alguna vez ha visto algo más hermoso?

Aquello provocó un aplauso inmediato, acompañado de silbidos de los amigotes de Roland y caprichosos gritos del estilo de: «¿El qué, la chica o el vestido?». Cuando todo aquello remitió, Tiffany prosiguió:

—Y no solo eso, señor. Con su venia, me gustaría que se comprometiera a satisfacer todas las peticiones similares que le hagan los chicos o chicas de la Caliza. Supongo que estará de acuerdo en que le pido mucho menos de lo que le estoy devolviendo.

—Tiffany, creo que tiene usted razón —convino Roland—, pero sospecho que aún guarda algún as en la manga.

—Qué bien me conoce, señor —dijo Tiffany, y Roland se sonrojó por un breve instante—. Quiero una escuela, señor. Quiero una escuela aquí, en la Caliza. Llevo mucho tiempo dándole vueltas a esto; en realidad, le estuve dando vueltas desde antes de poner nombre a lo que quería. En la Granja Hogar hay un viejo cobertizo de piedra que no se está usando, y creo que podríamos dejarlo bastante aceptable más o menos en una semana.

—Bueno, los profesores itinerantes pasan por aquí cada pocos meses —dijo el barón.

—Sí, señor, lo sé, señor, y no sirven para nada, señor. Enseñan hechos, no a entenderlos. Es como enseñar una sierra a la gente para enseñarle qué son los bosques. Quiero una escuela como debe ser, señor, donde se enseñe a leer y escribir, y sobre todo a pensar, señor, para que la gente pueda averiguar qué se le da bien, porque alguien que hace lo que de verdad le gusta es un gran recurso para cualquier país, y demasiado a menudo la gente no lo averigua hasta que es demasiado tarde. —Se preocupó de no mirar al sargento, pero la alegró constatar que sus palabras habían levantado murmullos en la sala. Los ahogó diciendo—: Últimamente ha habido momentos en los que ansiaba poder cambiar el pasado. En fin, no puedo, pero sí puedo cambiar el presente para que cuando se convierta en pasado resulte ser uno que valga la pena haber tenido. Y querría que los chicos aprendieran sobre chicas, y las chicas sobre chicos. Aprender consiste en descubrir quién eres, qué eres, dónde estás, en qué te apoyas, en qué eres bueno, qué te depara el futuro y… bueno, todo. Consiste en encontrar el lugar donde encajas. Yo descubrí dónde encajaba, y querría que todos los demás también lo hicieran. Y si me lo permite, propongo a Preston como primer maestro de la escuela. Prácticamente ya sabe todo lo que es posible saber.

Preston hizo una profunda reverencia con floritura de casco, que despertó carcajadas.

Tiffany continuó:

—Y su paga por el trabajo de un año como maestro para usted será el dinero suficiente para que compre las letras que se ponen detrás del apellido y lo convierten en doctor. Las brujas no podemos hacerlo todo, y nos vendría muy bien tener un médico en la zona.

Aquello provocó sonoros vítores, que es lo que suele ocurrir cuando la gente deduce que va a conseguir algo por lo que no tendrá que pagar. Al remitir el escándalo, Roland miró al sargento a los ojos y preguntó:

—¿Cree que podrá apañárselas sin la pericia militar de Preston, sargento?

La pregunta provocó nuevas carcajadas. Eso es bueno, pensó Tiffany: la risa ayuda a que empiece el pensamiento.

El sargento Brian trató de aparentar solemnidad, pero estaba disimulando una sonrisa.

—Será un contratiempo, señor, pero creo que lograremos ingeniárnoslas, señor. Sí, creo estar en condiciones de afirmar que la partida del recluta Preston incrementará la eficacia generalizada de la brigada, señor.

La frase provocó aplausos generales entre quienes no la habían entendido y más risas entre los que sí.

El barón dio una palmada.

—Muy bien, señorita Dolorido, parece que ha obtenido todo lo que se proponía, ¿me equivoco?

—En realidad, señor, aún no había terminado con las peticiones. Hay otra cosa que no va a suponerle ningún gasto, así que no se inquiete por ella. —Tiffany se llenó los pulmones e intentó parecer más alta—. Requiero de usted que entregue al pueblo conocido como los Nac Mac Feegle todas las lomas por encima de la Granja Hogar, de modo que sean por siempre de su propiedad por ley además de por justicia. Se puede redactar una escritura formal, y no se preocupe por el coste porque conozco a un sapo que solo le cobrará un puñado de escarabajos. Y en la escritura constará que, a cambio, los feegles concederán derecho de paso ilimitado a todos los pastores y ovejas en las lomas, pero, y esto es importante, sin portar más metal afilado que un cuchillo. Nada de todo ello va a suponerle ningún coste, milord barón, pero lo que usted y su descendencia, porque espero que se proponga tener descendencia… —Tiffany tuvo que dejarlo ahí por la oleada de risas, de la que Tata Ogg formó buena parte, y luego continuó—: Milord barón, creo que con ello se asegurará una amistad que no decaerá nunca y que será ventajosa para ambas partes. Todo beneficios, cero pérdidas.

Hubo que reconocer a Roland que apenas vaciló antes de responder.

—Será un honor para mí ofrecer a los Nac Mac Feegle el título de propiedad de su tierra y lamentar, no, disculparme por cualquier malentendido que hayamos podido tener. Como dice usted, merecen su tierra por derecho y por justicia.

A Tiffany le impresionó el breve discurso. El lenguaje estaba un poco anticuado, pero Roland tenía el corazón en su sitio y, de todas formas, el lenguaje algo pasado de moda entraba bien a los feegles. Escuchó con deleite los murmullos procedentes de las vigas cercanas al alto techo del vestíbulo. Y el barón, que ahora tenía más aspecto de auténtico barón, siguió diciendo:

—Solo lamento no poder decírselo en persona ahora mismo.

Y desde la oscuridad de las alturas, llegó un poderoso grito de:



El viento era de plata y frío. Tiffany abrió los ojos, con el vítor de los feegles resonando aún en sus oídos. Lo reemplazó el susurro del viento entre la hierba seca. Trató de incorporarse, pero no le sirvió de nada, y una voz detrás de ella dijo:

—Por favor, no te revuelvas. Esto es muy difícil.

Tiffany intentó girar la cabeza.

—¿Eskarina?

—Sí. Tengo aquí a alguien que quiere hablar contigo. Ya puedes levantarte; he equilibrado los nodos. No preguntes, porque no ibas a entender las respuestas. Estás otra vez en el ahora viajero. En un ahora nuevo, podría decirse. Te dejo con tu amiga… y me temo que no tendréis mucho tiempo, para un valor dado de tiempo. Pero debo proteger a mi hijo…

Tiffany empezó a decir:

—Entonces ¿tienes…?

No terminó la frase porque ante ella estaba materializándose una figura que, al poco, se concretó en una bruja, una bruja clásica con vestido negro, botas negras —Tiffany se fijó en que bastante buenas— y, por supuesto, el sombrero puntiagudo. Además, llevaba collar. De la cadena pendía una liebre dorada.

La mujer en sí era mayor, pero costaba adivinar cómo de mayor. Tenía un porte orgulloso, como el de Yaya Ceravieja, aunque al igual que Tata Ogg daba la impresión de no estar tomándose demasiado en serio la vejez, o lo que fuera.

Pero Tiffany se concentró en el colgante. La gente se ponía joyas para indicar algo. Siempre tenían significado, si se lo buscabas.

—De acuerdo, muy bien —dijo—. Solo tengo una pregunta: no estoy aquí para enterrarte, ¿verdad?

—Madre mía, sí que eres rápida —respondió la mujer—. En un solo instante has compuesto una narrativa de notable interés y has adivinado quién soy. —Rió. Su voz era más joven que su rostro—. No, Tiffany. Por interesante y macabra que sea tu sugerencia, la respuesta es no. Me acuerdo de cuando Yaya Ceravieja me explicó que, en el fondo, el mundo está hecho de historias; a Tiffany Dolorido se le dan de maravilla los finales.

—¿Ah, sí?

—Ya lo creo. Los finales clásicos de una historia romántica son una boda y un legado, y tú has construido ambos. Bien hecho.

—Eres yo, ¿verdad? —preguntó Tiffany—. A eso venía todo lo de «tienes que ayudarte a ti misma», ¿a que sí?

La Tiffany mayor sonrió, y Tiffany no pudo evitar fijarse en que tenía una sonrisa muy bonita.

—En realidad, solo he intervenido en algunos detalles. Por ejemplo, me he asegurado de que el viento soplara bien fuerte para ti… aunque, si no recuerdo mal, cierta colonia de hombrecillos ha añadido su particular granito de arena a esa empresa. Nunca estoy muy segura de si tengo buena o mala memoria. Son cosas de viajar en el tiempo.

—¿Puedes viajar en el tiempo?

—Con un poquito de ayuda de nuestra amiga Eskarina. Y solo como una sombra y un susurro. Se parece un poco a eso del no-me-veas que hago… que hacemos. El truco está en convencer al tiempo de que no se dé cuenta.

—Pero ¿por qué querías hablar conmigo? —preguntó Tiffany.

—Bueno, la irritante respuesta es que recuerdo haberlo hecho —declaró la Tiffany vieja—. Lo siento, vuelve a ser cosa de viajar en el tiempo. Pero creo que quería decirte que todo acaba saliendo bien, más o menos. Todo acaba encajando. Hoy has dado el primer paso.

—¿Hay un segundo paso? —dijo Tiffany.

—No: hay otro primer paso. Todo paso es un primer paso, si se da en la dirección correcta.

—Un momento, un momento —espetó Tiffany—. ¿Yo seré tú un día? ¿Y entonces hablaré conmigo ahora, por así decirlo?

—Sí, pero la tú con la que hablarás no serás tú exactamente. De verdad que lo lamento, pero estoy intentando hablar de viajes en el tiempo en un idioma que no puede abarcarlo bien. Pero en pocas palabras, Tiffany, y según la teoría de cuerdas elastificadas, por todo el resto de los tiempos habrá una Tiffany vieja que hable con una Tiffany joven, y lo más fascinante es que cada vez que lo hagan será un poco distinto. Cuando tú conozcas a tu yo más joven, le dirás lo que creas que necesita saber.

—Pero tengo una pregunta —dijo Tiffany—, y de esta quiero saber la respuesta.

—Bueno, pues sé rápida —sugirió la Tiffany vieja—. La teoría de cuerdas elastificadas, o lo que sea que usa Eskarina, no nos deja mucho tiempo.

—Bien, ¿al menos puedes decirme si en algún momento me…?

La Tiffany mayor desapareció en la nada con una sonrisa, pero Tiffany pudo oír una palabra. Sonaba como: «Escucha».

Y Tiffany volvió a estar en el vestíbulo, como si nunca se hubiera marchado, y la gente seguía vitoreando, y parecía haber feegles por todas partes. Y Preston estaba a su lado. Era como si el hielo se hubiera derretido de pronto. Pero cuando recobró el equilibrio y dejó de preguntarse qué acababa de pasar, qué había pasado de verdad, Tiffany buscó a las otras brujas y las encontró hablando en corrillo, como jueces calculando una puntuación.

El grupo se deshizo y todas avanzaron hacia ella resueltas, encabezadas por Yaya Ceravieja. Cuando la tuvieron delante, se inclinaron y levantaron sus sombreros, que era una señal de respeto entre las practicantes del arte.

Yaya Ceravieja le dedicó una mirada firme.

—Veo que te has quemado la mano, Tiffany.

Tiffany la miró.

—No me había dado cuenta —dijo—. ¿Puedo preguntártelo ahora, Yaya? ¿Me habríais matado entre todas?

Vio cómo cambiaban las expresiones de las otras brujas. Yaya Ceravieja miró a su alrededor y se quedó callada un momento.

—Digamos, jovencita, que habríamos intentado no hacerlo por todos los medios. Pero teniéndolo todo en cuenta, Tiffany, nos da la impresión de que hoy has hecho el trabajo de una mujer. El lugar donde se busca a las brujas es el centro de las cosas. Pues oye, si miramos aquí, lo que se ve es que estás tan en el centro que toda la encomienda gira a tu alrededor. Eres tu propia maestra, en todo caso, y si no empiezas a entrenar a alguien será una lástima. Dejamos esta encomienda en las mejores manos.

Las brujas aplaudieron, y algunos de los otros invitados se unieron a la ovación aunque no habían entendido lo que significaban aquellas pocas frases. Lo que sí captaron, sin embargo, fue que tenían delante a unas brujas ancianas en su mayor parte, expertas, importantes y aterradoras. Y esas brujas habían presentado sus respetos a Tiffany Dolorido, una de los suyos, su bruja. Era una bruja muy importante, y en consecuencia la Caliza debía de ser un lugar muy importante. Por supuesto, ellos ya lo sabían, pero bien estaba que se les reconociera. Irguieron un poco más la espalda y se sintieron orgullosos.

La señora Proust volvió a quitarse el sombrero y dijo:

—Por favor, no tema volver a la ciudad, señorita Dolorido. Creo que puedo prometerle un treinta por ciento de descuento, que no es moco de pavo, en todos los productos Boffo exceptuando los perecederos y consumibles.

El grupo de brujas alzó sus sombreros de nuevo y regresó a la multitud.

—Sabrás que lo que acabas de hacer es organizar la vida a la gente —dijo Preston a sus espaldas, pero cuando Tiffany se giró de golpe lo vio retroceder entre risas y añadir—: Pero bien hecho. Eres la bruja, Tiffany. ¡Eres la bruja!

Y la gente brindó y hubo más comida, y más bailes y risas y amistad y cansancio, y a medianoche Tiffany Dolorido estaba tumbada sola en su escoba, a gran altura sobre las colinas de caliza, mirando al universo y luego hacia el trocito que le pertenecía, debajo de ella. Era la bruja, flotando por encima de todo, pero cabe resaltar que con la correa de cuero bien abrochada.

La escoba ascendió y descendió suavemente a merced del aire cálido y, mientras el cansancio y la penumbra la reclamaban, extendió sus brazos hacia la oscuridad y, por un breve instante, mientras el mundo giraba, Tiffany Dolorido se vistió de medianoche.

No bajó a tierra hasta que el sol ya había puesto una corteza de luz al horizonte. La despertó el canto de los pájaros. Por toda la Caliza, las alondras emprendieron como cada mañana una sinfonía de sonido líquido. Y era cierto que cantaban melodiosas. Se elevaron en torno a la escoba, sin prestarle ninguna atención, y Tiffany escuchó en trance hasta que la última ave se hubo perdido en el cielo brillante.

Aterrizó, preparó el desayuno para una viejecita que no podía moverse de la cama, dio de comer a su gato y fue a ver cómo iba la pierna rota de Trivial Bóxer. A mitad de camino la paró la vecina de la anciana señorita Pivote, que por lo[[30]](#footnote-30) visto había perdido la capacidad de andar de un día para otro. Por suerte, Tiffany pudo señalar que por desgracia había metido las dos piernas en la misma media.

Después bajó al castillo a ver qué más había que hacer. A fin de cuentas, era la bruja.



# EPÍLOGO

Medianoche en pleno día

Volvía a ser la feria del desbrozo, con el mismo organillero alborotador, los barreños con sapos para sacarlos con la boca, los adivinos, la risa y los carteristas (que nunca tocaban la cartera de una bruja), aunque aquel año habían decidido por consenso que no habría carrera de quesos. Tiffany recorrió el bullicio saludando a la gente que conocía, que era toda, y disfrutando del día soleado. ¿Hacía ya un año entero? Habían ocurrido tantas cosas que se le juntaba todo, igual que los sonidos de la feria.

—Buenos días, señorita. —Era Ámbar, que se le acercó con su novio… con su marido—. Casi no la he reconocido sin el sombrero puntiagudo, ya me entiende.

—He pensado que hoy sería solo Tiffany Dolorido —dijo Tiffany—. Es día festivo, al fin y al cabo.

—¿Pero sigue siendo la bruja?

—Sí, sí, aún soy la bruja, pero hoy no soy necesariamente el sombrero.

El marido de Ámbar rió.

—¡Entiendo a qué se refiere, señorita! ¡A veces juraría que la gente me confunde con un par de manos!

Tiffany lo miró de arriba abajo. Había conocido al joven cuando se casó con Ámbar, claro, y la había dejado impresionada: era lo que llamaban un chico responsable y sin un pelo de tonto. Llegaría lejos, y llevaría a Ámbar con él. Y cuando ella terminara su entrenamiento con la kelda, ¿quién sabe dónde podría llevarlo ella?

Ámbar no se soltaba de su brazo.

—Mi William le ha cosido un regalo, señorita —dijo—. ¡Venga, William, enséñaselo!

El joven ofreció a Tiffany el paquete que llevaba y carraspeó.

—No sé si está al tanto de la moda, señorita, pero en la gran ciudad están fabricando unos tejidos maravillosos, así que pensé en ellos cuando Ámbar me sugirió esta idea. Pero además también ha de ser lavable, como mínimo, y tal vez con falda abierta para montar en escoba pero con perneras ajustadas a los tobillos, que están haciendo furor esta temporada, y botones en las muñecas para que las mangas no molesten, y bolsillos interiores que apenas se marquen. Espero que le venga bien, señorita. Se me da bien tomar medidas a ojo. Le tengo bien pillado el tranquillo.

Ámbar dio unos saltitos a su lado.

—¡Póngaselo, señorita! ¡Venga, señorita! ¡Póngaselo!

—¿Cómo? ¿Delante de todo el mundo? —objetó Tiffany, avergonzada e intrigada al mismo tiempo.

Ámbar no tenía intención de ceder.

—¡En la tienda de madres y bebés, señorita! ¡Ahí no entran hombres, señorita, esté tranquila! ¡Les da miedo por si tienen que hacer eructar a alguien, señorita!

Tiffany se rindió. El paquete daba una sensación rica; tenía el tacto suave, como el de un guante. Las madres y los bebés la observaron mientras se ponía el vestido, y Tiffany oyó suspiros de envidia intercalados entre los eructos.

Ámbar, tan entusiasmada que parecía a punto de estallar en llamas, apartó la lona para entrar y dio una gran bocanada de aire.

—¡Oh, señorita, oh, señorita, pero qué bien le sienta! ¡Oh, señorita! ¡Ojalá pudiera verse, señorita! ¡Salga para que la vea William, señorita, que va a estar más orgulloso que un rey! ¡Oh, señorita!

No se podía decepcionar a Ámbar. No había forma. Sería como… bueno, como dar una patada a un cachorrito.

Tiffany se notaba distinta sin el sombrero. Más liviana, quizá. Y William ahogó un grito y dijo:

—Cómo me gustaría que mi maestro estuviera aquí, señorita Dolorido, porque es usted una obra maestra. Ojalá pudiera verse… ¿señorita?

Solo durante un momento, para que la gente no sospechara demasiado, Tiffany salió de sí misma y se vio rodar con el hermoso vestido, más negro que un gato que se hubiera comido a un pavo, y pensó: Me vestiré de medianoche y se me dará de maravilla…

Se apresuró a volver a su cuerpo y dio las gracias con timidez al joven sastre.

—Es espléndido, William, y estaré encantada de ir volando para enseñárselo a tu maestro. ¡Los puños son estupendos!

Ámbar estaba dando saltitos otra vez.

—Tenemos que darnos prisa si queremos llegar al juego de tirar de la cuerda, señorita… ¡Compiten feegles contra humanos! ¡Será divertido!

Y la verdad es que ya les llegaban los rugidos de los feegles al calentar, aunque habían hecho un ligero cambio a su cántico habitual:

—¡Sin rey, sin reina, sin señor! ¡Un barón… pero por mutuo acuerdu suscrito entre ambas partes, ya sabes!

—Id vosotros por delante —dijo Tiffany—. Estoy esperando a alguien.

Ámbar se detuvo un momento.

—¡No espere demasiado, señorita, no espere demasiado!

Tiffany caminó despacio en su maravilloso vestido, preguntándose si se atrevería a ponérselo a diario… y unas manos pasaron junto a sus orejas y le taparon los ojos.

Una voz a su espalda susurró:

—¿Un ramillete para la bella dama? Quién sabe, tal vez ayude a encontrar a tu pretendiente.

Dio media vuelta.

—¡Preston!

Charlaron mientras se alejaban paseando del bullicio, y Tiffany escuchó las novedades sobre el joven tan listo al que Preston estaba entrenando para que ocupara su puesto de maestro en la escuela, y sobre exámenes y médicos y sobre el Hospital Gratuito Lady Sybil, que —y esta era la parte importante de verdad— acababa de aceptar a Preston como nuevo aprendiz, posiblemente porque, si podía convencer a un burro de que soltara su pata trasera, tal vez tuviera talento para la cirugía.

—No creo que vaya a tener muchas vacaciones —dijo él—. A los aprendices les dan muy pocas, y me tocará dormir debajo del autoclave y ocuparme de todas las sierras y bisturíes, ¡pero ya me sé todos los huesos de memoria!

—Bueno, en escoba tampoco es tanta distancia —comentó Tiffany.

La expresión de Preston cambió mientras metía una mano en el bolsillo y sacaba algo envuelto en papel de seda, que entregó a Tiffany sin decir palabra.

Tiffany lo desenvolvió, sabiendo sin lugar a dudas que iba a ser la liebre dorada. No había la menor posibilidad de que no lo fuese. Intentó encontrar las palabras, pero Preston siempre andaba más que servido. Le preguntó:

—Señorita Tiffany, que es la bruja… ¿Tendría la amabilidad de decirme qué sonido hace el amor?

Tiffany miró su rostro. El ruido de hombres y feegles tirando de la cuerda quedó silenciado. Los pájaros dejaron de cantar. Entre la hierba, los saltamontes pararon de frotarse las patas y miraron hacia arriba. La tierra se estremeció un poco cuando hasta el gigante de caliza (tal vez) se movió para oír mejor, y el silencio fluyó sobre el mundo hasta que no quedó más que Preston, que siempre estaba allí.

Y Tiffany dijo:

—Escucha.

# Un glosario feegle

adaptado para lectores de disposición delicada

(Obra inacabada de la señorita Perspicacia Lento, bruja)

Aliviar tu/mi/su malandanza: afrontar el destino que tú/yo/él/ella tiene reservado.

Arpía: una bruja, sea de la edad que sea.

Arpía de arpías: una bruja muy importante.

Arpiar/arpiadas: cualquier cosa que haga una bruja.

Babayu: persona inútil.

Cagadoiro: el excusado.

Destrueñar: estar desesperado. Por ejemplo: «Me destrueño por una taza de té».

Güeyus: ojos.

Empreñar: preocupar, molestar.

Escondos: secretos.

Espog: saquito de cuero que los feegles llevan en la parte delantera de su kilt, que supuestamente cubre todo lo que el feegle considera necesario cubrir, y suele contener cosas como lo que se ha dejado a medio comer, lo que ha encontrado y por tanto ahora le pertenece y, muy a menudo (porque incluso un feegle puede resfriarse), podría contener lo que estaba usando a modo de pañuelo, que no tiene por qué estar muerto.

Fai moito: hace mucho tiempo.

Gonnagle: bardo del clan, versado en instrumentos musicales, poemas, relatos y canciones.

Grandullones: seres humanos.

Gran hombre: jefe del clan (normalmente, el marido de la kelda).

Intriguero: persona desagradable.

Kelda: la líder femenina del clan y, con el tiempo, la madre de casi todos sus miembros. Los bebés feegle son muy pequeños, y una kelda dará a luz a centenares de ellos a lo largo de su vida.

Lamentu: expresión general de desesperación.

Linimento especial para ovejas: probablemente whisky de destilería clandestina, me temo. Nadie sabe qué efectos tendría en una oveja, pero se dice que una gota es beneficiosa para los pastores en las frías noches de invierno y para los feegles en cualquier momento que les apetezca. No intenten hacerlo en sus casas.

Mamalón: ver «Babayu».

Melindrero: misterioso, extraño. A veces también significa «oblongo», por algún motivo.

Mochuelo: un compromiso muy importante, respaldado por la tradición y la magia. No confundir con el ave.

Pámpano: persona desagradable en términos generales.

Papaberzas: persona realmente desagradable.

¡Pardiez!: exclamación de sentido general que puede significar cualquier cosa, desde «¡Madre mía!» hasta «Acabo de perder los estribos y aquí va a haber jaleo».

Pelleja: mujer anciana.

Tochuras: tonterías, cosas sin sentido.

Topetiño: persona débil.

Trompo: me han asegurado que significa «cansado».

Último Mundo: los feegles creen que están muertos. Argumentan que este mundo es tan maravilloso que deben de haber sido buenísimos en su vida anterior, y por eso al morir terminaron en este lugar. Cuando parecen morir aquí lo que ocurre es simplemente que regresan al Último Mundo, que consideran bastante aburrido.

Vaporiño: solo se encuentran en los grandes montículos feegle de las montañas, donde existe la suficiente agua para bañarse con regularidad. Es una especie de sauna. Los feegles de la Caliza suelen confiar en el hecho de que solo pueden acumular cierta cantidad de suciedad antes de que empiece a desprenderse por iniciativa propia.

Vejiñas: cosas lanudas que comen hierba y dicen «beee». No confundirlas con señoras mayores.

Nota del autor

Mi trabajo consiste en inventarme cosas, y la mejor manera de inventarlas es hacerlo a partir de la realidad…

Cuando yo era pequeño, poco después de la última glaciación, vivíamos en una casita que Tiffany Dolorido reconocería sin problemas: solo había agua fría y no tenía electricidad, así que nos bañábamos una vez a la semana porque había que entrar la bañera de hojalata que guardábamos colgada de un clavo en el exterior de la pared de la cocina. Además, costaba mucho tiempo llenarla, porque mi madre solo tenía un hervidor para poder calentar el agua. Como yo era el más joven, me tocaba bañarme el primero, seguido de mi madre y luego mi padre, y por último el perro, si a mi padre le parecía que ya empezaba a oler demasiado.

En el pueblo había unos ancianos nacidos en el período jurásico, que para mí tenían todos el mismo aspecto con sus boinas y sus pantalones de persona seria sostenidos por gruesos cinturones de cuero. Uno de ellos, el señor Allen, se negaba a beber agua del grifo porque, según decía, «No sabe ni huele a nada». Bebía agua del tejado de su casa, que iba a parar a un aljibe.

Cabía suponer que no solo bebía agua, porque tenía una nariz que parecía dos fresas después de sufrir un choque frontal.

El señor Allen siempre se sentaba al sol delante de su casa, en una vieja silla [[31]](#footnote-31)de la cocina, y miraba pasar el mundo mientras los niños mirábamos su nariz por si explotaba. Un día estaba yo charlando con él y, sin venir a cuento, me dijo:

—¿Has visto cómo queman los rastrojos, chico?

Ya lo había visto, claro. No cerca de casa, sino cuando bajábamos de vacaciones en coche a la costa, aunque a veces el humo de la quema era tan denso que parecía niebla. Los rastrojos son lo que queda en suelo después de segar el tallo de los cereales. Se dice que quemarlos es bueno para acabar con las plagas y enfermedades, pero durante el proceso ardían muchas aves y otros animales pequeños. Ya hace tiempo que se prohibió la práctica, precisamente por ese motivo.

Un día, cuando el carro de la cosecha bajaba por nuestro camino, el señor Allen me dijo:

—¿Alguna vez has visto una liebre, chico?

Le respondí:

—Claro que sí.

(Si no habéis visto nunca una liebre, imaginaos a un conejo cruzado con un galgo, uno que dé unos saltos magníficos.) El señor Allen me dijo:

—A la liebre no le da miedo el fuego. Le aguanta la mirada y luego salta por encima, y cae sana y salva al otro lado.

Yo debía de tener unos seis o siete años, pero lo recuerdo porque el señor Allen murió poco tiempo después. Luego, ya mucho más mayor, en una librería de baratillo encontré un libro llamado The Leaping Hare (La liebre saltadora), escrito por George Ewart Evans y David Thomson, y aprendí cosas que nunca me habría atrevido a inventar.

El señor Evans, que falleció en 1988, habló durante toda su larga vida con los hombres que trabajaban la tierra, y no desde la cabina de un tractor, sino a caballo, desde cuyo lomo observaban la vida salvaje que tenían alrededor. Sospecho que tal vez adornaran un pelín las cosas que le contaron, pero todo queda mejor si se adorna un pelín, y yo no he dudado en adornar la leyenda de la liebre para presentárosla a vosotros. Si no es la verdad, entonces es como debería ser la verdad.

Dedico este libro al señor Evans, un gran hombre que ayudó a muchos de nosotros a aprender lo profunda que es la historia sobre la que flotamos. Es importante saber de dónde procedemos porque, si no sabes de dónde procedes, no sabes dónde estás, y si no sabes dónde estás, no sabes hacia dónde vas. Y si no sabes hacia dónde vas, es muy posible que vayas por mal camino.

1. Esta actividad se llevaba a cabo con los ojos vendados. [↑](#footnote-ref-1)
2. Como bruja, Tiffany los conocía muy bien. [↑](#footnote-ref-2)
3. Más adelante Tiffany cayó en la cuenta de que todas las brujas tenían que haber sobrevolado el gigante alguna vez, sobre todo considerando que caía justo en la ruta de las montañas hacia la gran ciudad. Podía decirse que destacaba, en cualquier caso. Pero en el caso de Tata Ogg, probablemente la bruja haría dar media vuelta a su escoba para poder echarle otro vistazo. [↑](#footnote-ref-3)
4. Por supuesto, pensó Tiffany, antes de saltar juntos la hoguera deberían asegurarse de llevar ropa gruesa y de que alguien tuviera a mano un cubo de agua. Las brujas serán muchas cosas pero, antes que nada, son prácticas. [↑](#footnote-ref-4)
5. Tal vez hubiera ayudado a las ambiciones románticas de Petulia el misterioso hecho de que los cerdos del joven no dejaban de enfermar, y siempre había que tratarles las cagaleras, el vómito ciego, los dientes flotantes, el ojo garabato, la mugra, el escozor, el tornillo suelto y la rótula girada o ausente. Era una desgracia terrible, ya que más de la mitad de esas dolencias no aparecen nunca en cerdos, y una de ellas era exclusiva de los peces de agua dulce. Pero los vecinos se quedaron impresionados por el empeño que ponía Petulia en aliviárselas. Su escoba siempre estaba yendo y viniendo, a cualquier hora del día o de la noche. Ser bruja, al fin y al cabo, requería dedicación. [↑](#footnote-ref-5)
6. La Primera Vista consiste en ver lo que de verdad se tiene delante, y los Segundos Pensamientos consisten en pensar en lo que se piensa. En el caso de Tiffany, a veces también había Terceros y Cuartos Pensamientos, aunque los últimos eran bastante complicados y en ocasiones la llevaban a darse trompazos contra las puertas. << [↑](#footnote-ref-6)
7. El nomerrecuerdes es una hermosa flor roja y blanca que las mujeres jóvenes suelen entregar a sus hombres jóvenes para indicarles que no quieren volver a verlos en la vida, o al menos hasta que hayan aprendido a ir aseados como debe ser y encuentren trabajo. [↑](#footnote-ref-7)
8. Si todavía no sabes quiénes son los Nac Mac Feegle: (1) da gracias por la vida pacífica que llevas, y (2) prepárate para batirte en retirada si oyes a alguien gritar «¡pardiez!» a la altura de tu tobillo. Hablando con rigor, son miembros del pueblo de las hadas, aunque seguramente no sea buena idea decírselo si pretendes vivir en un futuro que incluya todos tus dientes. [↑](#footnote-ref-8)
9. Un auténtico campesino considera hembras a todas las liebres, sean del sexo que sean. [↑](#footnote-ref-9)
10. Antiguamente los sastres empleaban la orina como mordiente para los tintes de las prendas de lana, de modo que los colores se fijaran y no destiñeran. Una consecuencia es que la prenda podía oler un poco durante varios años. Ni siquiera la señorita Lento lo habría explicado mejor sin perder la calma, aunque ella seguramente habría usado la expresión «fluidos corporales evacuados». [↑](#footnote-ref-10)
11. Según una antigua tradición, la tierra y la sal servían para mantener alejados a los fantasmas. Tiffany no había visto nunca ningún fantasma, así que era muy posible que funcionaran, pero en todo caso funcionaban sobre la mente de las personas, que se alegraban de saber que los platos estaban presentes. Cuando se comprendía ese hecho, se había comprendido gran parte de la magia. [↑](#footnote-ref-11)
12. El Sapo no tenía más nombre que el Sapo, y se había unido al clan feegle unos años antes. Consideraba que la vida en el montículo era muy preferible a su existencia previa como abogado o, más concretamente, como abogado que se había pasado de listo en presencia de un hada madrina. La kelda se había ofrecido en varias ocasiones a devolverle su forma original, pero el Sapo siempre se negaba. Los demás feegles lo tenían por el cerebro del clan, ya que conocía palabras más largas que él mismo. [↑](#footnote-ref-12)
13. Desde el punto de vista de Tiffany, «niña» alcanzaba hasta un par de años menos que ella misma. [↑](#footnote-ref-13)
14. Véase glosario. [↑](#footnote-ref-14)
15. Tiffany se reservó cualquier comentario relativo a que lo que mejor se les daba encontrar eran las pertenencias de otras personas. De todas formas era cierto que los feegles podían rastrear como sabuesos, además de beber como peces. [↑](#footnote-ref-15)
16. Tiffany se había ganado la admiración de otras brujas al lograr que los feegles hicieran tareas domésticas. La lástima era que los feegles estaban dispuestos a acometer cualquier tarea, con la condición de que fuese ruidosa, confusa y ostentosa. Y que, a ser posible, incluyera chillidos. [↑](#footnote-ref-16)
17. Mensaje del autor: no todos los calderos son metálicos. Se puede hervir agua en un caldero de cuero siempre que uno sepa lo que está haciendo. Hasta se puede preparar té en una bolsa de papel, yendo con cuidado y sabiendo cómo. Pero, por favor, no lo hagáis o, si lo hacéis, no digáis a nadie que os he dado la idea yo. [↑](#footnote-ref-17)
18. Jeannie, una kelda moderna, había promovido la alfabetización entre sus hijos y cuñados. Siguiendo el ejemplo de Rob Cualquiera, los feegles habían considerado que la experiencia merecía la pena, ya que les permitía leer las etiquetas de las botellas antes de bebérselas, aunque no supusiera mucha diferencia porque, a no ser que incluyeran una calavera y dos tibias cruzadas, un feegle se la bebería de todas formas, y hasta incluyéndola, tendría que ser una calavera muy aterradora. [↑](#footnote-ref-18)
19. Mucha gente que cocina con caldero lo emplea como una especie de baño maría, con cacerolas pequeñas llenas de agua dispuestas en torno al borde para recoger el calor del caldero grande, en el que puede estar cociéndose un jamón entero lastrado y tal vez unas bolas de masa dentro de una bolsa de tela. De este modo, puede prepararse una comida copiosa para varias personas, a bajo coste y de una sola vez, con el pudin incluido. Por supuesto, en ese caso hay que zamparse una cantidad tremenda de comida hervida… ¡pero cómetela, o no crecerás! [↑](#footnote-ref-19)
20. En realidad, los Nac Mac Feegle creen que el mundo es un sitio tan maravilloso que, para haber acabado en él, tuvieron que ser muy buenos en una existencia anterior y fueron, por así decirlo, al cielo. Por supuesto, a veces parece que mueren, incluso allí, pero ellos lo consideran marcharse para nacer otra vez. Diversos teólogos han especulado con que esa idea sea una chorrada como una catedral, pero sin duda les hacía la vida más llevadera que muchas otras creencias. [↑](#footnote-ref-20)
21. Las brujas hacían batiburrillos con cualquier cosa que llevaran en los bolsillos pero, si se preocupaban por las apariencias, prestaban cierta atención a los objetos que «por casualidad» llevaban en los bolsillos. No suponía ninguna diferencia para el funcionamiento del batiburrillo pero, si iba a haber gente cerca, un fruto misterioso, un trocito interesante de madera, una tira de encaje y un alfiler de plata sugerían la palabra «bruja» mucho más dignamente que, por ejemplo, un cordel de zapato roto, un trozo arrugado de bolsa de papel, medio puñado de pelusas variadas e inenarrables y un pañuelo tan usado que hacen falta dos manos y mucho valor para plegarlo. Tiffany solía reservar un bolsillo solo para ingredientes de batiburrillo, pero si la señorita Herrero había compuesto el suyo del mismo modo, tenía bolsillos más grandes que un guardarropa. El batiburrillo alcanzaba casi hasta el techo. [↑](#footnote-ref-21)
22. Los cráneos de caballo siempre dan miedo, aunque alguien les haya puesto pintalabios. [↑](#footnote-ref-22)
23. Circulan muchas leyendas sobre las estatuas ecuestres, sobre todo las que llevan jinete. Se dice que en la cantidad de cascos que apoya el caballo y en su posición se esconde un código. Si el caballo tiene un casco levantado, el jinete resultó herido en batalla; dos patas al aire indican que murió; tres patas levantadas significan que el jinete se perdió de camino a la batalla; y cuatro patas en el aire quieren decir que el escultor era muy, muy hábil. Cinco patas levantadas indican que probablemente hay al menos otro caballo detrás del que se está mirando, y si el jinete aparece en el suelo con su caballo tendido encima y las cuatro patas al aire, o bien el jinete era un negado para la hípica o bien su caballo tenía muy mal carácter. [↑](#footnote-ref-23)
24. Véase glosario. [↑](#footnote-ref-24)
25. En realidad, las perneras de cota de malla siempre eran todo agujeros, pero los agujeros no deberían medir casi veinte centímetros. [↑](#footnote-ref-25)
26. Las brujas eran muy escrupulosas con llevar las manos siempre limpias; el resto de la bruja tenía que esperar a algún hueco en su apretada agenda… o posiblemente a una tormenta. [↑](#footnote-ref-26)
27. En la Caliza no había tradición de religiones organizadas pero, como las colinas caían de camino entre la ciudad y las montañas, solía haber (con buen tiempo al menos) una procesión constante de sacerdotes de alguna clase circulando que, a cambio de una comida decente o un techo para dormir, difundían un poco la palabra santa y echaban una limpieza a las almas de la gente. Mientras los sacerdotes fuesen de los decentes la gente no prestaba demasiada atención a quién fuera su dios, o su diosa, o su vete a saber, siempre y cuando mantuviera el sol y la luna girando como era debido y no exigiera nada ridículo ni nuevo. También ayudaba que el predicador supiera algo de ovejas. [↑](#footnote-ref-27)
28. Aunque no fuese por experiencia personal. [↑](#footnote-ref-28)
29. Tú había sido una gatita blanca pequeña y triste cuando Tiffany se la llevó a la vieja bruja. Ahora era una reina, mucho más altiva que la duquesa. Debió de reconocer a Tiffany, porque tuvo la gentileza de rebajarse a guiñarle un ojo antes de apartar la mirada como si se aburriera. De un tiempo a esta parte en la casita de Yaya no había nunca un solo ratón, porque Tú los miraba hasta que comprendían lo despreciables que eran y se marchaban. [↑](#footnote-ref-29)
30. El señor y la señora Bóxer habían recibido más educación de la que les convenía, y pensaban que Trivial era un buen nombre para su tercer hijo. [↑](#footnote-ref-30)
31. Según mi padre, se llamaba «nariz de bebedor», pero sospecho que se equivocaba, porque al parecer la afección es una especie de acné en adultos (llamado rinofima, aunque sospecho que esto ya es demasiada información). [↑](#footnote-ref-31)